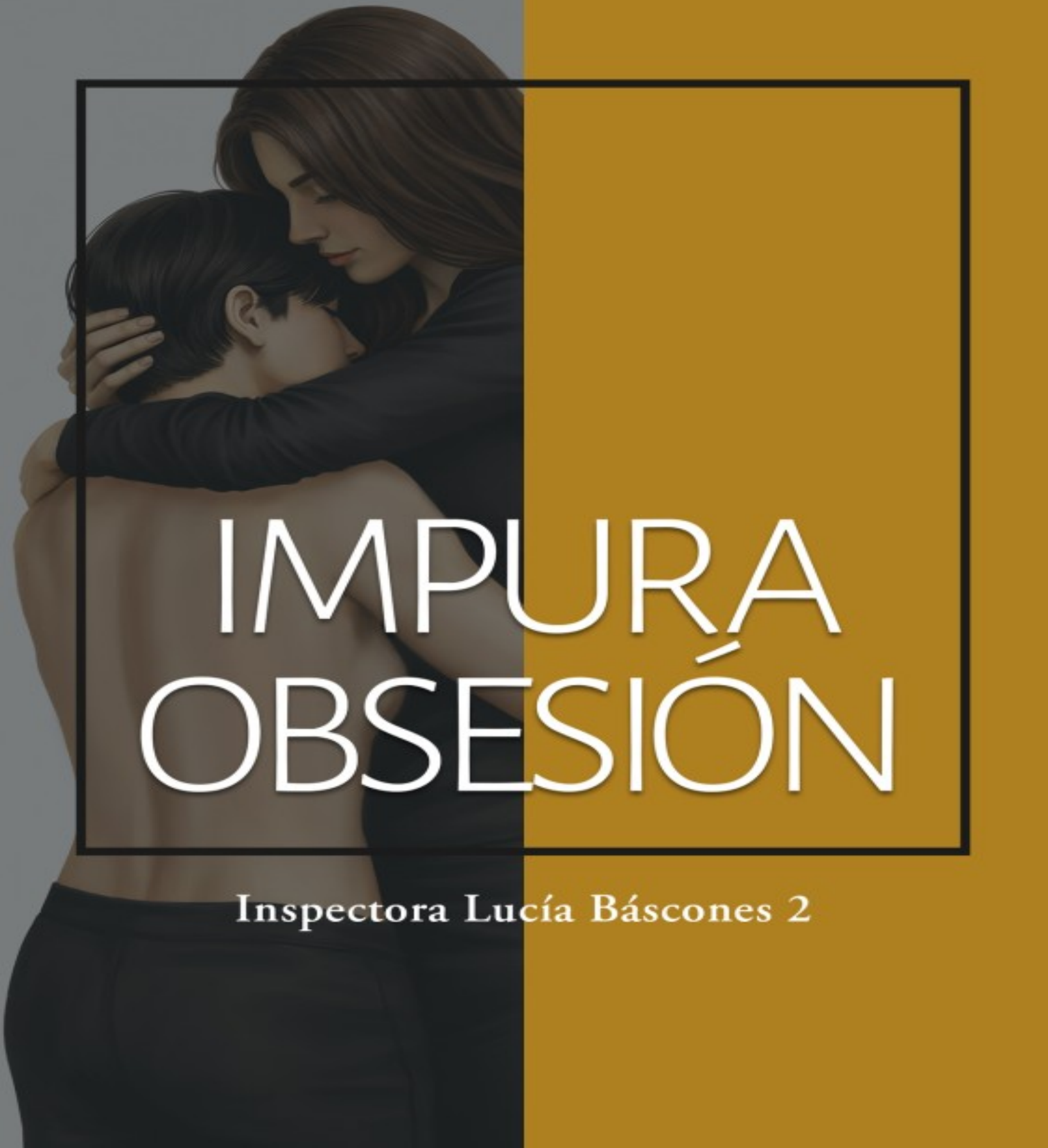
EDURNE CADELO



IMPURA OBSESIÓN

Inspectora Lucía Báscones 2

EDURNE CADELO

IMPURA OBSESIÓN

Inspectora Lucía Báscones 2

Impura obsesión
Marzo de 2026
© de la obra Edurne Cadelo

www.lacadelo.com
edurnecadelo@gmail.com
Instagram: @lacadelo
Facebook: Edurne Lacadelo

Corrección: Gemma Iglesias | gemma.iglesias222@gmail.com
Diseño de cubierta, diseño interior y maquetación:
Nerea Pérez Expósito | www.imagina-designs.com

Impura obsesión **es una obra de ficción. Los hechos y los personajes de esta novela son ficticios y cualquier parecido con situaciones o personas reales es mera coincidencia. De igual modo, las instituciones y los lugares mencionados, tanto reales como ficticios, están destinados exclusivamente a ambientar la historia.**

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier otro medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de la autora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (artículo ٢١٧٠ y siguientes del Código Penal).

NOTA DE LA AUTORA

Querido/a lector/a:

Espero que disfrutes acompañando a los personajes de esta historia en sus desafíos y descubrimientos. Tanto la BEDA como la Unidad Especial Nexus son totalmente ficticias. Y, aunque he intentado reflejar con rigor las partes esenciales de un proceso de investigación, dada la particularidad de esta colaboración, encontrarás licencias literarias durante la lectura, necesarias para darle forma y sentido a todo lo que quiero contar y para resolver el caso.

Para Yesenia,
por incitarme a dejar abierta aquella puerta.

«Todo lo que se hace por amor
se hace más allá del bien y del mal».
Friedrich Nietzsche

1

YAGO

Un cadáver. Una mujer. Una conocida.

Hace cuatro minutos que el GPS de mi coche ha indicado que había llegado a mi destino: la urbanización Puerta de Hierro, en el noroeste de Madrid.

La orden de Jacobo ha sido clara y concisa: preséntate allí y ponte al mando. Por ese motivo he creído que tenía asiento reservado en primera fila —en exclusiva—. Me equivocaba.

Y ahora ¿qué se supone que voy a hacer aquí con ella?

Mi jefe no contaba con su visita y, evidentemente, yo tampoco.

Mientras escucho a Gutiérrez contarme algunos detalles de cómo ha encontrado a la víctima, él ha sido uno de los primeros policías en llegar tras recibir la llamada de emergencias, observo cómo Lucía se baja del coche de Estébanez y viene directa hacia mí.

Podría describir su mirada incrédula o sus movimientos decididos, pero será mejor que ahorre energía y me prepare para responder a sus preguntas. O más bien para buscar la manera de eludir las respuestas.

Si tienes palomitas a mano, es el momento de que las cojas y disfrutes del espectáculo.

—Arrasate, ¿qué significa esto? ¿Qué estás haciendo aquí?

El tono seco de Lucía invita a retirarse al agente Gutiérrez, que nos deja solos.

—Buenos días otra vez, Báscones. Podría hacerte la misma pregunta.

—Carbonell —responde y me mira como si tuviera el superpoder de sacarme la verdad de los iris.

—Quintana —zanjo.

—¿Y ya está? ¿Eso es todo? —inquiere mientras guardo silencio —. Perfecto, no piensas ampliarme esa información. Da igual, si tu jefe te ha mandado meter el hocico en un homicidio, no estamos ante cualquier víctima. ¿Me vas a decir quién es o tengo que echar a volar mi imaginación?

—Lucía…

—Inspectora Báscones, Arrasate. No lo olvides. Aunque ya no estés bajo mis órdenes, no voy a permitir que utilices ese tono condescendiente conmigo.

—No lo hago.

—Sí lo haces y no me gusta. ¿Sabías que vendría? ¿Por qué no me lo has dicho antes de meterte en el coche?

—No tenía ni idea. Te lo prometo. Estoy tan gratamente sorprendido como tú. —Sonrío, no lo puedo evitar; tenerla cerca siempre me pone de buen humor, aunque las circunstancias que nos rodean no sean las mejores.

—¿Gratamente? Demasiado adjetivo para mi gusto. Carbonell me ha dado una orden y pienso cumplirla.

—Vaya, eso sí que será una novedad, para Carbonell, digo. —Acorto la distancia que nos separa e inclino la barbilla para susurrarle—: No para mí.

Se vuelve más atractiva cuando la cojo desprevenida. Su intención es rebatirme, pero Marcos llega hasta nosotros y Lucía se contiene.

—Buenos días, Arrasate. Otra vez —saluda Estébanez—. Para ser uno de los *invisibles* no paras de dejarte ver —bromea aludiendo a mi condición de miembro del CNI.

—Buenos días de nuevo, Estébanez.

No es que sea un secreto a voces, pero todos los miembros de la BEDA saben que estoy a las órdenes de Quintana, aunque desconozcan los detalles. Tampoco es la primera vez que Marcos se

refiere a mí con ese apelativo tan coloquial o con otros similares. Le gusta ir alternando.

—Muy importante tiene que ser la víctima para que los agentes de la casa estéis aquí —añade.

—Ahora lo sabremos. ¡Venga! —lo apremia ella para entrar en la vivienda sin mí.

—Lucía, espera un segundo. —Estiro la mano para sujetar la suya y retenerla antes de que se marche.

—No tengo tiempo, Arrasate. Acaba de llegar el juez. —Levanta la vista y lo saluda—. Fátima y Virginia ya están ahí aparcando. No sé qué orden habrás recibido tú, pero la mía la tengo muy presente. Llama a tu superior.

—Lucía, dentro hay un equipo de la científica y ya está trabajando un forense…

—Te lo repito, soy Báscones —refunfuña—. ¿Por qué habéis empezado? Si ambos estamos en el mismo escenario, ¿qué me estoy perdiendo?

—Solo puedo decirte que este caso no será vuestro. Lo siento.

—No lo sientas —bufa y cambia el peso de pie molesta. Sí, he vuelto a sonar demasiado paternalista—. El caso es nuestro también.

Y hasta que un superior no me ordene lo contrario, nadie me va a impedir que entre ahí con mi equipo y haga mi trabajo, Arrasate.

Es inútil enrocarnos en este punto. Y tampoco me conviene levantar más revuelo ni seguir acaparando las miradas de los demás agentes. Es obvio que la solución a esta dicotomía no la encontraremos en este lugar, sino en una conversación que mantendrán nuestros superiores en un despacho.

Le cedo el paso a Fátima en la puerta de entrada, si se extraña de verme aquí, no comenta nada. En cuanto llega al *hall*, echa un vistazo rápido y se hace una composición del lugar al ver el despliegue de medios.

—Aquí no cabe ni un alma. ¿Solo hay una víctima? —pregunta la forense.

—Sí. Está en la planta de arriba —anuncio y la adelanto en las escaleras para guiarla hasta la habitación donde está el cadáver.

Tiene razón. Dentro hay demasiada gente. Dos compañeros de la científica. El forense y su ayudante. Y Estébanez y Lucía, que observan la escena con detenimiento. Desde aquí puedo escuchar cómo su cerebro hace clic en cuanto les comunican el nombre de la víctima.

—¿Esmeralda Callagham? —Lucía se gira de manera brusca buscándome.

No aparto la mirada de la suya y me limito a encogerme de hombros.

—¿Bolado? ¿Héctor Bolado? —inquiere Fátima cuando ve al forense sobre el cuerpo de la víctima—. ¡Cuánto tiempo!

«Gracias, doctora, por desviar la atención y conseguir que Báscones deje de clavarme ese par de puñales que tiene ahora por ojos».

—Fátima Campos, qué sorpresa. ¿Tan incapaz me crees de hacer mi trabajo que vienes a supervisarme? Mira que, desde aquellas primeras prácticas que compartimos, he aprendido mucho —ironiza él mientras ella muestra una sonrisa comedida.

No me da tiempo a escuchar el resto de su conversación porque Lucía ha llegado a mi lado y con un leve gesto de cejas me indica que salga al pasillo.

—Esmeralda Callagham —repite en esta ocasión sin interrogantes —. La dueña de Luxepic Eventos, Cortex 2020 S. L. y algunas sociedades más con dudoso objeto social. ¿Vas a explicármelo?

—Yo no…

—La hacía recluida en Panamá con su mano derecha, Aldo Ferraz. Totalmente desvinculada de España. Pero a ti no te ha sorprendido que fuera ella la víctima, ¿me equivoco? Por eso estabas abajo conversando con el compañero y no habías subido ni a comprobar quién era en realidad. Ya conocías el dato de su identidad. Fantástico. ¿Qué coño tiene ella que ver con vosotros?

—Báscones, por favor…

—Tengo una curiosidad, Arrasate, ¿qué pensabas hacer con esta información? ¿La ibas a compartir conmigo en algún momento? ¿O ibas a guardártela?

—Te lo repito, no tenía constancia de que la BEDA iba a aparecer aquí. Y, para que conste, la muerte de Esmeralda me ha sorprendido tanto como a ti. —Le rozo la mano derecha de manera sutil, quiero que sepa que estoy siendo todo lo sincero que puedo con ella.

—¿Seguro? —Lucía baja la mirada a nuestros dedos y resopla librando una batalla interna.

En ese instante, abandona la habitación un compañero de la científica y ella se aleja unos centímetros para dejar que corra el aire entre los dos.

—Como bien sabes, tampoco puedo compartir…

—Déjalo. —Levanta la mano delante de mi cara—. Me queda claro que, si Carbonell no me hubiera mandado venir, habría seguido en la inopia. Así sois vosotros, invisibles y opacos. Todo en aras de la seguridad nacional. Me sé la cantinela. Lástima que os haya salido el tiro por la culata y me haya enterado. ¿Vas a contármelo ahora? O será la primera vez en tu vida que no abras esa bocaza que tienes.

—No vamos a hablar de esto aquí —concluyo con firmeza.

Quiero finalizar este debate cuanto antes. Y no se me puede olvidar que tengo que mostrarme inflexible con ciertos temas, aunque enfrente esté ella. Así que espero haber sonado lo suficientemente convincente para que deje de hacerme preguntas que sabe de sobra que no puedo responder ahora.

Que Lucía me ponga entre la espada y la pared no me achanta, es más, una parte de mi raciocinio se esfuma y lo disfruto. Sé que se está conteniendo y que la complicidad de esta conversación abarca más que las cuatro frases que pronuncian nuestras bocas.

No negaré que su mirada inquisidora y la manera tan brutal que tiene de comunicarse a través de los movimientos de su cuerpo no me la hayan puesto dura durante algunos segundos. Sobre todo porque mi mente ha viajado hasta otro escenario muy distinto y las imágenes de ella sumisa y obediente conmigo me han dificultado controlarme.

Manejo información de Esmeralda que ella desconoce. Entiendo que esté sorprendida; su nombre sonó mucho durante la investigación del asesinato de Tamara Olmo. Es lógico que quiera saber más, sin embargo, como bien ha dicho ella antes, tengo que

salvaguardar la seguridad. Y, llegados a este punto, no puedo consentir que una investigación de tal magnitud se vaya al traste por este inconveniente.

Ahora bien, por mucho que Jacobo me haya dicho que estoy al mando, va a ser complicado ser fuerte y demostrar mi autoridad ante ella.

—No puedo hacer nada —dice Fátima, que ha salido a nuestro encuentro—. Bolado ya está con el cuerpo.

Lucía inhala con fuerza y cierra los ojos tomándose unos segundos para decidir el siguiente paso. Cuando los abre, ve que la subinspectora Virginia también está en el pasillo.

—Descartamos la muerte natural —afirma Lucía—. De ser ese el caso, no estaríamos aquí. Ni nosotros ni estos. —Me señala—. De cualquier modo, algo no termina de encajarme. La escena del crimen es demasiado perfecta y está todo excesivamente limpio. Lo más probable es que hayan querido simular un suicidio. Fátima, pégate a Bolado, a partir de ahora eres su sombra hasta que se marche. Fiscaliza cada paso que dé y no te preocupes, pediré que tengas acceso a todas las muestras. Ruiz y Estébanez, hablad con la chica que la encontró, era su secretaria, ¿no?

—Sí, Camila —afirma Virginia—. Camila Montero. Había quedado con ella para ir juntas al aeropuerto esta mañana.

—Espera que lo adivino, ¿viajaba a Panamá? —me pregunta con sorna.

Cabeceo y sonrío.

—Se iba a Praga —respondo.

No he podido seguir mordiéndome la lengua. A la muy cabrona se le curvan los labios, como si supiera que, en el fondo, le resultaría muy fácil hacerme cantar como a un pobre pajarillo.

—Exacto. A Praga. La señorita Montero también iba a acompañarla a ese viaje —apunta Virginia—. Ha venido a buscarla y se la ha encontrado así. Dice que la ha tocado para comprobar si respiraba, así que estarán por ahí sus huellas. Ha entrado con la copia que tiene de sus llaves.

—¿La planta de abajo está igual de limpia? —pregunta Lucía a Virginia.

—Sí. Había estado fuera de Madrid y debió llegar ayer por la tarde. Su despacho estaba abierto. Camila dice que Esmeralda siempre lo dejaba cerrado.

—Echad un vistazo y que os diga si echa en falta algún objeto personal que guardara allí, algún documento… ¿Móvil? ¿Portátil?

—Se lo han llevado los de criminalística —confirma Virginia.

—Iremos a echar un vistazo con Camila y le haremos algunas preguntas —apunta Estébanez—. Hablaremos con los vecinos y con el guardia de seguridad de la urbanización antes de irnos también.

—No será necesario —alego y me gano la atención de todos—. Lo siento, me quedo al mando.

—¿Tú? —preguntan todos excepto Lucía, que se limita a ignorarme.

—Sí. Así que…

—¿Que no perdamos el tiempo? —Lucía termina la frase por mí —. Tranquilo, no te preocupes por nosotros. Estamos aquí para trabajar y eso es lo que haremos. A nosotros nadie nos ha comunicado que tengamos que obedecerte.

—Báscones… —Modulo el tono.

—Arrasate, te recomiendo que llames a Quintana. Dentro de media hora nos vemos en el despacho de Carbonell.

—No sé si Quintana…

—Media hora —repite con tono neutro—. Estébanez, me llevo tu coche. —Se despide de su equipo y con las llaves en la mano baja las escaleras.

—Lucía… —Salgo tras ella.

—Carbonell —me ignora con el móvil ya en la oreja—, ¿estás en tu despacho? No te muevas de ahí, enseguida llego. —Cuelga y llega hasta el Audi de Marcos.

Casi la alcanzo. Aunque lo primero que debería hacer es llamar a Jacobo y ponerlo al día de cómo está la situación e informarlo de la reunión a la que ha sido convocado antes de que sea tarde.

Cuando estoy llegando a la puerta del copiloto, oigo cómo suena el motor con el primer acelerón.

—Te llevo —voceo antes de que se incorpore a la carretera.

—Mejor voy sola.

Estoy a punto de ponerme delante e impedir que se largue así, pero, aparte de que daría el cante, por el rabillo del ojo veo la sombra de un Mercedes negro con los cristales tintados que conozco bien. Se acerca a mi altura y baja la ventanilla del lado del conductor lentamente, así que cambio de idea y dejo que Lucía se marche.

Si ella supiera que la entiendo mejor que nunca…

Mi trabajo ahora es la clase de secreto que puede destruirnos y lo único que nos mantendrá a salvo es que nadie sepa que ella es mi punto débil.

—Buenos días, Marion…

—Buenos días, Yago…

2

LUCÍA

El ascensor se detiene en la última planta. Pensaba que el trayecto en coche hasta aquí sola me serviría para aclarar la mente y despejar algunas incógnitas que no dejan de rondarme la cabeza desde que le he puesto nombre a la víctima, sin embargo, no ha sido así. Lo peor es que a medida que transcurren los minutos me asaltan más dudas, así que solo espero que mi comisario pueda resolvérmelas.

Enfilo el pasillo para dirigirme al despacho de Carbonell y la primera puerta a la derecha, la que da acceso a la escalera, se abre de manera inesperada.

—¡Joder!

Doy un pequeño salto por el susto cuando veo salir a Yago y le dedico una retahíla de improperios que me cuesta un triunfo no expresar en voz alta. Es imposible que haya llegado tan rápido. ¿Y por qué no ha usado el ascensor para subir?

—Bonita coincidencia —susurra.

—Dale la enhorabuena a tu GPS de mi parte por acertar con la ruta más rápida.

Su carcajada se mezcla con el sonido del hilo musical del ascensor, que vuelve a estar en esta planta. Una *cover* de la mítica canción de Roberta Flack, *Killing me softly with his song,* en versión *bossa nova*. ¿Cuándo han sustituido las melodías instrumentales tranquilizadoras por esto?

La secretaria de Carbonell se despide del chico con el que viene conversando y nos alcanza.

—Buenos días, el señor Quintana y el comisario les están esperando en su despacho.

—Gracias.

—Por favor, diles que en un minuto estamos con ellos —le pide Yago.

Ella asiente y avanza por el pasillo. Yo lo miro sin entender nada, entonces abre la puerta de acceso a la escalera otra vez y me da la mano para que lo acompañe. Me gustaría pararle los pies, pero el aire entre los dos se vicia muy rápido, sobre todo cuando me sujeta la cara con las manos y se inclina unos centímetros hacia mi boca. No ha pronunciado ni una palabra todavía, pero sus ojos oscuros y brillantes me suplican que me calme y lo escuche.

La cantidad de horas que deambula por mi casa —cada vez más — me han servido para conocerlo mejor. Su necesidad de tener siempre la razón y no ceder el control pugnan con su sensibilidad emocional, esa que trata de disfrazar bajo algunas capas de testarudez sin demasiado éxito. En otras palabras, Yago es tan transparente para mí que lo veo venir de lejos. Su visceralidad es difícil de controlar y de ahí que la mayor parte de las veces lo delaten sus gestos y movimientos. Por eso sé que ahora la única ley que impera dentro de él es la suya propia, obviando dónde estamos y para qué hemos venido hasta aquí.

—Lo primero, no vuelvas a marcharte así.

—Y lo segundo…

—Esto, joder, esto.

Yago cuela su lengua en el cielo de mi boca y me estrecha contra su cuerpo. Sentirle avasallándome cuando aún estoy procesando nuestra situación respecto al encuentro de hoy no debería encenderme, pero para sorpresa de nadie lo hace. Y mientras lo saboreo libro una batalla contra mí misma y mi escaso control en este preciso instante.

—Llevo queriendo hacer esto desde… —Deja de presionar mi labio inferior y nos da espacio.

—Desde que me he metido en el coche de Marcos, lo sé. Luego ha llegado la rubia del Mercedes negro y, por lo que sea, ha trastocado tus planes. ¿Otra espía? ¿Nueva jefa? ¿Y Quintana?

Mis palabras no le sorprenden, pero la luz de su mirada baja de intensidad. He salido del aparcamiento como alma que lleva el diablo, pero me ha dado tiempo a percatarme de la llegada de esa mujer a través del espejo retrovisor y de su saludo.

—Lucía, por favor, antes de entrar en el despacho de Carbonell, escúchame.

—No, escúchame tú a mí. No sé qué pintamos los dos en el mismo caso, pero esta distancia —balanceo el dedo entre los dos— en el ámbito laboral tiene que ser más del doble. Sabes cuánto valoro mi trabajo. ¿Lo entiendes?

—Por supuesto. ¿Crees que se me ha olvidado por qué estoy con Jacobo y no en la BEDA?

Todavía le escuece que lo apartara de la brigada. Y lo entiendo. Aunque pensaba que después de estos meses lo tendría superado.

—Fue lo mejor y, en el fondo, lo entendiste igual que yo.

—Francamente, lo estoy entendiendo bien ahora.

—¿Qué quieres decir?

—Que sé lo importante que es para ti tu trabajo y mantener a salvo a tu entorno. Pero necesito que entiendas que nosotros estamos primero. Prométeme que lo que pase a partir de este instante con el caso no cambiará nada entre los dos.

Oímos pisadas. Genial, alguien está subiendo. ¿Qué problema tiene la gente hoy con coger el ascensor? Salimos de nuevo al pasillo.

—El caso será de la BEDA, tranquilo. No creo que volvamos a coincidir. De todas maneras, te lo acabo de decir, tú y yo en horario de trabajo no somos…

—Sí somos, Lucía —me interrumpe y me sujeta de la muñeca—. Claro que somos. —Me libro de su agarre—. Somos nosotros, puedes empezar a asumirlo. En horario laboral y fuera de él. Eso no admite dudas. Sin embargo, ambos sabemos que es mejor aislar nuestra relación para que nuestras capacidades no se vean mermadas mientras trabajamos. Por eso tienes que prometerme que

todo lo que tenga que ver con el caso de Esmeralda Callagham no interferirá en nosotros. —Me vuelve a suplicar con la mirada mientras espera mi respuesta—. Prométemelo.

Lo miro absorta. ¿Nosotros? Tardo unos segundos en apartar la vista de sus ojos. Flaqueo.

—Te lo prometo —siseo de manera apresurada cuando vuelve el trasiego de gente. Tenemos una reunión a la que acudir.

Cuando llegamos a la mesa de Paula, la puerta está cerrada, pero la conversación a voces entre Carbonell y Quintana nos llega alta y clara.

—Deberíais esperar un segundo… —nos pide ella.

—¡No me jodas, Carbonell! ¿Crees que a mí me gusta acatar órdenes sin preguntar? —espeta Jacobo—. Necesito saber por qué queréis el caso.

—Las órdenes vienen de arriba, Quintana. No tengo más argumentos, pareces nuevo. Monasterio me ha dejado muy claro que la investigación de la muerte de la señora Callagham es para la BEDA. Ya sabes lo mediático que fue el caso de Tamara Olmo, me imagino que le habrán presionado para que no deje este cabo suelto.

Miro a Yago y le guiño un ojo. Mi comisario rara vez levanta la voz, pero, cuando lo hace, suele dictar sentencia.

—No es un homicidio estándar —confirma Jacobo y ahí está la clave de su presencia en este asunto—. El caso cumple con los criterios para ser investigado por nuestra unidad.

—Unidad Especial Nexus —comenta mi comisario, y vuelvo a mirar a Yago arqueando una ceja, este se limita a asentir.

Así que es ahí donde está trabajando Yago.

—Exacto. Estoy al mando de esa unidad. Y, ahora mismo, estamos en medio de una investigación internacional de gran envergadura. Por ese motivo no se puede extirpar una pieza tan importante así, sin más. ¡Es de cajón!

—Será mejor que entremos antes de que esto empeore —comento y sujeto el pomo de la puerta para abrir sin llamar antes.

No es la primera ni la última vez que lo hago. La cara de Paula al ver mi intención es la de siempre.

—¡Fenomenal! Ahora ya estamos todos —suelta Jacobo al vernos.

—Lo siento, señor comisario —se disculpa Paula por mi intromisión.

—No pasa nada, sentaos —nos pide Carbonell.

Hacía mucho tiempo que no lo veía tan serio.

Yago y yo tomamos asiento en la misma disposición que lo hicimos el día que nos conocimos en este mismo lugar. No me puedo creer que haya pasado así de rápido el tiempo. Me da la impresión de que él también se está acordando de lo mismo, porque, pese al careto de mala hostia de su jefe, me mira de soslayo y sonríe.

—¿Nos vais a explicar qué cojones pasa? —pregunto sin rodeos.

—¿No te ha informado tu *amigo*? —El tono que emplea Jacobo me enerva.

Él sabe que entre Yago y yo hay algo, sin embargo, nos pidió discreción. Y nos advirtió de que lo mejor para todos era que nos ahorrásemos los detalles. Mi comisario, en cambio, no tiene ni idea de que mantengo una relación con él, aunque tampoco es ningún iluso y cuando Yago salió de manera repentina de la brigada tuvo que intuir algo.

—No, Quintana —asegura Yago.

—La orden fue clara, Arrasate.

—Estaba al frente hasta que han llegado Báscones y su equipo.

—He llegado siguiendo las órdenes de mi comisario. —Me dirijo solo a Quintana ahora—. Te lo recuerdo, porque igual se te ha olvidado que no estoy bajo tu mando.

—Vamos a tranquilizarnos todos —interviene Carbonell.

—Bolado ya está con el cadáver y la agente Fournier… —le informa Yago.

—Lo sé —le interrumpe Quintana.

¿Fournier? Vale. La rubia es otra compañera. Apellido francés, color de pelo rubio natural… Parece que la unidad es igual de internacional que la investigación.

—¿Puedes echarle la bronca a tu *agente* luego? —lo apremio—. Porque vuestra movida interna no tiene nada que ver con mi brigada.

—Báscones… —me riñe mi comisario.

—¿Qué? Solo lo digo porque me gustaría salir de aquí cuanto antes para empezar a trabajar en el caso. Aunque estoy dispuesta a escuchar toda la información que quieran compartir conmigo.

—Escuchadme todos, por favor —se aclara la voz Carbonell—. La investigación del asesinato de Esmeralda…

—¿En serio nos lo van a quitar? El nombre de Esmeralda ya apareció en el caso de Tamara Olmo. Y, aunque el asesino de la cría está entre rejas, le corresponde a la brigada investigar este otro crimen. Intuyo que estamos solo ante la punta del iceberg y que debajo hay mucho más material por destapar.

—Intuyes bien, Báscones —confirma Jacobo—. Por ese mismo motivo, el caso no debería ser vuestro.

—¡Venga ya, Quintana! Siempre igual. Primero fue el puto fiscal, ahora ella… ¿Quién coño era realmente la señora Callagham? Porque, hasta donde yo sé, solo nosotros la teníamos en el punto de mira.

Me basta con fijarme en Yago dos segundos para adivinar lo que ocurre aquí. Soy tonta, cómo no he caído antes.

—Esmeralda era… —se adelanta Yago.

—Vuestra confidente —afirmo—. ¿Desde cuándo? —Silencio—. Como nos sacáis de la investigación, no vais a compartir nada más, ¿verdad? Perfecto. —Las patas de la silla chirrían cuando la arrastro para levantarme.

—Lucía, siéntate, por favor —me pide Carbonell.

—Estoy bien de pie.

—Hay cosas que no cambian —masculla Quintana.

—Así es —replico.

—¡Basta! Yo también tengo prisa. Lo que pretendía decir antes —interviene mi comisario— es que la investigación del asesinato de Esmeralda nos compete a todos y por eso la orden ha sido absolutamente clara. Quintana, entiendo tus reticencias, porque es obvio que vuestra investigación tiene una magnitud…

—Inconmensurable —bufa Jacobo.

—Pues es lo que hay. Y hasta que se aclare si la muerte de la señora Callagham está relacionada o no con su condición de

confidente de la Unidad Especial Nexus, nos toca trabajar de manera conjunta. Mira el lado positivo —se dirige a Quintana de nuevo—, así se podrán llevar a cabo las dos líneas de investigación y aunar esfuerzos.

—¿Nosotros con la BEDA? —inquiere Yago para asegurarse.

¿Juntos? ¿Otra vez? No me lo puedo creer.

—Será una broma, ¿no?

—No —confirma Jacobo—. Y, me reitero, esto se hace en contra de mi criterio.

—¿No eres el jefe de la Unidad Especial?

—Lo soy.

—Entonces, ¿quién te obliga?

—Las órdenes vienen de donde vienen —afirma Carbonell—. Y eso es todo lo que tenéis que saber.

—Entiendo. A mí también me gustaría dejar claro que no me entusiasma esta cooperación. Sobre todo porque no estaremos en igualdad de condiciones hasta que no nos informéis de en qué punto está vuestra investigación y la implicación de la señora Callagham en la misma. Te conozco, Quintana, y sé que esa información me va a llegar sesgada. Muy sesgada.

—No me jodas, Báscones. Compartiremos con la brigada solo la información relevante para la resolución de la muerte de nuestra confidente.

—Insuficiente.

—Es lo que hay, Lucía —insiste mi comisario.

—¿Y quién estará al mando? —pregunta Yago.

—Tú no —suelto y él se ríe. Como si estuviera esperando mi respuesta. Fantástico, ¿esto le hace gracia? A mí ni pizca.

—Por mayor rango debería estar Báscones al mando —admite Jacobo—. Pero, como esta colaboración es excepcional, no va a haber un mando único. Tú seguirás al frente de la brigada y Yago estará al frente de la unidad. De igual a igual.

—Quintana y yo supervisaremos vuestros avances.

—Así mantendremos informados a Monasterio y a Allende, nuestros respectivos superiores, para que se queden tranquilos —apuntilla Jacobo con desdén.

Me queda claro que este marrón no quería comérselo.

—Está bien, ¿dónde nos ubicaremos? —pregunta Yago.

—Aquí, en el sótano uno —afirma el comisario—. Os han habilitado una sala grande, de las recién reformadas. Está completamente equipada y tiene el tamaño perfecto.

—Preferiría seguir en el piso.

—Por mí no hay problema —comenta Yago—. Si queréis que vayamos allí, nos adaptamos.

—Mejor en este edificio —Carbonell no cede—. Es más fácil entrar y salir de aquí sin llamar la atención demasiado. No hace falta que os recuerde que todos nos jugamos mucho con esta *colaboración*.

—Solo espero que esto salga bien y que nadie la cague. ¿Me has oído, Báscones?

—Perfectamente, Quintana. Pero, como has podido comprobar, me he reformado. Aunque, si lo que te preocupa es que alguien la cague, deberías entrenar mejor a tus agentes, porque de *invisibles* tienen poco.

Jacobo mira a Yago y este me mira a mí.

—No lo dice por mí —aclara Arrasate.

No, lo he dicho por la del Mercedes negro.

Ahora sí que me voy hacia la puerta.

—Iré a la brigada e informaré al equipo de las novedades. Imagino que vosotros tendréis que ir a esa nave industrial que vende chorizos que tenéis como tapadera —ironizo.

—Imaginas mal —replica Yago y no me pasa desapercibida su sonrisa más gamberra.

Sí, definitivamente le hace gracia que tengamos que trabajar juntos.

—Está bien. Coordinaos y mantenednos informados —nos pide Carbonell.

—Así será —respondo.

—Por cierto, Lucía, ya está aprobada la nueva incorporación de la brigada. Mañana a primera hora estará aquí —me informa mi comisario.

—Justo a tiempo —respondo y abandonamos el despacho.

Jacobo se disculpa porque tiene que atender una llamada y decide bajar por las escaleras. Otro más. Quizá yo también debería bajar por ahí. Estar en un cubículo tan pequeño como es el ascensor con Yago no me conviene en absoluto. Y menos después de saber que vamos a compartir… ¿casi todo?

—¿Nueva incorporación? Así que me has buscado un sustituto, ¿eh?

—Ya sabes lo que dicen: a rey muerto, rey puesto. —Pulso la tecla para bajar al garaje, él la de la planta baja.

—Mientras solo sea en la BEDA… —me susurra.

—A ver, no sé, de momento es en la brigada. Para lo demás tendría que preguntárselo.

—Cabrona. ¿No me vas a decir quién es?

—Mañana a las nueve en el sótano uno sales de dudas.

—¿Y no puedes adelantarme nada esta noche cuando te prepare la cena?

—No vas a prepararme la cena hoy, Arrasate. Y tampoco te vas a quedar a dormir en mi casa.

—Por supuesto que dormiré contigo hoy. Hemos prometido que nada de esto va a afectarnos. ¿Lo recuerdas?

—Vagamente… —miento.

El ascensor se detiene en la planta baja y las puertas se abren.

—No te preocupes, como agente de la casa que soy —se vanagloria mientras deja un pie dentro y otro fuera—, conozco decenas de tácticas para grabártelo a fuego. Y sabes lo mejor, que, conociéndote, las disfrutarás. Todas.

—Imbécil —siseo.

—A las diez. Seré puntual.

3

LUCÍA

El mes pasado mi padre decidió deshacerse de su viejo tocadiscos Lenco y, en ese instante, mi hija dictaminó que quedaría *increíble* en mi salón para matar la impersonalidad del espacio. Lo dijo así, con esas palabras sacadas de la cuenta de alguna *influencer* erudita en diseño de interiores. Y, como no podía ser de otra manera, ese mismo día, encontró su nueva ubicación al lado de la única planta que aún sigue con vida en mi casa.

La selección de vinilos que trajimos fue consensuada por las dos. De vez en cuando mi hija siente curiosidad por explorar pinceladas de aquel mundo tan lejano que habitamos antes de volvernos medio gilipollas con la llegada de la era digital.

Coloco la aguja sobre el disco *Coda* de Led Zeppelin y saco un vaso de cristal del armario antes de ir al congelador a por la botella de vodka. Hacía tiempo que no sentía la necesidad de abandonarme a la bebida espirituosa de alta graduación antes de la cena. Sin embargo, los acontecimientos del día no han dejado de ponerme a prueba.

Esta mañana, en la reunión en el despacho de mi comisario, he tenido que hacer acopio de todo mi autocontrol para no mostrar el cabreo monumental que he sentido al conocer la buena nueva que nos tenían preparada. No solo porque me conozco y sé que no me sentiré cómoda trabajando con desconocidos, sino porque esta colaboración que las altas esferas ha diseñado y ordenado no

termina de cuadrarme. Ni a mí ni a mi pequeño círculo de confianza, de ahí que mi equipo no haya dejado de acribillarme a preguntas cuando les he expuesto nuestra nueva situación.

Y luego está él. Yago. Hace solo unas horas estábamos despertándonos en mi cama, desayunando con mis compañeros en el Colorado y ahora… Ahora es el agente Arrasate de la Unidad Especial Nexus. Si ni tan siquiera sabía en qué estaba metido desde que salió de la BEDA. Es cierto que los dos creímos que era mejor así, yo no preguntaba y él tampoco me contaba nada. Pero, zas, ahí está la vida lista para sorprendernos. Y para reubicarnos, porque es justo lo que vamos a tener que hacer.

A priori, barajo dos opciones. La primera, que la muerte de Esmeralda Callagham esté relacionada con su papel como confidente y solo sea un pequeño fragmento de la investigación a gran escala de Nexus. La segunda, que se trate de un simple homicidio, como otros que ocurren a diario en la ciudad. El problema es que dilucidarlo va a ser complicado. Muy complicado. He notado lo reacio que se ha mostrado Quintana con esta colaboración, lo que me lleva a pensar que hay mucho más detrás que se están guardando. ¿Y el interés de los superiores para que llevemos el caso de manera conjunta? ¿Monasterio también está recibiendo órdenes? ¿O es pura muestra de poder? ¿Y Allende? ¿Qué temen?

Me estoy perdiendo algo.

En la cocina me sirvo el vodka y bebo dos pequeños tragos seguidos. El primero para abrir el paladar. El segundo para calmarlo.

Volver a trabajar con él es una locura. Chocaremos, seguro. ¿Será capaz de controlar su impulsividad? ¿Aplacará él la mía?

Aunque lo que peor llevaré serán las mentiras, porque las habrá. Los dos somos tenaces y queremos encontrar la verdad, y no solo la de la superficie. Intuyo que por ahí pueden ir los tiros en la reticencia de Quintana, sabedor de que, dándome alas en la investigación, aunque sea solo a una mínima parte, no me quedaré satisfecha hasta que lo averigüe todo.

¿Y nosotros? Él no estará bajo mi mando ni yo bajo el suyo, lo que nos coloca en una posición de igual a igual. Deberíamos ser capaces de separar lo personal de lo profesional. Deberíamos.

El simple hecho de estar aquí bebiendo sola y dándole tantas vueltas ya me molesta. Me molesta que me afecte tanto.

Empieza a sonar *I can't quit you baby* cuando oigo el timbre. No me hace falta acercarme a la mirilla para saber quién es.

De camino al salón, abro la puerta.

—Báscones.

—Arrasate, te he dicho que no vengas.

Su mirada me recorre entera. Mi cuerpo reacciona y, entonces, su sonrisa se ensancha. No le culpo, esta camiseta blanca translúcida y de dudosa procedencia deja muy poco espacio a la imaginación.

—Y yo te he dejado claro que iba a venir.

—¿Te ha dado permiso la francesa?

Sonríe. Mucho más ampliamente que antes. Y yo me muerdo el labio, porque me están entrando unas ganas locas de abalanzarme sobre su boca y borrarle esa mueca con los dientes.

—¿Tienes preguntas?

—Solo algunas.

—Mientes. De todas formas, las respuestas, mañana a las nueve en el sótano uno. Era así, ¿no?

—No te pases de listo.

—Venga, que esto se enfría. —Levanta la bolsa de papel que trae en la mano derecha y me retiro para que entre.

—Tú también has mentido. Llegas tarde. Y me has dicho que harías la cena, no que la ibas a traer hecha.

—Tienes razón, pero se me ha complicado la tarde. Pero, si te portas bien, igual te adelanto algo de información con el postre. —Se inclina y me da un beso rápido en la boca, aunque lo suficientemente profundo para que lo saboree.

—No como postre.

El sonido de sus carcajadas se difumina cuando me da la espalda y empieza a trajinar. Observo cómo se desenvuelve con soltura en este minúsculo espacio, dejando su huella y su bendito olor en cada partícula de aire que nos rodea.

—¿Vino? —me pregunta cuando ya ha servido dos platos de *risotto* de champiñones y parmesano y los coloca encima de la isla.

—Vino. Si prefieres otra cosa…

—No, pero tú igual querías seguir con el vodka y con Led Zeppelin a todo trapo.

—Quizá debería. —Abro la nevera y saco la botella de Matarromera blanco que trajo el domingo.

—¿Qué te preocupa? —Me estrecha entre sus brazos haciendo que pegue el trasero a la isla.

Su calor y su olor combinados consiguen rebajar la tensión que soportaban mis hombros y termino laxa sobre su cuerpo, moldeado para encajar el mío.

¿Puede una persona transmitir tanta quietud y perturbarla al mismo tiempo? Yago sí.

—No me hace especial ilusión esta colaboración. Y el caso es importante, tampoco quiero dejarlo en vuestras manos exclusivamente. Me gusta mi trabajo, pero no quiero que trabajemos juntos.

—Lo sé. Confía en mí, Lucía.

—Lo intentaré. ¿Nexus? Suena importante. Suena la hostia de importante.

—Y lo es. Y una gran oportunidad, sobre todo si sale bien. Pero recuerda que los dos quedamos en que era mejor no saber en qué andaba metido el otro.

—No te estoy echando en cara que no me lo contaras. Es solo que ahora sé que estás ahí y…

—¿Tienes miedo? ¿Por mí?

—¿En tu *unidad especial* todos tienen el mismo ego que tú?

—Mañana a las nueve en el sótano uno podrás comprobarlo.

—Imbécil.

Intento escabullirme.

—No huyas. —Me abraza y hunde la nariz en mi cuello—. Sé lo que quieres decir y cómo te sientes. No pasa nada. Es normal y no quiero que te preocupes. Lo cierto es que es la primera vez que te veo así por nosotros, y me flipa, y me la pone muy muy dura también. —Aproxima su cadera para que compruebe que no miente. Yo me limito a bufar, pero en el fondo el deseo es más poderoso—. Que estés así significa que por fin eres consciente de lo que somos,

algo que yo tengo muy claro desde hace semanas. No pasa nada por reconocerlo, Lucía.

—Es la primera vez que me asusta tener que lidiar con nosotros dentro y fuera de casa —confieso.

—Ven aquí. —Me sujeta la cara con las manos y me besa. Esta vez transmitiéndome el doble de esa calma que me ha quitado antes restregándose contra mí.

—Será mejor que vayamos a cenar. —Separo nuestras bocas.

—Antes de que se enfríe, sí. Pero recuerda nuestra promesa. Nosotros primero.

Él se encarga de llevar los platos al salón y yo las dos copas de vino. Antes de sentarse, va a la entrada para descalzarse y dejar su pistola.

Cuando regresa, quita la aguja del disco, que ya había terminado, y nos sentamos en la alfombra delante del sofá para cenar sobre la mesa baja.

—Tengo una duda, ese es el último álbum que publicó la banda en 1982, cuando ya se había disuelto y todo. Tú no eras ni el anteproyecto de un posible embrión. ¿Cómo sabías que era Led Zeppelin?

—Ya sé que no hablo mucho de ellos, pero recuerda que tengo dos hermanos mayores de tu misma generación. Aunque vosotros tampoco los escuchasteis al nacer, así que casi podría hacerte la misma pregunta. ¿Sabes lo que también tengo?

—Aparte de una buena erección todavía —señalo su paquete y me relamo con malicia—, ni idea.

—Cultura musical. Ahora cena. Cuanto más rápido mejor, que así enseguida te la comes de postre.

4

YAGO

Soy el último en llegar. Lo sé porque hace dos minutos he recibido un mensaje de Marion en el que me comunicaba que solo faltaba yo y que el ambiente no era el más distendido.

No sé por qué he sonreído al leerlo. Quizá porque me he imaginado la calurosa bienvenida que le ha dado Báscones a mi nueva compañera.

Anoche no quiso que me quedara a dormir con ella por más que insistí. Tampoco es que yo pretendiera venir de la mano hoy a trabajar, pero no hubiera pasado nada si nos hubiésemos despertado juntos. Sabe que acortar nuestro tiempo a solas nunca será mi elección. Así que salí tarde de su casa y, cuando llegué a la mía, se me olvidó poner una maldita alarma. Y, aunque desde temprano he oído el trajín en el baño y en la cocina de Celia y Roque, y el murmullo de su conversación, no he sido consciente de que había llegado la hora de levantarme hasta que he escuchado el sonido de la puerta al cerrarse. Últimamente, apenas coincidimos los tres.

Cuando entro en el edificio de la comisaría, voy directo a las escaleras para bajar al sótano uno. Lo cierto es que no tengo ni idea de dónde está nuestra nueva ubicación y este laberinto de pasillos, con infinidad de puertas a ambos lados, no me facilita la tarea.

Después de dos intentos fallidos, enfilo el pasillo central y me detengo delante de la penúltima puerta a la izquierda. La placa que está colgada al lado del marco dice: Sala N. Aquí es. La voz grave de

Estébanez hablando con alguien al otro lado me lo confirma. Un momento. Y esa otra voz… me suena mucho. ¿Y si ya conozco al nuevo miembro de la brigada? No. Imposible. No puede ser él. Porque alguien habría tenido la decencia de contármelo, ¿verdad?

Como la puerta no está cerrada del todo, mientras empujo con suavidad pienso en lo que alegaré por mi tardanza.

—Ahórrate la excusa, Arrasate. Llegas veinte minutos tarde —me recrimina Lucía sin darme tiempo a saludar.

Ese tono… Cómo me gustaría darle la réplica en este instante, delante de todos, y cerrarle esa boca con la mía. Me fijo en que hoy viene entera de negro, vaquero ajustado y esa camiseta que realza su pecho. Intimidante y guerrera. Con el pelo suelto. Solo hay que fijarse un poco para saber que ya se lo ha revuelto varias veces. Está nerviosa, o tensa, como lo entiendas mejor.

—¿El GPS ha elegido la ruta más larga otra vez? —se mofa Virginia.

También debería responderle a ella, o mandarla a la mierda, pero el capullo rubio que tengo justo delante, que sonríe de oreja a oreja, se gana toda mi atención.

Metro ochenta y cinco, ojos azules, espalda de nadador y sonrisa de suficiencia en la cara. Con ese bigotillo poblado que luce hace tres semanas, todavía parece más mamón; Celia opina que le da un aire mucho más atractivo y que está cañón. Afirmación que no comparto. Menudo capullo, dejó caer que quería formar parte de la brigada y al final lo ha conseguido.

—Buenos días, agente Arrasate. Soy Roque García, el nuevo miembro de la BEDA. —Me tiende la mano como si no nos conociéramos—. Encantado.

—Puto imbécil —susurro y me acerco a darle un abrazo, con palmadas incluidas en la espalda de alta intensidad—. ¿No pensabas contármelo nunca? —Marion, que está sentada en la cabecera de la mesa, se fija en nosotros sin entender nada—. ¿Y esto? —me dirijo a Lucía en busca de una explicación.

Ella ignora mi pregunta y se coloca entre la mesa y la pared del fondo impaciente por comenzar la reunión.

Genial. Me queda claro desde ya que trabajar juntos va a ser más complicado de lo que imaginaba.

—Buenos días a todos. —Me sitúo a su lado, de pie—. Siento el retraso. Y no, no tengo ninguna excusa decente, salvo que llegué muy tarde a mi casa.

—¿Una mala noche? —pregunta Roque, y ya me entran ganas de estrangularlo.

—A medias —mascullo, y acaparo las miradas de todos.

Roque se descojona. En cambio, Ruiz y Estébanez alternan su mirada de Lucía a mí y se contienen al ver cómo se le ha hinchado la vena del cuello a la inspectora.

—¿Has terminado? —zanja Lucía mirándome a los ojos visiblemente mosqueada—. Cuando el agente Arrasate quiera, podemos empezar.

Se da la vuelta y escribe en la pizarra en mayúsculas el nombre de la víctima. Esmeralda Callagham.

—Creo que antes de empezar debería presentaros a mi compañera de la Unidad Especial Nexus.

La cabeza ahora mismo me va a mil por hora. Ordeno y proceso toda la información que tengo sobre la investigación, porque debo ser cauto a la hora de compartirla. Me lo ha advertido Quintana en la llamada que me ha hecho mientras venía hacia aquí, lo que ha añadido más presión a mi coco. Sé que no tienen por qué saberlo todo, pero conociendo a Lucía es obvio que no se va a conformar con verdades a medias.

—Estaría bien, sí —apuntilla Roque.

—No hace falta, debido a tu ausencia, ella misma lo ha hecho antes —argumenta Lucía.

—Ya he dicho que lo siento. Entonces, ¿podemos empezar? ¿O tengo que seguir fustigándome por el retraso? ¿Quieres darme tú los latigazos?

Mierda. No puedo perder los papeles tan rápido.

—¿Nos dais un minuto? —Lucía me hace un gesto con la mirada para que salga de la sala con ella.

Marion está muy perdida. Los demás disfrutan del espectáculo. Nada con lo que no contaran, seguro.

En cuanto salimos de la sala, da un sonoro portazo.

—¿Qué problema tienes, Arrasate?

—¿Yo? Ninguno. Pero tú tienes que aflojar un poco, Báscones.

—¿Aflojar? Llegas tarde. Sabes lo poco que me gusta esta colaboración y encima me dejas sola con un miembro de tu unidad que, para más coña, es una agente del servicio de inteligencia francés. Nos ha informado de que faltan otros dos compañeros, también extranjeros, que llegarán esta tarde. Un agente mexicano con larga trayectoria internacional y una agente belga de la Europol. ¿Tantos países implicados? ¿Qué estáis investigando?

—Lucía, calma, por favor. Todo a su debido tiempo.

—Ni calma ni nada. Encima, cuando llegas, te pones a hacer el gilipollas con Roque. Sabía que me iba a arrepentir de esto, pero no pensaba que fuera a hacerlo tan rápido.

—Roque. Roque es el puto nuevo miembro de la brigada. ¿Qué quieres? Habérmelo contado ayer y hoy ya lo tendría asimilado.

—Baja la voz.

—Sí, la bajo. Pero ahí dentro no eres mi jefa y tampoco estoy al mando. Ya oíste a Carbonell y a Quintana, esto es un marrón *compartido*. ¿Crees que yo no tengo presión? Pues te equivocas. Así que, si quieres que esto funcione, tienes que dejar de estar a la defensiva todo el rato. Mírame. —Llevo la mano a su mandíbula y se la levanto para que no me rehúya la mirada—. Quieras o no estamos juntos en esto y tienes que confiar en mí, por favor.

Me inclino para darle un beso en los labios, pero ella se escabulle en el último segundo y abre la puerta para volver a la sala. La sigo y tomo la palabra.

—Está bien. Vamos a empezar. Como ya os habrá comentado la inspectora, mis compañeros y yo pertenecemos a la Unidad Especial Nexus, en la que trabajamos de manera conjunta con agencias de inteligencia de varios países. Ella es la agente Marion Fournier, de la DGSE francesa. —Asiente para volver a saludarlos—. Mañana llegarán los agentes Diego Mendoza y Lena Gruber. Nuestra unidad lleva un tiempo investigando una red internacional de tráfico de personas. Estamos aquí con vosotros porque Esmeralda Callagham,

de la que vosotros ya teníais referencias por el caso de Tamara, era nuestra confidente.

Me giro y anoto junto a su nombre la palabra confidente y la rodeo con un círculo en rojo.

—¿Desde cuándo? —pregunta Virginia.

—Desde hace mes y medio aproximadamente. Dimos con ella casi por casualidad cuando regresó de Panamá. Teníamos información que la relacionaba con el círculo de uno de nuestros investigados: Tariq Vernet.

—Yago… —me advierte Marion para que no hable más de la cuenta.

Le hago un gesto con la mano para que me deje seguir. Escribo el nombre del franco-saudí al lado del de Esmeralda.

—Solo los estoy poniendo en contexto.

Lucía masculla algo ininteligible a mi lado. Me giro para que me mire a los ojos y entienda que estoy tratando de equilibrar la balanza.

—Cuando Esmeralda llegó a España, procedimos de inmediato. Sus operaciones con Luxepic y el resto de su entramado no eran simplemente dudosas, eran delictivas. Contábamos con evidencias documentales y testimoniales que la vinculaban con la red, lo que garantizaba la viabilidad de su imputación.

—Entonces aparecisteis vosotros y le ofrecisteis impunidad a cambio de su colaboración —apuntilla Lucía.

—Así es. Solo aceptó colaborar por ese motivo.

—¿Y creéis que su muerte tiene que ver con vuestra investigación? —inquiere Roque ya en modo profesional.

—Probablemente sí —añade Marion—. Pero, si están ustedes aquí también, quizá estemos equivocados.

—No hacen falta tantos formalismos —la corrige Lucía—. Puedes tratarnos de tú. Sería bueno también que compartierais todo lo que manejáis sobre la red, no solo nombres. Eso nos facilitaría hacernos una idea de por dónde se movía ahora Esmeralda, su círculo, sus amistades, sus posibles amenazas…

—Con mis debidos respetos, inspectora —intercede Marion—, no solo la seguridad nacional de varios países está en juego, también

las relaciones diplomáticas entre ellos y su política exterior. Como comprenderá, hay información clasificada que no podremos compartir.

—Pero estamos aquí para ayudarnos los unos a los otros. ¿No es así? —inquiere Estébanez.

—Por supuesto —confirmo—. Además, es importante que demos cuanto antes con el asesino o la asesina de Esmeralda.

—Por fin coincidimos en algo. Cuanto antes lo resolvamos, antes acabará esta colaboración —comenta Lucía con su tono defensivo de nuevo—. Pero vamos a ser claros, la brigada está aquí para encontrar al asesino o asesina de Esmeralda, que puede estar relacionado con el hecho de que ella fuera vuestra confidente o no. Sin embargo, vuestra unidad solo está aquí para seguir obteniendo información relevante para la investigación que tenéis entre manos. Realmente, os importa una mierda quién ha acabado con la vida de la señora Callagham. Esto solo es un medio para un fin. Vuestro fin.

—Usted lo ha dicho —apunta Marion y la mirada que le dedica Lucía es paralizante—. Perdón, tú lo has dicho.

—Báscones… —la reprendo, aunque no me atrevo a mirarla.

—Todo aclarado, Arrasate. Podemos empezar. Hasta que tengamos la autopsia, lo mejor será que la brigada prepare un informe preliminar con lo que hemos recabado hasta ahora.

—Ayer echamos un vistazo al despacho de Esmeralda con Camila —nos informa Virginia—. No echó en falta nada importante. Solo el portátil, pero porque se lo llevaron los de criminalística. Los cajones de su mesa estaban abiertos también, aunque nos dijo que esos nunca los cerraba. El despacho estaba pulcrísimo. —Nos mira a Marion y a mí intuyendo que pasamos antes que ellos por allí—. Le hicimos algunas preguntas, pero se mostró esquiva y con prisa. Nos dijo que ya había hablado con nuestros compañeros cuando llegaron y que, como su madre está hospitalizada, no podía quedarse más tiempo.

—Habrá que leer la declaración que hizo a los compañeros, pero, aun así, tenemos que hablar con ella. Era una de las personas más cercanas a la víctima y me pareció que estaba demasiado entera. La excusa de estar ocupada cuidando a su madre no me sirve. Si se iba

a ir con Esmeralda a Praga, no iba a estar cerca de su progenitora en unos días —argumenta Lucía.

—Incluiremos en el informe la declaración del guardia de seguridad de la urbanización, aunque no es muy relevante. Los vehículos que acceden por la noche normalmente son los autorizados y la barrera se abre de manera automática —explica Estébanez—. Por privacidad, muchas de las cámaras de vigilancia de las zonas comunes están apagadas, solo son disuasorias. Nos confesó que estaba viendo una serie en su tableta y que no se fijó demasiado en quién entró ni en quién salió.

—Está bien. —Lucía asiente—. Necesitamos que vuestra unidad prepare otra carpeta con la información que sí podáis compartir.

—Sed generosos, no os cortéis —nos anima Estébanez.

Virginia y Roque se ríen.

—¿Estás de acuerdo, Arrasate? —Lucía me busca.

—Mañana a primera hora lo tendréis.

—Pues al lío —sisea la inspectora con su tono habitual.

5

LUCÍA

—Ponme otro café, Kevin. —Fátima levanta su taza vacía y se la muestra.

—Marchando. —Toma nota él.

—¿Otro? Apenas son las ocho, Fátima —la reprendo—. Tienes que aflojar.

—Lo sé, lo sé. Pero es que las últimas veinticuatro horas han sido como una montaña rusa. Uf, no contaba yo con esta sacudida emocional ahora.

—Pues la cafeína no te hará bajar de ahí. Y es triste que te lo tenga que recordar yo siendo tú la doctora. Así que controla, por favor.

—Que sea descafeinado, Kevin. Y trae otra tostada completa. Aunque no debería, porque este vaquero cada día me aprieta más. ¿Tú quieres algo?

—No, gracias. Solo quiero que te relajes. —Poso mi mano sobre la suya y le doy un leve apretón—. Y si llego a saber que te ibas a alterar así, no te habría obligado a ir con él.

Exigí a Carbonell la participación de Fátima en la autopsia de Esmeralda junto al doctor Bolado. Por eso, durante estas últimas horas, ha estado trabajando codo con codo con el que fue su excompañero de facultad y, por lo que veo reflejado en su mirada cada vez que lo menciona, algo más.

Así que, como ya han terminado la autopsia, he quedado con ella en el Colorado para desayunar antes de ir a la reunión. Será la segunda de este híbrido extraño que formamos la BEDA y Nexus. El liante de Roque nos bautizó ayer como BEXUS, por eso de abreviar, contando con el beneplácito y la complicidad de Virginia, que, para sorpresa de todos, le ha dado una cálida bienvenida al rubio, nada que ver con la que le dio a Arrasate.

El aroma del segundo café recién hecho que le sirve Kevin inunda el aire. Al final, me apiado de ella y divido la tostada con tomate y aceite para comernos la mitad cada una. Fátima se apoya en el respaldo del asiento y suspira hinchando el pecho.

—No me has obligado, Lucía. —Suelta el aire despacio—. Tenías razón. Yo… tenía que hacerlo por la brigada. A mí tampoco me gustó llegar al lugar del crimen y encontrar a alguien haciendo mi trabajo. El problema es que me hubiese encantado que no fuera Bolado, aunque es muy bueno en lo suyo. Demasiado bueno… —sisea.

—¿Y eso te turba? ¿Su profesionalidad? —Levanto una ceja esperando.

Sé que se muere de ganas de contármelo, pero al mismo tiempo es como si estuviera paladeando los recuerdos a la vez que muerde la tostada.

Fátima se queda mirando la espuma del descafeinado y tarda en responder.

—No. Es solo que él…, él y yo… —busca la palabra con la mirada perdida en un punto fijo de la calle— tuvimos un intento de algo.

—¿Podría especificar un poco más, doctora Campos? —la azuzo.

—Es que quedó indefinido. Tonteamos. Me ponía mucho. A mí y a todas, porque estaba buenísimo. En realidad, lo está. Pero él era un alma libre, muy libre. Organizaba las fiestas más épicas de la facultad. Los lunes no aparecía por clase. Los martes quedaba con él en la biblioteca y estudiábamos juntos. Los miércoles ya empezaba a pensar en la siguiente juerga. Era muy inteligente, en clase siempre hacía las preguntas correctas y a los profesores los tenía encandilados. A ratos me hacía creer que podíamos ser algo más que amigos, sin embargo, siempre nos quedamos en el casi. Yo no era tan idiota como aparentaba y en aquella época también conocí a

Mario, que era todo lo contrario a Héctor. Me transmitía… seguridad. Bolado y yo hicimos las prácticas juntos y una noche…

—¿Follasteis?

—¡Qué dices, descerebrada! Y baja el tono, que te va a oír hasta la madre de Kevin que está en la cocina.

—Venga, no te andes por las ramas, ¿qué pasó?

—Nos fuimos a tomar una copa juntos a un tugurio de unos amigos suyos y ahí, sentados en una mesa ridículamente pequeña, mientras bebíamos y hablábamos, me metió mano y aquello fue… ¿No hace aquí mucho calor? —Se abre un botón de la camisa y se da aire con la servilleta.

Me río.

—Calor el que genera tu mente, amiga. Vaya, así que a Bolado le iba el *petting* en público, ¿eh?

—¡Shhh! Solo te diré que jamás me he olvidado de lo que me hicieron aquellas manos. Así que trabajar en la sala de autopsias con él, en ese espacio reducido y tan pegados, ha sido… *intenso*. Porque él es muy intenso.

—¿Cómo se traduce eso en una sala de autopsias? Porque estoy algo perdida.

—Se traduce en que es meticuloso hasta la exasperación. No deja un cabo suelto. Se concentra al máximo y sus movimientos son hipnotizantes. Además, se acuerda absolutamente de todo. De una anécdota tonta de la semana de exámenes de tercero. De la vez que me caí en el pasillo delante del decano y me ayudó a recoger mis apuntes. De cómo estaba colocado el ángulo de la pierna de la víctima… —Una sonrisa fugaz, teñida de melancolía, le ilumina el rostro.

—Entonces, con ese pedazo de memoria, habrá recordado cómo te brindó un orgasmo inolvidable sin quitarte las bragas en aquel garito, ¿no?

—¿Tú qué crees? Claro que me lo ha recordado, y diría que hasta se ha recreado rememorando cada paso con su voz más sugerente. Y lo ha hecho mirándome, Lucía, con una sonrisa enorme en los labios. Y Héctor cuando mira desestabiliza, es su defecto, o su don, no sabría decirte, pero siempre ha sido así. —Bufa y niega con la

cabeza, como si no pudiera creerse estar en esta situación—. Después de aquello, me alejé de él y me volví más distante. Ya salía con Mario e íbamos en serio, no podía hacerle algo así.

—Bueno, pues ya está. Aunque es obvio que no lo has olvidado tú tampoco —susurro con suavidad y me inclino hacia ella—. Y no es por nada, pero quizá esa espinita de no tirártelo siga ahí.

—Estuvo ahí un tiempo, no te voy a mentir. Pero ahora… qué va. —¿Intenta convencerme a mí o a ella? No me queda claro—. No lo olvidé. Solo lo archivé. Lo metí en la carpeta de *cosas que se quedaron en el pasado.*

—Pero ahora lo has tenido enfrente, Fátima. Conmigo no tienes que disimular. Habéis estado juntos, oliendo a formol y desinfectante, como cuando eráis becarios, y eso a vosotros os pone, no lo niegues. Pero también a colonia cara, porque él tiene pinta de ser de esos, de los que cuida no solo lo de dentro, sino también el envoltorio. Habéis estado trabajando juntos, mostrando toda la experiencia que habéis adquirido estos años, en todos los sentidos. Seguro que habéis notado de nuevo la conexión. Los dos.

Fátima da el último mordisco a su tostada, como si necesitara combustible para afrontar mis palabras.

—Él no creo. Yo…

Suena su móvil antes de que pueda terminar la frase.

—Hola, Héctor —responde. Coño, qué casualidad—. No, tranquilo, voy con la inspectora Báscones. En quince minutos estaremos allí. Ahora te veo. —Cuelga y la miro—. ¿Qué pasa? Solo quería saber si tenía con quién ir a la reunión, sabe que no conduzco, nada más.

—Por supuesto. Eso no es conexión ni nada de nada, son pajas mentales mías —la vacilo—. Venga, termina eso, que no quiero llegar tarde. —Después de la bronca que tuve con Yago ayer por ese motivo, no quiero que hoy tenga que reprocharme nada—. Que me parece que la reunión va a ser muy interesante.

—Lucía, por favor. —Bebe el último trago de café—. Ni una insinuación, ¿entendido? Héctor no es idiota y no quiero que piense que estoy dándole más importancia de la que tiene.

—Relájate, que no has cometido ningún crimen. Todavía. A nadie le amarga un dulce, Fátima. Y tú solo te has quedado pegada al cristal del escaparate de la pastelería muriéndote de ganas de comerte ese pastel tan delicioso.

—No seas mala.

—Kevin, apúntalo en mi cuenta.

—Ahora mismo. Adiós, guapas —nos despide él y nos lanza un beso desde la barra—, que tengáis un buen día.

—Algunas podrían tenerlo fantástico. —Sonrío.

Podría seguir picando a mi amiga hasta llegar a la comisaría, pero no quiero ponerla más nerviosa de lo que ya está. Por su gesto serio y cómo mira el reloj, sé que acaba de adoptar el modo profesional.

—Por cierto, mientras estemos inmersos en el caso, Yago y yo queremos que nuestra relación quede al margen, así que les he pedido a todos que no hagan alusión a lo nuestro.

—Todos en la brigada sabemos que estáis juntos, ¿por qué tendría que ser un problema?

—Los miembros de su unidad no conocen nuestra relación. Y preferimos que sea así para que no haya dudas sobre nuestra imparcialidad respecto a la investigación. Ninguno de los dos tiene el mando y sé que tenemos que colaborar. Probablemente, tendremos que ceder en algunos puntos por el bien común, así que no quiero que se generen malos rollos ni que, de algún modo, pueda perjudicarle.

—Está bien, tranquila. Bueno, pues parece que la BEXUS va a arrancar con más tensión de la esperada.

—Así es. Y eso que te perdiste la reunión de ayer. Solo espero que seamos capaces de sobrellevarla.

—¿Y no estuviste con Yago después?

—No. Estuvimos trabajando cada uno con su equipo hasta muy tarde, preparando un informe preliminar con la información que tenemos de la víctima. Cuando salí de allí, me fui a ver a Deva, había quedado con ella para cenar en casa. Él se marchó con Roque, supongo que para sonsacarle cómo ha conseguido entrar en la

brigada. Solo nos hemos mandado algunos mensajes que prefiero no compartir.

—¿Subidos de tono?

Me descojono con su pregunta.

—Si lo prefieres decir así… Yo hubiera dicho guarros directamente.

—Qué suerte tienen algunas y qué poco lo aprecian.

—Si tú lo dices… Ahora ponme en antecedentes sobre la autopsia, que no quiero llegar a ciegas a la reunión.

—Vale. Hay varios puntos que te puedo resumir. El primero es que Esmeralda murió de una sobredosis. Estamos esperando un segundo análisis toxicológico más exhaustivo para estar completamente seguros. En el primero se han encontrado niveles extremadamente altos de una combinación de fármacos que es letal. La víctima tomaba Lorazepam desde hacía unos meses, lo tenía pautado por su médico, pero también había restos de otras sustancias. Estamos tratando de identificar si pertenecían a otros medicamentos que ella tomaba o no.

—¿Crees que los ingirió de manera accidental? Porque, si fue de manera consciente, estaríamos ante un suicidio. Y la escena del crimen estaba demasiado limpia. Demasiado perfecta. Como si los elementos que han quedado a la vista hubieran sido colocados en estricto orden. El envase de las pastillas estaba vacío, pero no había ni un triste vaso de agua en la mesilla ni una botella cerca. A secas no pudo tragarse esas pastillas.

—No, además, en su bolso tenía un pastillero con su ansiolítico, y la pastilla que tenía que tomar ese día estaba ahí, sin consumir. En segundo lugar, no hay signos de lucha o de resistencia. No hay marcas físicas, ni laceraciones ni restos de ADN de otra persona en su piel ni en sus uñas. La posición del cuerpo, de cara al colchón, nos induce a pensar que fue drogada o incapacitada antes de llegar a su cama.

—Alguien tuvo que estar con ella en su casa antes de su muerte.

—Y ahora viene el punto que te interesará, al que Héctor llegó de manera sublime y no era fácil.

—¿Héctor? ¿Tan pronto ha dejado de ser el doctor Bolado?

—Ha sido un lapsus.

—Ya.

—¿Me dejas continuar? Porque estamos a punto de llegar.

—Continúa.

—El tercer punto y más importante es que, aunque no haya marcas externas de forcejeo, la autopsia ha revelado un dato que refuerza la teoría de la incapacitación previa y, posiblemente, la administración forzosa de los fármacos.

—¿Qué dato? —Giro en la siguiente intersección cuando el semáforo se va a poner en rojo.

—¡Cuidado!

—Tranquila, está todo controlado. El dato.

—El doctor Bolado —pronuncia con retintín pero con una sonrisa en la boca— ha encontrado una petequia muy sutil en la conjuntiva del ojo izquierdo, apenas perceptible. Vamos, a mí se me había escapado.

—¿Una petequia? —Frunzo el ceño.

Sé que son pequeñas hemorragias capilares asociadas a asfixia o estrangulamiento, aunque las causas que las producen pueden ser muy diversas.

—Es un hallazgo bastante significativo, ¿no crees? Una sola. Muy pequeña, pero ahí está. Y ahora viene lo más importante, la causa de la petequia no parece ser una asfixia mecánica. Después de analizarlo en profundidad, él sugiere que se produjo por un aumento brusco e intenso de la presión intraocular, concretamente en el momento de la ingesta o administración.

—Lo que se tragó podría haberle causado el vómito y con el esfuerzo para echarlo… —argumento—. Pero no se han encontrado restos en la casa. ¿O los limpiaron también?

—Podría haber sido inmovilizada de forma violenta por la cabeza en el momento justo en el que la mezcla de medicamentos empezaba a hacer efecto.

—Pero ¿cómo?

—Bolado y yo especulamos con la posibilidad de una comprensión facial rápida para impedir que escupiera o vomitara la dosis que le acababan de suministrar.

—Esmeralda no era corpulenta, una mano fuerte cubriendo boca y nariz un instante, o un giro brusco de la cabeza cuando le sobrevino una arcada, algo conciso y con presión.

—Dada la ausencia de lesiones en el cuello, esa podría ser una teoría probable —afirma.

—Pero no es una prueba irrefutable…

—No, pero sí que da indicios suficientes para pensar en la intervención violenta de un tercero.

Entro en el garaje de la comisaría y busco una plaza libre. Le tendré que pedir a Carbonell que me reasignen una fija, ya que ahora vamos a trabajar aquí.

—Muchas gracias, amiga. Y no se te ocurra quitarte mérito, ¿me oyes? Él será bueno, pero tú siempre serás la mejor para mí.

—Lo cierto es que juntos hemos elaborado un informe muy sólido. A falta de algunas conclusiones extras y del segundo análisis del laboratorio, que llegará pronto, tenéis una buena base para empezar a investigar.

—Ahora solo necesitamos salir ilesos de esta reunión y ponernos a ello.

—No seas exagerada. Ni que fueras a la guerra. Además, a Yago y a ti os va ese rol, ¿no? Vamos, que disfrutáis como enanos batallando, solo hay que veros. Luego lo resolvéis en la intimidad con fuegos artificiales, arañazos, mordiscos de Drácula… y listo —suspira y me mira.

—Fátima Campos, contrólate un poco, o voy a empezar a creer que estás hablando más por tus deseos oscuros que por mí.

6

YAGO

El silencio que se respira en la sala se esfuma en cuanto Lucía entra con Fátima. Son las últimas en llegar y eso sí que es una novedad. La forense muestra una tímida sonrisa mientras Lucía, con gesto serio, repasa uno por uno a todos los asistentes hasta que su mirada se topa con la mía. Intentamos comunicarnos a nuestra manera, pero el contacto es tan fugaz como insuficiente. No estoy acostumbrado a estar con ella en modo tan profesional, ni tan siquiera cuando estaba en la brigada, así que tendré que acostumbrarme.

—Buenos días —nos saludan y se dirigen hasta la cabecera de la mesa, donde estamos Bolado y yo esperándolas.

—Buenos días. Antes de empezar me gustaría presentaros a los otros dos miembros de Nexus. Él es el agente Diego Mendoza. —El mexicano levanta la mano—. Y ella es la agente de la Europol Lena Gruber.

Lucía se acerca a darles la mano con cordialidad. Fátima, a mi derecha, espera su turno.

Mendoza ha sido la última incorporación de la unidad. Llegó hace dos semanas para sustituir a su paisano Ricardo, que regresó a México ante su inminente paternidad. Moreno de tez y de pelo, con ojos ligeramente rasgados y nariz prominente. Debajo del traje oscuro que viste siempre, esconde una complexión delgada pero fuerte. Avalado por su larga trayectoria internacional, a sus cuarenta

y cinco años ha formado parte de la seguridad de la embajada de su país en varias capitales de Europa, como París o Bruselas, así que su adaptación ha sido más fácil de lo que esperaba.

Lena, en cambio, está en la unidad desde que Quintana se puso al frente de ella. Ellos se conocían de haber participado juntos en otro operativo europeo. Y, aunque es la más joven del equipo, todavía no ha cumplido treinta, parece mayor. Su inteligencia, muy por encima de la media, y su alto nivel en ciberseguridad y análisis de redes la han convertido en una de las agentes más destacadas de la Europol. Alta, pelo y ojos claros, y cara de tener muy malas pulgas la mayor parte del tiempo. Le cuesta pillar el doble sentido de algunas frases y es sincera hasta el extremo.

Lucía se cruza de brazos. Esta acción consigue ahuecar su camisa blanca a la altura del último botón que tiene atado dejándome entrever el borde de su sujetador de encaje negro. «Céntrate, Yago». Se queda callada esperando a que continúe hablando. Sin embargo, es Marion la que rompe el hielo.

—Encima de la mesa os hemos dejado las carpetas con el dosier que solicitasteis lo más detallado que hemos podido. —Sonríe con sarcasmo mirando a Estébanez y me roza el hombro al pasar por mi lado para sentarse—. En contraprestación, nos gustaría que la brigada fuera igual de eficiente que nuestra unidad y nos facilitara el suyo.

Marcos sonríe mostrándole todos los dientes.

—Si encendéis vuestros portátiles —responde él— y os conectáis a la red —abre la tapa del suyo y se ve su escritorio en la pantalla que está a nuestra espalda—, os facilitaremos el acceso a la nube. Esta nube. —Pincha con el ratón sobre la que pone BEXUS.

—¿BEXUS? —inquiero.

—De nada. —Roque levanta la mano anotándose la autoría, como si fuera un logro increíble haber juntado dos sílabas.

—Cruz, nuestro experto informático —explica Ruiz—, ha subido el expediente del caso. Incluye la primera declaración de Camila a los compañeros. El acceso os lo dará cuando intentéis entrar la primera vez. Ya está esperando.

—¡No entréis! —interviene Lena, y todos nos quedamos paralizados—. Esperad a que compruebe que el entorno es seguro y la conexión está cifrada.

—Cruz no es ningún *amateur*. —Ruiz levanta la vista de su portátil y mira a Lena—. Sabe hacer perfectamente su trabajo.

—Eso habrá que comprobarlo. Como comprenderéis, no podemos fiarnos de un ciberdelincuente —suelta Lena con tono arrogante—. Estamos hablando de acceder a información sensible desde portátiles externos. Necesito verificar el protocolo cifrado que usa esa nube y si está protegido a nivel de *hardware* y *software* antes de que entréis y descarguéis nada.

—Mal empezamos —masculla Estébanez.

—Vamos a tranquilizarnos —intervengo.

—¿Así es como vamos a funcionar, Arrasate? —Lucía descruza los brazos y se encara conmigo delante de todos—. Vosotros sabiendo hasta el puto número de pie de los miembros de la BEDA y nosotros sin saber tan siquiera si son vuestros nombres reales, ¿no?

—Báscones…

—Un segundo. —Lena teclea a toda velocidad—. Es seguro. Podéis entrar cuando queráis.

—¿Estás segura? Tómate tu tiempo —dice Marion—. Una brecha de seguridad podría poner todo el operativo en peligro. No asumiré los errores de otros. Y menos de esta gente.

—Esta gente es mi equipo. Así que, si tienes algún problema, te diriges a Quintana. Además, asumo las consecuencias de todo lo que pase en mi brigada —bufa Lucía—. Dudo mucho que tú puedas decir lo mismo algún día.

—Esta investigación no es un juego para nosotros —afirma Virginia—. Dejad de menospreciarnos y centraos en vuestro objetivo.

—Exacto. Nuestro objetivo —replica Marion.

Le lanzo una mirada de advertencia a mi compañera, pero no se da por aludida.

—Se acabó el debate. Vamos a escuchar a los forenses, que para eso han venido. Y recordad que estamos aquí para colaborar, que a nadie se le olvide esa premisa. Ni tampoco el verdadero objetivo —reitero.

—Un poco de calma, por favor —pide Roque—. Me presento como agente conciliador. Soy la persona idónea para limar asperezas entre los dos equipos; guapo, carismático y con don de gentes. —Se pone de pie y saluda.

—¡Siéntate, García! —gritamos Lucía y yo a la vez.

Él nos guiña un ojo encantado de haber conseguido ponernos de acuerdo por fin.

—La brigada encontrará al culpable de la muerte de Esmeralda —asegura Lucía—, porque ese es nuestro cometido. Las personas siempre estarán por encima de vuestros secretos. —Se alisa el pliegue invisible de su pantalón y toma asiento en una de las sillas libres.

Me siento justo enfrente de ella. Visualizo su enfado y el posterior enfrentamiento que me espera luego. Esto no se va a acabar aquí.

—Tendrás todo el acceso que necesites, Báscones, pero bajo mis condiciones. —Cambio el tono a uno más grave cuando pronuncio las dos últimas palabras. Provocar a Lucía en una sala llena es arriesgado pero también excitante.

—Tus condiciones —Lucía apoya una mano en el borde de la mesa y se inclina ligeramente hacia mí— puedes ahorrártelas, Arrasate. Los dos sabemos que solo es cuestión de tiempo que me des exactamente lo que te pida.

Será cabrona, ha entrado en mi juego.

—El dosier que os hemos entregado contiene información relevante para la investigación del asesinato. —Recupero la dignidad y me dirijo al resto ignorando su cara de perdonarme la vida—. No os preocupéis, nuestra agenda no interferirá en el caso. Ni los secretos ni la información clasificada a la que no accederéis —reitero.

Roque cierra su portátil con brusquedad y niega con la cabeza. Sabe que, cuando me pongo así, no mido.

El silencio sepulcral vuelve a invadir la sala hasta que Fátima carraspea y toma la palabra. Nos comunica que están a la espera de un análisis toxicológico más exhaustivo, pero que la causa de la muerte de Esmeralda fue una sobredosis. Después de esa breve

introducción, es Héctor el que gira su tableta hacia nosotros y nos muestra una macrofotografía de la cara de la víctima.

—Como ha indicado mi compañera, una sobredosis de medicamentos fue la causante de la muerte de la señora Callagham. La combinación de sustancias actúa sobre el sistema nervioso central ralentizando las funciones corporales y llevando a una depresión respiratoria, el cerebro deja de enviar las señales adecuadas a los pulmones, lo que provoca que la respiración se vuelva muy lenta y superficial hasta que se detiene por completo. Basándonos en la rigidez, temperatura y otros indicadores biológicos, esta se produjo en una ventana temporal específica entre las once de la noche y la una de la madrugada. No más tarde.

Mi equipo toma nota mientras el forense menciona la hora aproximada de la muerte y mi mente empieza a dibujar la escena del crimen.

—Entonces, ¿fue una sobredosis accidental o no? —se interesa Roque—. La escena del crimen estaba impoluta. La puerta sin forzar. Si tuvo visita antes de morir, tuvo que ser alguien conocido. Camila declaró a los compañeros que habló por última vez con su jefa a las diez de la noche, quedó en pasar a buscarla por la mañana para ir juntas al aeropuerto. También comentó que tenía por costumbre tomarse la medicación sobre esa hora y que, como estaba cansada, quería acostarse pronto.

—La doctora Campos y yo estamos esperando los resultados de un segundo análisis para poder confirmarlo con total seguridad. Pero ¿veis esto de aquí? —nos muestra otra fotografía en la pantalla—, es una petequia por presión facial, casi invisible a simple vista. Nos dice que no se limitó a tragar las pastillas y quedarse dormida. Alguien le tapó la boca. La sobredosis está encubriendo una administración forzosa de las sustancias.

—Entonces fue un homicidio —afirma Roque.

—Cuando tengamos los resultados definitivos, os lo confirmaremos —comenta Fátima con prudencia.

—Lo que parece claro es que, si no se los tomó ella y alguien le administró los medicamentos, la asfixió levemente para asegurarse de que no se deshiciera de la dosis y así surtiera el efecto deseado.

—Su muerte —afirma Ruiz—. Y después de dejar el escenario limpio, su asesino o asesina se marchó tan campante por la puerta.

Los últimos datos provocan el murmullo y las teorías de todos los que estamos sentados en la mesa, a excepción de Lucía, que está callada estudiando nuestro informe. Cómo no me he dado cuenta antes. Ella ya conoce el resultado de la autopsia y todos los detalles. Fátima se lo ha contado antes que a nadie. Muy bien, la inspectora siempre un paso por delante.

—¿Cuánto tardarán los análisis definitivos? —pregunta Lena.

—No demasiado. Voy a comprobar si ya están en mi correo. —El doctor Bolado enreda con su tableta. Antes de seguir hablando, se la muestra a su colega, que asiente con la cabeza en un gesto cómplice.

—Los tenemos —afirma Fátima.

—Ahora ya podemos confirmar que la muestra de saliva y mucosa esofágica ha revelado la presencia de Lorazepam y Tramadol, además de restos de un potente somnífero de acción rápida.

—Un barbitúrico —aclara Fátima.

—¿Y por qué no estaba en el análisis toxicológico inicial? —pregunta Marion.

—Porque es un rastro residual y se metaboliza muy rápido —responde Fátima.

—Aun así —insiste Marion—, lo normal es que en el primer análisis los resultados ya estuvieran contrastados. ¿Me estás diciendo que un laboratorio de un país avanzado no es capaz de encontrarlo a la primera?

—No es falta de rigor, agente, es farmacocinética básica —replica Fátima con frialdad—. El primer cribado busca sustancias en concentraciones estándar.

—Precisamente lo hemos encontrado porque mi compañera buscó específicamente signos de incapacitación química previa a la ingesta de la dosis letal —apunta Héctor—. Su instinto no falló.

—El tuyo tampoco —replica ella.

¿Y este peloteo? Vaya, esta parte de la conversación sí que ha captado la atención de Lucía, que los mira a ambos y muestra un

atisbo de sonrisa.

—De ahí que el cuerpo apareciera de bruces sobre el colchón —apuntilla Diego mientras echa un vistazo a las fotos de la víctima en la cama que están en la nube también—. No era corpulenta, pero quien la llevó hasta su cama ya drogada tuvo que hacer un gran esfuerzo, sobre todo si tuvo que subir con ella las escaleras.

—Eso cambia la cronología —comenta Lucía—. Primero, alguien le administró el somnífero letal para dejarla indefensa.

—Ella no se durmió, la durmieron —afirma Estébanez.

—Después, inconsciente o muy sedada, le administraron la dosis de Lorazepam y de Tramadol —apunto—. Y como era incapaz de tragarlas, la obligaron a hacerlo, de ahí la aparición de la petequia.

—¿No se han encontrado huellas? —inquiere Lena.

—Algunas parciales sin identificar y las de Camila sobre el cuerpo y en varias zonas de la casa.

—¿Camila tiene coartada? —pregunta Marion.

—Portátil. Nube. Declaración —especifica Virginia como si la francesa fuera de comprensión lenta.

—La tiene. Estuvo en el hospital hasta las seis de la mañana cuidando a su madre, dijo que las enfermeras pueden corroborarlo —afirmo.

—Aun así, tendremos que asegurarnos y volver a hablar con ella —comenta Lucía.

—Hasta aquí llegan nuestras conclusiones —comenta Héctor—. Ahora ya tenéis una base sólida para investigar el homicidio premeditado de Esmeralda. Si no nos necesitáis para nada más, Fátima y yo regresamos al anatómico a terminar el papeleo pendiente antes de que la familia se lleve el cuerpo esta tarde.

Los forenses se marchan y Lucía se pone de pie para indicar el siguiente paso.

—Está bien. Ya tenemos el punto de partida, ahora necesitamos reconstruir las horas previas a su muerte —se dirige directamente a su equipo ignorando a mis compañeros—. Necesitamos conocer sus rutinas, sus actividades, sus amistades… Tendréis que darnos acceso a su móvil y a su ordenador. —Ahora sí que nos incluye—. Como ya le habréis pasado el filtro, no pondremos en peligro la seguridad

mundial al toparnos con información clasificada —sisea con sarcasmo—. Estébanez, estudia cada coma de este panfleto. —Levanta el dosier.

—Muy bien —asiente él.

—Y que Cruz te ayude con los escasos nombres que aparecen. Virginia y Roque, id al hospital y comprobad que la coartada de Camila es cierta. Sabemos que Esmeralda iba a marcharse a Praga, era un viaje de trabajo, en calidad de confidente, aunque ese dato no lo han incluido aquí. —Levanta la carpeta de nuevo—. Se les habrá pasado —ironiza y me mosqueo. Fui yo quien le dio esa información, no era necesario descubrirme—. Así que necesitamos saber quién más conocía esa condición. Si le confió a alguien sus miedos o si sentía preocupación por ser descubierta. ¿Camila estaba al tanto? Quiero saberlo todo. Y, por supuesto, tenemos que elaborar un mapa exhaustivo de sus últimas cuarenta y ocho horas.

—Ese mapa ya está hecho, inspectora —confirma Marion—. Pero no tenemos la obligación de compartirlo. Contiene información clasificada que se escapa a su nivel.

—Muy bien. ¿Sabes lo que también se me puede escapar en este instante? —Se inclina sobre Marion desafiante.

Vale. Es el momento de intervenir o esta batalla terminará mal.

—Báscones… —le advierto—. Si me acompañas al despacho —por llamarlo de alguna manera; en realidad es un pequeño cubículo acristalado dentro de la misma sala, con una mesa lo suficientemente grande para que podamos compartirla—, yo mismo te lo facilitaré.

Diego y Lena me miran sin entender por qué accedo mientras Marion cabecea.

Me levanto y camino hacia el despacho con mi portátil. Lucía me sigue a regañadientes con el suyo. Lástima que el cristal no nos proporcione la intimidad que necesitamos en este momento, porque me muero de ganas de encajarla entre mi cuerpo y la pared.

7

LUCÍA

En menos de media hora llegaremos a Marbella para asistir al funeral de Esmeralda Callagham.

Yago va al volante del Mercedes negro que llevaba Marion el día que la vi por primera vez. Ella va sentada en el asiento del copiloto inmersa en la pantalla de su móvil, aunque, de vez en cuando, me doy cuenta de cómo lo mira embobada. Empiezo a dudar de la validez de la preparación que recibió en su país para ser agente de inteligencia a tenor de lo mal que se le da controlar sus emociones.

El silencio que nos rodea se ve interrumpido por la voz artificial del GPS indicando la salida que tiene que tomar. Menos mal que la música francesa que hemos venido escuchando la mayor parte del trayecto hace rato que ha dejado de sonar, porque empezaba a ser insoportable.

Ayer Yago se la jugó compartiendo algunos datos relevantes de su investigación conmigo. Ahora sé que la red que persiguen tiene tres focos destacados: Europa, Arabia Saudí y México. Y que, a raíz de tener a Esmeralda de confidente, consiguieron estrechar el círculo de los principales cabecillas, pero sin dar con quien verdaderamente mueve los hilos o se beneficia por permitírselo. La red es tan amplia y abarca tanto que temen no tener localizadas todas las ramificaciones. La dueña de Luxepic seguía manteniendo la misma fachada con sus empresas para no levantar sospechas y rodeándose de la misma gente. Sus contactos, tanto dentro del mundo

empresarial como dentro del mundo de la farándula y de la noche, eran claves para Nexus. Ahora, con su muerte, la unidad tendrá que reorganizar su estrategia para no retroceder en su investigación, pero ese no es mi problema.

En realidad, podría haberles dejado venir solos, pero sigo sin confiar en ellos, y menos después de estas primeras reuniones conjuntas. Sobre todo, tras la de ayer, que fue bastante tensa. Y, aunque Yago cediera y me explicara los movimientos de las últimas horas de la víctima, sé que solo lo hizo para tener la fiesta en paz. No puedo ni quiero ignorar que su objetivo dista bastante del de la BEDA y que, por lo tanto, no renunciaré a encontrar al culpable.

Así que aquí estoy, en el asiento de atrás, con Roque a mi lado; iba a venir Estébanez, pero él mismo creyó que lo más conveniente era que su puesto lo ocupara el novato para que termine de ponerse al día y entre en la dinámica de la brigada. Mientras ignoro las miradas descaradas de Yago a través del espejo retrovisor, repaso la ficha de la víctima con su amigo.

—Esmeralda Callagham, 48 años. Nació en Cádiz. Madre española, María Fernández, de la Línea de la Concepción. Padre irlandés, Tom Callagham. Viven en Marbella desde que se jubilaron. Familia de clase media/alta. Ella era la mediana de tres hermanos. El mayor es médico, vive en Estados Unidos y está desvinculado de la familia. El hermano pequeño, Phil, falleció en un accidente de coche hace diez años. Ella estudió en una prestigiosa escuela de negocios en Londres. Allí conoció al que fue su marido, James Wilson. Se casó con veinticinco años y al año siguiente nació su único hijo, Ian, que ahora vive a caballo entre Inglaterra y España. Se separó de su marido cuando el niño tenía ocho años. Compartieron un par de años la custodia, mientras ella seguía en Londres, y después de un litigio largo ella la perdió y regresó a vivir a España para ponerse al frente de algunos de los negocios de su padre.

—¿Por aquel entonces todos los negocios eran legales? —pregunta Roque.

—A medias. Cuando era joven su padre trabajó en una destilería de su familia en Irlanda. Sus negocios ya eran algo turbios allí. Los

acusaron de contrabando de alcohol y tabaco. Ese pudo ser uno de los motivos por los que se mudó a España.

—Vamos, que viene en su ADN —comenta Roque.

—Sí. El señor Callagham se estableció aquí rápido. Empezó montando una pequeña empresa de reformas, pero con el *boom* de la construcción pronto fue creciendo y diversificando el negocio. Inversiones inmobiliarias, clínicas de estética y hasta compraventa de oro. Comenzó en Cádiz y luego se extendió por el resto de la costa andaluza. Algunas de sus empresas eran completamente legales, otras solo fueron creadas para evadir impuestos. Cuando Esmeralda regresó a España, su padre empezó a delegar en ella y dieron el salto a Madrid.

—Entonces ella no solo era una confidente, era una empresaria en activo. Se desenvolvía en círculos de poder y tenía muchos contactos. Vamos, que seguía moviendo el cotarro —apunta Roque, y observo la media sonrisa que se le dibuja a Yago al escucharlo—. Podía tener decenas de enemigos, gente que la quisiera fuera del negocio. No necesariamente porque supieran que colaboraba con estos. La envidia es muy mala. ¿Qué me dices del padre de la niña que mataron?

—¿El padre de Tamara? —pregunta Yago metiéndose en nuestra conversación.

—Podemos hablar con él —aseguro—, pero el asesino de su hija está en la cárcel y su muerte está más relacionada con el pasado de su mujer que con el hecho de que una empresa de Esmeralda llevara a su hija, menor de edad, a una fiesta.

—Lo de Esmeralda ha sido un homicidio premeditado —afirmo—. Conocía a su asesino o asesina. La noche del miércoles estuvo aquí, en Marbella, dando su última gran fiesta. Seguro que muchos de esos invitados estarán ahora despidiéndola. Cuando lleguemos a la finca familiar, quiero que encuentres un buen sitio y observes todo y a todos. Quiero hasta el más mínimo detalle, por nimio que te parezca.

—¿A todos los instruyes igual, Báscones?

El comentario de Yago me saca de mis pensamientos. Está acordándose del día del entierro de Tamara, en el que fue los ojos

de la brigada en el cementerio. Ese mismo día, terminó siguiendo su instinto y persiguiendo a Estefanía, que nos dio el primer hilo del que tirar. Trato de no sonreír, pero, tal y como me mira, me lo pone difícil.

—¿A todos igual? ¿Estás seguro? —lo pico.

Quiere llamarme cabrona, pero con su compañera al lado se contiene. Roque sabe de lo que estamos hablando, pero se hace el despistado y no mete baza para que el tema muera aquí.

—En el maletero hay un trípode y una cámara —le informa Yago —. Báscones y yo entraremos al funeral y hablaremos con la familia, aunque no sea el momento más idóneo.

—También hablaremos con Camila, aunque su coartada ha sido verificada por Ruiz y Estébanez.

—Tú te quedas con Roque —ordena Yago a Marion.

—¿Yo? Creo que debería ir contigo y…

—Mendoza y Gruber esperan que les envíes las imágenes de los asistentes a tiempo real, así las cotejarán con las que tienen de la fiesta.

—¿Cómo? ¿Tus agentes estuvieron en la fiesta de Esmeralda del miércoles? De puta madre —mascullo.

—¿En calidad de qué? —pregunta Roque.

—No necesitas saberlo —espeta Marion y Yago se revuelve en el asiento.

—De invitados de Esmeralda —confirma él y su compañera resopla.

—Arrasate, no deberías compartir nada más de lo estrictamente necesario.

—No es relevante ese dato.

—Por eso lo obviaste, claro. —Se me hincha la vena del cuello.

—Al final tendré que comprarte ese bozal que vimos el otro día, aunque lo más probable es que estés igual de guapo con él puesto —suelta Marion y le da un sutil toque en el codo.

Roque tose, como si se acabara de atragantar, y gira medio cuerpo para mirarme. Lo ignoro y me limito a cruzar una mirada fugaz con la de Yago a través del retrovisor.

—Por favor —musita Arrasate—, ¿podemos tratar de avanzar en la investigación? Y dejar de darnos palos entre nosotros.

—Es difícil investigar un homicidio con una mano atada —sisea Roque y me alegra saber que tengo su apoyo.

—Siempre puedes usar la otra, la derecha, que es la que utilizas para pelártela y la tienes más trabajada —comenta Yago y los dos se ríen como si estuvieran tirados en el sofá de su casa una tarde cualquiera.

En fin.

—Para aquí y cámbiate con Roque —le ordeno a Yago—. Lo mejor será que nos dejen en la entrada y luego vengan a recogernos.

El navegador indica que nos faltan menos de cien metros.

—Es mi coche, conduzco yo —interviene Marion.

—Por supuesto, Fournier, a ti el asiento no te lo calienta cualquiera, ¿verdad?

—¿Asiento? No entiendo a qué te refieres, inspectora.

—Siéntete afortunada por eso —susurra Roque y se aguanta la risa.

Yago aminora la velocidad y detiene el coche cuando ve que los vehículos de delante están parados. Aprovecho ese instante para salir.

8

LUCÍA

Camino despacio hacia la entrada de la finca mientras respiro este cálido aire vespertino. Necesitaba estirar las piernas, pero sobre todo unos minutos a solas.

El respiro es demasiado breve, porque Yago acaba de alcanzarme.

—Lucía, espérame.

—Como si fuera a perderme.

—Esos son los padres de Esmeralda —me indica cuando divisamos la puerta principal.

—¿Y ese tío que está a su lado? ¿Es Tariq? —pregunto, aunque estoy bastante segura.

Anoche repasé exhaustivamente el informe preliminar. Leí su ficha y vi algunas fotos de él con Esmeralda en un evento organizado por Luxepic en Madrid.

—Sí, es él.

Su físico refleja el contraste genético de sus orígenes. Su madre fue una famosa modelo francesa. Su padre, un jeque saudí de una familia muy influyente. Aunque no lo reconoció, mantuvieron una buena relación hasta que falleció el año pasado. Tariq es alto, con una figura poderosa. A medida que nos acercamos, compruebo que sus ojos son de un color miel claro que contrasta con su pelo largo peinado hacia atrás negro azabache, del mismo tono que su barba de tres días meticulosamente recortada. Viste un traje negro

impecable y, cuando estira la mano para ofrecérsela al que debe ser el exmarido de Esmeralda, que acompaña a un chico que se abraza con fuerza a Tom y María, me deslumbra el brillo de su reloj.

Camila está en un segundo plano pegada a una puerta blanca lateral. Nos ve enseguida y hace un leve gesto con la cabeza a modo de saludo. Luego se recoloca el pañuelo negro que lleva anudado al cuello y se pone las gafas de sol para ocultar sus ojos.

Cuando llegamos a la altura del matrimonio, Tariq se despega de ellos y se aparta unos pasos. Una chica morena y alta acaba de rozarle sutilmente el brazo llamando su atención. Solo la veo de perfil, pero su cara…

—¿Esa no es…?

—Estefanía, sí —confirma Yago.

—¿No iba a estar en Ibiza todo el verano?

—Ha estado allí. Pero antes de regresar a Madrid ha hecho una última parada aquí.

—Qué bien informado. ¿Le has puesto un localizador o es que ahora llevas tú su agenda?

—No digas tonterías.

—Estuvo en la fiesta del miércoles, por supuesto —afirmo cuando me doy cuenta. Yago asiente levemente—. ¿También es vuestra…?

—Lucía…

—¿Qué pasa? Solo es una pregunta. ¿Lo es o no?

—No, joder. No lo es.

—Genial. Porque tendremos que hablar con ella.

—Ahora no.

—Nuestro más sentido pésame —les digo a los padres de Esmeralda.

—Gracias por venir —nos saluda su madre con el dolor reflejado en el rostro.

—La acompaño en el sentimiento. —Le tiendo la mano.

—Somos los agentes Arrasate y Báscones, nos gustaría hacerles unas preguntas.

—¿Ahora? —se queja el padre con tono brusco—. Estamos a punto de celebrar el funeral, deberían tener más respeto.

—Entendemos su dolor —asegura Yago—, pero seremos muy breves.

—Tom, déjalos. Solo están haciendo su trabajo. —María aprieta un rosario que tiene entre las manos.

—Nos acaba de informar nuestro abogado del resultado de la autopsia —afirma Tom—. Entiendan que no hemos podido procesar todavía que hayan matado a nuestra hija.

—¿Cuándo fue la última vez que la vieron con vida? —Modulo el tono para no sonar intimidante.

—El jueves. Vinimos a desayunar con ella antes de que se fuera a Madrid —responde su madre.

—¿El miércoles no estuvieron con ella?

—No. Ella dio una fiesta aquí, en casa, le encantaba juntar a sus amigos —confirma su padre.

Amigos, sí.

—Mi hija era la mejor anfitriona del mundo —asevera su madre —. Nosotros no asistimos, estábamos pasando unos días en Cádiz. Llegamos el jueves por la mañana. Almorzamos los tres juntos en el porche.

—¿Parecía preocupada por algo? —pregunta Yago.

—Al contrario —interviene Tom—. Estaba eufórica, su fiesta había sido un éxito. Recibió un montón de mensajes de sus amigos felicitándola. Mencionó que regresaba a Madrid porque tenía un asunto pendiente entre manos, pero que, en cuanto lo solucionara, se iría unas semanas a Londres para estar con Ian, nuestro nieto. Por eso nos resultó tan extraño que las primeras hipótesis apuntaran a que ella misma se había quitado la vida. —Contiene las lágrimas, pero su mujer no.

—María, Tom. —Un señor canoso y con aspecto serio los llama desde el interior de la finca—. Os estamos esperando.

—Muchas gracias por su tiempo —me despido de ellos.

Yago y yo echamos un último vistazo al exterior, apenas hay nadie fuera ya. Así que caminamos hasta la puerta lateral para acceder por esa entrada y llamar menos la atención.

La luz cae sobre el jardín de los Callagham, donde han instalado hileras de sillas blancas para que se sienten los invitados frente a un

cenador de madera blanco adornado con flores amarillas. El mismo hombre canoso que ha ido a buscar a sus padres está colocado detrás de un atril. Es el encargado de oficiar la ceremonia, aunque esto solo será una despedida simbólica para congregar a sus seres queridos y a sus amigos, porque la incineración tendrá lugar mañana en la más estricta intimidad.

Yago se queda de pie, cerca de un porche lateral, observando a todos los asistentes. Yo aprovecho que entra un último grupo de rezagados y que empiezan a sonar los primeros acordes de la pieza que toca la violinista para deslizarme hacia el interior de la mansión.

El contraste es inmediato, del calor todavía sofocante del exterior al frío del aire acondicionado en el interior. Solo me topo con miembros del servicio, que trajinan en la zona del salón y de la cocina preparando el ágape que servirán luego. No reparan en mi presencia.

Esta casa es muy grande. Guiada solo por mi instinto, subo las escaleras para echar un vistazo en el piso de arriba; a ver si con un poco de suerte encuentro la habitación de Esmeralda.

Muchas puertas cerradas. Un amplio pasillo con dos bifurcaciones que dan a más estancias. Abro y cierro sin hacer ruido hasta que encuentro lo que buscaba.

Tiene que ser esta. Grande y con balcón, con vistas a la piscina. Sobre una cómoda de estilo provenzal, reposa el mismo frasco de perfume que tenía Esmeralda en su habitación de Madrid. No creo que use el mismo que su madre. En la pared izquierda hay un cuadro grande. Es una acuarela en la que aparece una imagen de ella con su hijo en brazos, cuando era un bebé. Abro el armario con cuidado, para no delatarme, y echo un vistazo a su ropa y a las decenas de cajas de zapatos que guarda. Tenía suficiente ropa como para ir y venir sin necesidad de maleta. Cierro la puerta y voy hasta las mesitas de noche. En el cajón de la primera encuentro dos tubos: uno de crema de manos de almendras y otro de lubricante sabor fresa. Además de una bolsa de seda blanca que, si la pongo al trasluz, me muestra lo que parece un Satisfyer, que no pienso tocar. En el cajón de la otra, encuentro un blíster de Lorazepam con cinco pastillas, una cadena de plata con una estrella de mar, una tarjeta

de felicitación por su cuarenta cumpleaños, escrita y firmada por su hijo Ian, y tres fotografías antiguas. En la primera sale ella con sus hermanos cuando eran pequeños junto a sus padres, los cinco posando delante de un yate atracado en el puerto. En la segunda se ve a una Esmeralda joven con tres chicas más, están delante de la fachada de un edificio; la fotografía está doblada en el centro y ha perdido color, por la esquina superior derecha consigo ver algunas letras de lo que parece una placa. *Black*…, eso es lo que leo. En la tercera imagen aparecen su marido, su hijo y ella sentados en el césped de Hyde Park.

El sonido de unos tacones me pone en alerta. Guardo todo en el cajón y lo cierro. Después, me acerco a la puerta con sigilo. Pego la oreja y, cuando no oigo nada al otro lado, abro para salir de aquí.

Antes de llegar a la escalera, escucho la voz afilada de Camila a mi espalda.

—¿Se ha perdido?

—Sí. Estaba buscando un servicio vacío —miento—. Pero esto es un laberinto.

Me giro para mirarla de frente y, de soslayo, veo la figura de una mujer entrando en una habitación del otro pasillo, su coleta pelirroja es lo último que desaparece antes de que la puerta se cierre.

—El servicio de invitados está abajo. —Camila me invita educadamente a bajar y ella me sigue.

Cuando llegamos al salón, Yago nos ve a través del ventanal y entra.

—Lucía, ya la has encontrado…

—En realidad, me ha encontrado ella a mí. Y la verdad es que ha sido una suerte —ironizo—, porque ahora que estamos todos nos gustaría hacerte unas preguntas. —La miro fijamente.

—¿A mí?

—Sí. Llevabas años con Esmeralda. Panamá, Madrid… Conocías sus horarios, sus estados de ánimo, sus rutinas…, y eso incluye su medicación. Sabías que tomaba Lorazepam.

—Era su secretaria, inspectora —responde con voz temblorosa y se frota las manos—. Mi trabajo era hacer que su vida fuera fácil. Esmeralda últimamente estaba bajo mucha presión.

—¿Y sabías por qué? —insisto.

—Por los negocios supongo.

—¿Qué negocios? —interviene Yago con tono duro—. ¿Los de Luxepic? ¿Cortex 2020? ¿O estaba metida en algún asunto más? —Se hace el tonto.

—No sé, dígamelo usted. Sé que hablaba con la policía a veces. —Lanza una mirada a Yago, como si le estuviera echando un pulso —. Mencionó que una de sus empresas estaba siendo investigada por evasión fiscal y que estaba colaborando con las autoridades para solventarlo. —Bonito eufemismo—. Pero a mí no me lo contaba todo. Solo sé que hacía días que estaba nerviosa. Me pidió que la acompañara a Praga el viernes, pero no entró en detalles.

—Habló con ella por última vez la noche del jueves, ¿es correcto?

—Sí. Le recordé que se pusiera la alarma en el móvil y que pasaría a buscarla para ir juntas al aeropuerto. —Camila mira de reojo hacia una de las puertas cuando nota la presencia de alguien.

Instintivamente dirijo la mirada a ese punto y veo a una chica caminar de manera apresurada hacia la cocina, su cara me quiere sonar, pero el color de su pelo es inconfundible, es la misma mujer que estaba en la planta de arriba antes.

—¿Y notó algo raro cuando hablaron? —pregunta Yago.

—No. Me colgó porque sonó el timbre de su casa. Pensé que sería algún repartidor con su cena, o el guardia de seguridad de la urbanización, que solía recogerle los paquetes cuando estaba ausente. Pero no supe nada más porque acabó con la llamada. —Camila cambia el semblante y recupera el gesto compungido que tenía en la entrada—. Ahora, si me disculpan, me gustaría despedirla como se merece.

—Sí, por supuesto. Solo una pregunta más. ¿La casa de Camila estaba habitualmente así de limpia y ordenada? ¿O cuando entró usted le sorprendió que todo estuviera así de pulcro?

Camila tarda en responder.

—Yo…, yo solo la encontré. Entré llamándola y al ver que no respondía subí a su habitación. No me di cuenta de cómo estaba la casa. No puedo ayudarles en nada más. Solo quiero que todo esto se acabe y volver a Madrid a cuidar a mi madre.

Antes de despedirnos de ella, nos vemos envueltos por una nube de camareros que van a atravesar el salón con las bandejas cargadas para salir al jardín.

Cuando ponemos un pie sobre el césped, todos los asistentes ya se han levantado de sus sillas.

—¿Qué tal ha ido tu excursión? —me susurra Yago cerca del oído —. ¿Ha sido fructífera?

—Lamentablemente, no.

—Espero que no me ocultes información —me dice meloso mientras se humedece el labio con la punta de la lengua.

Lo observo imperturbable. Él, en cambio, esboza esa media sonrisa de claro ganador.

—No te preocupes, Arrasate. Si hubiera encontrado información relevante no clasificada, la compartiría contigo. Solo contigo —siseo con voz queda y veo cómo su mirada no se desvía de mis labios—. No vaya a ser que tu compañera decida que también necesito un bozal.

9

YAGO

—¿Dónde os dejo? —pregunta Marion cuando estamos entrando en Madrid.

Al volver al coche, me he ofrecido a seguir siendo el conductor, pero ella ha declinado mi oferta porque quería mantenerse concentrada.

—Déjanos en la comisaría. Tengo mi coche allí —respondo.

—Y yo mi moto —anuncia Roque desde el asiento del copiloto.

Marion toquetea la pantalla del coche y cambia el destino en el navegador. Me sorprende ver lo despierta que está a esta hora de la noche después de un día interminable.

Antes de salir de Marbella, hemos barajado la posibilidad de quedarnos a dormir por allí cerca y regresar mañana. Sin embargo, Lucía ha preferido hacerlo del tirón para descansar en casa y continuar con la investigación mañana a primera hora.

Sentada a mi izquierda, observo cómo mira distraída por la ventanilla la contaminación lumínica de la ciudad y el tráfico, que nunca cesa. No nos rozamos ni por asomo, sin embargo, desde mi posición, casi puedo escuchar los engranajes de su cabeza.

Sé que adentrarse en el oscuro mundo de Esmeralda de nuevo la ha afectado. Inevitablemente, los recuerdos del caso de Tamara vuelven a estar presentes y con ellos las tristes consecuencias. Soy consciente de que el círculo turbio de poder y relaciones asimétricas en el que se movía nuestra víctima no lo digiere cualquiera. Y si no,

que nos lo digan a nosotros, que llevamos semanas investigando una de las mayores redes de tráfico de personas y que cada paso que damos nos hiela un poco más la sangre.

A todo eso hay que añadirle la incómoda conversación con sus padres y las preguntas que le hemos hecho a Camila, que no nos han esclarecido nada. Además, nos hemos reencontrado con algunas caras conocidas. Aparte de Estefanía y otros *escorts* de Luxepic, también estaban por allí la Loba Guzmán y su novio, el exsocio del padre de Tamara, y el gilipollas de Lucas de la Fuente, que no ha llegado a vernos.

—Gracias por traernos —le digo a Marion a través de la ventanilla cuando nos apeamos los tres del coche.

—De nada. Y descansa, Yago, que tienes carita —afirma ella. Oigo cómo carraspea Roque detrás de mí, y Lucía siguiendo el paripé le da unas palmadas en la espalda—. Con todo el material que hemos recopilado, mañana te necesito entero —musita con el acento francés más marcado que nunca y arranca el motor parar incorporarse al tráfico dejándonos en la puerta de acceso.

—Joder con la *barbie* París.

—Adiós, Roque —zanjo.

—Adiós, Yago. Y cuídate, que muy entero no sé yo si llegarás… —Mi amigo se mofa y alterna su mirada entre Lucía y yo. Lo cierto es que la postura de Báscones ahora mismo no es relajada.

—Mañana a las nueve aquí —le recuerda ella.

—Tranquila, estaré antes —asegura él—. ¿Tú también me quieres entero, jefa?

—¿Tú también quieres que te dé una hostia?

Huye en cuanto me escucha.

—Hasta mañana, Arrasate.

—¿Tienes aquí tu coche? —le pregunto a Lucía.

—No. Iré andando. Me sentará bien el paseo.

—Es más de la una de la madrugada. Vamos a por mi coche y te llevo.

—No hace falta. —Se da media vuelta para irse, pero le sujeto la muñeca con suavidad. Agacha la cabeza para ver el punto de unión de mis dedos con su piel y resopla.

Estamos delante del compañero que cubre el turno de noche en el control de acceso y rodeados de cámaras.

—Por favor… —Trato de hacerla entrar en razón.

—Es tarde y estoy cansada. —Me hace un gesto con la mirada para que la suelte—. Y soy mayor para estos numeritos.

—¿Mayor? Pues precisamente ahora no lo parece. —Me cabrea su actitud, otra vez salvaguardándose. ¿De quién? ¿De mí? No lo entiendo—. Escúchame —me inclino para que solo me oiga ella—, yo también estoy reventado y hasta algo asqueado, pero eso no tiene nada que ver con nosotros. Voy a ir a tu casa de todos modos, porque quiero estar contigo a solas. Así que, si prefieres ir caminando, tú misma, pero que sepas que estaré en la puta puerta esperándote.

Sin replicarme, le enseña su identificación al compañero y accede al edificio. La sigo.

El trayecto hasta su casa lo hacemos en silencio, no sepulcral. A un volumen moderado *Oaxaca*, de Dani Fernández e Iván Ferreiro, que nos hace efecto bálsamo. Además del cansancio, que es evidente, parece que nos estamos concediendo una tregua.

Aparco en una de las plazas libres de la BEDA y subimos en el ascensor. Nos colocamos como si se tratara de un *ring*, cada uno en una esquina midiéndonos. Aunque sigamos sin hablar, ahora no dejamos de mirarnos y a ella se le escapa una ínfima sonrisa. Cuando nuestros ojos conectan de este modo, seríamos capaces de romper la barrera del sonido.

Mientras abre la puerta me pego a su espalda y apoyo sutilmente la barbilla en su cabeza, solo un segundo, lo que tarda en girar la llave. La distancia física estaba empezando a ser insoportable.

Lucía se descalza al entrar y deja la chaqueta colgada del perchero. Cuando me dispongo a hacer lo mismo, la veo desaparecer por el pasillo en dirección al baño, se despoja primero de la pistola y después de la blusa negra.

Voy hasta su habitación y me desnudo. Cuando oigo el agua correr, entro en el baño. Me cuelo en la ducha con ella. Está de espaldas y no me ve, pero me esperaba.

—Podemos con esto —le susurro al oído, y me estremezco al sentir toda su piel húmeda sobre la mía.

Necesitaba tanto tenerla así. Libre. Solo para mí.

Lucía echa la cabeza hacia atrás y se apoya en mi pecho.

—Si tú lo dices…

Observo cómo cierra los ojos e intenta dejar de pensar mientras las gotas de agua resbalan por su cara.

Mi potente erección quiere abrirse paso entre sus nalgas. Joder, cuando pienso que con ella he alcanzado la excitación máxima, siempre escalo a una cota más alta. No encuentro una explicación coherente a por qué me pone tanto. Me restriego contra su trasero de manera deliberada, y ella se inclina levemente sobre los azulejos facilitándome el acceso. Da igual el lugar por dónde quiera colarme, su actitud me deja claro que puedo escoger el que más me plazca. Sé justo lo que quiere y sé que en breve me lo reclamará. A Lucía nunca le supone un problema pedir en voz alta lo que desea. Sonrío sin que me vea al recordar lo retorcidamente cabrona que fue en la reunión cuando mencionó que solo era cuestión de tiempo que le diera exactamente lo que me pide. Y aquí estoy, completamente entregado a ella. Sin embargo, antes de convertirnos en un amasijo de cuerpos entregados al placer, retrocedo un paso, le sujeto la cintura y le doy la vuelta para que nuestras caras se enfrenten.

—¿A qué estas esperando? —Su voz es apenas un sonido gutural que destila impaciencia.

Lucía lleva la mano a mi nuca en un acto posesivo, repentino y urgente. Sus dedos se entrelazan en mi pelo con fuerza. Una que utiliza en vano, porque mi lengua, con voluntad propia, ya está abriéndose paso entre sus maravillosos labios.

La noche se reduce al instante en que nuestras bocas colisionan en este asalto mutuo. A las ganas y a la necesidad. A la puta necesidad que teníamos de besarnos, casi tanto como de follarnos, aquí mismo, con el agua purgando la tensión acumulada.

10

LUCÍA

Yago. Bóxer negro. Taza de café en los labios. Sin camiseta. En mi cocina. ¿Distracción? La justa. En cuanto suena su móvil, que está sobre la encimera, y leo en la pantalla el nombre de Marion, me reubico. Esmeralda. El caso. La colaboración con Nexus. Él lo ve y lo oye igual que yo, pero sigue desayunando e ignora la llamada.

Todavía no son las ocho de la mañana. Y, aunque hayamos dormido poco y nos haya costado levantarnos de la cama, yo estoy vestida y lista para irme, a diferencia de él, que no sé por qué se lo está tomando con tanta calma.

—¿No respondes?

—Puede esperar. —Da un mordisco a su tostada.

—¿Desde cuándo quiere follarte? ¿Desde el primer día que la conociste? —Directa y sin rodeos.

Llevo observándola un par de días y no tengo ninguna duda al respecto. Yago es un imán para la mayoría de las mujeres, tampoco me sorprende que Marion se haya fijado en él. Lo que me resulta extraño es que sea tan evidente y no lo esconda. Aunque puede que hasta ella misma esté descolocada de que su propio cuerpo vaya gritándolo.

—¿Marion? —Arquea la ceja derecha y estira la sonrisa.

—La misma. Y, por favor, no me mires como si no te hubieras dado cuenta.

—No es para tanto, Lucía —le resta importancia—. Y, créeme —se inclina sobre la isla y se queda a dos centímetros de mi boca—, te has fijado más tú en ella estos dos días que yo en estos meses. ¿Te sirve como respuesta?

—Si te sirve a ti. Lo mío era simple curiosidad, Arrasate.

—¿Curiosidad? Un término un poco relativo, ¿no? —Sonríe y sé en lo que está pensando, pero ni de coña.

—No siento otra palabra que empieza por c —mascullo indignada —, así que borra esa sonrisa de suficiencia de la cara.

—Bórramela tú.

Quiere atrapar mis labios, pero lo esquivo para dejar la taza en el fregadero. Me pilla por detrás y hunde la nariz en mi cuello. Sus manos me rodean la cintura y me gira. El beso cae al segundo, pero, cuando nuestras bocas se separan, la sonrisa no se ha esfumado.

—Venga, Báscones, ¿qué más puedes contarme sobre los miembros de mi equipo?, porque sé que el análisis no se ha quedado en Marion.

—¿Estás seguro?

—Estoy impaciente.

—Diego Mendoza, discreto en apariencia y sólido en habilidad. Empático. No le gusta llamar la atención. Reservado. Profesional, competente, con un grado alto de adaptabilidad y conocimiento de los entornos internacionales. Ha visto todo lo peor. Centrado y comprometido, de otro modo no estaría aquí.

—Continúa.

—Lena Gruber. Excepcionalmente inteligente. Sincera y sin filtros. Carácter fuerte. Escasas habilidades sociales. Se frustra con regularidad, es difícil estar a su altura. Su mayor defecto es su impaciencia ante quienes no pueden seguir su ritmo mental. Muy valorada a pesar de su juventud.

—Y la guinda del pastel…

—Marion Fournier. En la vida todo le ha ido sobre ruedas. Caprichosa. Loba con piel de cordero. Inteligente para mal. Fría y calculadora. Una auténtica inexperta emocional con una autoconfianza extrema que le impide reconocer sus propios límites. Necesita demostrar a todo el mundo que está por encima de la

mayoría, pero sobre todo a alguien cercano, no sé, puede que a su familia. Intenta cumplir sus expectativas y de ese modo dar valor a su propia ambición.

—Joder, ven aquí. —Me estrecha entre sus brazos y se lanza sobre mi boca otra vez.

El beso es profundo y demandante, parece no tener fin.

—Yago, es muy tarde, me tengo que ir.

—La reunión es a las nueve.

—Pero he quedado con Roque antes y no vamos a ir juntos a comisaría.

—Puto Roque. ¿A él ya le has hecho el perfil? Me encantará oírlo también.

—Se lo hice el día que respondiste a su llamada en el coche mientras esperábamos a Estefanía —lo vacilo—. Y no tengo tiempo para eso ahora mismo. Te dejo las llaves en la entrada. Cierra al salir y luego me las devuelves.

—Claro, en la sala, en cuanto llegue. Delante de todos mejor.

—Muy gracioso.

Cuando ya estoy sujetando el pomo de la puerta de la entrada para salir, siento su presencia a mi espalda.

—Lucía…, ¿y si hago una copia y me quedo con un juego de llaves para mí?

—¿Perdona? —¿Lo dice en serio? Al girarme y ver sus ojos con ese brillo intenso, soy consciente de que no bromea.

—A ver, piénsalo un minuto. ¿Y si un día por cualquier cosa tengo que entrar y tú no estás…?

—Muy sutil, Yago. Muy sutil. Pero no has escogido un buen momento.

Ignoro el último minuto y sus *y si* y salgo de mi casa. Todavía solo mía.

¿Eso ha sido una proposición? No estará sugiriendo que él y yo podríamos compartir más de lo que ya compartimos, ¿verdad?

Cuando me meto en el ascensor, me limito a respirar y a sacudirme esta sensación de velocidad vertiginosa del pecho.

Menos mal que mientras conduzco hasta la comisaría mi mente solo se concentra en el caso y en todo lo que hemos recabado hasta

ahora. Gracias al trabajo de Roque en la vigilancia de ayer en Marbella, tenemos material sensible que Nexus nunca hubiera compartido con nosotros. Algo positivo.

Entro en la sala y saludo a García, que está parapetado detrás del portátil.

—¿Tienes la tarjeta? —pregunto.

—Sí. Acabo de terminar de editar las diapositivas de las fotografías con la ayuda de Cruz. Ese crío es un puto genio.

—Lo sé. ¿Tienes todos los nombres?

—La mayoría. Algunos se han resistido, pero están casi todos. Los cinco minutos de charla están documentados. No soy un experto en lenguaje corporal, pero no era la primera vez que hablaban. Se conocían.

—*Barbie* París va a montar en cólera cuando saquemos eso.

—Si solo fuera ella… Espero que mi amigo se haya despertado contento y feliz en tu cama, porque se va a cagar en todo cuando se entere de lo que hemos hecho. No sé si tú estás preparada para lo que se viene.

—Por mí no te preocupes. Y feliz y contento no sé, pero algo gilipollas un poco —mascullo y vuelvo a recordar lo de las llaves.

—Buenos días. —Estébanez y Ruiz llegan junto a Lena y Diego.

—Buenos días.

—¿Café? —Virginia viene con dos vasos de papel en las manos y me ofrece uno.

—Sí. No voy a rechazarlo.

—¿Todavía estamos sin cafetera? —se interesa Marcos.

—Ya he solicitado una —nos informa Lena—. ¿Aquí todo funciona igual de lento?

—Cómo se nota que no has estado en México —añade Diego, y toma asiento al lado de Roque, que baja la tapa de su portátil.

La puerta se abre de nuevo y entran Yago y Marion. No me hace falta mirarlo a los ojos para saber dos cosas: la primera, que está al tanto de lo que hemos hecho; la segunda, que ahora mismo está de muy mala hostia. Su mirada gélida viaja de Roque a mí.

—La tenéis vosotros —afirma en referencia a la tarjeta.

—Sí —responde Roque con sinceridad—. Extraída y procesada. —Se cruje las manos entrelazándolas por delante del pecho y se echa hacia atrás en la silla. Acción que enciende no solo a Yago, también a Marion, que masculla un insulto en francés.

—¡Bravo! —Aplaude Yago. Y se gana la mirada desconcertada de los demás—. ¿A esto le llamas tú trabajar en equipo?

—¿Qué ocurre? —inquiere Lena.

—Que estos todavía no saben con quién están tratando —asegura Marion, y se acerca a su compañera para sentarse a su lado.

—Precisamente por eso —siseo—. Ahora es cuando empezamos a tenerlo más claro. ¿Tus compañeros saben con quién tratas tú?

—Báscones… —La voz de Yago suena a advertencia, sin embargo, por un oído me entra y por otro me sale.

—¿Podéis explicarnos qué ha pasado? —se interesa Estébanez.

—Por supuesto. Si Arrasate hace el favor de calmarse y se sienta, podremos empezar la reunión.

Yago se acerca a la cabecera de la mesa para colocarse a mi lado, pero sin sentarse. Su respiración sigue alterada, pero milagrosamente guarda silencio esperando a que hable.

—Ayer conseguimos fotografías de la mayoría de los asistentes al funeral de Esmeralda. Muchos peces gordos, algunos familiares y sus amigos íntimos. Algunas caras conocidas ya para la brigada. Y otras conocidas para Nexus, aunque quizá no para todos los miembros —dejo caer—. Le ordené a Roque, y esto quiero que quede bien claro, que extrajera la tarjeta de la cámara que utilizaron en la vigilancia para procesar las imágenes nosotros.

—La robaste —indica Marion y Lena gruñe.

—Qué va, Marion, solo os quité trabajo, para que no os estreséis. Ahora ya tenemos las imágenes editadas y listas para visualizarlas.

Virginia y Marcos se aguantan la risa, pero el capullo de Roque no puede.

—¿De qué coño te ríes, García? —Yago se encara a su amigo—. La información de esa tarjeta es relevante y tiene que estar sometida a unos canales. Tu canal directo era mi puta oreja, ¿te

enteras? No puedes procesarla a mis espaldas por tu cuenta y riesgo.

—Te lo repito, el oficial García solo ha acatado mi orden. Y esto es muy sencillo, antes de que pasara por vuestro filtro, perdón, por vuestro canal, he creído conveniente que pasara por el mío. ¿Algún problema?

—Informaré a Quintana de esto —afirma Marion.

—Tranquila, lo haré yo misma en la reunión que tendremos con él y con Carbonell luego. ¿Podemos visionar las imágenes ya?

Yago me observa con suspicacia. En su mirada distingo una mezcla de rabia y un destello de reconocimiento al tesón y a mi empeño, aunque las formas le hayan tocado mucho los huevos.

—Abre ese maldito archivo y vamos a ver lo que tenemos —cede y ahora sí que se sienta.

—No tengas tanta prisa. Primero quiero que Marcos y Virginia nos pongan al día de lo que han averiguado hasta ahora.

—Es poco, así que seré breve —interviene Marcos—. Virginia ha revisado todos los medicamentos que tenía recetados Esmeralda, el Tramadol no estaba entre ellos. No es un medicamento que se dispense de manera habitual, trataremos de rastrearlo, a no ser que lo consiguiera en el mercado negro. Los forenses indicaron que también había un resto pequeño de alcohol en sangre, la cantidad podría ser equivalente a dos copas de vino.

—Suponemos que se las tomó con su visita, sin sospechar que estaba en peligro —apunta Ruiz.

—Nosotros charlamos ayer con Camila. Nos contó que cuando estaba hablando por teléfono con Esmeralda, sobre las diez de la noche, alguien llamó a su puerta y su jefa colgó para ir a abrir. Después no volvió a saber nada de ella hasta que se la encontró en la cama muerta. Nos comentó que llevaba algunos días nerviosa, pero que a ella no le contaba todo. Dejó caer que sabía algo sobre su colaboración con la policía, pero se hizo la tonta y nos dijo que era algo sobre una inspección fiscal en una de sus empresas.

—¿Creéis que sabía que colaboraba con la policía para destapar la red? —nos pregunta Virginia.

—Esmeralda no era ninguna santa y Camila la conocía desde hacía tiempo —afirma Diego—. Lo más probable es que sepa más de lo que cuenta.

—Sus respuestas evasivas de ayer a mí tampoco me convencieron —asegura Yago.

—Cruz necesita que los de criminalística le dejen acceder al ordenador y al móvil de Esmeralda para revisar su huella digital, si es que lo siguen teniendo ellos —dudo—. Necesitamos conocer sus correos, sus movimientos bancarios, sus compras *online*… ¿Cómo era eso del canal? —Miro a Yago, que se limita a resoplar esperando mi siguiente paso—. Después de tu puta oreja, la nuestra, era así, ¿no? Pues eso, que, aunque le hayáis pasado vuestro filtro, estaría bien que nos los entregarais cuanto antes.

—Acabo de colgar todos los datos que extrajimos de ellos en vuestra nube —nos informa Lena—. Intentaremos evitar el papel en la medida de lo posible. Y os rogaría que pasarais por la trituradora el informe preliminar.

—Gracias. Ahora sí que podemos ver las diapositivas del funeral y confeccionar la lista de los próximos interrogatorios.

—¿Quién se encargará de hacerlos? —inquiere Marion. ¿Preocupada? Estoy deseando ver la cara que pone cuando salga en las imágenes hablando con el escolta de Tariq Vernet.

—Nosotros —respondemos Yago y yo al unísono.

¿Cómo? ¿Ese nosotros es por su unidad?

Nuestros compañeros esperan atentos a que nuestra guerra dialéctica continúe, pero solo necesito verme reflejada en sus iris negros para confirmar que los dos hemos pensado quién engloba ese *nosotros*.

Él y yo.

11

YAGO

—¡Dale! —le pido tajante mientras controlo mi cabreo.

No me puedo creer que Marion no comprobase si la tarjeta seguía dentro de la cámara cuando nos subimos en el coche para regresar a Madrid. ¿En qué estaba pensando? Además, ¿cuándo dejó solo a Roque para que pudiera sacarla? Menos mal que cuando empezó la vigilancia fue compartiendo algunas con Diego y con Lena, pero, aun así, no podemos permitirnos estos errores en la cadena de custodia.

En la pantalla que está colgada en la pared se ve la primera diapositiva.

—Posicionamos la cámara para que nos diera imágenes más amplias de la entrada a la finca —explica Roque—. Por aquí llegaban todos los vehículos.

Detiene el cursor unos segundos sobre las primeras y nos anuncia que solo las ha editado para mejorar la calidad.

—Muy atento por tu parte —mascullo; él tampoco se va a ir de rositas.

—¿Ese es el exterior de la casa? —se interesa Marcos.

—¡Menuda choza! Esmeralda no andaba descalza, ¿eh? —suelta Virginia.

—¿Descalza? —Lena no entiende a qué se refiere la subinspectora.

—Significa que no era pobre, que tenía mucho dinero —le aclara Marcos.

—Vestidos negros. Sombreros discretos. Y coches de alta gama. Todo a conjunto con el estilo de vida de la víctima —comenta Roque y pasa a la siguiente imagen.

—Acércala —le ordena Lucía.

Al hacer *zoom* observamos mejor a un grupo de personas.

—Su familia directa. Su hijo Ian, sus padres, María y Tom, y su exmarido acompañado de su actual pareja.

—Hablamos con los padres. La última vez que la vieron fue el jueves por la mañana. Según ellos, estaba bien. Tenía en mente, después de arreglar un asunto, marcharse a pasar un par de semanas a Londres con su hijo. Ian y su padre no estaban en España cuando fue asesinada. Hemos comprobado su coartada —informa Lucía.

—¿Y Esmeralda? ¿Salía con alguien cuando murió? —pregunta Marcos.

—Nadie nos ha dicho que tuviera una relación sentimental en ese momento —comenta Lucía—. Ni sus padres ni su secretaria. Sin embargo, eso no significa que no estuviera viendo a alguien, quizá era una relación secreta que quería preservar para ella. O una muy reciente de la que nadie tenía constancia.

Lucía abre de nuevo el dosier que les entregamos y relee las anotaciones. Acaba de hacer una exposición coherente, pero a mí no me engaña, sé que ella ya tiene una teoría.

—Puedes compartirla —la azuzo y levanta la vista de los folios para dedicarme una mirada de tres segundos. Ni uno más.

—Roque, continúa, por favor —le pide.

—Ahí está el círculo social de Esmeralda. Como podéis observar, es amplio. Amigos, clientes…

—Y empleados —matiza Lucía cuando en una de las fotografías se ve de perfil a Estefanía.

—Estaría bien cotejar a los invitados de la fiesta del miércoles con los asistentes al funeral —indica Virginia—. Quizá esa lista nos lleve a algún sitio.

—Lena y Diego estuvieron allí —afirma Lucía para compartir el dato con sus compañeros.

—Tenemos un listado —confirma Lena—. Lo subiré a la nube.

—¿Y visteis algo raro? —inquiere Marcos—. ¿Esmeralda tuvo algún enfrentamiento con alguien? ¿Estaba nerviosa? ¿Alterada?

—Estuvo bien. Disfrutando. Solo hubo un conato de enfado cuando una de las camareras le tiró una copa encima al novio de la Loba Guzmán —nos informa Diego—. Pero enseguida lo solventaron.

—¿Lena y tú estáis quemados? —pregunta Estébanez—. Lo digo por si alguien pudiera reconoceros en los interrogatorios.

—Lena sí. Está fuera —asegura Diego y se inclina sobre la mesa para que podamos verlo todos—. No podrá volver a ver la luz del sol y tendrá que centrarse en su computadora. —Sonríe mientras la mira.

—¿Y eso? —pregunta Virginia.

—Alguien me reconoció —responde con ambigüedad.

—Lena se encontró con una compatriota —aclaro y Marion chasquea la lengua con desaprobación.

—Fue mala suerte. La eurodiputada me entregó una condecoración en el Parlamento Europeo hace seis meses por una operación de la Europol. Ese día estuvimos hablando más de la cuenta y en la fiesta me reconoció. Por suerte, pude mantener mi coartada, pero no puedo dejar que me vean otra vez.

—¿Nombre? —pregunta Lucía.

—No es relevante —responde Marion.

—Eso lo decidiré yo. Arrasate, ¿de verdad vas a hacernos perder el tiempo buscándolo? ¿Este es el tipo de colaboración que quieres?

—La tengo —suelta Roque con premura para calmar las aguas—. ¿Es esta?

Ha ido pasando hacia delante las diapositivas hasta dar con la de ella. Asiento, ocultarlo es una tontería.

—Marie Van Der Velde —afirma Virginia que estaba haciendo los deberes con su portátil.

Rubia, alta, pelo recogido en un moño bajo. Falda lápiz y blusa oscura. Se la ve salir de la parte de atrás de una berlina negra. Se mueve con chófer y con escolta, que es el que le abre la puerta.

—Gracias por nada, Arrasate —sisea Lucía sin mirarme a la cara —. Continúa, Roque.

Él se detiene en una imagen. Retrocede la secuencia y vuelve a avanzar, algo ha llamado su atención.

—¿Veis eso? —Señala un punto con el cursor—. Alguien más iba a bajarse del vehículo. Se ven unos zapatos con la punta de color azul. Luego desaparecen. Y la única que sale es la eurodiputada por la otra puerta.

Roque teclea en su ordenador y mantiene una conversación silenciosa con la inspectora. Se ha dado cuenta de algo importante, pero por lo que sea Lucía no quiere que lo mencione en voz alta. El gesto que ha hecho ella con los ojos es imperceptible para cualquiera, excepto para mí.

Después de unos segundos, sigue mostrándonos imágenes.

—Más caras conocidas —anuncia Virginia—. ¿No te suena, Báscones?

Roque amplía la imagen y, efectivamente, el idiota de Lucas de la Fuente está detrás de algunos de los *escorts* de Luxepic.

—¿Algún nombre importante? —pregunta Diego.

—Este de importante no tiene nada —responde ella—. Lucas de la Fuente, periodista y cliente de una de las empresas de Esmeralda. Le gusta estar en todos los saraos, nada más.

—Además de a Estefanía, veo a Eros, otro *escort* —apunta Marcos—. El alto de atrás con traje negro que parece visiblemente afectado. Ahí está Dimitri, uno de los hombres de seguridad de Esmeralda. E Inés de la Fresneda, la *influencer*.

—Tendremos que hablar con ellos —reconozco.

—Lo repito, necesitamos confirmar si estuvieron en la fiesta de Marbella —comenta Lucía—. Recordad que tuvo lugar en las últimas cuarenta y ocho horas de vida de Esmeralda.

—La *influencer* sí —afirma Lena—. Los otros no me suenan.

—Los *escorts* también —confirma Diego.

—De todas maneras, os daremos los nombres para que hagáis una lista definitiva —informo.

Mi amigo llega a las últimas diapositivas.

—Políticos locales y empresarios, algunos de la zona y otros de fuera —confirma, se nota que ha hecho una labor de investigación previa—. Ahí se ve a Tariq y su cortejo; ese tío siempre va rodeado —comenta. Se detiene en la siguiente imagen; un hombre con un vaquero y una americana gris marengo, con gafas de sol Ray-Ban negras—. Este señor aparece en varias, como si solo hubiera estado merodeando por el exterior. No lo he podido identificar. ¿Y vosotros? ¿Sabéis quién es?

—Negativo —responde Marion.

—Pues seguimos, que nos hemos guardado lo mejor para el final —canturrea mi amigo.

Malo.

—¡Espera un segundo! —le pide Virginia—. Vuelve a la imagen anterior. ¡Puto Vasile!

Lena me mira y Marion también. Diego solo asiente.

—¿Conocéis a Vasile Esipov? —pregunta la belga.

A este pieza lo tenemos hace tiempo en el punto de mira. Y sí, la BEDA ya lo conocía del caso de Tamara. No es alguien con gran poder en la red, pero Nexus ha averiguado que trabaja para ellos a pequeña escala como facilitador. Es un don nadie que se cree un ser superior.

—Más de lo que me gustaría —murmura Virginia.

—Entonces, cuando termine la reunión, me gustaría hablar contigo e intercambiar información —le pide Lena, a lo que la subinspectora asiente.

Menos mal, por fin algo de colaboración.

—Estas me las salto —comenta Roque—. Son las de los periodistas, algunos medios locales, otros digitales y poco más.

—Nadie ha publicado todavía la noticia de que su muerte fue un asesinato —admito—. Mejor. Así nos dejarán trabajar sin entrometerse.

—Su familia no necesita la pasta, preferirán máxima discreción —comenta Virginia.

—Bueno, y con esto ya terminamos… —Roque pasa a la siguiente diapositiva y entonces la atmósfera de la sala se congela, como la imagen que aparece en la pantalla.

Marion, impecable con su traje oscuro, de pie junto a un hombre corpulento y de rostro serio. Ambos mantienen una conversación sin tensión, porque están en una postura relajada.

Miro a Lucía, que parece disfrutar con mi cara de sorpresa, se cruza de brazos y esboza media sonrisa esperando a que me decida a abrir la boca. Lena y Diego se recolocan en sus asientos y los miembros de la BEDA aguardan expectantes algún tipo de explicación.

—*Putain* —blasfema Marion.

—Tu nuevo amigo es… —Sueno tranquilo o eso creo.

—Samir Farah, el nuevo escolta de Tariq Vernet. Su mano derecha en este momento.

—Y lo conoces personalmente —afirmo, no tengo ninguna duda.

—Sí. Estuve echando un vistazo por el perímetro, por si veía algo relevante y me lo encontré. Fue una sorpresa. No teníamos constancia de que ahora trabajara para Tariq. —Nos incluye como si fuera culpa de Nexus no conocer ese dato—. Solo lo saludé. Es un antiguo amigo de mi hermano.

Roque, con cierta inquina, amplia la imagen y pasa a una serie de planos secuencia para que veamos a Marion gesticular y a Samir asentir con seriedad. Eso no es un simple saludo.

—De puta madre. —Echo la silla hacia atrás y me levanto.

Si los miembros de la BEDA confían muy poco en nosotros, con esta cagada de Marion, lo harán menos.

—Está documentada toda la secuencia —nos anuncia Roque—. Mantuvieron una conversación que duró exactamente cuatro minutos y treinta y siete segundos.

Después de ser testigo de esa escena a través del objetivo, supongo que mi amigo informó a Lucía y, sin compartirlo conmigo, decidieron adueñarse de la tarjeta, por si acaso.

Marion se inclina sobre la mesa para encararse con Roque.

—¿De qué coño vas? Te dije que guardaras la cámara, que solo iba a dar un paseo para despejarme. ¿Qué pasa? ¿Ahora me espiáis? No tenéis derecho a…

—¡Marion, para! —Diego la detiene y le pide que se aleje de la mesa.

—¿A qué no tenemos derecho exactamente, Fournier? —interrumpe Lucía con voz aguda—. ¿A hacer nuestro trabajo? Si estás manteniendo contacto con alguien muy cercano a uno de los sospechosos, tendremos que interesarnos, ¿no? Y con más razón si se lo has ocultado a tus propios compañeros.

—No os dije nada porque no es relevante. Fue un cruce de palabras trivial —escupe Marion con los ojos encolerizados.

—Un cruce trivial con un antiguo amigo de tu hermano —apunta Virginia—. No suena muy creíble.

—Joder, Marion.

—Acabo de informar a Jacobo —admite Lena, que no se casa con nadie.

—Marion, si hay algo más que debamos saber, es el momento…

—No hay nada más —asegura ella.

Lucía vuelve a sonreírme, sí, sabe que ha ganado este punto y lo está disfrutando.

Mi teléfono suena a la vez que el suyo. Menos mal que el de ella solo vibra encima de la mesa, porque, si mis compañeros hubieran escuchado que compartimos tono, y no uno genérico, no habría tenido escapatoria.

—Preparad el orden de los interrogatorios —les pido a todos—. Que Estefanía sea la primera, ya está en Madrid. Báscones, acompáñame.

—Qué coincidencia, Arrasate, iba a pedirte lo mismo.

12

LUCÍA

Carbonell me ha pedido que subamos a su despacho. No sé a qué vienen estas prisas, porque él mejor que nadie sabe que una investigación como esta necesita su tiempo y solo hace seis días que encontramos el cadáver de Esmeralda Callagham. El teléfono de Yago ha sonado a la vez que el mío, lo que significa que Quintana también estará en esa reunión. Por cierto, uno de los dos tendrá que cambiar la canción que nos escogió Deva como tono, porque nadie se tragará que es una simple coincidencia, y menos que tenemos gustos musicales afines.

Cierro la puerta de la sala y me sorprende que Yago camine por el pasillo sin abrir la boca todavía. Está cabreado porque tomamos prestada la tarjeta de la cámara —robarla suena muy feo—. Pero es que no podíamos arriesgarnos a que Marion borrara las imágenes de ella junto a Samir. Y también está mosqueado por lo de su compañera; doble enfado, es comprensible. Mientras él va rumiando sus temas, yo repaso los argumentos que expondré al comisario, a Quintana, y al mismísimo ministro si fuera necesario, para que esta pantomima de la colaboración termine cuanto antes.

La brigada es completamente capaz y tiene la autonomía suficiente para resolver el caso de homicidio sin la escasa contribución de Nexus, porque cada minuto que pasamos juntos solo sirve para alimentar mi teoría de que nos están retrasando.

En el cruce de nuestro pasillo con el que te lleva a la zona donde han ubicado el nuevo gimnasio y los vestuarios, me doy de bruces con un viejo conocido.

—Báscones, ojos que te ven. —Álvarez se detiene delante de mí e hincha el pecho, como si ese cuerpo trabajadísimo necesitara más espacio que el resto. Y sonríe, como si este encuentro fuera un premio.

—¿Qué tal? —lo saludo—. Hacía mucho tiempo que no te veía, sí.

Puede que desde aquella noche después de un operativo en Vallecas en la que terminé acompañándolo a su casa y metiéndome en su cama, aunque lo recuerdo vagamente.

—Así que los rumores son ciertos…

Me tenso, aunque no tendría por qué; siempre me ha importado bien poco lo que opinen sobre mí. Sin embargo, en este instante, mi columna se estira y me yergo como un tallo. Quizá sea porque, en el fondo, lo que no me apetece es exponer a Yago. ¿Rumores? Álvarez mira por encima de mi hombro y se topa con Arrasate, que está parapetado detrás de mí. ¿Qué pasa? ¿Que las noticias sobre mí siguen volando? Luego se les llena la boca hablando de lo que nos va el salseo a las mujeres, pero los entornos masculinos, en su mayoría, no están exentos de cotillas. No me puedo creer que nuestra relación ya sea un tema de debate.

—De las malas lenguas no deberías fiarte, Álvarez —comento de manera ambigua—. Aunque la tuya tampoco es buena…

Su risotada retumba contra las paredes. No se me olvida que Jacobo se enteró de mi lío con el jefe de los Tédax, porque él mismo fue pregonándolo.

—Me habían comentado que volvías a estar por el edificio, aunque jamás creí que a una inspectora de tu nivel la escondieran en el sótano uno.

Respiro con cierto alivio con su respuesta, pero cuando Yago da un paso adelante y se coloca justo a mi derecha vuelvo a ponerme en alerta. ¿En qué momento ha creído esto necesario?

—Mejor aquí que no lamiéndole el culo a los de la última planta —siseo.

—En eso te doy la razón. De lo que tampoco me habían hablado es de que ahora haces de niñera. No te ofendas, chaval —se dirige a Yago. Error. Veo venir su réplica a la legua—, pero es que la conozco muy bien y sé que estará deseando deshacerte de ti.

—No me ofendes… Álvarez, ¿no? Encantado, agente Arrasate. —Le tiende la mano y se la estrechan. El tono de voz de Yago es excesivamente moderado para lo que esperaba—. Dices que la conoces bien, ¿no?

—Sí, muy a fondo —musita el capullo.

—Permíteme que lo dude. Si lo hicieras, sabrías que ella jamás será la niñera de nadie.

Álvarez asiente, como si las palabras de Arrasate fueran más coherentes que su propia insinuación, recogiendo cable.

—Tenemos que irnos —me despido antes de que esta conversación se alargue.

—Yo también me voy. Pásate un día por el gimnasio e intercambiamos unos golpes, como en los viejos tiempos, que veo que no has perdido la forma. —El repaso visual podría habérselo ahorrado.

Él ignora a Yago, el problema es que este no lo ignora a él. Así que me alejo y camino hacia el ascensor, aunque como tengo un oído muy fino sus palabras me llegan al tímpano.

—No solo no ha perdido la forma, sino que la ha ganado… conmigo. Te lo aseguro. A ver si coincidimos algún día en el gimnasio e intercambiamos unos golpes tú y yo. Que tengas un buen día, Álvarez.

Voy. A. Matarlo.

Sí, en cuanto estemos a solas, exactamente eso es lo que voy a hacer. Álvarez habrá alucinado, pero no pienso girarme para comprobarlo.

Antes de que se cierre la puerta del ascensor, él entra.

—¿De qué coño vas?

Pulsa el botón de parada del ascensor y me acorrala contra la esquina. Su mirada habla por él, porque, aunque esté cabreado por los asuntos laborales, el muy capullo ha disfrutado del encuentro con Álvarez.

—Respóndeme a esta duda, Lucía. —Su boca en mi oreja. Escalofrío. Su nariz en mi cuello. Mis muslos cada vez más apretados —. ¿Desde cuándo quiere follarte?

Imbécil. Está preguntándome lo mismo que le he preguntado yo esta mañana sobre Marion. Bonita forma de devolvérmela.

—Ni idea —musito—. Aunque supongo que desde que lo hicimos en su casa después de un operativo hace meses. Le quedaría buen recuerdo…

—¿Y a ti? —Lleva la mano a mi entrepierna y me presiona con la palma una vez. Dos.

Estoy mojada y él nota la humedad a través de la tela de mi pantalón, por eso se muerde el labio regocijándose. De repente, me sobra todo.

—Yo apenas me acuerdo, así que no sería tan memorable.

Cambia de postura y me sujeta las muñecas detrás de la espalda. Su cuerpo fuerte, la presión justa, sus ojos de un negro intenso que nunca se apaga y esa puta sonrisa en los labios…

—Has ganado con el cambio —se pavonea—. Mucho.

La luz de la pantalla se enciende y una voz femenina se escucha a través del interfono.

—Disculpen, ¿están bien? Estamos haciendo unas comprobaciones. ¿Han detenido ustedes el ascensor? ¿Se trata de una emergencia?

Lo aparto de mí y me recoloco, como si además de escucharnos nos estuvieran viendo, que no descarto que aquí dentro haya alguna cámara, todo sea dicho.

—Perdón —me disculpo mientras Yago pulsa para que el ascensor vuelva a moverse—. Hemos tocado sin querer.

Su sonrisa se vuelve maligna.

Antes de llegar a nuestra planta, cambia el gesto y vuelve a ponerse serio.

—Sigo enfadado por lo de la tarjeta.

—¿Solo por eso?

—No te pases, Báscones.

Cuando llegamos a la puerta del despacho de Carbonell, Paula le avisa de que estamos aquí. Antes de que podamos acceder, el pomo

se mueve y nos encontramos de frente con Monasterio, el comisario principal, y con Bernardo Allende, el jefe de Quintana. Ambos salen con el rictus demasiado serio, de ahí que, cuando les damos los buenos días, solo nos hacen un gesto con la cabeza de vuelta.

—Demasiado pez gordo para un despacho tan pequeño, ¿no? —suelto al entrar—. ¿Os han reñido mucho?

—Lista, graciosa y ladrona. Lo tienes todo, Báscones. Todo —dice Jacobo dejándome claro que sabe lo de la sustracción de la tarjeta.

—Lucía —Carbonell emplea su tono conciliador—, te pedí un poco de colaboración, no que trabajaras por tu cuenta. ¿No has visto que estamos pillados de pies y manos?

—¿Y tú? ¿A qué andas, Arrasate? ¿No supervisaste a Marion en todo el día? Creo recordar que te dejé al mando, a ver si no he sabido elegir bien…

—Basta. —Me siento. Yago hace lo mismo a mi lado. Jacobo se remueve en su silla pegado al comisario—. No es cuestión de que Yago haga o deje de hacer, ni de que nosotros tengamos que andar con triquiñuelas para ir un paso por delante de vosotros. Lo único que importa es que este juego que os traéis entre manos se tiene que acabar, mejor hoy que mañana.

—Ese es el puto problema, Báscones, que no es ningún juego. ¿No habéis visto quién acaba de salir de este despacho? Te lo repito, esto os queda muy grande. La operación Babel —Jacobo levanta la voz y me entero del nombre por primera vez, aunque seis días tarde — está por encima de todo y nadie va a dar un maldito paso en falso y echarla a perder. ¿Te queda claro?

—A mí supernítido. Lo que pasa es que algún miembro de tu equipo debió faltar ese día a clase. Menos cuentos, Quintana. Y, por favor, no me tomes por tonta.

—Samir acaba de incorporarse al servicio de Tariq. Nadie pudo preverlo. —¿Yago está excusando a su compañera? Flipo—. Marion me ha confirmado que fue una charla trivial, se conocen desde hace años. Asegura que no se ha quemado. Él no sabe que pertenece al servicio de inteligencia y ella le contó que estaba pasando unos días de vacaciones en Marbella con una amiga que conocía a Esmeralda y

que por eso la había acompañado al funeral, aunque ella pasó de entrar.

—Vaya, qué conveniente todo. No me jodas. A ver si en vez de un centro de inteligencia sois todo lo contrario.

—Lucía, por favor —tercia Carbonell.

—Ni por favor ni nada. Vamos a exigirles sinceridad de una vez, comisario.

—¿Crees que no lo he hecho ya?

—Pues no está dando resultado. ¿Con quién había quedado Esmeralda en Praga? ¿Quién sabía que iba a hacer ese viaje? ¿Solo Camila? ¿Quién pudo enterarse de vuestro trato con ella? ¿Tenía novio? ¿Novia? ¿Salía a correr? ¿Acudía al psicólogo? ¿Iba al fisioterapeuta? Con alguien hablaría. ¿Cuál fue el verdadero fin de la fiesta que dio en Marbella? ¿Conseguiros pruebas? Nos habéis dicho donde estuvo, pero por lo que sea no nos habéis facilitado ni un solo dato relevante que nos ayude. Me he cansado, así que tenéis un día para recapacitar, consultarlo con las altas esferas o hasta con la mismísima directora general del CNI, pero no voy a jugarme mi carrera por un fantasma, necesito saber a quién estoy persiguiendo. —Golpeo la mesa con el dedo remarcando cada palabra.

Jacobo bufa y Carbonell asiente.

—Tiene razón —afirma mi comisario.

Me giro para mirar a Yago, estaría bien que me apoyara en esto.

—Podemos compartir información delicada solo con ella —le propone a Jacobo, por fin—. Lucía sabrá cómo filtrarla a su equipo para no poner en riesgo lo que tenemos hasta ahora.

—Es complicado. La operación Babel está clasificada. Alta seguridad. Al estar involucrados varios países, no es tan fácil. No estoy autorizado, tendría que reunirme con Allende y exponérselo.

—Perfecto. —Me levanto—. Hazlo. Reúnete con quien sea necesario y llámame solo si vas a poder darme información pertinente. Mientras tanto, la BEDA regresará a sus instalaciones.

—No es necesario, Lucía. Seguro que Quintana enseguida lo resuelve —intercede Carbonell.

—Lo intentaré. —Jacobo arrastra su silla y se pone de pie visiblemente molesto, pero no más que yo.

—Espero tu llamada.

—Cualquier novedad, me dices —me pide mi comisario.

Nos despedimos y salimos los tres por la puerta.

—¡Yago, conmigo! —ordena Jacobo sin llegar al pasillo.

—Está bien, dame un segundo —le pide y me aparta a un lado—. Te veo por la noche.

—No. He quedado con Deva. Cenaré con ella y volveré tarde. Ya nos veremos.

Quiere debatir ese punto, pero no le doy tiempo. Me voy hacia el ascensor y él sigue a su jefe.

13

YAGO

Sigo a Jacobo. No sé a dónde se dirige, pero tampoco pregunto. Solo obedezco. ¿Seguirá Allende por aquí? Quizá quiere hablar con él para comentarle las exigencias de Lucía y necesita que esté presente para darle mi apoyo, aunque lo dudo.

En el fondo, entiendo la postura de Báscones y el ultimátum que ha lanzado. A nadie le gusta dar palos de ciego en una investigación, y menos a ella, con ese nivel de autoexigencia que se infringe. No obstante, le siguen perdiendo las formas. Sustraer la tarjeta no ha estado bien, y no solo me ha hecho quedar mal, sino que ha cuestionado en parte nuestra culpabilidad por el descuido de material sensible.

—Por aquí —me indica Jacobo y abre la puerta que da acceso a las escaleras de emergencias.

—¿Te dan miedo los ascensores? —bromeo.

—No, lo que me pone de los nervios es tu novia. Porque ya puedo llamarla así, ¿no?

—Mientras ella no te oiga…

Cabecea y se le escapa una pequeña sonrisa. Conoce a Lucía y sabe de sobra que huye de cualquier etiqueta, y más si tiene una connotación romántica.

—Joder. Cada día estoy más convencido de que fue un error…

—¿Haberme reclutado?

—No. El error fue transigir cuando preferiste irte a la brigada en vez de entrar directamente en el CNI. De ese modo te habría librado de Báscones. Nos habría librado a los dos.

—Ahora ya es tarde, Quintana —asevero con una sonrisa en los labios. Jamás me arrepentiré de mi paso por la BEDA.

Bajamos sin detenernos hasta el garaje y me hace una señal para que me suba a su coche. Después de atarnos los cinturones de seguridad, arranca y abandonamos el edificio.

—¿Podrás controlarla? —Toma la primera salida de la rotonda—. La operación Babel pende de un hilo en este instante, Yago. Dime que puedes controlar a Báscones y que confías en que ella sepa manejar la información que le facilitemos.

—Es incontrolable pero también es leal, inteligente y una profesional de la hostia.

—Evita mancharme el asiento de babas, anda —me vacila y, por primera vez en toda la mañana, siento que relaja los hombros.

—Lo intentaré, pero no prometo nada. Y esto sirve para Báscones y para lo de las babas. ¿Adónde vamos? ¿A la sede?

—No. Vamos a dar una vuelta. En este instante, mi coche es el único lugar seguro.

—¿Algo que deba saber? ¿Alguna sospecha?

—De momento solo son sensaciones —responde dubitativo.

—¿Malas? Lo cierto es que yo también las siento. O será simple intuición. Las órdenes son tan claras y vienen de tan arriba… La presión de Allende sobre el caso es…

—Desmesurada. De ahí que empiece a cuestionarme demasiadas cosas.

—¿Crees que es iniciativa propia o lo estarán presionando también a él?

—¿Quién? ¿La Dama de Hierro? —pregunta refiriéndose a Felisa Robles, la directora general, que es quien está por encima de Allende—. No lo sé. De cualquier modo, no se lo voy a preguntar. ¿Y qué cojones pasa con Marion? ¿Crees su versión?

—Necesitaría un cara a cara con ella. Su explicación es factible pero tibia. ¿Por qué dejó solo a Roque y se fue a dar ese paseo? ¿Reconoció a Samir antes de encontrarse con él? O quizá ya sabía

que iba a estar allí. Su servicio de inteligencia lleva detrás de Tariq meses, desde que encontraron a aquellas mujeres hacinadas en París. En aquella ocasión se les escapó y no encontraron pruebas suficientes para incriminarlo. Ahora aparece convenientemente un conocido de ella y se convierte en el escolta de él… Tengo la sensación de que hay algo que se nos escapa.

—Vamos, suéltalo. ¿Piensas en contraespionaje? ¿De Francia?

—Lo he barajado, sí. Pero no sé si tiene sentido. Nosotros no somos una amenaza para ellos. A no ser que quieran proteger información confidencial o secretos de Estado que podrían salir a relucir con la operación y que desconocemos; en ese caso, cabría esa posibilidad.

—Si eso es verdad, no puedo imaginar hasta dónde se extiende esta puta ciénaga. Y si no es eso…

—He pensado que quizá Samir sea un agente de inteligencia francés y colocándolo al lado de Tariq están anteponiendo su objetivo nacional a Babel.

—Casi la misma mierda que la primera opción. Francia y los franceses —masculla.

—Estoy seguro de que Lena está investigando por su cuenta la versión de Marion. Ya sabes lo crítica y objetiva que es.

Jacobo vuelve a girar en la misma rotonda y me devuelve a la entrada del edificio de la comisaría.

—Te dejo aquí. Hablaré con Allende y su homólogo belga. No prometo que me den luz verde para darle información relevante a Lucía, pero espero que al menos la luz sea amarilla.

—Lo importante es que la labor de Esmeralda no caiga en saco roto —musito.

—Exacto. Y eso que apenas había empezado a darnos algo.

—Era muy lista. Le gustaba estar en el meollo, pero sin ensuciarse las manos. Creo que, aunque se hacía la inocente, tenía muchos más datos sobre la red de los que compartía con nosotros.

—Su lema siempre fue oír, ver y callar —afirma Jacobo—. Y precisamente creyó que ese sería su mejor salvavidas.

—Hasta que dejó de serlo. Pero está claro que conocía las debilidades y las fortalezas de sus amigos y clientes. Así que habrá

que seguir rebuscando en su ordenador y en sus conexiones, por si se nos hubiera escapado algo.

—Tendríamos que volver a contactar con el policía checo con el que se iba a reunir en Praga. Habrá que estudiar la posibilidad de mandar a alguien a hablar con él y no perder el contacto. Íbamos a descubrir un eslabón importante de la cadena y la muerte de Callagham nos ha jodido.

—Perfecto. En lo que ellos preparan los interrogatorios para mañana, nosotros seguiremos con eso. ¿Qué hago con Marion?

—De momento nada. Actúa como si te hubieras creído su versión. Veré qué puedo averiguar.

Cuando regreso al sótano uno, la única que está en la sala N, sentada delante de su portátil y con un vaso de café delante, es Marion. La luz artificial le apaga el brillo de su pálido rostro y, en cuanto me ve, se endereza en la silla mutando a una posición más rígida.

—¿Dónde están todos? —pregunto.

Marion parpadea, como si despertara de un trance, y coge su café para darle un trago.

—Los españoles no sé. Se han marchado con Báscones, no me han dado explicaciones. Diego ha recibido un chivatazo de una posible reunión de la Loba en su hotel con un agente de aduanas y Lena se ha ido con él.

Se pone de pie y se acerca a mí con una sonrisa en los labios. Su lenguaje corporal pretende transmitir seguridad, pero noto una tensión nerviosa en sus hombros.

—Siento lo de la tarjeta —se disculpa y acorta otro paso minimizando la distancia entre los dos, acaparando todo mi campo de visión—. Ya me ha quedado claro que no puedo fiarme de ellos. ¿Has hablado con Quintana? ¿Le has explicado lo mío con Samir?

—Sí, he hablado con él. Han sido dos errores, Marion. El primero, no velar por la seguridad de la tarjeta. El segundo, hablar con Samir y no mencionármelo. —Mantengo la voz firme, pero la mirada suave, necesito que no se sienta cuestionada—. Le he trasmitido los detalles que me has dado sobre tu encuentro fortuito y le he

asegurado que ese hecho no interferirá para nada en la operación Babel. ¿Estamos de acuerdo?

—Por supuesto.

No sé si quiere decir algo más, hace el amago de abrir la boca, pero la cierra.

—Entonces no hay nada más que añadir. Tenemos que retornar al punto donde estábamos. La reunión de Esmeralda con Pavel en Praga. No podemos perder ese contacto. Habrá que buscar la manera de volver ahí y seguir tirando del hilo. Voy a por un café a la máquina, cuando vuelva nos ponemos a ello.

—¿A ti tampoco te importa quién mató a Esmeralda?

—Claro que sí. Es una víctima y, además, puede que haya sido un daño colateral de Babel. Las muertes deberían importarnos a todos —la recrimino. Ella me mira sin un atisbo de sentimiento, ni bueno ni malo—. Lo que pasa es que confío en la BEDA y en su capacidad para resolver el caso. A partir de ahora tendremos que colaborar, pero esta vez de verdad.

Trabajamos toda la tarde, codo con codo, buscando la manera de avanzar con la investigación. Solo paramos quince minutos para malcomer un sándwich frío, de la máquina también. Lena y Diego nos van informando de su seguimiento a la Loba y de una nueva alianza que podría tener que ver con la trama.

Cuando van a dar las ocho, decidimos dejarlo por hoy.

Salimos juntos cuando suena mi móvil. Es un wasap. Yago, el iluso, espera encontrar un mensaje de Lucía. Evidentemente, no es de ella, pero me sorprendo igual, de ahí que sonría con Marión observándome sin entender nada, porque es de otra Báscones.

Deva:
Me llevé tu sudadera. Si vienes a casa y me rescatas de este infierno, te la devuelvo.

Yo:
¿Quieres que te rescate de tus padres?

¿Qué pretendes? ¿Que la inspectora me ponga en su lista negra?

Deva:
¿No lo estás ya?

Yo:
Muy graciosa.

Echo a andar con Marion hasta el ascensor para bajar al garaje. Mi coche está aparcado al lado del suyo.

—¿Tomamos algo? —me pregunta antes de abrir la puerta—. Creo que necesito despejarme.

Antes de que pueda responderle, recibo otro wasap.

Deva:
Venga, cobarde. La inspectora no tiene por qué enterarse. ¿O es que le tienes que contar cada paso que das? Pues que sepas que eso es muy tóxico.

Espera…, entonces, ¿no van a estar juntas?

Muy bonito, Lucía. Muy bonito.

—Lo siento —me disculpo con Marion—, estoy agotado. Lo dejamos para otro día, ¿vale?

—Sin problema. —Se mete en el Mercedes y sale del garaje quemando rueda. ¿Qué mosca le ha picado ahora?

Yo me meto en mi coche y, antes de encender el motor, respondo a Deva.

Yo:
Tenía entendido que habías quedado con ella hoy.

Deva:
Noop. He quedado el viernes. Entonces, ¿vienes? Es que paso de estar sola con

mi padre y su nuevo amigo o novio o follamigo o como leches se llame. Y me debes una *pizza* de Grillo's.

Se la debo, sí. Y claramente me está haciendo chantaje emocional para que esa invitación tenga lugar hoy. Desde que se enteró del verdadero motivo de la ruptura de sus padres, su relación con ellos sufre altibajos. Deva es una niña sensible e inteligente, y bastante madura para su edad, pero está tratando de gestionarlo. Y, además, no se le ha pasado del todo el cabreo por ser la última en saberlo.

Yo:
Salgo ahora de la comisaría, lo que tarde en llegar.

Deva:
Gracias, gracias, gracias.

Sonrío al ver el *gif* que me envía, una imagen de ella misma levantando el pulgar y guiñando un ojo.

Yo también podría cabrearme con Lucía por mentirme a la cara y encima utilizar a su hija, pero no lo voy a hacer. Sé perfectamente dónde está y con quién. Comprendo por qué me ha evitado todo el día desde que hemos salido del despacho de Carbonell.

Ahora bien. ¿Alguien cree que ella no va a cabrearse conmigo?

14

LUCÍA

Fátima recoge las tazas que tenemos sobre la mesa y las lleva a la cocina para lavarlas. Podría seguirla e interrogarla, es evidente que algo le pasa. Lleva toda la tarde merodeando por la brigada, a ratos parece enfrascada en su ordenador y a otros solo distraída, como si tuviera la necesidad de quemar las horas aquí en vez de regresar a su casa.

A pesar de que Carbonell me ha pedido que no abandonemos nuestra sala en el sótano uno —oficialmente no lo hemos hecho—, estamos todos en el piso de la BEDA, porque, en este instante, lo considero un lugar mucho más seguro. Quizá aquí, sin distracciones y sin que nos pongan zancadillas continuamente, seamos capaces de ir armando el mapa con las escasas pistas que tenemos sobre la muerte de Esmeralda, al menos hasta que reciba la llamada de Quintana y me facilite más información.

Por el momento, solo tenemos clara la causa de la muerte. Después, prácticamente nada. Desde la fiesta que dio en Marbella hasta que se halló el cadáver en su casa en Madrid, existen demasiadas lagunas. El círculo de la señora Callagham era tan grande que resulta complicado delimitar quién puede ser sospechoso y quién no. Y lo más importante de todo: ¿cuál fue el móvil? ¿Por qué quisieron quitarle la vida? Dado el perfil de la víctima, acotar la motivación para cometer dicho crimen supondrá todo un reto.

—He conseguido hablar con el abogado de Esmeralda —anuncia Virginia—. El viernes se conocerá el contenido del testamento y podremos hacerle más preguntas.

—Cruz ya está con las cuentas de Esmeralda —me informa Roque.

Dada la particularidad de la investigación conjunta, el juzgado nos ha concedido cierta autonomía. Carbonell actúa como nuestro enlace directo. Él supervisa nuestras acciones y asume la responsabilidad de blindarlas legalmente ante sus superiores y el magistrado y así no dependemos de los tiempos lentos de la justicia.

—Con las cuentas legales —apunta Marcos—. Al final, nuestro niño se va a sacar un máster en finanzas solo con los chanchullos de la señora Callagham. También está buceando en los correos y llamadas que Nexus ha compartido. Evidentemente, le han metido un buen filtro.

—Como era de esperar.

—Pero Cruz tiene sus trucos —afirma Marcos.

—Pues confiemos en su magia.

Roque y Virginia asienten y se ríen. Me gusta ver que el oficial García ha encajado bien en la brigada, sin malos rollos ni contratiempos. Es un alivio no tener que preocuparme de su periodo de adaptación; eso solo añadiría más estrés al que ya soporto con la maldita colaboración.

—Es tarde. Marchaos a casa. Mañana empiezan los interrogatorios y os quiero despejados. Cuantos más detalles saquemos de esas últimas horas de vida de Esmeralda, mejor.

—Será como encontrar una aguja en un pajar, pudo ser cualquiera —apunta Estébanez negativo.

—El ambiente en el que se movía la víctima también es propicio para un asesinato por encargo. ¿Habéis contemplado esa posibilidad? —inquiere Virginia.

—No podemos descartarlo —afirmo—. No obstante, recordad que no había signos de defensa, ni una puerta ni una ventana forzada. Todo sigue apuntando a que conocía a su asesino o asesina. Así que mañana os quiero concentradísimos para que no se nos pase por alto ni el más mínimo detalle.

—Perfecto. ¿Quieres que le diga a Estefanía que venga aquí en vez de a la comisaría? —me pregunta Roque.

—No. No quiero echar más leña al fuego. Arrasate va a estar presente también. Dejad el corcho así, con todo lo que hemos ido recogiendo, porque volveremos en algún momento. Pero mañana estaremos allí. Y que no se note que hemos estado trabajando por nuestra cuenta.

Entre risas, recogen sus portátiles y se marchan.

Mientras tanto, Fátima regresa de la cocina en busca de algo.

—¿Has visto…?

—¿Tu bolso? Está ahí, colgado en el perchero.

—Dios, qué empanada mental tengo.

—¿Estás bien? ¿Por qué no te has ido a casa todavía?

—Debería haberme ido sí, pero…

—No tienes prisa, ya veo. ¿Bajamos al Colorado y me lo cuentas?

—En otro momento. Ahora sí que se me ha hecho tarde. Además, te está sonando el móvil.

Echo un vistazo a la pantalla y veo que es un wasap de Yago. ¿Me manda una foto? Antes de abrirla, le doy un abrazo a Fátima, que me lo devuelve en silencio con una sonrisa comedida, y le digo adiós. Está claro que hoy no tiene ganas de hablar, pero estaré aquí para cuando quiera.

Cuando estoy sola, cojo mi teléfono y abro el mensaje. En la foto salen Deva y él sacándome la lengua mientras sonríen, en lo que presumiblemente es el Grillo's; esa *pizza* en medio de los dos con el mantel de cuatros blanco y amarillo debajo es inconfundible.

Yago:
¿Te queda mucho en la BEDA,
mentirosa?

Será capullo. ¿Se lo habrá dicho Roque? Porque les he pedido discreción hace un rato, aunque quizá haya sido tarde.

Yo:
¿Cena improvisada?

Me abstengo de confirmarle mi ubicación, y menos de reconocer que sí, que le he mentido al decirle que hoy cenaría con mi hija.

Yago:
Un chantaje emocional en toda regla. La excusa era no estar a solas con su padre y su nuevo amigo. Y el Grillo's es un potente cebo.

Se me había olvidado. Antón me comentó que iba a empezar a llevar a casa a su amigo o novio o lo que sea. Tendría que haber hablado con Deva de cómo se sentía al respecto, pero con todo lo del caso lo he ido postergando. Su padre ya lo intentó, pero ella esquivó el tema. Hay días en los que está más receptiva a charlar sobre ello, pero otros, en cambio, se pone a la defensiva y nos recuerda lo dolida que sigue estando, así que dejamos que, poco a poco, siga tratando de gestionarlo ella misma con la ayuda de su terapeuta.

Yo:
¿Está bien?

Yago:
Mejor de lo que esperaba. Me ha cambiado la melodía del móvil, no quieras saber la que ha elegido. Ha pedido su *pizza* favorita.

Yo:
Siempre va a lo seguro.

Yago:
Me ha prohibido hablar de ti y de Antón. Y mira que le he dicho que tenía un montón de quejas sobre su madre, que me dejara desahogarme, pero nada.

Yo:
Muy gracioso. Si salgo ya, me da tiempo a llegar. ¿Me esperáis ahí?

Yago:
Tendré que consultárselo a mi cita.

Se me escapa una sonrisa y a la vez… algo que no sé describir. ¿Una presión en el pecho? Aunque agradable. ¿En qué me estoy convirtiendo? Sé que Yago y Deva congeniaron desde el minuto uno, y que, además, les suele gustar hacer equipo para despotricar del hipotético abismo generacional que nos separa, pero que ahora ella haya recurrido a él en busca de apoyo, antes de buscarnos a su padre o a mí, me inquieta, porque eso significa que Deva considera a Yago algo nuestro, de las dos.

Yo:
Pregúntale. Lo más probable es que quiera que vaya con ella a casa, en modo paracaídas, y así también conozco al amigo de su padre.

Mientras espero su respuesta, apago las luces.

Yago:
Dice que sí. Que te esperamos aquí y así se pide la tarta de tres chocolates de postre. ¿Has cenado? ¿Quieres que te pida algo?

Yo:
No, gracias. No tengo hambre.

Yago:
Qué raro, las mentiras te suelen dar hambre.

Aprieto el móvil en la mano y pongo los ojos en blanco, aunque él no pueda verme. Me imagino su sonrisa gamberra y ese halo de engreído que le envuelve cuando sabe de sobra que tiene razón.

En las últimas semanas ha estado jugando a analizar mi comportamiento con el fin de conseguir hacerme un perfil psicológico único e inédito, según sus palabras. Soy su reto. Su empeño me parece tierno, pero se olvida de que la experta soy yo y que siempre me gusta guardarme ases en la manga. Así que no le voy a quitar la ilusión, porque está convencido de que llegaré a ser transparente solo para él.

Yo:
Estás confundiendo hambre con ansiedad, Arrasate.

Yago:
Tu ansiedad lleva otro tratamiento, pero no te preocupes, hoy me has cabreado la hostia, así que estaré encantado de administrártelo luego. Y que no te quepa duda de que no tendré piedad.

Casi se me cae el móvil de la mano. No sé si reírme en su cara cuando lo vea, por la confianza que muestra, o simplemente echarme a temblar.

Yo:
Estoy entrando al coche, llegaré en menos de media hora.

Cierro la puerta al sentarme y los muslos. Los muslos también.

Cuando llego al restaurante, con bastante más antelación de la que he predicho, Yago está pagando la cuenta al camarero.

—Debería invitarte ella, por chantajista.

—Vaya, ya estás aquí. —El tono de Deva me despista. No sé si le hace ilusión o prefería seguir estando a solas con Yago—. ¡Qué

rápido!

Me acerco a darle un beso esquivando a Arrasate.

—Podías haberme llamado… —No la estoy riñendo, pero quiero que tenga claro que siempre estoy para ella.

—Con Yago he estado bien —afirma—, necesitaba salir de casa y él me debía una cena. No te pongas dramática.

¿Dramática? Inspiro y me templo. Y me cago en Antón, porque si Deva está ahora así de susceptible con nosotros es en parte por su culpa.

Mi hija va hacia la salida y Yago deja unas monedas de propina.

—Además de mentirosa, envidiosa.

—No te pases de listo. Es mi hija y me preocupo…

—Por ella, lo sé. Deva te adora. A ti y a Antón, pero ahora os tiene en cuarentena. Tenéis que darle tiempo y relativizar sus comentarios, sé de lo que hablo. Mi madre era la reina de hacerse la sorda y, créeme, funcionó mejor que los cruces dialécticos que mantuve con mi padre.

—Si tú lo dices…

Salimos y vemos a Deva apoyada en el capó del coche de Yago.

—Voy con él.

—Deva, deja que Yago se vaya a su casa, estará cansado. Yo te acompaño y así saludo a tu padre y a su amigo. Venga, ven conmigo.

—A mí no me importa, estamos a cinco minutos. Así también saludo a Antón, a no ser que queráis estar a solas con ellos…

—No, cuantas más personas, mejor —argumenta Deva—. Porque ya es la hostia de raro todo.

—Habla bien, por favor.

—Cuando lo hagas tú.

—Deva…

—Vámonos. —Yago me sujeta de la cintura firme para pegar la boca a mi oído—. Recuerda, sorda igual a feliz —susurra y, por si pensaba rebatirlo, me da un beso en la boca antes de separarse y abrir su coche.

Durante unos segundos no me muevo, estoy sorprendida porque se ha atrevido a besarme aquí.

—Muy bonito. ¿Es necesario que todos me restreguéis vuestro amor en la cara? —se queja Deva—. No, en serio, ahora no me renta nada veros así.

—¿Mal de amores también? —inquiero.

Seguro que Arrasate, después de cenar con ella, tiene más información al respecto. Él se limita a encogerse de hombros y a guiñarme un ojo cómplice. Cómplice de ella, no mío.

Llegamos a la urbanización en menos de cinco minutos. Deva abre con su llave y entra la primera en casa.

—Hola —saluda—. Ya estamos de vuelta, tristemente.

—Hola, cariño —le devuelve el saludo Antón y se pone de pie cuando nos ve—. No sabía que veníais con ella.

—Necesitaba refuerzos… —dejo caer y mi ex mira a nuestra hija, que niega con la cabeza enfurruñada.

—Ya te vale, mamá. Me voy a poner el pijama y a la cama, que mañana madrugo. Adiós a *todos*. —Hace un gesto con la mano y desaparece.

—Adiós, Deva. El domingo me cuentas… —le dice Yago.

Antón me mira a mí y luego a él esperando una explicación.

—Sí, ahora es su *bestfri* de los cojones o como se diga.

—Te he oído, mamá —protesta ella desde el piso de arriba.

—Genial, hija. Me alegro de que tu conducto auditivo esté en buen estado.

—Uf, últimamente está… —comenta su padre.

—Me he dado cuenta, Antón —afirmo—. ¿Estás solo?

—No, yo… —titubea.

—Antón, ¿quieres que te sirva más vino?

Un chico alto, con el cabello largo y rizado, se asoma por detrás de la columna. Está descalzo y lleva puesto un pantalón vaquero y una camiseta blanca. Se queda paralizado en cuanto nos ve a los tres aquí plantados observándolo, pero hay un destello de reconocimiento en sus ojos que desaparece rápido.

—Sí, sírveme un poco más. —Le dedica una sonrisa tímida que conozco muy bien, está emocionado—. Pero antes ven aquí, quiero presentarte a mi exmujer, Lucía.

Él se acerca a darme dos besos.

—Soy Adriano, encantado. He oído hablar mucho de ti, *inspectora*.

Dice mi cargo con una familiaridad extraña. Intento no torcer el gesto, pero Yago también lo nota. Sabe quién soy, ¿por qué? ¿Antón le ha hablado de mí?

—Y él es su… —mi ex duda con la etiqueta.

—Su novio, Yago. —Arrasate es más rápido que Antón y le tiende la mano a Adriano, que se la estrecha.

¿Novio? ¿Era necesario? Observo la escena en primer plano. Adriano al ver a Arrasate está calculando mentalmente los años que le saco. Sí, son más de diez, aunque él también es más joven que Antón. Yago adopta una pose tensa y parpadea levemente analizándolo.

—¿Queréis beber algo? —nos pregunta Antón.

—No, gracias, es tarde. Lucía y yo tenemos que irnos.

—Está bien. Os acompaño a la puerta.

—Un placer haberos conocido. Ojalá algún día podamos tomar una copa los cuatro —apunta Adriano y se da la vuelta para ir a por el vino sin esperar respuesta.

—Una pena que no os podáis quedar —comenta Antón mientras nos acompaña al *hall*—. Me hubiera gustado que os conocierais mejor.

—¿Estás seguro de que él no nos conoce ya, Antón? —inquiere Yago. ¿Qué está insinuando?

—¿Perdón? —pregunta Antón descolocado.

—¿Qué ocurre? —Arqueo una ceja mirando a Yago.

—Solo una pregunta —insiste él—. ¿Cuánto tiempo hace que lo conoces?

—¿Yo? Hará dos meses. Había oído hablar de su trabajo. Es periodista de investigación. Un amigo me regaló su último libro y lo conocí el día de la presentación en el Círculo de Bellas Artes. No entiendo a dónde quieres llegar.

—¿A mediados de julio? —pregunto.

—Por ahí tengo el libro firmado con la fecha exacta. Ese día tomamos una copa y conectamos. ¿Me vais a explicar qué pasa? —Baja la voz.

—Te llamo esta semana y hablamos —convengo.

Caminamos en silencio hasta los coches.

—Y bien…, ¿a qué ha venido eso?

Yago no responde. Saca su móvil y amplía una imagen. En la fotografía se ve al hombre de la americana gris, gorra y gafas de sol que merodeaba por el funeral de Esmeralda. En la tercera foto se le ve ajustándose la visera.

—Sabía que ese tatuaje lo había visto antes —dice Yago.

Hace *zoom*, pese a la falta de calidad, ahí está: un anillo de plata con una M en el dedo corazón, muy poco discreto, y otro negro en el índice de la mano derecha, solo que este último está tatuado. Los mismos dedos que acaban de estrechar la mano de Arrasate.

—Es él. Estuvo en el funeral. ¿Crees que nos vio?

—Creo que Adriano no acaba de conocernos ahora.

15

YAGO

—¿Se puede saber qué hago aquí, Yago? —Estefanía se ajusta la goma de la coleta y apoya la espalda en la silla.

—Agente Arrasate —le recuerdo.

—Uy, qué serio te pones, agente Arrasate. ¿Por eso me has citado aquí? Este sitio no es tan íntimo como el otro.

—Estefanía…

Estamos en la sala de interrogatorios de la comisaría y no, no tiene nada que ver con el cubículo del piso de la brigada donde hablamos con ella la última vez. No solo por su tamaño, sino porque este reúne todas las características que le faltaban al otro. Iluminación fuerte, sin ventanas y con buena acústica para minimizar el ruido exterior y garantizar la calidad de la grabación de vídeo y audio. La mesa, de metal, igual que la silla en la que está sentada ella son los únicos elementos, junto al espejo unidireccional de la pared, conocido como espejo de Gessell, detrás del que se encuentran Marion, Roque y Virginia.

—¿Necesito un abogado? —Estefanía se inclina y apoya los codos en la mesa.

—Dínoslo tú —espeta Lucía e imita su gesto para acortar distancias. Era raro que no hubiera abierto la boca todavía—. ¿Crees que lo necesitas? Porque no sé cómo lo haces, pero siempre estás muy cerca de una víctima.

—¿Cerca? ¿Yo? —Estefanía sonríe, pero es una sonrisa forzada; sus ojos, intimidados por la cercanía de Lucía, delatan nerviosismo.

—Sí, tú. Cerca de una víctima, Estefanía. Primero fue Tamara. Ahora Esmeralda. Siempre dentro del mismo círculo.

—¿Dónde estuviste la noche del 25 de septiembre? —pregunto para centrar la conversación.

—Ya os lo he dicho. Me quedé en Marbella unos días más después de la fiesta de Esmeralda. He regresado a Madrid esta semana.

—¿Puede confirmar alguien que estuvo contigo la noche del jueves al viernes? —se interesa Lucía.

—Otra vez con lo mismo, inspectora. Con quién estoy o con quién dejo de estar no es asunto suyo. Estuve en Marbella, se lo puedo asegurar. No tengo por qué dar detalles de mi vida privada.

—Tariq Vernet —pronuncio despacio mientras la miro. Ella se recoloca en el asiento desconcertada—. Debes tener más cuidado con las compañías, Estefanía, porque quizá tu vida no sea tan privada como te gustaría.

Me pongo de pie y me muevo por la sala hasta acabar apoyándome contra el espejo. Marion debe de estar mordiéndose las uñas ahora mismo al otro lado. Le encantaría estar aquí tomando el mando de este interrogatorio para sonsacarle información a Estefanía sobre su paisano. El problema es que su encuentro con Samir solo nos ha generado dudas respecto a ella.

Dejo de manera premeditada a Lucía sola enfrente de Estefanía para que siga ejerciendo presión, a ver hasta dónde puede llegar.

—Tendremos que hablar con él para que corrobore tu coartada —argumenta Báscones—. ¿Cuántas noches habéis pasado juntos? ¿Dos? ¿Tres?

La carcajada de Estefanía suena demasiado estridente con esta acústica. Se nota que está demasiado segura del poder de Tariq y de sus influencias, convencida de que él eludirá sin problema sentarse a hablar con nosotros.

Me da que presionándola no vamos a sacar mucho más.

—Las suficientes como para saber que él no va a sentarse nunca aquí —responde sin amilanarse.

Justo lo que pensaba. Báscones se revuelve en la silla, sé que quiere ponerla en su sitio y que está haciendo un ejercicio de contención enorme. Estefanía siente que tiene el poder, pero avasallarla no nos dará ventaja. Además, ella no tiene ni idea de que hay una operación de mayor envergadura detrás de Tariq y sus negocios y nos conviene que siga siendo así.

—Tienes razón. No nos interesa saber cuántos polvos echasteis Tariq y tú —afirmo—. Aun así, tenemos algunas preguntas que deberás responder.

—¿A qué hora abandonaste la fiesta de Esmeralda el miércoles? —Lucía se adelanta a mi cuestionario.

—No lo sé, sobre las tres de la madrugada más o menos.

—¿Te fuiste sola o acompañada? —continúa Báscones.

—Acompañada.

—¿Esmeralda seguía allí?

—Sí. La fiesta fue en su casa, ella no se marchó de allí, que yo sepa.

—¿Esmeralda mantenía una relación con alguien en ese momento? ¿Tenía pareja? ¿O estaba sola? —continúa Lucía.

—Allí no la vi con nadie en particular. Pero todo el mundo sabe que a Esmeralda no le gustaba estar sola; siempre tenía a alguien que le calentaba la cama. Preguntadle a Camila, desde que regresó no se separaba de ella.

—¿Estás insinuando que mantenían una relación?

—Ahora no lo sé, pero tuvieron una relación en el pasado, antes de que se fuera a Panamá. Es lo que he oído, porque yo ni tan siquiera la conocía en aquella época.

En la unidad barajamos la hipótesis de que la relación de Esmeralda y Camila trascendiera lo laboral, sin embargo, no teníamos constancia de que ellas ya hubieran sido pareja en el pasado. A pesar de lo que pueda parecer por el ambiente en el que se movía, la señora Callagham era muy reservada con su intimidad.

—¿Cuántos invitados asistieron a la fiesta?

—No los conté.

—¿Aproximadamente?

—Al principio, unos cincuenta. Cuando nosotros nos fuimos, quedarían unos diez o doce. A esas horas el ambiente se vuelve más íntimo. Y más cargado.

—¿Escuchaste o viste algo destacable? ¿Una discusión? ¿Una conversación incómoda?

—Lo normal a última hora cuando la gente ya ha ingerido alcohol y otras sustancias. El volumen de las voces sube y todos estamos más susceptibles.

—Sin rodeos, Estefanía —la apremio.

—Eros y Silvana intercambiaron unas palabras y Esmeralda tuvo que intervenir para que se calmaran. Los dos estaban pugnando por el puesto que dejó libre Aldo en Luxepic, pero ella no terminaba de decidirse por ninguno. Muchos chicos se han quejado porque la organización del trabajo ha sido un desastre durante el verano. Menos mal que me largué a Ibiza.

—¿Había más *escorts*? —pregunta Lucía.

—¿De Luxepic? Solo dos más aparte de Eros, Silvana y yo. Moni y Leyla. Pero había cinco o seis niñas de la zona, monas, pero con pocas tablas, estaban fuera de lugar. Y también había tres o cuatro extranjeras.

—¿Latinas? ¿Europeas? —inquiero. Es importante conocer la procedencia para buscar una conexión real con la trama—. ¿Eran del círculo de Esmeralda también?

—Ni idea. Había más europeas que latinas. Hablan poco y se meten mucho.

—¿Cuándo fue la última vez que la viste o hablaste con ella?

—Me despedí de ella antes de marcharme. Como buena anfitriona, nos acompañó hasta la salida.

—¿A ti y al señor Vernet? —insiste Lucía y ella guarda silencio.

Me giro de cara al cristal para que me vea Roque. Entra, le pido con los labios. Será mejor que cambiemos de estrategia y Lucía salga de aquí.

—¿Dónde te alojaste esos días en Marbella? —Lucía sigue con la batería de preguntas sin darle tregua—. ¿En un hotel? Si nos dices en cuál, podremos comprobarlo y evitarás problemas mayores.

—¿Qué problemas? —Estefanía visiblemente molesta se yergue. El acoso y derribo de Báscones no está surtiendo efecto.

—Problemas legales, Estefanía. Sé que eres una chica lista, no nos engañemos. Tu trabajo tiene una etiqueta y la película a lo *Pretty woman* que te has montado con tu *cliente* también. Si él está involucrado en la muerte de Esmeralda, tu negativa a cooperar tiene un nombre: encubrimiento. Además de que nos resultaría muy fácil seguir el rastro de tus ingresos no declarados, regalos de dudosa procedencia…

—Tariq es un empresario francés respetado. Un criador de caballos pura sangre muy conocido, que se mueve entre la alta sociedad. —Una tapadera de la que ya teníamos conocimiento—. No tiene absolutamente nada que ver en la muerte de Esmeralda. Se os ha ido la olla. Ella misma me lo presentó en Ibiza, sé que eran buenos amigos. Él está muy afectado también.

—Seguro —masculla Lucía.

—Tengo que irme. No tenéis nada contra mí para retenerme. No diré una palabra más sin la presencia de mi abogado.

—Adelante, llámalo. —Lucía le echa un pulso.

—Báscones, te están esperando en la otra sala. Tranquila, ya sigo yo.

Lucía, perdida, me desafía con la mirada. Sé que ese *tranquila* ha sonado demasiado condescendiente y que ahora mismo está justo lo contrario a calmada.

—Yago, he dicho que no voy a hablar más —asegura Estefanía y hace amago de levantarse, pero en ese instante la puerta de la sala se abre y entra Roque.

—Hola, mi niña —saluda a Estefanía con su sonrisa estudiada y le guiña un ojo.

Lucía tarda tres segundos en darse por vencida hasta que echa a andar y sale de la sala.

—¡Vaya! No sabía que tú estabas aquí también. Qué bonito. Los tres juntos otra vez, aunque esto no tiene nada que ver con la noche que os colé en Hï Ibiza y lo dimos todo, ¿eh?

—¡Buah, qué maravilla de noche! —recuerda mi amigo y se sienta en la silla. Estefanía relaja los hombros por primera vez—.

Locurón. Y cuando pincharon The Martinez Brothers fue increíble.

Eso sí que lo disfruté yo y, cada vez que escucho *Rizzla*, mi mente regresa a ese instante y me evado.

—El verano que viene repetimos, menudo fiestón —comenta Roque entusiasmado.

—Fue épico, sí. —Asiente ella.

—Seguro que en la fiesta de la señora Callagham con ese jamelgo franchute no lo pasaste tan bien como con nosotros.

—No es justo compararlas. —Estefanía baja la guardia y coquetea con Roque.

No es la primera vez que lo hace y mi amigo, conocedor de su atractivo, utiliza esa baza a su favor.

—Es obvio que la fiesta de Esmeralda fue un evento de otro nivel, pero eres muy lista y los tres sabemos que nunca se te escapan los detalles. Nos vendría de lujo tu ayuda, mi niña.

Roque me entrega una carpeta, la abro y saco varias fotografías. Son algunas que hicieron él y Marion el día del funeral. Las extiendo sobre la mesa de manera que ella pueda verlas.

—No hace falta que hables —afirmo cuando veo que nos mira a ambos y cabecea. Cojo la de ella y la de Tariq y las aparto a una esquina de la mesa—. Solo tienes que poner en este montón las de los invitados que recuerdes haber visto en esa fiesta y los más asiduos a los saraos de Esmeralda.

Y, contra todo pronóstico, Estefanía cede. Se toma unos cuantos segundos para visualizar todas las fotos y, después, empieza a apartar algunas.

16

LUCÍA

Termino de interrogar a Eros sola. Esta vez no quería intromisiones de nadie. Yago tenía intención de participar, sin embargo, después de cómo me ha echado del primer interrogatorio esta mañana para que entrara Roque a jugar la baza de policía enrollado con Estefanía, no se ha atrevido a insistirme. Y sí, su estrategia ha dado sus frutos, pero sabe que no soporto que me aparte. Así que mi cara le ha dejado claro que iba a hacerlo sin él.

Eros tiene coartada. No se movió de Marbella. Me ha enseñado fotos y una factura de un restaurante. Hasta me ha dado los datos del hotel y el nombre de la persona con la que pasó allí todo el fin de semana. Lucas de la Fuente. Agradezco que haya compartido su nombre, porque así me ahorro el cara a cara con el gilipollas ese. Me ha contado que habló con Esmeralda el jueves, mientras ella viajaba en el AVE a Madrid, quería pedirle perdón por la discusión con Silvana. Me ha enseñado los mensajes y, efectivamente, hablaron sobre ese tema. Ella le confesó que tomaría una decisión antes de que terminara el año, aunque él no la creyó; ha dejado caer que Silvana era su favorita y que mantenían un vínculo especial. Después, se despidieron y quedaron en verse la próxima semana en Madrid.

Cuando entro en la sala N, ya están todos. Excepto Mendoza, que no ha venido hoy. Roque, de pie, colocando las fotografías en el tablón. Hay una que me llama la atención de manera especial, pero

pierdo el foco cuando Yago susurra algo cerca del oído de Marion y ella sonríe encantada de conocerse. No sé si no se ha dado cuenta de que he entrado o, por el contrario, sí lo ha hecho y lo que quiere es que lo vea así, para que la tensión entre los dos no se disipe nunca.

A veces tengo la sensación de que nos motiva estar con el cuchillo afilado entre los dientes la mayor parte del día. Eso se traduce luego en polvos salvajes, eludiendo siempre los mediocres. ¿Y si jamás dejamos de funcionar así? ¿Y si no aprendo a ser menos visceral? ¿Y si solo me excita recibir sus putas órdenes?

—Vamos a intentar poner un poco de clarividencia a este enjambre —digo para que todos me presten atención.

—Con esta ya están todas. —Roque coloca la última fotografía y se queda al lado del tablón—. ¿Quieres que siga yo?

—No, mejor que siga la inspectora, que para eso ha llegado la última. —Yago aprieta la mandíbula en una sonrisa forzosa. ¿A qué espera? ¿A que entre al trapo?

—Puedes seguir tú, que seguro que tienes más información de ellos. ¿La fecha de cumpleaños de las madres de los invitados, quizá? A no ser que hoy no estés aquí para hacer tu trabajo…, porque no me queda del todo claro.

—¿Estás segura, Báscones? Pensaba que había despejado tus dudas después del interrogatorio de Estefanía.

—Sigues pidiendo las medallas en el lugar equivocado, Arrasate. —Sonrío fría y evito que mi mirada se pose en la suya. La intensidad de sus ojos negros me abruma.

—Vamos a calmarnos todos —intercede Estébanez—. Y a centrarnos en el caso. Gracias, Roque. Buen trabajo. ¿Me dejáis seguir a mí?

Yago resopla con tanta fuerza que lo oigo desde aquí, pero asiente. Yo, en cambio, me limito a moverme despacio para sentarme enfrente de él con los brazos cruzados dejando el sitio a Marcos al lado del tablón.

—Antes de meterme con este sarao, y nunca mejor dicho, me gustaría recordar cómo fue la cronología de las últimas horas de vida

de Esmeralda. Aunque su móvil y sus correos no han arrojado muchos datos…

—Después de haber pasado por sus manos —siseo y esta vez sí que miro a Yago.

Él solo gruñe algo por lo bajo y Marion, diligentemente, le da un pequeño toque en el brazo para tranquilizarlo.

—No toda la información del mundo es de tu incumbencia, inspectora Báscones —suelta Marion.

—Sí lo es si atañe a un caso de asesinato que estoy investigando. —Su altivez me saca de mis casillas—. Pero viendo que tú misma filtras a tu antojo datos a tu propia unidad, entiendo que te cueste pillarlo.

—Báscones…

—Arrasate…

—Por favor, dejadme continuar o nos darán las tantas —nos recrimina Estébanez—. Sabemos que Esmeralda estaba en Marbella pasando unos días de vacaciones. El miércoles, como cada año, celebró la fiesta de fin del verano en su casa, con unos cuarenta o cincuenta invitados, no tenemos la cifra exacta. Estos de aquí son los que además de acudir a su fiesta también asistieron a su funeral. Tariq, Marie Van Der Velde, Vasile, Lucas de la Fuente, Inés de la Fresneda, Regina Guzmán y su novio, además de Estefanía, Eros, Silvana y Monique, que han aportado el nombre de algunos invitados, políticos locales, empresarios, el sobrino del rey de Marruecos y su prima, y el embajador de Reino Unido en España. Diego y Lena, que también estuvieron en la fiesta, lo han corroborado.

—Parece que no pasó nada en la fiesta con la anfitriona que llamara la atención de nadie. Ni discusiones. Ni malos rollos… —comenta Roque después de haber escuchado las declaraciones.

—Todo estuvo en orden, ya os lo dije —confirma Lena—. Fiesta divertida.

—Al menos, no ocurrió nada delante de los invitados —asegura Virginia—. Excepto la pequeña discusión entre Silvana y Eros. Y el conato con el camarero.

Desvío la mirada al tablón y observo la última fotografía de la derecha.

—¿Silvana es esa de ahí? ¿La pelirroja?

—Sí —afirma Marcos.

—Vale, continúa.

Ya sé por qué me sonaba su cara. Hablamos con ella durante el caso de Tamara, lo que pasa es que ahora lleva extensiones y esa melena extralarga me despistó. Silvana es la chica que vi el día del funeral, la que estaba en la planta de arriba cuando salí de husmear en la habitación de Esmeralda.

—No sabemos si durmió sola esa noche o alguien se quedó con ella. Aunque todo apunta a que cuando se fue el último invitado allí no había nadie más que el servicio y Esmeralda —explica Roque—. El jueves por la mañana, desayunó con sus padres y después cogió el AVE para ir a Madrid. Llegó a la estación, cogió un Uber y se fue directa a su casa. Alrededor de las ocho de la tarde recibió dos llamadas de un número oculto, era de una tarjeta prepago, así que no hemos podido localizar a su dueño. La primera duró apenas treinta segundos, puede que se cortara. La segunda algo más de dos minutos. Sobre las diez habló con Camila, que estaba en el hospital cuidando a su madre, y concretaron los detalles del viaje del día siguiente a Praga. En la declaración de su secretaria consta que Esmeralda cortó la llamada con ella de manera apresurada porque alguien llamó al timbre, pero que no sabe de quién se trataba. Por la hora, suponemos que esa visita fue la de su asesino o asesina.

—Según la autopsia de Campos y Bolado, le administraron un barbitúrico para dejarla grogui y luego la obligaron a ingerir Tramadol, que mezclado con el antidepresivo que ella tomaba de manera habitual fue letal—apunta Virginia.

—Así es —confirma Marcos—. Su asesino o asesina conocía a Esmeralda, fue a visitarla, se tomó algo con ella, quizá en esa copa de vino le administró la droga, y luego prolongó su visita un buen rato para llevar a cabo su plan. Si la señora Callagham se hubiera sentido en peligro, se habría defendido.

—Y, cuando se aseguró de que estaba muerta, se esmeró en borrar sus huellas y dejarlo todo impoluto —anoto.

—Entonces descartamos que este asesinato lo cometiera un sicario por encargo, ¿no? —pregunta Roque.

—¿Un sicario? —inquiere Marion—. No entiendo a dónde quieres llegar.

—Viendo el nivel de algunos de sus amigos —aclara Roque—, podríamos pensar que, si alguien descubrió que os ayudaba y quería quitársela del medio para que la red no sufriera un revés, habría pagado a alguien para hacer ese trabajo, ¿no? De ahí lo del sicario.

—Descartamos al sicario sí, porque no era un desconocido. Pero no podemos descartar a nadie de ahí. —Yago señala el tablón y usa un tono pausado, como si estuviera midiendo sus palabras—. ¿Crees que esa gente no es capaz de mancharse sus propias manos? La red mueve cantidades ingentes de dinero, Roque. Si no tienen escrúpulos para comerciar con seres humanos, imagínate lo que serán capaces de hacer para seguir traficando.

—Otra hipótesis que no podemos descartar es que un pez gordo de la red convenciese a alguien de su entorno cercano para hacerlo a cambio de una gran cantidad de dinero —comento—. No tiene que tratarse de un sicario al uso.

—Un asesinato por encargo, algo más sutil —musita Virginia.

—En ese caso sería solo por un motivo económico —apunta Yago.

—Y, si no fue cosa de la red, ¿cuál sería el motivo? —pregunto ahora que parece que todos estamos en el mismo barco—. ¿Alguien tiene alguna teoría de por qué alguien cercano querría matarla?

—No. Le doy vueltas y vueltas, pero nada. No he parado de analizar los datos que ya tenemos —afirma Lena, que no ha dejado de tomar notas durante la reunión—. Gracias a Virginia conozco mejor a Vasile y el entorno en el que se mueve. También he acotado el cerco sobre Regina, sus negocios en Madrid y las conexiones que establece su padre en la cárcel con los delincuentes más peligrosos de México y de Medellín. Pero en referencia a la muerte de Esmeralda soy incapaz de elegir una vía clara por la que continuar. Estamos como al principio —comenta frustrada.

—Solo hay dos vías posibles —afirma Marcos—. O está muerta porque se enteraron de que era vuestra confidente. O está muerta

por otro motivo completamente ajeno que desconocemos.

—En cualquier caso —aclaro—, las motivaciones más comunes suelen ser económicas o sentimentales, entre las cuales se encontraría la venganza. Así que tendremos que seguir aunando esfuerzos —miro a Yago, esta vez sin inquina, tendiéndole la mano en sentido figurado, firmando una pequeña tregua—, y esforzarnos al máximo todos para dar con el culpable.

—Ya lo habéis oído —afirma Yago firmando este tratado de paz—. Cotejad todo lo que hemos reunido hasta ahora y buscad algún hilo más del que tirar, porque seguro que hay alguno. Hablad con el abogado de Esmeralda después de que lean su testamento el viernes, quizá ahí encontremos una línea nueva. Nos quedan algunos interrogatorios pendientes y deberíamos mantener bajo vigilancia a Camila, sigue sin convencerme del todo. Y, por último, quiero que cualquier descubrimiento, por nimio que os parezca, lo compartáis con todo el grupo. ¿Entendido? —Mira a todos, pero se detiene en Marion unos segundos—. ¿Lo has entendido?

—Sí —zanja ella.

Antes de levantarme, noto que me vibra el móvil, que lo tengo en el bolsillo trasero del vaquero. Es un mensaje.

Jacobo:
Comida en mi casa en media hora.

¿En su casa? ¿Esto significa que le han autorizado a compartir información clasificada conmigo? ¿O que quiere dorarme la píldora invitándome a comer para decirme que me olvide del tema?

Yo:
¿Luz verde?

Jacobo:
Media hora. Y que no se te olvide traer a
Arrasate contigo.

Joder.

17

YAGO

La actitud de Lucía empieza a desesperarme, y mira que tengo infinita paciencia con ella, con su carácter y con su manera de llevar a cabo la investigación, pero hay momentos en los que me gustaría ser el único que llevara el mando, tanto dentro como fuera, aunque sea ridículamente imposible.

Cuando se trata de ella estoy perdido. Perdido entre lo que me gustaría de verdad decirle. Perdido entre lo que me gustaría de verdad hacer con ella. Y perdido porque, diga lo que diga o haga lo que haga, ella siempre tendrá algo que objetarme. Empiezo a pensar que esto no solo va intrínseco en su naturaleza, sino que el freno que se autoimpone cuando se trata de mí cada vez es mayor, y eso me jode.

Creía que después de nuestras últimas semanas juntos había situaciones que ya teníamos superadas, pero está visto que me equivocaba. Su salida en estampida de la sala, sin mirarme a la cara, sabiendo que yo también estoy convocado a la reunión en casa de Jacobo es una buena muestra de ello, además de una gilipollez, sobre todo porque hemos venido cada uno en nuestro coche y ahora estamos dando vueltas a la manzana como tontos compitiendo por encontrar un sitio para aparcar.

La maniobra de adelantamiento que hago, zigzagueando entre dos coches, con frenada y acelerón incluidos, para ponerme delante de ella y aparcar en el sitio libre que acabo de ver es la mejor

manera de que Lucía se acuerde de toda mi familia. Aparco con toda la tranquilidad del mundo y la que acelera cambiándose de carril para seguir buscando aparcamiento es ella.

Todo bien.

Cuando llego a casa de Quintana, me abre la puerta Martina con su hija medio llorando en brazos. La niña es rubia como su madre, pero tiene unos ojazos claros igual que los de su padre.

—Hola, Yago. Pasa, que nosotras ya nos vamos.

—Me quiero quedar con papá —solloza la niña.

—Es que… ya te vale, Jacobo, hacer su comida favorita justo hoy —se queja su mujer.

El susodicho se asoma por la puerta de la cocina con un delantal con motivos navideños y un trapo colgado del hombro izquierdo. Pestañeo varias veces al verlo de esa guisa. Estamos a primeros de octubre, vamos, que se ha adelantado más que El Corte Inglés. Aparte de que la imagen que tengo de él, un tío profesional, serio y con un carácter duro, acaba de irse al garete. Martina se da cuenta de mi cara de estupefacción y no puede aguantarse la risa.

—¿Qué pasa? Es el primero que he encontrado —se excusa él—. Pasa, no te quedes ahí. ¿Y Báscones?

—Aquí estoy. —Llega al rellano—. Siento el retraso, no encontraba aparcamiento y, encima, un gilipollas me ha quitado un sitio. —Ese soy yo—. ¡Coño, Quintana! ¿Tenía que haber traído polvorones?

—No, con que dejes de decir más de un taco en una sola frase me conformo —sisea él.

—Ha dicho gilipollas… —repite la niña y disimula una sonrisa.

—Sí, peque, pero no me hagas caso —le pide Lucía y le guiña un ojo—. Por suerte, a ti todavía te quedan unos cuantos años para tener que aguantarlos. Entonces, ¿qué celebramos? —Mira a Jacobo y se descojona.

—No se lo tengáis en cuenta al pobre. —Martina se ríe y busca la mirada de su marido—. Esto es lo que pasa cuando la cocina es tu hábitat natural solo una vez al año.

—Eso no es verdad, nena —se disculpa él—. Lo que pasa es que cuando hago la cena no me importa mancharme. Te prometo que el

domingo vuelvo a hacerlo para ti y para mí —le dice a su hija mientras se acerca a darle un beso.

—Todo vuestro —nos dice Martina y nos despedimos de ella y de la niña antes de seguir a Jacobo hasta la cocina.

—¿Qué queréis beber? ¿Abro una botella de vino?

—¿Esta? —Lucía se mueve por la estancia con soltura. Se nota que no es la primera vez que está aquí—. Tranquilo, la abro yo.

—¿Una mala mañana, inspectora? —la pico.

—Una mala noche, agente. No supe elegir bien la compañía.

—Mala no, breve quizá, pero eso fue más culpa tuya que mía.

Porque, una vez más, no dejó que me quedara a dormir con ella.

—Basta, por favor. Si os he mandado venir a mi casa es porque quería dejar de lado el puto mal rollo que parece que arrastramos y hablar de manera más relajada sin tener que medir las palabras ni estar pendientes de que nos escuche nadie. Así que vuestros asuntos personales los solucionáis luego, aunque me temo que…

—¿Qué? —se interesa ella.

—Nada.

—Puedes hablar —lo animo, es evidente que la relación de los tres en este instante traspasa lo profesional.

—Prefiero abstenerme, conociéndoos a los dos, me puedo hacer una idea de vuestra dinámica.

—Entonces, ¿en qué quedamos, Quintana? ¿Vas a darnos tu opinión sobre lo nuestro? Una que no te hemos pedido, por cierto. ¿O vas a ser estrictamente profesional? —pregunta Lucía—. Porque, para lo segundo, necesitaría que te quitaras ese delantal, me está dando grima.

—Eres muy gilipollas, Báscones. —Jacobo sonríe y suelta el nudo para deshacerse del delantal mientras ella se sirve una copa de vino.

Acto seguido, deja la botella en la mesa sin hacer amago de ofrecerme.

—Sigue así, Lucía —siseo cerca de su oído ahora que Jacobo se ha alejado para sacar la comida del horno. Noto cómo un escalofrío le atraviesa el cuerpo y aprovecho para pegarme más a ella ofreciéndole una fuente de calor que no me ha pedido—. Pero

cuidado con la dimensión de las consecuencias. No sé si estarás preparada.

—Siempre lo estoy.

—Hoy no, Lucía. Hoy no —repito con la voz más contenida que nunca—. Hoy no tendré clemencia.

—¿Comemos? —Jacobo se abre paso con la fuente en las manos y me aparto del cuerpo de Lucía para dejarle espacio.

Nos sentamos a la mesa y nos concedemos una tregua. Podría decir que este momento de paz y armonía es para ella y para mí, pero no sería verdad del todo, sin duda, este *impasse* también es para Jacobo. Tener que pedir permiso para compartir información clasificada no habrá sido plato de buen gusto para él y, con su alto nivel de exigencia y profesionalidad, sé que habrá estudiado con anterioridad cada dato que comparta con Lucía luego. Yo confío en ella y sé que él, en el fondo, también lo hace, pero todos sabemos que cuanta menos información se propague menor será el riesgo de que se filtre y la operación Babel se vaya al traste.

Tomamos el café en el salón. Lucía y yo nos hemos sentado en el sofá guardando una distancia prudencial.

—No hace falta que te recuerde que todo lo que te diga hoy no puedes compartirlo con nadie.

—Efectivamente, no hace falta que me lo recuerdes.

—Hablo en serio, Báscones. Con ningún miembro de la BEDA. Y tampoco con tu padre.

—Mi padre está disfrutando de su jubilación, no seré yo quien perturbe su paz con un caso de semejante índole. Vamos, Quintana, puedes confiar en mí y si estamos aquí, y no en tu despacho del centro, es porque quieres ahorrarnos lo del protocolo, así que deja de darle vueltas.

—Está bien. Después, tendrás muchas preguntas, pero no podré responderte a todas. Estamos detrás de la cabeza de la serpiente desde hace meses, pero para llegar a ella tenemos que ser muy cautos. ¿Lo entiendes?

—Sí, tranquilo. Si necesito respuestas adicionales, sé dónde buscarlas sin involucrarte.

—No me jodas, Lucía. No estoy bromeando.

—Ni yo.

—Yago… —Jacobo menciona mi nombre en señal de advertencia. Sé que piensa que soy un blanco fácil y que ella hará conmigo lo que quiera para obtener sus respuestas. Me molesta que me valoren tan poco ambos—. No sé si debería sacarte de la puta operación en este mismo instante.

—Ni de coña, Quintana —me indigno—. Tenemos mucho camino avanzado. No puedes hacerme esto. Sé hacer mi puñetero trabajo y conozco los límites. —Miro a Lucía para que sepa que hablo completamente en serio. Después cruzo una mirada larga con Jacobo, quiero que sienta mi determinación en este asunto.

Espero haber sonado convincente para ellos, porque todos nos jugamos demasiado.

—La operación Babel lleva abierta varios meses. Podría decirse que esta es una escisión de aquella que se originó cuando Arrasate trincó al alemán en la frontera de Francia con aquellas chicas en la furgoneta.

—¿Ahí es cuando quisiste reclutarlo y te dijo que no?

Ahora es Lucía la que me mira a mí divertida. ¿Todavía duda de eso? Fue la versión que le di porque es como ocurrió. Es increíble lo de esta mujer y su muro.

—Olvídate de las preguntas y déjame seguir —se queja él—. En aquella ocasión, conseguimos detener a parte de la organización a nivel europeo, aunque no a todos, porque algunos estaban bien protegidos por gente con mucho poder.

—¿Políticos?

—Por aquel entonces, no fuimos capaces de poner nombre a la cúpula. Los que se nos escaparon abrieron una vía internacional que nos complicaría mucho más su seguimiento. Gracias a la Europol y al tesón de Lena, conseguimos que nos dieran luz verde para montar la Unidad Especial Nexus y tratar de acabar de una vez con la organización.

—¿Y cuál era el papel de Esmeralda en la organización? ¿Era relevante?

—Dentro de la red no. No lo era —respondo antes de que Jacobo esquive la pregunta. Si queremos que sea efectiva la colaboración,

tiene derecho a saber el papel que jugaba la señora Callagham en todo esto—. Lo suyo eran los contactos. Se movía como pez en el agua en muchos ambientes, hablaba cuatro idiomas, tenía estudios, había vivido en varios países, viajaba con frecuencia. Era una gran relaciones públicas. Ella sabía a quién reunir para que sus amigos estuvieran contentos.

—Y también era la proxeneta de Luxepic, no te olvides —apuntilla ella.

—Era la conseguidora de críos para saraos y fiestas de ricachones —asegura Jacobo algo más relajado—. No obligaba a nadie ni los coaccionaba, Lucía. Es triste, pero es así. El problema es que a veces se le colaban menores de edad, como la pobre Tamara, y eso sí que es otro tema. Esmeralda no era idiota y sabía que, si le metíamos mano con Luxepic, podríamos llegar al resto de sus empresas y que, aunque algunas de sus inversiones estuvieran dentro de la legalidad, otras muchas no. Así que decidió colaborar a cambio de un buen trato.

—Nos confesó que estaba mal después de lo que le ocurrió a Tamara y que había pensado en desvincularse de parte de sus negocios.

—Le entró la conciencia un poco tarde, ¿no? —replica Lucía—. Y porque la acorralasteis.

—Puede ser. El caso es que con ella conseguimos acercarnos a la organización sin tener que infiltrar a ningún miembro del equipo —confirma Jacobo.

—Pero ella está muerta. ¿Habéis pensado en infiltrar a alguien más?

—No voy a responder a eso, Báscones.

—No —siseo mirándola—. Ni lo pienses.

La mirada golosa que me devuelve Lucía después de escuchar las palabras de Jacobo es terrorífica. Como Quintana y yo nos temíamos, Lucía va a querer más. No va a conformarse con encontrar al culpable de la muerte de Esmeralda, eso seguro.

—Vamos a centrarnos. —Jacobo suena serio de nuevo—. Solo te voy a dar unos datos más y con esto damos por terminada esta charla. La organización tiene cuatro ramas definidas. La primera es

la logística. La empresa de transporte internacional Design Sea, con Regina Guzmán a la cabeza, es la que se encarga de las rutas para mover a las mujeres que vienen del otro lado del océano. México y Colombia principalmente. El agente Mendoza vino precisamente siguiendo esa pista. Su experiencia y la de su padre en el mundo del narcotráfico, junto con la falta de escrúpulos, son su activo principal. Suelen desembarcar en Europa, llegan en los contenedores de sus propios barcos camuflados con otras mercancías. O en la carga de otros buques para despistar. Lo hacen a través de puertos seguros para ellos.

—Con empleados y agentes de aduanas corruptos —comenta Lucía.

—Así es. Y ahí entraría en juego la segunda rama, la que facilita y asegura las rutas y el movimiento por Europa. Comprando funcionarios, alertando sobre los controles y comprando a quien sea necesario.

—¿Y sabes quién está al frente de eso?

—Solo tenemos algunos indicios. No pruebas concluyentes.

—Está bien. ¿Y quién coloca la mercancía?

—Ahí entra la tercera rama, el conector de la red con los clientes, Tariq Vernet. Una vez que han llegado aquí, hay que colocar a las víctimas para sacarles rendimiento. Él tiene los contactos internacionales necesarios gracias a los caballos, domina varios idiomas y está bien posicionado en la alta sociedad europea y en el mundo árabe, que es un mercado emergente, gracias a sus raíces.

—Ese hijo de puta se escapó de las autoridades galas hace unos meses, después de que encontraran a cuarenta mujeres hacinadas en dos pisos de París —aclaro—. Nunca pudieron acusarlo y ahora sigue campando a sus anchas. Le gusta ser él el que gestiona a los grupos que llegan. Él ordena dónde van y juega con la oferta y la demanda.

—Pone el precio de las transacciones —afirma Lucía.

—Así es. Y ahora es cuando llega la cuarta rama: el cerebro financiero. La red mueve miles de millones y burlan el sistema con un entramado gigante de empresas pantalla, en las que participan a su vez muchas sociedades. Un auténtico *holding* con el que

encubren sus beneficios. Donan a fundaciones sin ánimo de lucro. Invierten cantidades menores en proyectos de pequeños inversores. Contribuyen a la investigación de enfermedades raras.

—La definición perfecta de blanqueo de capitales —resumo.

—Sí. Tienen algunos tontos útiles como Vasile Esipov, al que le dan pasta en cantidades pequeñas para que abra clubes nocturnos, o dé el palo a camioneros y luego los extorsione. O como el novio de la Loba, al que le dan sumas de dinero para que compre pequeños negocios en crisis e invierta en ellos. Pero son cantidades ínfimas con las que es poco probable relacionarlos —explica Jacobo—. El problema es que solo tenemos identificados a esos peces chicos. Y nos urge dar con la cabeza de la serpiente.

—Y cortársela —espeto—. Si damos con el verdadero cerebro o cerebros de esta mierda, los tendremos a todos.

—Sigo pensando que con alguien dentro… ¿Con quién había quedado Esmeralda en Praga? ¿Con un cliente de la red? ¿Con otro confidente?

—Había quedado con un policía checo que le iba a dar información a cambio de una suma de dinero. Llegamos a él a través de un antiguo compañero de Lena.

—Si alguien se enteró de que colaboraba con vosotros, pudo quitársela de en medio antes de que se reuniera con él.

—Podría ser una posibilidad, sí —confirmo.

—¿Y ahora? ¿Habéis perdido esa oportunidad? ¿Podéis volver a concertar otra cita y mandar a otra persona? ¿Llegó a saber cómo era Esmeralda? No será tan difícil reemplazarla y conseguir ese nombre.

—Olvídate de eso, Báscones —la corta Jacobo—. No te incumbe. Con todo lo que te he contado tienes más que suficiente.

—¿Ya está? ¿No me vas a decir más? Porque la insistencia de Monasterio para que no abandone el caso y ver a tu jefe, Bernardo Allende, todo el rato por los despachos de la comisaría tienen que significar algo. ¿No te huele mal? ¿O simplemente os calláis porque estáis apuntando más alto? Alguien muy poderoso con un nivel de acceso a información restringida tiene que permitir todo ese tráfico

por Europa, Quintana, eso es evidente. ¿Y Carbonell? ¿Cuánto sabe? Porque yo pongo la mano en el fuego por mi comisario.

—Lucía, te lo repito, suficiente. Yago, por favor, llévatela de aquí antes de que me arrepienta.

—Tranquilo, Quintana, puedo irme sola igual que he venido. —Lucía se pone de pie y yo con ella.

Jacobo también se levanta para despedirnos en la puerta.

—Gracias por la comida. Por lo demás, no sé si dártelas.

—Solo espero que hagas buen uso de lo que te he contado, Báscones. Y tú —me señala con el dedo—, demuéstrame que no me he equivocado.

Antes de que le diga a mi jefe que no se preocupe, Lucía entra en el ascensor y me deja solo en el rellano con él.

—Hoy cenas solo —me vacila.

—Me estáis subestimando los dos.

Bajo por las escaleras sin prisa, dejándole que huya de nuevo, porque hoy, hoy, no se va a librar de mí, por mucho que se empeñe, hoy no tiene escapatoria.

Gracias, Deva. Te debo otra.

18

LUCÍA

Necesito procesar toda la información que Jacobo me ha facilitado y ordenarla en mi cabeza. Lo mejor será que me dé una ducha, no me preguntes por qué, pero debajo del agua mis pensamientos se vuelven más lúcidos, como si me deshiciera de la paja y me quedara solo con el grano.

Tengo algunos nombres. Tengo algunos roles dentro de la red. Y sí, tengo hasta alguna teoría loca sobre por dónde podrían ir los tiros respecto a esa supuesta cabeza de la serpiente que tanto ansían alcanzar, pero, como ha dicho Quintana, debo centrarme en la investigación del asesinato de Esmeralda y dejar que ellos sigan haciendo su trabajo. Aun así, no se me va de la cabeza que toda esa organización de hijos de puta debería caer. Y si hay algo que esté en mis manos para acabar con ellos, no me gustaría quedarme de brazos cruzados.

«Lucía, a lo tuyo».

Y lo mío es dar con el asesino o asesina de la señora Callagham.

Dejo mi pistola en el armario y el móvil encima de la mesita de mi habitación antes de empezar a desnudarme. Nunca llego a casa tan temprano por la tarde, pero en este momento no he encontrado un refugio mejor. Sí, he vuelto a huir de Yago. Y sí, he perdido la cuenta de las veces que lo hecho durante el día de hoy. Desde fuera parecerá una rabieta de niña pequeña, pero te aseguro que no he sufrido una regresión a la adolescencia. El problema es que, a mis

cuarenta y tres años, y después de haber tenido solo una relación larga sin sobresaltos —al menos hasta que pillé a Antón en compañía—, no pensaba que tendría que lidiar con la intensidad de una relación como la que tengo con Yago ahora. Y es que el nivel de tensión que se respira entre los dos es directamente proporcional a las ganas que tengo de tenerle encima, debajo o de lado, y eso me cabrea, porque jamás he estado a la merced de nadie, y mucho menos de un tío de treinta y un años con el que comparto profesión y cama. Así que, para no volverme loca con todo lo que me provoca, he salido corriendo para poner distancia de por medio.

De camino hacia aquí he llamado a Estébanez para decirle que me cogía el resto de la tarde libre. Regresar al sótano de la comisaría con el cerebro a rebosar de datos, sin poder compartirlos con mis compañeros, no era una opción. No hoy. Lo mejor será que lo procese sola y mañana, cuando esté con ellos, aunque me joda, usaré el filtro para no cagarla con Nexus y avanzar.

Cuando he salido de casa de Jacobo, como alma que lleva el diablo, he pensado en pasarme por el gimnasio del tío Paco a soltar la mala hostia allí, sin embargo, estoy segura de que ese ha sido el primer lugar adonde ha ido Yago a buscarme. El segundo será aquí, no me cabe duda. Lo que significa que tengo algo de tiempo antes de que llegue, aunque no tendría que importarme, no tengo intención de abrirle la puerta.

Me descalzo y me quito el pantalón; ni me molesto en recogerlo, lo dejo sobre la butaca color mostaza, junto a las prendas acumuladas que he descartado esta mañana. Otra tontería, no sé por qué narices ahora le dedico más de tres minutos a la elección de la ropa que me pongo. Bueno, quizá si lo sé, pero tampoco es que tenga ganas de reconocerlo. Y es que, entre todos los consejos estilísticos de mi hija, que parece que conozca mi cuerpo y mi estilo mejor que yo, y las miradas golosas de Arrasate cuando me ve aparecer cada día, parece que estoy cogiéndole gusto a esto de sentirme bien también por fuera.

Cuando solo me falta por desatar el último botón de la camisa, suena el timbre.

Vaya. Ha tardado mucho menos de lo que esperaba.

Me acerco hasta la puerta sigilosa y, aunque sé de sobra que es él, lo compruebo por la mirilla.

—¡Abre! —Su voz grave suena a orden y, aunque no pueda verme, me muerdo el labio y comprimo el vértice de los muslos.

«No, Lucía. Esa no es la actitud».

Me aparto de la puerta un par de pasos confiando en que desista, pero él llama una segunda vez de manera más insistente.

—Lucía, sé que estás ahí. Abre, por favor.

—No, Yago. Puedes largarte ya. No voy a abrir. —Me llevo la mano a la boca y me la tapo. Tarde.

A través de la madera oigo que blasfema. Incluso creo que ha dado un golpe seco contra la puerta.

—No te preocupes. Abriré yo. Lo de pedírtelo por favor ha sido pura cortesía, y había olvidado que contigo las cosas no funcionan así.

¿Perdona? ¿Acaba de decir que va a abrir él? ¿Cómo se supone…?

El sonido de la llave girando en la cerradura me saca del ensimismamiento. La puerta se entorna hacia mí y me quedo paralizada mirándolo.

—¿De dónde coño has sacado esa llave?

Yago entra en mi casa y cierra la puerta con fuerza, probablemente la haya encajado en el marco para todo el mes. Balancea entre los dedos el llavero de Snoopy de Deva, a la que automáticamente quiero reñir.

—Se las dejó en mi coche. Me dijo que te las diera a ti y es lo que he intentado hacer hoy, pero no has parado de huir y de huir, Lucía. Hasta ahora. —Suena ronco, con un deje entre frío y amenazador.

Se acerca a mí, en silencio, observándome de arriba abajo con esa mirada intensa a la que estoy empezando a ser adicta, esa con la que me desnuda, aunque yo le haya facilitado la mitad de la tarea. Despeinado. Seguro de sí mismo. Con esa camisa que se confeccionó para una espalda como la suya. Me acorrala contra la consola de la entrada y posa el llavero ahí, al lado del mío.

Mi cabreo aumenta cuando veo que no se aparta de mi cuerpo, sino que me inmoviliza entre sus piernas. Con toda la calma del mundo, se deshace de su cazadora y de su pistola, sin dejar que me mueva ni un ápice.

Lo miro a los ojos, negros, como dos pozos oscuros. Esa mirada destila rabia. Rabia y enfado. Conmigo y con mi actitud. Aunque también encuentro en ellos un atisbo de diversión, como si disfrutara mucho viendo cómo trato de adivinar su próximo movimiento.

—Yago…

—No digas ni una sola palabra, Lucía. Ni una sola. Solo vas a abrir esa puta boca para jadear o pedirme más. ¿Entendido?

—Ya… —no termino de pronunciar su nombre porque acaba de darme la vuelta y pegarme a la pared del pasillo. El movimiento ha sido tan rápido y brusco que me ha cogido totalmente desprevenida. Sin embargo, el sensor que se activa en mi vientre, muy a mi pesar, me grita que necesito más.

—¿Tienes ganas de huir ahora? —gruñe y me separa las piernas con la rodilla. Preciso. Contundente. Como si fuera a cachearme. Lleva la mano a mi nuca, me aparta el pelo y pega los dientes en mi hombro; con el movimiento se me ha abierto más la camisa.

—Yago, yo…

—Solo para jadear o suplicar más, Lucía. Recuérdalo.

¿Por qué sus exigencias me ponen tanto? A estas alturas, ninguna reacción de mi cuerpo debería sorprenderme, pero con Yago cada sensación es diferente a la anterior. Y me acojona. Y me encanta. Y me niego a aceptarlo, pero lo hago.

Asiento.

—Muy bien. ¿Ves qué fácil? Junta las manos y ponlas ahí encima.

¿De verdad quiere esto? Y lo más importante, ¿lo quiero yo?

Muevo las manos por la pared y las cruzo por encima de mi cabeza. El sonido de la hebilla de su cinturón conecta con mis entrañas. Estoy completamente perdida. Y húmeda. Muy húmeda. Yago se lo quita y me lo ata alrededor de las muñecas. Hace un nudo fuerte, ajustado a mi piel. Siento la dureza del cuero y su aliento en la oreja.

—No las muevas de ahí. Ni ahora ni luego —masculla y se aleja un par de centímetros para quitarse el pantalón, aunque se deja el bóxer puesto.

Lleva una mano a mi nuca de nuevo y me sujeta presionando más fuerte. Sus dedos. Mi cuello. La otra la desliza por mi pecho, me aparta las copas del sujetador y me deja las tetas al aire. Sin miramientos, se restriega contra mi culo. Me precipito un poco más hacia la pared, por lo que mis pezones ahora la rozan. Siento el frío. Y el calor. El que me provoca su erección. Baja la mano por mi estómago hasta que la cuela dentro de mis bragas. No amaga. No vacila. No duda. Solo la lleva directa hasta mi coño y se adueña de él. Su contacto, áspero y abrasador, catapulta mi deseo.

Jadeo. Jadeo su nombre cuando cuela dos dedos de golpe. Y exhalo el aire con fuerza cuando mete el tercero. Yago me gira el cuello, para que mi mirada se cruce con la suya. Ahora que se ha inclinado sobre mi cara, me besa. Su boca reclama la mía con urgencia, en una batalla territorial de la que se sabe ganador. Me muerde el labio con tantas ganas que no tardamos en paladear el sabor a hierro de mi sangre. Saca los dedos y me acaricia haciéndome disfrutar del contraste.

—Consigues desquiciarme, Lucía —masculla sobre mi boca en lo que parece un lapsus de abatimiento—. Consigues sacarme de mi foco. Y consigues que quiera someterte y adorarte a la vez. Pero hoy, hoy… —vuelve a besarme—, hoy me has puesto al límite.

Me suelta la nuca, separa nuestras bocas y me baja las bragas hasta los tobillos. Como me ha atado, no puede sacarme la camisa, así que la levanta dejando mi culo expuesto para él y tira de mis caderas hacia atrás para encajarme a su pelvis. Se saca la polla con prisa, ni tan siquiera se baja el bóxer del todo y se la sujeta con una mano, para pasearla entre mis nalgas, mientras con la otra me pellizca el costado para recordarme quién manda.

—Abre las piernas.

Y las abro *ipso facto*. Y me inclino sin que me lo pida. Y le pido que no tenga piedad. Porque cuando Yago toma el mando soy materia maleable.

Estoy mojada. Estoy receptiva. Estoy tan preparada que no necesito más estimulación. Yago me atraviesa en una sola estocada. La primera a bocajarro. La segunda sin misericordia. La tercera me obliga a apoyar mejor las manos en la pared.

—Impídemelo, Lucía. Impídeme que te rompa en dos mientras te follo en este puto instante.

—Hazlo, por favor —jadeo—. Por favor…

—¿Sin clemencia? —La voz se le atasca en las cuerdas vocales. Y su mano endiablada ha abandonado mi cadera para perderse entre mis pliegues y masturbarme.

—Sin clemencia.

Gula. Con él es más que hambre, es gula.

Se contiene. Cuando vuelve a entrar en mí, se contiene. No sé, unos segundos, quince, quizá veinte, mientras me prepara para que me corra. Yago domina los tiempos de mi orgasmo con exactitud, como si yo misma me estuviera dando placer. En el momento en que nota que el orgasmo va a llegar, con su polla dentro de mí, cambia el ritmo, a uno indescriptible que me parte en dos, sin clemencia, como le he pedido.

Jadeo. Gimo. Pronuncio su nombre y le pido más. Más. Pero Yago no escucha. Solo empuja. Restriega los dedos por mis pliegues para empaparse y los lleva hasta mi culo para estimular esa entrada también.

—Tampoco voy a tener consideración con tu culo hoy.

No sé si es una amenaza o solo un deseo expresado en voz alta, porque, acto seguido, cuando creo que está a punto de correrse, me da la vuelta para que lo mire de frente. De un tirón me abre la camisa, hace saltar por los aires los dos botones que no me había desabrochado y se inclina para darse un festín con mis pechos. Succiona. Muerde. Lame. Ahora sí que se baja el bóxer y se quita la camisa. Se me vuelve a acelerar el pulso al tenerlo completamente desnudo para mí. Me levanta a pulso y me penetra de nuevo. Le paso los brazos alrededor del cuello y me abalanzo contra su boca con toda la determinación que me falta otras veces. Lo beso. Bebo de él, pero sigo sedienta. Y, por fin, comienza a embestirme sin tregua, hasta que no lo puede alargar más y se vacía dentro de mí.

Blasfema. Me muerde el labio otra vez. Pronuncia mi nombre con un tono delicado. Y termina gruñendo en mi oído algo ininteligible.

Menos mal que este piso es minúsculo, porque me lleva ensartada hasta mi habitación.

—Hoy la presión se nos ha ido de las manos —jadeo cada palabra contra su garganta.

Me tira sobre la cama y se coloca a horcajadas encima de mí. Todo cuerpo. Todo piel. Con un gesto me pide que le acerque las manos para soltarme. Niego con la cabeza, quiero seguir así. Atada. Atada por él. Yago, sin pronunciar palabra, me desata, me quita la camisa y el sujetador y contempla mi absoluta desnudez desde arriba, como hago yo con la suya desde abajo.

—No creo que el problema sea la presión.

—¿No? Y, entonces, ¿cuál es?

—Tu lucha constante contra nosotros, Lucía.

19

YAGO

—Tu lucha constante contra nosotros, Lucía.

—No es lucha, Yago. Es… es… —titubea—. No sé muy bien lo que es.

Abre el edredón y se mete debajo cubriéndose, como si de ese modo pudiera preservar, además de su desnudez, su interior. Me meto en la cama con ella y me coloco de cara obligándola a no esquivar mi mirada.

—Sí que lo sabes, pero no quieres pronunciarlo en voz alta. ¿Prefieres que te lo diga yo? —Le cojo la mano y le acaricio la zona que todavía tiene enrojecida. Joder, tenía que haber aflojado el nudo del cinturón mucho antes, pero entre el cabreo y lo burro que me pone que me ceda el control absoluto ha sido imposible. Lucía asiente en silencio, raro, y más después de haber follado como lo hemos hecho, porque quedarse callada nunca es una opción para ella—. Es miedo, Lucía —asevero.

—¿Miedo? ¿A ti? No me hagas reír.

—Miedo a este nosotros, a lo que sientes o a lo que podrías llegar a sentir.

Lucía se tensa bajo el edredón. Paso el brazo por encima de ella para estrecharla contra mí. Mis ojos no abandonan los suyos.

—No es miedo, es… autocontrol. Todo esto es nuevo para mí. No sé gestionarlo de otra manera.

—Solo con la barrera, ¿no? —Sonrío, porque es la primera vez, después de que fuera a buscarme a la cabaña de Jacobo, que la veo así de vulnerable.

Acerco la mano a su mejilla y la acaricio, después, llevo el pulgar hasta sus labios aún hinchados y rojos.

—La barrera funciona —asegura—. Siempre funciona.

—El problema es que conmigo es innecesaria, Lucía. Estoy donde quiero estar y con quien quiero estar. Pensaba que eso ya lo tenías claro.

—Contigo es más necesaria que con nadie, Yago. ¿Quieres que enumere todo lo que puede salir mal de esto? Porque tengo la lista nítida aquí. —Se señala la sien y atrapo sus dedos para llevármelos a la boca.

—La mayor parte de esos límites solo están en tu cabeza, no en la mía. Dime, ¿de qué exactamente te estás protegiendo ahora mismo? ¿De que te bese? —Rozo mi nariz con la suya y me quedo a un palmo de su boca—. ¿De que te diga lo que siento? —susurro con mis labios rozando los suyos. Ella exhala y cierra los ojos un segundo. Está tan guapa así, desnuda y entera para mí, que me cuesta un mundo no abalanzarme sobre ella y borrarle las dudas follando de nuevo—. Porque no me importa decírtelo.

—Tengo miedo de sentir demasiado, Yago. Yo qué sé, de que ambos sintamos más de la cuenta. Me confundes. Y, a veces, ya no distingo cómo me siento cuando follo contigo a cómo me siento cuando no lo hago. Porque nunca me había sentido así y es…

—Es normal, Lucía. ¿Por qué te resulta tan difícil asimilarlo?

—Porque es intenso, inesperado y…

—Nuestro. Solo nuestro. Olvídate de todo lo demás y vamos a centrarnos en disfrutar de nosotros cuando podamos. Punto. Y, por favor, pensaba que ya habíamos superado la etapa en la que nos limitas a unos polvos, porque, en este momento, somos mucho más que eso. Dime que lo sabes.

Lucía asiente levemente con la cabeza y no puedo contenerme más, así que enmarco su cara con las manos y la beso. Su vulnerabilidad me está matando.

—Te prometo que no dejaré que esto estalle —musito contra sus labios entreabiertos.

—No soy fan de las promesas.

—Ni yo cuando están vacías. Pero, créeme, lo que acabo de decirte es real, tan real como nosotros. Míranos, ¿qué sientes ahora?

—¿Aparte de tu polla buscando mi entrada? —Sonríe con malicia y, antes de que pueda protestar, me muevo para colocarme encima de su cuerpo.

—Aparte de mi polla entrando en tu coño, habla con propiedad. —Un empellón hasta el fondo es suficiente para que las ganas incrementen.

Lucía se abre de piernas para recibirme y lleva las manos a mi trasero. Se sujeta a mí con fuerza. Sus ojos regresan a los míos y puedo vislumbrar en su oscuridad el debate interno que se genera en su cabeza.

Control. Caos. Control. Caos.

—Siento que, cuando te dejo entrar del todo y llevar el control, en realidad gano poder y recupero la fe en mí. Es una puta contradicción, lo sé, pero no puedo explicarlo de otro modo. Es como si al desordenarme contigo me sintiera más viva. De ahí mis reticencias.

—Tú también me desordenas, Lucía. Me pones al límite. Me sacas de quicio. Me buscas y, sí, siempre me encuentras. Y quiero que tengas claro que en mi puta vida me había sentido así, ubicado al fin.

Bajo el ritmo de los empellones a uno deliberadamente lento. Salgo y entro en ella sin ninguna prisa. Protesta. Jadea. Se revuelve debajo de mi cuerpo. Pero el clímax es más rápido que las palabras que se nos quedan atascadas en la garganta sin salir y el aire de la habitación se llena de deseo y vicio.

Después de volver a estar saciados, caemos en un estado de semiinconsciencia sobre el colchón que se alarga hasta que oigo el sonido lejano de mi móvil.

Dejo que suene una vez. Dos. A la tercera es Lucía la que me sugiere que me levante y lo coja.

—Parece urgente —balbucea y se remueve debajo de la sábana intentando alejarse de mi cuerpo.

Me incorporo perezosamente y me froto los ojos.

—Será Roque. He quedado con él y ya llego tarde.

Recojo la ropa que tengo desperdigada por toda la casa y voy hasta la entrada a comprobarlo. Sí. Es mi amigo. Me ha llamado tres veces y me ha enviado más de cinco mensajes. Lo de esperar solo no lo lleva nada bien. Miro la hora y, efectivamente, hace veinte minutos que ya tenía que estar con él.

Me voy vistiendo mientras regreso a la habitación de Lucía para despedirme. Me encantaría seguir en la cama con ella, sin prisa, pero Roque me matará si cancelo nuestro plan otra vez.

—Me tengo que ir. Lo siento. —Me inclino para darle un último beso—. Le prometí a Roque que tomaría una cerveza con él y, si no voy, y encima se entera de que he estado aquí, se enfadará. Se la debo.

—No pasa nada. No tienes que darme explicaciones.

—Lo sé. Pero solo quiero que sepas que, si no fuera porque es Roque, no me movería de aquí.

—Hasta que te echara, ¿no?

—Exacto. A ver, tomaremos un par de cañas, así que no me llevará mucho tiempo, si quieres luego vuelvo y…

—Llévate la llave de Deva.

—Perdona, ¿has dicho la llave? ¿La de esta casa? —Empleo un tono de sorpresa fingida y me llevo la mano al pecho—. ¿Necesitas que llame a un médico? No me gustaría dejarte sola en este estado de insensatez tan impropio de ti. —Le toco la frente.

—Imbécil. —Me pega un pequeño manotazo y se incorpora apoyando la espalda en el cabecero. Se cubre con las sábanas hasta casi la barbilla y me mira de arriba abajo comprobando que solo me falta calzarme.

Le doy un beso rápido para impedir que siga replicándome.

—En un par de horas estoy de vuelta.

Me calzo en la entrada, cojo mi pistola y mi cazadora y, por supuesto, el juego de llaves, cuando lo aprieto entre los dedos, sonrío como el auténtico imbécil que soy.

Roque se ha aburrido de esperarme en el bar de debajo de casa y se ha ido a un antro que no queda muy lejos. En cuanto he aparcado mi coche en el garaje, he recibido su nueva ubicación. Cabeceo, aunque él no me vea. Ese sitio tiene un ambiente muy diferente, es más de copas que de cervezas, pero, como ya la he cagado no llegando a la hora que habíamos quedado, ahora no puedo poner ni una objeción.

Cuando entro, lo veo al final de la barra charlando animado con la camarera, menos mal que, como es relativamente pronto, la música no está demasiado alta y casi no hay gente.

—¿Qué tal lo ves? —lo vacilo cuando la chica se gira para atender a otro tío, pero antes le dedica una amplia sonrisa—. ¿Probabilidad de pillar hoy?

—Alta.

—Demasiadas expectativas, ¿no crees?

—Confía en mí. A ti no hace falta que te pregunte, mamón, porque lo traes escrito en la frente.

—Capullo.

—Casi una hora tarde. No habéis regresado a comisaría. No me acerco mucho, porque tienes pinta de que todavía hueles a ella. Lo que no me queda claro es si siempre folláis con la misma mala hostia con la que estáis en el curro, porque entonces terminaréis exhaustos. ¿Qué tal mi jefa? ¿Podrá ir a trabajar mañana?

—¿Qué te pongo? —me pregunta la camarera y evita que mande a mi amigo a la mierda.

Él se limita a sonreír, a ella y a mí. Un hombre feliz.

—Ponme una de estas. —Señalo el botellín de Stella Artois que tiene Roque en la mano.

—Es francesa, está buena —me informa como si no lo supiera.

—Lo sé. Ya la he probado. —Cojo el botellín y me lo llevo a la boca para darle un trago.

—Como Marion.

—¿Marion? ¿Qué tiene que ver ella?

—Marion es francesa y también está buena, como la cerveza. Y mira, justo está viniendo hacia aquí. —Echa un vistazo por encima de mi hombro hacia la entrada y sonríe.

—No me jodas, Roque… —Me pongo tieso y lo acribillo con la mirada.

—Cambia esa cara, que no es para tanto. Me dijo que necesitaba tomar una cerveza y despejarse. Sabía que había quedado contigo, así que no pude escaquearme. ¿Cuál es el problema?

—El problema es que me lo tenías que haber dicho antes —susurro, no tengo ni idea de si ya está a punto de llegar a nosotros —. Nuestra relación está tensa. Y me resulta raro que te haya propuesto quedar para tomar algo a ti justo hoy…

—Hola, chicos —saluda colocándose entre los dos. Lleva un vestido negro ajustado y unas botas de tacón altas—. Vaya, hay Stella… Tú sí que sabes ser un buen anfitrión, Roque.

Marion me mira y veo un destello de picardía en su mirada que esquivo dando otro trago. No me gusta esta invitación, ni el juego de Marion. Le hace un gesto a la camarera para que le sirva un botellín. Cuando lo tiene en la mano, lo choca con los nuestros antes de beber.

—Voy al baño —anuncia Roque y me deja a solas con ella.

—Espero que no te moleste que haya venido, es que necesitaba despejarme y hacía mucho tiempo que no desconectaba un rato. —Deja la cerveza en la barra y lleva las manos hasta mis bíceps para sujetarme mientras se acerca a mí—. Así que prométeme que no hablaremos de trabajo esta noche, Yago.

Irónico y conveniente, sobre todo porque sabe de sobra que está bajo lupa.

—Marion… —Trato de sonar neutral. Me muevo para alejar sus manos sin parecer brusco, porque no me ha soltado todavía.

Ella se aparta y entreabre los labios ligeramente, pero antes de que pueda decir algo Roque regresa del baño y le dice una chorrada al oído que consigue hacerla sonreír. ¿Me estoy perdiendo algo? Porque, hasta donde yo sé, ella no tenía en muy buena estima a mi amigo, ¿o ya se le ha olvidado quién destapó su encuentro con el guardaespaldas de Tariq?

—¿Y vosotros desde cuándo os conocéis? —nos pregunta mientras baila al ritmo de *Scared to be lonely*, de Martin Garrix y Dua Lipa.

Al menos la música de este garito no está mal.

Roque toma la palabra y le cuenta con todo lujo de detalles cómo se forjó nuestra amistad, sobre todo hace hincapié en la diferencia tan grande de caracteres que tenemos, yo tan vasco y él tan canario. Creo que Marion pilla el concepto, más o menos.

Ella nos invita a la segunda ronda mientras sigue interrogándonos. Se está tomando al pie de la letra lo de no mencionar nada del trabajo, aunque mi amigo sí que le pregunta a ella por sus otros destinos y alguna que otra curiosidad.

—Yo no podría vivir con nadie —asegura.

—Bueno, Yago y yo nos compenetramos bien. Y Celia es una tía increíble.

—¿No vivís solos los dos?

—No. Vivimos con Celia —le aclaro.

—¿También es policía?

—Es enfermera y la verdad es que, con sus turnos y los nuestros, digamos que pocas veces coincidimos los tres —comento.

—Antes coincidíamos más… Mucho más, ¿verdad? —Roque me da un pequeño codazo y eleva repetidas veces las cejas. Vamos, como si fuera un puto dibujo animado. Marion es francesa, está buena —según él, para mí es solo una rubia mona—, pero no es tonta, y, aunque a veces le cueste pillar nuestra ironía, el capullo de mi amigo se lo ha dejado nítido.

—Vaya, vaya… Un *ménage à trois*… Interesante dato —afirma con un tono de sorpresa y un brillo lascivo en la mirada.

—Pero eso fue hace mil. Ahora ya no…

—Pido la última y me piro —corto a Roque antes de que siga soltando perlas—, que quiero descansar.

—¿Cómo decís aquí? —pregunta Marion.

—Cortarrollos —afirma Roque.

—Eso. Yago el cortarrollos.

Pido la tercera ronda porque me toca pagar y estaría feo no hacerlo. Sin embargo, hace un buen rato que no dejo de jugar con el juego de llaves que tengo en el bolsillo de mi pantalón. Lo único que me apetece ahora mismo es regresar a casa de Lucía y meterme con

ella en la cama. Ojalá siga desnuda en la misma posición, como si este paréntesis no hubiera existido.

La camarera nos sirve las cervezas y tres chupitos de tequila, cortesía de la casa. Niego con la cabeza, pero Marion y Roque hacen frente común y me obligan a tomármelo con ellos.

Qué asco. Había olvidado que sabe a rayos.

Con el volumen de la música cada vez más alto, es imposible escuchar el sonido de mi móvil, pero como lo tengo en vibración lo noto en el bolsillo. Lo saco y compruebo que tengo dos llamadas de Jacobo. Y un mensaje en el grupo de Nexus, el mismo que debe estar leyendo Marion ahora, de ahí su cara.

Jacobo:
Urgente. Nuevo operativo. En mi
despacho ya.

¿Justo ahora? De puta madre. Tres cervezas y el maldito chupito. ¿Cómo se supone que voy a conducir ahora hasta el centro? Y encima con Marion.

20

LUCÍA

El despacho de Jacobo en el centro, normalmente sobrio y ordenado, rezuma caos y exceso de tensión.

He llegado hace veinte minutos, después de haber mantenido con él una conversación telefónica larga e intensa durante la cual me he ofrecido como voluntaria para este nuevo operativo, para sorpresa de nadie. A ver, quizá el tío que ha salido de mi casa antes, con las llaves de mi hija en su poder —detalle que debo mencionar —, sí que alucine cuando me vea aquí con sus compañeros. Aunque, como me conoce y, al parecer, lo hace mejor cada día, igual no le extraña del todo mi presencia.

Lena será la encargada de organizar de nuevo la reunión con Pavel Svoboda en Praga. Yo sustituiré a Esmeralda. A ver si, con algo de suerte, consigo algunos nombres que puedan sernos de utilidad a ambos.

—No sé si después de anular la otra cita confiará en mí de nuevo. Voy a intentarlo —argumenta Lena.

—Lo hará por la pasta, tranquila —asegura Jacobo.

—¿De cuánto estamos hablando? —me intereso, pero ambos me ignoran—. Vale, lo capto. Tampoco os pregunto de dónde sale ese dinero, ¿no? —Arqueo una ceja.

—Puedes preguntar, Báscones, pero no esperes obtener respuestas —zanja Quintana.

Genial. Y tampoco es que me apetezca conocer los tejemanejes del servicio de inteligencia en este instante.

Jacobo mira el reloj y masculla algo más para sí que para nosotras visiblemente cabreado. Mendoza sigue con la vigilancia de la Loba Guzmán, así que solo faltan por llegar Yago y Marion, a los que Jacobo ya ha avisado hace un buen rato. Mis compañeros de la BEDA quedan al margen de esta operación.

Supongo que Arrasate sigue con Roque; igual no ha visto el móvil todavía, aunque me extraña.

Se nota que Quintana está cansado, aun así, lleva un rato sin despegar la vista del portátil de Lena esperando esa respuesta por parte del confidente que todavía no llega.

Alguien llama a la puerta y, antes de que Jacobo dé paso, se abre. La risa histriónica de Marion es lo primero que se cuela por mi tímpano.

—Perdón. —Se tapa la boca con la mano en un intento vano por disculparse—. No sabía que ya había empezado la reunión.

Lleva puesto un vestido negro ajustado y unas botas altas de tacón, el abrigo de cuero lo trae colgado del brazo. Me llama la atención su aspecto, nunca la había visto así vestida y tan maquillada. Aun así, el tono rojo de sus mejillas no es por el colorete, sino por el alcohol que ha ingerido antes de venir aquí, no hay duda.

—Gracias por venir tan rápido —ironiza Jacobo.

—Lo siento. Es que… —responde Yago, que entra detrás de ella.

Cierra la puerta tras de sí con más fuerza de la necesaria y el estruendo hace que Lena se sobresalte en su silla.

—Estábamos… —lo corrige ella sin dejar que termine la frase, aunque tampoco aclara nada, porque le entra hipo.

¿Él y ella? ¿Juntos? ¿Eso quiere decir que estaban juntos? Hasta donde yo sé, Yago había quedado con Roque. ¿O lo he soñado? Muy bien. Me pide que me abra, que confíe en él, en ese nosotros y, a la primera de cambio, ¿me miente?

No me da tiempo a ordenar mis pensamientos, porque Yago, que ha entrado bastante despistado, todo hay que decirlo, por fin me

localiza. Estoy apoyada en el archivador al lado de la mesa redonda contemplando su entrada triunfal.

—¿Qué…? ¿Qué significa esto? ¿Qué hace ella aquí?

Perfecto. Ni tan siquiera tiene los huevos de dirigirse a mí.

—Sentaos, por favor —ordena Jacobo—. Todos —insiste cuando ve que Yago y yo nos estamos retando con la mirada sin movernos.

Cuando el cuerpo tiene su propio lenguaje, las miradas toman la palabra. Y, en este instante, en medio del murmullo del despacho, las nuestras navegan entre dos aguas, confianza o confrontación. El brillo intenso de sus ojos contrasta con la firmeza de su mandíbula. Intuye por qué estoy aquí y no le gusta, por eso intenta disuadirme con un leve gesto de negación con la cabeza. Trato de que mi mirada sea lo más neutra posible, pero a tenor de cómo repite el gesto de izquierda a derecha con la cabeza entiendo que no lo consigo.

Si había quedado con Marion también, tendría que habérmelo dicho, no sé dónde está el problema. Sin embargo, no lo ha hecho y, entonces, llegan las dudas. Y, aunque ahora, sin pronunciar palabra, me esté pidiendo que no saque conclusiones precipitadas de su llegada con ella, me resulta bastante complicado.

Yago sisea un *por favor* con los labios, que espero que no haya visto nadie, y se acerca a la mesa para sentarse. Hago lo mismo. Al fin y al cabo, soy la pieza clave de esta reunión. Tomo asiento al lado de Jacobo para tenerlo justo enfrente.

—Tenemos luz verde para el operativo de Praga —empieza Quintana sin rodeos. Yago se frota los ojos, no sé si trata de despejarse o solo está frustrado porque ya ve venir lo que está a punto de suceder—. El contacto checo está dispuesto a hablar. Lena acaba de concertar una cita con él para mañana.

—Y has creído que la persona idónea para reunirse con él es Báscones, ¿no? Increíble, Jacobo. Increíble.

—Arrasate… —le advierte él sin necesidad de decir nada más.

No solo acaba de tutearlo delante de todos, sino que encima cuestiona su decisión.

—Quintana solo ha aceptado mi petición. En realidad, he sido yo la que se ha ofrecido voluntaria.

En cuanto Yago se ha marchado de mi casa, me he dado una ducha para despejarme. Al terminar, con la mente más clara, he llamado a Jacobo con mi propuesta. Desde que mencionó que con la muerte de Esmeralda perdieron esa oportunidad, no he sido capaz de quitármelo de la cabeza. Que bien puede ser que el nombre que nos dé el confidente no sirva de nada, pero ¿y si es una pista fiable que nos acerca más a los que mueven los hilos realmente? Mi instinto me impide dejarlo estar.

—¡Cómo no! —masculla Yago—. Si es que lo sabía.

Mi mirada letal debería darle una pista de cómo me siento en este instante, pero él, lejos de achantarse, posa los lanzallamas que tiene por ojos en los míos.

—No tenemos tiempo que perder, Arrasate —afirmo—. Gracias a vuestra tardanza, escasean las horas de margen. Así que estaría bien que cerraras la boca y dejaras a Quintana y a Gruber explicar el operativo.

Yago se aprieta el puño de la mano derecha con la izquierda y asiente frustrado.

¿Quiere más explicaciones? Quizá yo también necesite algunas. Pero no en este instante.

—¿Cuándo sería la operación? —pregunta Marion.

—Mañana al mediodía —responde Lena—. He conseguido una reunión con el confidente. Aunque nos ha pedido máxima discreción, nos ha citado en la plaza de la Ciudad Vieja, en el reloj astronómico.

—La zona es un punto de encuentro muy popular y por allí transitan multitud de turistas a cualquier hora del día —afirma Yago que debe de conocer el lugar. Yo no tengo el gusto—. El sitio cuenta con el bullicio necesario para enmascarar una conversación crucial. Le será fácil camuflarse. No me parece el lugar más seguro. — Levanta la barbilla y mira a Jacobo.

—El lugar no admitía negociación, Yago —confirma su jefe.

—Ha sido una petición expresa de él —añade Lena—. He intentado convencerlo de vernos en otro sitio, pero no ha accedido.

—No pasa nada, Marion estará cubriéndola de cerca —anuncia Quintana—. Tú y Lena estaréis en la furgoneta, ubicada en la zona

norte; el final de Dlouhá ulice es un buen punto, esa calle es más ancha que las aledañas.

—Sin problema —afirma la francesa.

—No —responde Yago rotundo.

—Arrasate, creo que no lo estás entendiendo. —Quintana niega con la cabeza.

—Yo estaré con ella en la plaza. Lo más cerca posible. Todavía no estoy quemado, así que nadie conoce mi aspecto ni sabe de mi existencia. Creo que el que no lo ha pensado bien eres tú, Quintana.

—Lena, explícales cómo has montado el resto del dispositivo desde la llegada a Praga. Arrasate, ¿te importaría acompañarme un momento fuera?

Yago arrastra la silla por el suelo y se pone de pie. Quintana hace lo mismo. Los dos salen del despacho sin mediar palabra. No sé cuánto se han alejado, supongo que lo suficiente, porque no escuchamos sus voces.

—Saldremos dentro de unas horas desde el aeródromo en un avión de carga. Nadie sabrá que hemos estado allí —nos anuncia Lena—. La información que nos puede aportar Svoboda puede que sea clave. Sin embargo, existe riesgo. La policía local no colaborará con nosotros, están totalmente al margen, así que estaremos solos con él. El confidente es uno de ellos y, en este instante, no se fía de nadie. Como comprenderéis, no quiere tener problemas con ningún compañero, y mucho menos quiere que descubran lo que está haciendo y convertirse en el centro de la diana de la organización.

—Solo quiere el dinero. ¡Qué amable! —apuntillo.

—Así funciona el mundo, inspectora —aduce Marion y me sonríe —. No hay ayuda sin contraprestación.

—Eso también te lo aplicas tú, ¿me equivoco?

—No te debo ninguna explicación. Ni tan siquiera perteneces a esta unidad —suelta Marion.

Si tenía intención de continuar recriminándome que esté aquí, lo descarta, porque Jacobo y Yago regresan.

Observo sus caras y, sea lo que sea que hayan hablado, ambos parecen menos tensos que antes, hecho que agradezco.

—Yago te cubrirá también en la plaza —confirma Quintana.

Miro a Arrasate y arqueo una ceja esperando una respuesta. ¿Qué narices le ha dicho para que cambie de opinión?

—No será necesario —aclaro—. Marion está capacitada para hacerlo.

—Por supuesto que lo está —afirma Yago—. Pero yo iré contigo también. No me hagas recordarte que esto es una operación de Nexus, no de la BEDA.

—Arrasate… —me exaspero.

Su tono, su aire de superioridad…

—La decisión está tomada, Báscones —confirma Jacobo.

—Perfecto entonces. Los tres en amor y compañía.

—Pero solo hablarás tú con él —tercia Lena—. Es importante que no lo olvidéis.

—Sin problema. Estoy preparada, tranquilos. Pero necesito saber exactamente qué espera que le preguntemos y qué margen de maniobra tengo.

Lena me indica algunas preguntas que puedo hacerle de entrada para que sepa que puede confiar en nosotros y me facilita una descripción más o menos fiable.

—Y respecto al margen… —continúa.

—Mínimo —suelta Yago cortante—. No estoy de acuerdo con este operativo, pero, ya que vamos a llevarlo a cabo, no pienso dejar que corras ningún riesgo. Así que nada de presionarlo. Tampoco intentes hacerte la lista. No olvides que puede ser solo un trepa vendiéndonos información irrelevante. Si algo sale mal, no habrá refuerzos, ni cobertura, así que espero que lo meditéis todos bien otra vez.

Lo miro desafiante. ¿Si fuera cualquier otra, pondría tantas pegas?

—Sé cuidarme —afirmo—. Sola. Siempre lo he hecho. No soy ninguna novata. Y no hay nada que meditar, Arrasate. Necesitáis esa información, quizá la necesitemos todos. Como ya os dije, no podéis permitiros perder esta oportunidad.

—No se trata de tu experiencia. —Yago aprieta la mandíbula—. Se trata de que, si alguien ha descubierto que ese tío va a pasarnos información, serás el blanco perfecto para la red, porque querrán

cargarse a los dos, a ti y a él. Así que sí, deberíamos darle otra vuelta antes de presentarnos allí mañana.

—El dispositivo es más sencillo de lo que parece, Arrasate. Y la decisión está tomada. Deja de cuestionarla y acátala. Lucía os tendrá cerca y en esa zona hay cámaras de seguridad. Lena las tendrá pinchadas desde primera hora de la mañana. Diego le hará la cobertura desde aquí, ya lo he avisado. Los dos juntos controlaremos el dispositivo desde mi despacho.

—Puedo pedirle a Cruz que… —comento.

—No. Nadie de la BEDA tiene que saber nada de esto. Pensaba que te lo había dejado lo suficientemente claro —protesta Quintana.

—Está bien. —Levanto la mano a modo de disculpa.

Este secretismo exagerado me cansa.

Antes de venir, he avisado a Estébanez de que mañana no estaré con ellos. Le he pedido que se encargue de avanzar con la investigación. Si tenía preguntas, se las ha guardado.

—Si algo sale mal, intervenís. Ya me pegaré yo luego con quien haga falta, no os preocupéis —asegura Quintana.

Marion mira a Yago y percibo cierta tensión en su cuerpo, en el de él, no en el de ella. ¿Puedo confiar en él? Y lo más importante, ¿él confía en ella? Porque su numerito de antes me tiene algo despistada. Y lo de verlos entrar juntos todavía no sé cómo tomármelo.

Lena teclea en su portátil ultimando la logística.

—Necesito un canal seguro para comunicarme con vosotros —digo—. Y quiero repasar el perfil del confidente con Lena antes de salir.

Yago me observa frustrado porque sabe que ya nada ni nadie podrá detenerme.

—Muy bien —dice Yago—. Pero, en cuanto termines con Lena, repasarás conmigo los posibles riesgos. No quiero que haya hueco a la improvisación.

—En una hora, quiero el plan cerrado. —Jacobo da por concluida la reunión—. Báscones, cualquier duda, pregunta a Lena. Arrasate, coordina la seguridad exterior con Marion, delimitad posiciones y perímetro, podéis mirar también las cámaras que mejor cobertura

nos ofrezcan. Recordad que aquello estará atestado de gente, así que, por favor, minimizad riesgos y evitad errores. Marion, encárgate de organizar la bolsa con el dinero, ya sabes cómo hacerlo, y adjunta el informe preliminar para Allende. Tengo que irme —se despide—. En cuanto despeguéis, mantenedme informado.

Respiro hondo y me concentro en el dosier sin distracciones. Aunque una parte de mí no puede ignorar que, pase lo que pase, y por sus huevos, él volverá a estar a mi lado.

21

YAGO

Después de coordinar el dispositivo de seguridad con Marion, espero paciente a que Lena termine de poner al día a Lucía con toda la información. En unas horas, cogeremos un avión que nos llevará a Praga. Pero antes de volar necesito hablar con ella a solas.

—Si no tienes ninguna duda más, con esto estaría todo. Cualquier pregunta que te surja, consúltamela. Nos vemos luego en el aeródromo —dice Lena y se pone de pie para marcharse.

Los cuatro salimos del despacho de Jacobo.

—Necesito pasar por el hotel antes y cambiarme de ropa. ¿Me llevas? —me pregunta Marion.

—No —respondo categórico. No pretendía sonar tan seco, pero es que prefiero hablar con Lucía aquí antes de que cada uno se suba a su coche—. Lo siento. Antes de irme quiero evaluar los riesgos del operativo con Báscones.

Lucía, que está ya en el umbral de la puerta, se gira para mirarme. Le aguanto la mirada varios segundos, me da igual lo que piense, no pienso ceder. Su seguridad no es negociable.

—Te puedo llevar yo, tengo aquí mi coche y vamos al mismo sitio —se ofrece Lena.

—Gracias —responde Marion y nos despedimos de ellas antes de llegar a la zona de los ascensores.

Lucía avanza unos pasos y luego se detiene en mitad de la nada, resopla esperando una indicación.

—Acompáñame, es por aquí.

Pongo una mano en el final de su espalda y noto cómo su cuerpo reacciona al contacto. Está librando la misma batalla de siempre, esa en la que no se permite admitir que ella también tenía ganas de tocarme. La guío hasta la última puerta y saco la llave de mi bolsillo para abrir mi despacho, por llamarlo de algún modo. Lucía pasa primero. Entro y cierro la puerta. Observa la instancia. Solo es un pequeño espacio cuadrado que Jacobo me asignó hace tres semanas. Tiene una ventana rectangular en la parte superior de la pared, que da a un patio interior, por la que apenas entra luz natural. Un archivador metálico viejo, una mesa, donde reposan la pantalla del ordenador y una pequeña caja de cristal, además de dos sillas. No hay plantas, ni cuadros ni apenas color, excepto por lo que se vislumbra en el interior de esa cajita, regalo de Celia cuando estuve ingresado en el hospital. Dentro está el móvil que perteneció a mi madre, la puta bala que me atravesó el hombro y una fotografía que se lleva toda la atención de Lucía. La hice cuando estuve recuperándome en Cerler. Es Lolo, el mastín de la vecina, está tirado en mitad de las escaleras de la cabaña, las manos de Lucía y las mías están entrelazadas acariciando su enorme lomo. Tengo un cariño especial a esa foto y un buen recuerdo de aquellos días de sanación.

—¿Te gusta? Tenía pensado regalarte una copia —musito a su espalda, cerca de su oído.

Ella me ignora y hace ademán de coger la silla para sentarse, pero le sujeto la muñeca para darle la vuelta e impedírselo. Nos quedamos a escasos centímetros. Cara a cara. Boca a boca.

—¿Qué haces, Arrasate?

—Había quedado con Roque. No tenía ni idea de que él había invitado a Marion también.

—¿Me has oído preguntarte?

—No, pero he visto cómo me has mirado cuando he llegado con ella. Y no tengo ningún problema en responderte. No sabía que ella iba a estar también. Nos hemos tomado unas cervezas los tres, hasta que me ha llamado Jacobo.

—Me alegro por ti, pero no estamos aquí para esto. —Se aleja un paso y se sienta. Rodeo la mesa y ocupo mi silla—. El operativo es lo único que me importa ahora. Aunque, antes de nada, quiero saber qué cojones le has dicho a Quintana para que cambie de idea y te deje estar conmigo en la plaza.

—Solo le he dicho la verdad, que no iba a consentir que tu seguridad en el punto de encuentro estuviera exclusivamente en manos de Marion. Quintana tiene muchas ganas de acabar con la red, como todos, pero se ha obsesionado con esa reunión fallida con Svoboda, y está obviando que seguimos investigando la conexión de Marion con Samir y que todavía no estamos seguros de si está jugando a dos bandas. Que tú te hayas ofrecido voluntaria para ir ha sido un regalo para él, Lucía. Pero ya le he dicho que no pienso asumir ni un puto mínimo riesgo contigo. Ni uno. Espero que a ti también te quede claro.

Estiro la mano y acaricio la suya por encima de la mesa. Lucía, sorprendentemente, no la retira y me permite sentir el tacto de su piel unos segundos. Quiero que confíe en mí, pero también quiero que sepa que no me gusta una mierda que vaya a participar en esto.

—Háblame de esos riesgos…

***

Me reitero, no me hace ninguna gracia cómo se ha organizado todo. Sin embargo, una vez tomada la decisión, solo me corresponde asumir el papel que tengo asignado y hacerlo de la mejor manera posible para evitar errores, como nos pidió Quintana anoche. Aunque lo que más me preocupa es correr riesgos innecesarios, como le recalqué yo, porque es imposible ignorar que es Lucía la que está ahí plantada, debajo del reloj astronómico, esperando a que llegue el confidente.

Giro levemente la cabeza y compruebo de nuevo la posición de Marion, a unos seis metros de Lucía. Está haciéndose un selfi con el reloj de fondo, como si fuera una turista más en este día frío y gris con el que nos ha recibido Praga. Lena está en la furgoneta que nos ha traído hasta aquí, aparcada en la calle acordada. Tiene

comunicación directa con Quintana y Mendoza, que están siendo los encargados de vigilar las cámaras de la zona desde Madrid.

—Llega tarde —sisea Lucía mientras mira la hora en su móvil.

—Vamos a darle unos minutos de cortesía —comenta Lena.

Observo a Báscones desde esta escasa distancia; con el Orloj, que es como conocen los locales al reloj, justo detrás de ella. En teoría y sobre el papel, mi punto en el operativo estaba algo más alejado de esta posición, pero hoy, en cuanto hemos puesto un pie en la zona, he reajustado mi ubicación para tenerla más controlada. Lleva puesto un abrigo gris de lana largo y un gorra del mismo color para que Pavel la identifique entre toda la gente que transita la plaza de la Ciudad Vieja en este instante. En la espalda, colgando del hombro derecho, lleva la mochila negra cargada de billetes. Mucha confianza debe tener Lena en este tío para haber convencido a todos los superiores de llevar a cabo esta transacción.

Ahora solo tengo que concentrarme en protegerla y en asegurarme de que la conversación que mantenga con él no se salga de control. Sobre todo, que nadie sospechoso se acerque demasiado. Contamos con que Pavel no venga solo, por mucho que nos haya pedido máxima discreción escogiendo este lugar tan concurrido, lo más probable es que lo acompañe alguien de su confianza, aunque no necesariamente intervenga en el intercambio. La labor de Marion es precisamente detectar a su cómplice o cómplices y tenerlos controlados en todo momento, por lo que pueda ocurrir.

¿Y si no aparece? Porque esa posibilidad también existe.

—Posible contacto aproximándose por la derecha. Hombre blanco, alto, cazadora marrón, con la capucha puesta —anuncia Marion.

Lo localizo al primer golpe de vista. Avanza hacia el punto de encuentro con paso lento, rodeado de dos personas más, una mujer joven y un hombre mayor, con barba blanca, espesa y larga.

Lucía se mueve un par de pasos para tener mejor visibilidad y se ajusta la visera de la gorra.

—Continúa la aproximación —informa Marion con voz neutra que solo capta el micro de su collar. Sigue disimulando con su móvil,

ahora girándolo ligeramente para capturar una panorámica.

—Veinte metros —añado cuando hago el cálculo—. No viene solo. Mujer joven, pelo recogido en una coleta, plumífero negro. Hombre mayor, fuerte, con jersey azul marino.

Desde la furgoneta Lena nos comenta que todavía no hay confirmación visual del punto de encuentro. Quintana y Mendoza están cotejando las imágenes de los aledaños sin tener visión del punto exacto tampoco.

—Cero riesgos, Báscones. Cero —repito. No sabemos si verdaderamente es él o si es alguien que nos ha tendido una trampa —. ¿Entendido?

—Cero —sisea ella.

—La mujer se ha quedado a unos metros mirando la fachada de la iglesia —anuncia Marion—. Ahora no localizo al hombre del jersey azul marino. Debe estar camuflado con el grupo que está con el guía, a la izquierda, los del *free tour*.

—¡Mierda! —espeto y lo intento localizar sin éxito.

—El posible contacto viene directo hacia mí —apunta Lucía—. Por la descripción tiene que ser él.

—¡Localizad al hombre mayor! No quiero sorpresas —mascullo y me muevo para no perder de vista a Lucía.

Instintivamente, la mano se me desliza por debajo del abrigo hacia la funda del arma, en cuanto siento el frío del metal, me pongo en alerta.

El chico se detiene a un metro de Lucía. Es alto, más de lo que esperaba. No mira a Báscones directamente, sino al imponente reloj fingiendo interés. Ella mantiene el tipo, supongo que estudiándolo en silencio.

—¿Española? ¿Eres tú? —pregunta él con un marcado acento. Ella aprieta los labios antes de responder y atisbo una pequeña duda reflejada en sus ojos. ¿Y si no es él?

—Depende —responde Báscones en un español forzado siguiendo el protocolo de seguridad.

Él se gira para comprobar si está sola o no. Yo llevo las gafas de sol puestas y mi móvil en la mano mientras hago *scroll*, como las decenas de personas que transitan por aquí hoy. Tengo delante tres

adolescentes grabando un TikTok, así que no repara en mí, o eso creo. Busco a Marion y me cago en todo. No sé por qué se ha movido de la ubicación acordada y se ha expuesto mucho más. ¿Qué cojones hace? Pavel, suponiendo que sí sea, hace un gesto con la cabeza rápido y la chica que venía con él y que se había quedado rezagada camina hacia la francesa con premura. De puta madre.

—Marion, te han descubierto. La chica va hacia ti. No hables ni digas nada, pero deja el micrófono abierto —ordeno—. Lena, busca la cámara de la otra esquina, la chica que venía con Pavel está a punto de pasar por delante y alcanzar a Fournier.

—Tranquilo, la tengo en la pantalla. La tenemos, Quintana y Mendoza también —me confirma—. Acabamos de revisar las imágenes y tengo una de los tres de frente, cuando accedían a la plaza, estamos pasándola por el programa. Él es Svoboda, sin duda.

Lucía exhala una bocanada de aire, que todos oímos, y la rigidez de sus hombros cede.

—Llegas tarde —le dice en inglés y él asiente metiéndose las manos en los bolsillos.

—Y tú no has venido sola como te pedí. Mal empezamos.

—Tú tampoco nos comunicaste que traías a dos escoltas.

—Contacto secundario detectado —informa Lena—. Tranquilos, lo tengo en visual. Hombre mayor, jersey azul, barba blanca. No estoy segura, pero creo que va armado.

¿Armado? La alarma se vuelve a disparar en mi cabeza y el riesgo que tanto temía se materializa. Pavel no ha venido solo. Ubico al hombre, está a unos seis o siete metros observándolos.

—¿Ella también viene armada? —inquiere Lucía—. Porque el abuelo sí. Aunque, a su edad, no sé yo cómo tendrá el pulso. ¿La pistola es tuya? ¿O es robada del depósito de la policía?

—Hostias, Lucía. ¿No puedes callarte la puta boca? —siseo para mí, pero me olvido de que tengo el micro abierto y me han oído todos. Me parece escuchar una pequeña risa de Lena.

Marion ya está escoltada por la otra chica.

—*Don't move!*

Es lo único que pronuncia la mujer cuando se pega al costado de nuestra compañera. Las dos se miran y ninguna hace amago de

moverse.

—Dame el nombre —le pide Lucía y sujeta el asa de la mochila con más fuerza.

—Cuando me des lo que es mío. Espero que esté todo. Me juego mucho con esto —suelta él con voz rasgada.

Lucía lo mira con una intensidad feroz tratando de comunicarle sin palabras que no le dará nada hasta que le diga algo. Me está poniendo de los nervios. He dejado bien claro que no quería que corriera riesgos y mucho menos que lo presionara y es justo lo que está haciendo. Porque ella nunca acata órdenes, no fuera de su casa.

—Escúchame, Pavel.

Que lo llame por su nombre lo desconcierta. Esta no es la conversación que habíamos preparado y la improvisación en estos casos no siempre da los frutos deseados. No sé si me gusta o me exaspera su actitud.

—Hay un montón de gente lucrándose con esta porquería —continúa—. Solo tenías que pasarte al otro lado, ser uno más y ganar dinero, pero si estás aquí es porque no eres tan hijo de puta como ellos, aunque tampoco eres un santo. —Se quita la mochila del hombro y se la muestra, como cuando le enseñas a un niño un caramelo—. Es obvio que te mueve algo personal y, mira, estás de suerte, porque eso suelo considerarlo loable la mayor parte de las veces. Así que cuéntame todo lo que nos sirva para ir tras ellos y podrás largarte con esto.

Lucía desliza la mochila por el suelo empujándola hacia él. Pavel no la toca, solo la mira.

—Dije que os daría un nombre. Uno.

—Pero conoces muchos más… —deja caer ella—, aunque pertenezcan a las cloacas y no tengan rango suficiente. Dime, ¿cuántos de tus compañeros se llevan tajada de esto? ¿O debería decir excompañeros? Porque tu situación acaba de cambiar. —Será cabrona, ese es un dato de última hora que nos ha dado Lena al aterrizar hoy; a Pavel le han abierto un expediente por una pelea con otro compañero y ahora está suspendido—. Vamos, dime, ¿toda la unidad? ¿O solo unos pocos elegidos? Puedes contarme lo que

hacen, aunque estos cerdos suelen seguir los mismos patrones: avisar a los proxenetas antes de la intervención para que abandonen los pisos con las chicas, no denunciar a las mujeres ni detenerlas a cambio de intercambios sexuales, extorsionar a los dueños de los clubes…

—Lucía, basta —musito.

—La chica es Tisa Svoboda —nos informa Lena—. Es la hermanastra de Pavel. Nació en Eslovenia. Fue liberada hace seis meses de un club.

Ese es. El motivo personal, como ha anticipado Lucía.

Pavel se retira la capucha y veo que la enfrenta, me imagino que todo lo que ha escuchado de la boca de Báscones le resulta familiar, tristemente. Aun así, que esté hurgando en la herida no le gusta.

—Solo necesitan un nombre, él es el que lo organiza todo.

—¿El cabecilla es un policía? —lo apremia Lucía perdiendo de nuevo el foco—. Vamos, Pavel, sabes que por encima de él debe tener a alguien que le facilite el movimiento de las chicas por Europa y respalde su red de extorsión. Estamos hablando de mucho montante para un simple poli checo.

El monólogo de Lucía impacienta al de la barba, que acorta la distancia que lo separa de ellos. Lleva la mano metida en el bolsillo del pantalón, aun así, el cañón de la pistola se le marca a través de la tela.

—Marek Zeman —dice Pavel—. Eres lista, lo demás lo averiguarás enseguida. —Se agacha para coger la mochila con un tirón rápido, a continuación, comienza a alejarse dando la espalda a Lucía.

—Marek Zeman —repite Lena, supongo que tecleándolo en el ordenador. Ese es nuestro hombre.

Marion se mueve por fin, por su gesto, parece que intercambia unas palabras con la chica que tenía a su lado, pero no escuchamos nada. ¿Por qué? ¿Ha apagado el micrófono? No me jodas. La hermanastra de Pavel se aleja por el lateral derecho con rapidez, así que la perdemos de vista enseguida.

El señor de la barba, al ver que Pavel ya se aleja con la mochila en su poder y que la otra lo sigue, comienza a moverse, pero no lo

hace hacia ellos, sino que va directo a por Lucía.

—¡Lárgate, Báscones! —espeto y como, por pura intuición, he ido acechándola, marcando mejor su perímetro de seguridad, no me cuesta nada interponerme en el camino de él y fingir un choque fortuito.

De ese modo, le proporciono unos cuantos segundos a Lucía para que se disperse entre el gentío. Me disculpo con el cómplice de Pavel y acelero el paso para seguirla, no vaya a ser que dé con ella antes de que llegue a la furgoneta. No hay ni rastro de Marion.

—Pavel y la chica se han subido a un taxi juntos. Ya se han ido —nos informa Lena—. No tengo comunicación con Marion. ¿La habéis visto?

—No —responde Lucía.

—Báscones, ¿dónde estás? —pregunto cuando la pierdo de vista.

—Justo en el lado opuesto, habré recorrido cien metros, más o menos. No soy yo muy de misas, pero esto tiene pinta de iglesia.

Sí, la de San Nicolás, es una iglesia pequeña de estilo barroco, con una cúpula verde y blanca.

—No te muevas de ahí. Ya llego.

—Tengo todo sobre Marek Zeman. Inspector de la Unidad de Reacción Rápida de la policía checa y ahora viene lo más interesante, es el marido de mi paisana la eurodiputada Marie Van Der Velde, aunque viven en ciudades distintas, no consta que estén divorciados. —Lena silba por el hallazgo.

Pavel tenía razón, sabía que, facilitándonos ese nombre, no nos costaría demasiado tirar del hilo y ascender un peldaño más. La eurodiputada está moviéndose continuamente en el círculo de la red, estuvo en la fiesta de Esmeralda y en su funeral. Todo apunta a que quizá sea una de las cabezas de la serpiente. Controla la eurozona y tiene los contactos pertinentes.

—Siento haber perdido la comunicación. —La discreta voz de Marion se cuela por nuestros auriculares de nuevo—. No tengo ni idea de qué narices ha pasado para que fallara.

¿Está segura de que no lo sabe? Porque cada vez me cuesta más creerla.

—Marion está aquí —nos confirma Lena—. El barbudo acaba de meterse en otro taxi, por la salida del noroeste, así que estáis a salvo. En cuanto vengáis, nos largamos.

—Ahora vamos —confirmo cuando traspaso la puerta de la iglesia y me topo con Lucía, se ha quitado la gorra y está mirando al techo contemplando la enorme lámpara de cristal con forma de corona que cuelga de él. Desconecto el micro y me quito el auricular de la oreja —. ¿Pensando en cambiar la iluminación del salón? —susurro pegado a su espalda.

Ella se gira rápido y nos quedamos de frente. Antes de que hable, me pongo el dedo índice en los labios rogándole que guarde silencio y, acto seguido, llevo la mano a su cuello para desconectar su micro. Ella misma se quita el pinganillo y lo guarda en el bolsillo de su abrigo.

—No va mucho con mi estilo, pero es impresionante —susurra y vuelve a alzar la vista una última vez.

El silencio sagrado de la iglesia hace que el bullicio de la plaza de la Ciudad Vieja quede muy muy lejos, aunque la tensión y la adrenalina de los últimos minutos tardarán algo más en disolverse.

Levanto la mano y le acaricio la mejilla, mi dedo pulgar termina descendiendo hasta su boca, cuando le rozo el labio, Lucía cierra un instante los ojos.

—Esta boca… Esta puta boca. Nunca sabes cuándo mantenerla cerrada, ¿verdad? Y ahí fuera has estado a punto de…

—Todo ha salido bien, Yago. Es lo único que importa. —Me acaricia la cara y acorta la escasa distancia que nos separa. La arrastro conmigo a una zona muy poco iluminada y me apodero de sus labios. El beso es impulsivo, con un punto desesperado, pero ella lo alarga, señal de que lo necesitaba igual que yo.

—Tenemos que irnos. —Pone las palmas sobre mi pecho para detenernos.

—¿Así? ¿Sin confesarnos?

—¿Cuándo he pecado yo? —Se hace la inocente y le robo otro beso—. Arrasate, no sé lo que pretendía ese viejo, pero muchas gracias por tu rápida intervención. No me digas cómo, pero sin mirarte sabía que estabas ahí. Lo sentía aquí. —Se lleva una mano al

pecho y solo quiero volver a besarla, pero me hace un gesto y abandonamos la penumbra de la iglesia para volver a la plaza.

Me contengo porque las cámaras podrían captar nuestra imagen.

—Espera un segundo —la detengo—. ¿Podrías repetirlo cuando tengamos los micrófonos encendidos? Es que necesito que haya testigos del inesperado arranque de sinceridad de la inspectora Báscones.

—Imbécil.

Caminamos en dirección a la furgoneta.

—Yo tampoco sé lo que pretendía el barbudo, pero iba armado. Y, aunque después tú y yo hubiéramos tenido nuestros más y nuestros menos, te aseguro que volvería a parar una bala por ti, hoy y todas las veces que hagan falta.

22

LUCÍA

Después de la adrenalina de Praga, mi conversación con Pavel, el nombre de Marek Zeman, el beso de Yago en la iglesia y la vuelta en el avión, con esa tensión irrespirable entre Marion y sus compañeros, pensaba que dormir sería un lujo inalcanzable. Sin embargo, por suerte, estaba equivocada y, en cuanto me acosté, caí rendida. Y todo sin la compañía de Yago, que, después de acompañarme a casa cuando aterrizamos, se despidió de mí porque tenía que reunirse con Quintana. Sobre las once de la noche me envió un mensaje tanteándome, pero yo ya estaba en el séptimo cielo y lo he visto esta mañana. También acabo de ver el que me ha mandado mi amiga hace un par de minutos.

Fátima:
No puedo ir al Colorado a desayunar contigo.
Bolado me ha reclutado para otro trabajo.
Salimos ahora para Segovia.

Tecleo rápido.

Yo:
¿Qué clase de trabajo? ¿Manual? A ver si lo que quiere Bolado es ponerte mirando para el acueducto, doctora Campos.

Fátima:
Sabía que no era buena idea darte tantos detalles. Me necesita para que lo ayude con una autopsia de unos cuerpos que han aparecido en una fosa, llevan demasiado tiempo allí, así que será complicado, pero no podía negarme.

Yo:
El desayuno queda pendiente. Pásalo bien y luego si eso trabaja algo.

Fátima:
No seas mala.

Desayuno sola en el Colorado, en realidad, lo hago con Kevin revoloteando como una mariposa a mi alrededor, preguntándome por mi amiga, por Yago y quejándose de que lo tengo abandonado.

Cuando llego a la sala todavía no hay nadie. Unos minutos a solas me vendrán de lujo.

Necesito ordenar toda la información que conseguimos ayer e hilarla con la que ya tenemos del caso de Esmeralda. No se me olvida que nadie puede saber que estuve en Praga, pero tampoco pienso guardarme todo.

Marcos es el primero en llegar. Mientras lo hace el resto, me comenta que ayer no avanzaron demasiado, excepto porque consiguió hablar con el abogado de Esmeralda.

—¿Ya se conoce el contenido de su testamento?

—Sí. El dinero de las cuentas bancarias y todas las propiedades inmobiliarias, excepto el chalé de Puerta de Hierro, han pasado a manos de su hijo. También las participaciones que tenía en varias empresas, desde las que gestionaba la mayor parte de su patrimonio. Salvo Luxepic.

—Que se lo ha dejado a…

—A Camila. El chalé y la empresa de eventos se los ha dejado a su secretaria. Y ahora viene el dato curioso, el abogado me contó

que el deseo de Esmeralda era liquidar esa sociedad y deshacerse de la parte de sus negocios que rozaban la ilegalidad. Quería hacerlo a final de este año, coincidiendo con el cierre fiscal.

—Lo más probable es que quisiera zanjarlo cuando su trato con el CNI hubiera terminado —argumento.

—Puede ser, la cosa es que este testamento lo hizo en 2020 y es el último que consta. El abogado me ha confirmado que la señora Callagham pretendía cambiarlo, pero que no le dio tiempo.

—¿Y te contó en qué iba a consistir ese cambio?

—No. Me dijo que ella no llegó a anticiparle las modificaciones que pretendía incluir.

—Tenemos que hablar con Camila de nuevo —afirmo.

—Sí, pero su madre sigue hospitalizada, no puede venir a prestar declaración.

—Entonces tendremos que ir nosotros allí a tomársela. ¿Ya habéis hablado con las otras *escorts*?

—Monique y Silvana no están en Madrid, pero creo que Ruiz ha quedado ya con ellas.

Virginia y Roque son los siguientes en llegar. Conecto mi ordenador a la pantalla grande y llamo a Cruz.

—Buenos días, por decir algo —masculla y esconde un bostezo.

—La BEDA al completo, por fin. ¿Hoy no vienen los guiris? —pregunta Roque.

—No tengo ni idea —respondo y entro en la nube buscando una carpeta en concreto—. Imagino que no tardarán en aparecer, aunque ahora mismo estarán centrados en la operación Babel, porque tienen nuevos datos y la muerte de Esmeralda ha pasado a un segundo plano.

—¿Y esos datos van a compartirlos con nosotros? —se interesa Virginia.

—Lo haré yo. —Me siento y abro la carpeta de las fotografías del funeral hasta dar con la que quiero. Cuando la encuentro, amplío la imagen para que todos puedan verla.

—¿Marie Van Der Velde? ¿La eurodiputada? —pregunta Marcos.

—La misma. Estuvo en la fiesta en Marbella y en su funeral. Cruz, necesito que averigües todo lo que puedas de ella. Será complicado,

pero confío en ti y en tu capacidad para dar con la mierda que se almacena en ese submundo que me da tanto asco. Como dato adicional diré otro nombre, Marek Zeman.

Cruz teclea rápido.

—Marek Zeman, inspector de la Unidad de Reacción Rápida de la policía checa —anuncia nuestro informático.

—¿Un policía? —pregunta Marcos—. Interesante.

—Sí. Es el marido de la eurodiputada. Al menos no figura que ya no lo sea. Y un pieza. Maneja a un pequeño grupo de policías que ayudan a la red a acampar a sus anchas en la República Checa y no sabemos si fuera de sus fronteras también. Ese es el nombre que iban a darle a Esmeralda, así que, si algún implicado en la red se enteró de que esa reunión iba a producirse, pudo eliminarla para evitarlo.

—Menudo entramado. Tienen razón los de Nexus —afirma Marcos—, esto es demasiado grande. Él actúa como músculo y ella le proporciona cobertura política y seguridad en las rutas de traslado por la eurozona. Todo bien atado.

—¿Crees que podría ser ella la que organiza la logística de las chicas por Europa? —pregunta Virginia.

—Puede ser, aunque más que organizarlas creo que es la que les proporciona la seguridad necesaria en los traslados. Pero, chicos, os estáis alejando del caso. Eso no nos compete a nosotros por mucho que nos joda.

Aunque entiendo perfectamente a mi equipo, aun sin tener toda la información, su propio olfato y su instinto los llevan a querer indagar más.

—La Loba es la que trae a las chicas a Europa, ¿no? —supone Roque con acierto.

—Chico listo. Pero yo no os he dicho nada. —Levanto las manos al aire y mis compañeros se ríen.

—Vale, necesitamos saber cómo de estrecha era la relación de Marie con Esmeralda. Si pudo sospechar de su trato con el CNI, o si nuestra víctima quizá se mostró muy preguntona en algún momento y eso pudo delatarla —apunta Roque con vehemencia.

—¿Marie estuvo en la fiesta con algún *escort* de Luxepic? Quizá por ahí podamos sacar algo más.

—Podría preguntarle a Monique, que es la única con la que todavía no he hablado. Al final con Silvana lo hice ayer por teléfono —aclara Virginia—. Se quedó todo el fin de semana en Marbella, puede demostrarlo.

—¿Le preguntaste por su discusión con Eros?

—Sí. Me dijo que Esmeralda hace más de un mes le prometió darle el puesto a ella, pero que, desde que había vuelto con Camila, solo tenía ojos para ella y que todo lo demás le daba igual.

—Espera, ¿insinuó que Esmeralda y Camila mantenían una relación más allá de lo profesional? —pregunto.

—Eso parece.

—Interesante, porque Eros insinuó que Silvana y Esmeralda tenían una relación especial y que era su preferida. Joder. Tenemos que volver a hablar con Camila, pero esta vez sin paños calientes —aseguro—. Mantenía una relación con la víctima, era una de sus herederas… Lo más probable es que supiera que pretendía cambiar su testamento, ¿no? Y ya puestos, aunque se haga la loca, tenía que saber que ayudaba a la policía…

—Voy contigo —se ofrece Roque.

—Está bien.

—Marcos y yo revisaremos todo lo de la fiesta de nuevo y los testimonios de los asistentes, quizá Zeman también estuvo allí y lo pasamos por alto. Si vemos que interactuó con Esmeralda más de la cuenta podría llevarnos a algo.

—Cotejaré las últimas transacciones de los tres y sus viajes —añade Cruz—. Quizá coincidieron en algún otro lugar recientemente.

—Perfecto. Pues al lío.

—Espera un segundo. —Roque se agencia mi portátil y busca otra foto de Marie en el funeral de Esmeralda. Se detiene en la que sale del coche, un Lexus negro con los cristales tintados. Pasa la secuencia de delante hacia atrás—. ¿Recuerdas que este detalle me sorprendió en el primer visionado?

—Sí. Alguien se iba a bajar del coche —afirmo; recuerdo que le llamaron la atención esos pies que se ven tocando el suelo y luego

vuelven al coche—. Pero en el último segundo no lo hizo.

—A ver, amplía los pies —pide Virginia—. Más.

—Se distorsiona mucho la imagen, no tiene tanta resolución —comenta Roque.

—Para. Es un tatuaje. Un corazón negro. Y sé quién tiene uno en ese mismo lugar. Es más, juraría que es ese mismo —nos informa Virginia.

Antes de que pueda contarnos a quién cree que pertenece, la puerta de la sala se abre y entra Yago.

—Buenos días.

—Buenos días —respondemos todos al unísono.

Cierro la tapa del ordenador para evitar que vea en la pantalla grande la fotografía del coche de Marie que estábamos estudiando, pero, aunque soy rápida, estoy segura de que Yago la ha visto antes de que desapareciera.

—Joder, Lucía. ¿Has olvidado lo que te pedimos? —bufa con rabia —. ¿Cuánto has tardado en contárselo? ¿Un segundo?

—Te estás equivocando, Arrasate. —No utilizo su nombre para que sepa que esto es una conversación profesional—. Así que, si has venido a trabajar con nosotros, cierra la boca y siéntate antes de sacar tus propias conclusiones.

—¿Podemos hablar en privado un momento?

—No. Lo que tengas que decirme puedes hacerlo delante de ellos —lo presiono—. Tengo absoluta confianza en mi equipo, entiendo que te moleste, porque tú no puedes decir lo mismo. Pero no es mi problema.

—Báscones…

—¿Qué pasa? ¿He dicho alguna mentira? ¿O es que ya habéis resuelto ese problema?

Silencio por su parte, y por la de todos, que contemplan nuestro intercambio de golpes sin decir ni mu.

—Céntrate en el caso, Báscones —espeta clavándome la mirada y siento cómo mis compañeros se enderezan con su tono.

Yo, en cambio, le devuelvo indiferencia. Sus órdenes aquí dentro no producen el mismo efecto en mí que cuando me las da fuera. Estas solo me enervan.

—Eso mismo estoy haciendo, Arrasate, mi trabajo. Así que deja de cuestionarme. —Vuelvo a abrir la tapa del ordenador y de nuevo se ve la fotografía de los pies—. Aunque te cueste creerlo, sé diferenciar entre información imprescindible e información clasificada.

—Eso espero —zanja y toma asiento a mi lado sin quitar la vista de la pantalla.

—Podemos continuar entonces. ¿Hace falta que te ponga al día? —Me giro levemente hacia Yago, que se muerde el labio mientras niega con la cabeza.

—No —responde—. Aunque estaría bien saber qué tienen de especial los pies de Silvana.

¿Cómo? No me lo puedo creer. ¿Ya sabía que era ella la que iba en el coche con Marie? ¿Y por qué no ha dicho nada? Me coloco en la silla sin dejar de interrogarlo con la mirada. ¿Está Nexus otra vez ocultándonos información a propósito?

—Eso es lo que os iba a decir antes de que llegara Arrasate —interviene Virginia—. Ese tatuaje es idéntico al que tiene Silvana y en ese mismo pie. —Busca algo en su teléfono y lo lanza a la pantalla. Es una foto del perfil de Instagram de la *escort* donde se ve con más nitidez.

—Entonces Silvana llegó al funeral en el mismo coche que la eurodiputada, pero por algún motivo no se apeó con ella y entró después caminando desde la carretera sola. ¿Es así? —inquiere Marcos.

—Así es. —Roque nos muestra otra ráfaga de fotografías donde se la ve entrar sola.

—Hay que averiguar qué tipo de relación tienen esas dos. Y, por supuesto, comprobar sus coartadas de nuevo.

—Hablad con Silvana si queréis, pero Marie es inaccesible para vosotros. Dejad que yo me encargue.

—¿Tú? ¿Y por qué tendríamos que fiarnos de ti?

—Porque, aunque te cueste creerlo —me parafrasea Yago—, sé diferenciar lo que siento por ti y el valor que le das a la profesionalidad en el trabajo. No te putearía nunca, Báscones.

Vuelve el silencio, esta vez es el mío. Los mamones de mis compañeros están aullando y haciendo aspavientos emocionados tras las palabras de Yago.

¿Por qué coño ha tenido que soltar todo eso aquí?

—¿Podemos hablar un momento a solas? —consigo articular, porque no me parece ni medio normal lo que ha hecho.

—No. Ellos son tu equipo. En realidad, ambos sabemos que son más que eso. Mi mejor amigo también está aquí, así que no sé dónde está el problema. No he dicho nada que ellos no deban saber. Y ahora, me voy. Solo me he pasado para ver qué tal estabas y para comunicaros que tenemos un dispositivo en marcha fuera del caso de Esmeralda y que hasta el lunes no volveremos por aquí.

Se levanta y, antes de rodear la mesa para irse, se inclina y me da un beso suave en los labios.

Definitivamente, se le ha ido la olla.

—Deja esa puta desconfianza fuera de nosotros, Lucía —me susurra en el oído y se marcha despidiéndose de todos.

Me levanto y me sirvo un vaso de agua para tratar de encontrar la calma. Tardo unos cuantos segundos en recomponerme y algunos más en tomar el mando de nuevo. Agradezco que mis compañeros se hagan los suecos y no vuelvan a mencionar el tema.

—Cruz, sé que tienes mucho trabajo, pero te voy a pedir que me consigas todo lo que puedas de los miembros de Nexus y de sus movimientos en Madrid.

—¿De todos? —se extraña nuestro informático.

—De todos —confirmo.

—Lucía, crees que es necesario… —me advierte Marcos.

—Sí. Quiero saber a qué dedican todo el tiempo que no pasan aquí.

—¿Por algún motivo en especial? —pregunta Virginia.

—Llámalo intuición. Marcos y Virginia, poneos con Silvana, quiero saberlo todo sobre ella. Roque y yo nos vamos al hospital a ver si a Camila le sacamos alguna verdad.

—Vamos, al lío —me imita Roque y nos saca una sonrisa que destensa el ambiente—. Pero conduzco yo.

Estoy tan tocada con la aparición de Yago, sus dardos envenenados y su numerito final antes de irse que asiento con la cabeza sin contradecirlo.

23

LUCÍA

Salgo con Roque del ascensor y nos dirigimos directamente al mostrador de admisión.

El olor típico a desinfectante de los hospitales y el murmullo amortiguado de las voces de los pasillos, que pretenden mantener un volumen bajo, me incomodan. Por suerte, nunca he tenido que pasar temporadas largas en ninguno.

Sin querer, acaba de venirme a la mente el disparo que recibió Yago. El estómago se me contrae y siento un nudo en el pecho. Él abalanzándose sobre mí. El caos. La sangre. La espera agónica de la ambulancia. El recuerdo es tan vívido que, por un segundo, creo estar reviviendo el momento. Y la sensación de vacío y rabia posterior que me impidió ir a visitarlo después, algo totalmente fuera de lugar. ¿Tiene sentido martirizarme ahora? Pues no lo sé. Lo achacaré a lo descolocada que me ha dejado cuando se ha ido de la comisaría antes y a la intensidad de nuestro tiempo compartido estos últimos días.

Respiro hondo y vuelvo al presente.

—Vamos a intentar que esto sea rápido —le digo a Roque, que ya se ha adelantado un paso para llegar al mostrador antes que yo.

—Tranquila, inspectora. Hablaremos con Camila y podrás irte a casa a descansar el resto del fin de semana, que tienes cara de necesitarlo. Además, estamos de suerte.

Roque frena en seco y sonríe delante de una mujer vestida de enfermera que está mirando la pantalla del ordenador.

—¡Helena! ¡No me lo puedo creer! Qué alegría verte.

La enfermera levanta la cabeza y sus ojos adquieren un brillo especial, aunque intenta mantener la pose profesional.

—¡Roque! ¿Qué haces aquí? ¿Va todo bien?

—Sí. Estoy aquí por trabajo. Aunque verte me acaba de alegrar el día —comenta adulador y a punto estoy de poner los ojos en blanco —. Estás más guapa que la última vez.

—¿Y lo recuerdas? Porque fue hace siglos. —Ella entra al trapo y coquetea con él. Espero que este ritual no se alargue mucho—. ¿Y mi número de móvil lo recuerdas también? —Sonríe juguetona.

—Por supuesto, pero el trabajo me absorbe —se excusa él—. Y precisamente necesitamos encontrar a la hija de una paciente. Tenemos que hablar con ella y como pasa aquí la mayor parte del tiempo… La hija se llama Camila Montero Iglesias.

—La madre se apellida Iglesias entonces. A ver, porque solo con ese dato… Dame un segundo que lo busco. —Teclea rápido—. Puede ser esta, habitación 312. Tercera planta. La señora lleva más de tres semanas ingresada. ¿Es algo gordo?

—Esperemos que no. Solo necesitamos unos minutos con su hija. Muchísimas gracias, preciosa. —Roque se acerca más al mostrador y se inclina sobre él—. ¿Estarás muy cansada cuando acabes el turno? —sisea.

—Mándame un mensaje luego y me lo pienso.

Le doy las gracias yo también y camino hacia el ascensor con Roque siguiéndome los talones.

—La suerte igual no te sonríe del todo hoy —lo vacilo porque la respuesta de ella era un claro no.

—Quién sabe. —Se encoge de hombros.

Salimos del elevador y caminamos hacia la habitación indicada. La puerta está entreabierta, lo que nos permite comprobar que, efectivamente, es la habitación de la madre de Camila, porque ella está dentro.

Doy un par de toques avisando de nuestra llegada y ella se apresura a salir al pasillo.

—Ho… Hola —titubea al vernos—. ¿Qué hacen aquí? ¿Ha ocurrido algo?

—Buenos días, señorita Montero. No sé si nos recuerda, ella es la inspectora Báscones y yo el oficial García. Le agradecemos que nos atienda en estas circunstancias tan difíciles para usted. —Este tono tan empalagoso de Roque no lo he visto venir—. Pero necesitamos que nos aclare algunos detalles sobre el día que encontró a la señora Callagham.

—Yo… Yo ya les he dicho todo lo que sé. Estaba aquí con mi madre cuando la mataron. No sé cuántas veces se lo voy a tener que repetir.

—Lo sabemos, pero necesitamos que nos aclare algunos puntos. Hemos venido nosotros hasta aquí para que no tenga que alejarse de su madre. ¿O quizá prefiere acompañarnos a comisaría? —la presiono. Su lenguaje corporal me muestra lo que esperaba, tensión y sorpresa.

—No entiendo por qué tendría que acompañarlos. Insisto. Ya les conté todo.

—¿Está segura? Porque, aunque tenga una coartada sólida, sabe que hay muchas maneras de llevar a cabo un asesinato sin mancharse las manos, ¿verdad? ¿Sabía que Esmeralda iba a ser así de generosa con usted en sus últimas voluntades?

—Yo… no. No tenía ni idea —balbucea.

—Usted y ella fueron pareja, ¿no es así?

—Sí.

—¿Y cuándo dejaron de serlo?

—A mediados de 2020. Yo me quedé viviendo en Panamá y estuvimos unos años separadas. Luego volvimos a reencontrarnos y regresé a España. Aunque nunca perdimos el contacto del todo.

—Entonces, ¿conocía la existencia de ese testamento de 2020? —inquiero.

—No. —Sigue mintiendo, esta vez desvía la mirada hacia la cama de su madre—. La noche que Esmeralda murió estuve aquí toda la noche. Pueden preguntarles a las enfermeras de ese turno. Yo estuve aquí, no miento. —Mira su reloj—. Van a traer la comida y tengo que ayudarla.

—Tranquila, solo serán unos minutos más —no cedo a su chantaje emocional—. Sabemos que la señora Callagham iba a liquidar Luxepic a finales de año. ¿No se lo comentó? ¿O lo hizo y le mostró su desacuerdo? Aunque sea una empresa que roce la ilegalidad, estoy segura de que da beneficios.

—Insinúa que…

—No insinúo nada, pero escuchar mentiras de su boca me produce incredulidad. Vamos a ir al grano, Camila —dejo de tratarla de usted—. Esmeralda y tú erais algo más que jefa y empleada. ¿Me vas a decir que no sabías que aparecías en su herencia?

—Usted no sabe lo que había entre nosotras. —Se le tensa el cuello—. Nosotras nos conocíamos muy bien y, tal y como estaban las cosas, solo confiábamos la una en la otra.

—Eso suena muy romántico en una novela, pero en mi mundo *confiar* suele significar contarse los íntimos secretos, por lo que deduzco que sabes mucho más de la vida y milagros de Esmeralda de lo que nos cuentas. ¿Qué ocurrió para que terminara sin vida en su cama?

Noto la pugna entre el orgullo y la indiferencia en su mirada.

—No lo sé.

—Venga, Camila. Si entre ustedes lo que había era amor, querrá saber tanto como nosotros quién acabó con su vida, ¿no? —interviene Roque—. Cualquier dato, por nimio que sea, podrá ayudarnos. ¿De qué se conocían Marie Van Der Velde y Esmeralda?

—Eran amigas desde su juventud. Se conocieron en Londres, creo, cuando estudiaban. ¿Qué tiene que ver ella con la muerte de Esmeralda?

—Aparte de ser amigas, ¿tenían negocios juntas? —pregunta Roque.

—No que yo sepa.

—¿Y qué nos puede contar de Silvana?

—De… ¿Silvana? —Tuerce el morro y pierde dos tonos de voz al pronunciar su nombre.

—Sí, ahora es una *escort* de tu recién heredada empresa —suelto con inquina—. ¿Sabías que pugnaba con Eros por un puesto en Luxepic?

—Sí, Esmeralda algo me comentó. Pero ella quería terminar con lo de la inspección fiscal antes de decidirse por uno de ellos.

Se me escapa una risa seca, todavía cree que nos vamos a tragar que no sabe nada de la colaboración con el CNI.

—¿Dónde guardaba usted la copia de las llaves de casa de Esmeralda? ¿Las llevaba siempre encima?

—Sí. En mi bolso. A Esmeralda más de una vez se le olvidaban dentro de casa.

—¿Y alguien más tenía otro juego? —inquiere Roque.

—Tenía un juego su hijo, pero él no estaba en España. Y también la señora de la limpieza, pero no le tocaba ir ese día. Además, les conté que llamaron al timbre, seguro que Esmeralda fue la que abrió. Lo siento, pero no puedo seguir con esto. —Camila echa un vistazo a su madre, que se queja desde la cama—. Ya les he contado todo lo que sé.

—Camila, voy a ser franca contigo, aunque tú no lo hayas sido con nosotros. Esmeralda era una confidente del CNI. Estaba metida en asuntos muy serios y su muerte no fue accidental ni un suicidio. Tenías acceso, un móvil potencial y una razón para evitar que cambiara su testamento o disolviera Luxepic, lo que fuera a suceder primero. Igual que conocías sus rutinas, dónde estaba en todo momento y que tomaba antidepresivos. No nos ha dicho todo, no. Así que, a partir de ahora, te mantendremos vigilada, a ti y a tu empresa. Además, pediremos al juez que te retire el pasaporte para evitar riesgo de fuga hasta que el crimen de la señora Callagham quede resuelto. ¿Entendido?

—Sí. Ahora, si me disculpan… —Se da la vuelta y entra en la habitación cerrándonos la puerta en las narices.

—Demasiado segura a ratos y demasiado nerviosa a otros. Miente —asegura Roque mientras nos alejamos.

—No sé hasta qué punto, pero sí. Hay que tenerla vigilada y no descartar nada.

Regresamos a la comisaría. Después de poner al día al resto, decido darles lo que queda de fin de semana libre. Nos vendrá bien a todos tomar un poco de perspectiva y volver con las pilas cargadas.

Antes de ir a casa, paro en el supermercado a hacer algo de compra y, entonces, vuelvo a acordarme de Yago. La mayoría de los días termina cenando y desayunando en mi casa, así que, a la hora de llenar la cesta, pienso también en sus gustos. No le busques una explicación coherente porque no la tiene. No al menos para mí. ¿En qué momento me ha pasado esto?

Cojo el teléfono y le mando un wasap.

Yo:
¿Vas a venir esta noche a casa?

Lo envío.

¿A casa? ¿No sería más correcto haber dicho a mi casa? No sé, marcar mi territorio para que la línea no se difumine.

No responde al momento, pero sí que aparece como leído.

Cuando me suena una llamada, creo que va a ser él, pero es Deva. Me pide permiso para llegar una hora más tarde de su horario habitual esta noche, por no sé qué rollos de un sitio nuevo al que van a ir, y le pido que me pase con su padre.

—Antón, ¿tú qué le has dicho?

—Que puede venir a esa hora, pero si yo voy a recogerla. Y ahí ha llegado el drama, porque dice que viene con los padres de Aritz.

¿Otra vez Aritz?

—¡Estoy harta! ¡No confiáis en mí! —grita ella de fondo.

—Tú tampoco en nosotros —mascullo y oigo cómo se queja mi exmarido al otro lado. Se sigue sintiendo culpable.

—¿Dejamos que venga con ellos? —me pregunta él cansado.

Sé que lidiar con ella en este instante no es nada fácil, solo nos queda agachar la cabeza y claudicar, aunque, por supuesto, no con todo, espero que eso lo siga teniendo claro.

—Está bien. Pero es una hora más. No una hora y cuarto, ¿te queda claro? —chillo porque imagino que está pegada a su padre.

—Pero, si vuelvo con ellos, eso no depende de mí.

—Perfecto, entonces pásame la ubicación e iré yo a buscarte —le aseguro.

—Vale, pesados. Una hora. No vaya a ser que os dé algo…

—Deva… —le advierte su padre.

—Tranquilo, mañana voy a comer con vosotros y la enderezamos —le digo antes de colgar.

—Ojalá fuera así de fácil —susurra él y nos despedimos.

Llego a casa, sí, a la mía, sin haber recibido su respuesta. Guardo la compra sin haber recibido su respuesta. Me ducho sin haber recibido su respuesta. Ceno sin haber recibido su respuesta. Me voy a dormir sin haber recibido su respuesta. Y lo peor, con cara de gilipollas arrepintiéndome de haberle preguntado.

24

YAGO

Me ajusto la pajarita y expulso el aire despacio. La última vez que me puse este esmoquin fue la noche que acompañé a mi padre al homenaje de Carbonell. Sí, la misma noche que acabé con la cara enterrada entre las piernas de Báscones en uno de los baños del casino. No debería recrearme en ese recuerdo, pero es inevitable cuando se trata de Lucía. Y no sé cómo explicar todos los sentimientos que abarcan las simples cinco letras de su nombre.

Debería ser capaz de sacarla de mis pensamientos durante un rato para no descentrarme. El problema es que no sabe nada de mí desde esta mañana, cuando me he despedido de ella en la sala N. Como la conozco, sé que estará pensando lo peor. Todavía se me perfila una sonrisa tonta en la cara al recordar cómo he arriesgado mi vida dándole ese pequeño beso delante de todos. Ella ha alucinado con mi espontaneidad, lógico, pero lo cierto es que me ha salido de manera natural, porque estoy empezando a cansarme de tener que escondernos.

Las siguientes horas, no he tenido ni un segundo libre. Montar este contraoperativo con Jacobo, a espaldas de Marion, ha ocupado la mayor parte de mi tiempo. Necesitamos tenerla vigilada de cerca sin que sospeche. También he tenido que poner al día a mis compañeros sobre el punto en el que se encuentra la BEDA respecto a la investigación y cómo han llegado a dar con la posible conexión de Silvana y Marie Van Der Velde. Después, he armado con Lena y

con Marion lo que se supone que es el operativo de verdad; con la asistencia de la eurodiputada, que figuraba en la lista de invitados, y su posible reunión con un miembro importante de la red, el cerebro financiero. Con todo ello, no he podido llamar a Lucía ni responder a sus mensajes.

—Relájate, pareces mi guardaespaldas y no mi acompañante —me susurra Marion y se recoloca el único tirante de su vestido rojo.

Estamos en la embajada de Francia en Madrid. En una fiesta que ha organizado la embajadora con motivo de la visita de su ministro de economía. La embajada se ubica en el Palacio de la Marquesa de Grimaldi, un edificio imponente cerca del Retiro y de la Puerta de Alcalá. Después de acceder al vestíbulo, amplio, con techos altos y suelos de mármol, donde ya se vislumbraba la mezcla de arte español y francés, nos han guiado hasta el gran salón para ofrecernos un cóctel.

—Sabes para lo que estamos aquí, Marion. —Bueno, ella solo a medias—. Créeme, preferiría estar en cualquier otro sitio.

—Aunque sea trabajo, no deja de ser una fiesta. Disimula un poco si no quieres que la seguridad de la embajada nos saque a patadas. —Sonríe y se toma la licencia de llevar el pulgar y el índice a mi boca para que curve los labios. Aprieto la mandíbula y ella, al ver mi gesto, retira la mano.

Un chico con un traje azul marino de raya diplomática y unas gafas de pasta se acerca a nosotros sonriendo. Tardo unos segundos en reconocerlo. Mierda. ¿Qué hace él aquí?

—Buenas noches, Yago.

—Adriano, qué casualidad. Tú también aquí…

El novio de Antón me extiende la mano para que se la estreche. Lo hago y, a continuación, la extiende hacia mi compañera.

—Sí. Estoy cubriendo la visita del ministro a Madrid y esta noche ha tocado esta fiesta —aclara, como si mi mirada le hubiera parecido un interrogatorio.

No he encontrado nada extraño sobre este tío. Todo dentro de la normalidad. Sus estudios. Sus primeros trabajos. Su libro. Sus artículos destacados. Nada reseñable en su vida personal, excepto

que también estuvo casado hace unos años con una mujer, igual que Antón. Aun así, sigo sin fiarme de él y de tantas casualidades.

—Encantado, soy Adriano.

—Marion.

—¿Y vosotros? ¿En calidad de qué venís? —nos pregunta.

—Marion es amiga personal de la embajadora —miento—. Yo solo estaba esperando una ocasión especial para volver a ponerme el esmoquin.

—Pues deberías ponértelo más a menudo.

¿Eso ha sido una insinuación?

—Si me perdonáis… —Marion se disculpa y se escabulle entre los invitados dejándome a solas con él.

Asiento mecánicamente a lo que sea que me dice, algo sobre cenar un día los cuatro juntos, porque le haría mucha ilusión a Antón. Si él lo dice… Mi atención está fuera de esta conversación. Mis ojos siguen el punto rojo escarlata que es el vestido de Marion. Se mueve entre los invitados con una copa de champán en la mano. Sonríe. Saluda. Sonríe con más efusividad.

El salón está lleno de gente importante y otros que solo se lo creen. La música del cuarteto de cuerda apenas se escucha sobre el murmullo de las voces. El ambiente no es pesado, pero tampoco distendido. Es demasiado diplomático. Como si todos estuvieran guardando las formas.

—Tu amiga, o lo que sea —suelta con retintín Adriano—, no tiene pinta de que vaya a volver aquí pronto a hacerte compañía.

—¿Me ves preocupado? —Fuerzo una sonrisa para que sepa que nada de esto le incumbe.

—Lo cierto es que no. No tienes pinta de ir detrás de nadie.

—Salvo excepciones —le dejo claro, porque no acabo de pillarle el punto.

—Voy a por una copa, ¿quieres que te traiga algo?

—No, gracias. Y, Adriano, el ministro está allí. —Señalo la otra punta del salón—. Te recomiendo que no te alejes mucho de él. Si estás cubriendo su visita a Madrid, tendrás que contar lo que ha hecho en la crónica de mañana, ¿no?

No suena a amenaza. O quizá sí.

Adriano me muestra una sonrisa cínica que directamente ignoro y se aleja de mí. Me muevo un paso a la derecha para no perder de vista a Marion, que se ha detenido cerca de la puerta justo cuando entra una pareja. Es Tariq, traje negro impoluto, de su brazo, Estefanía, con un impresionante vestido azul oscuro y la melena recogida en un moño bajo. Me fijo en el semblante de ella, serio, como si estuviera fuera de su hábitat. Camina algo rígida, pero sin soltarse de él. A su izquierda, Samir. No hay duda de que es él. Alto, corpulento y con el pelo más corto que en el funeral de Esmeralda.

Marion y Samir intercambian una mirada. Es breve, pero demasiado cargada de significado, puedo percibirlo desde aquí. Es un reconocimiento mutuo, como si se tratara de dos piezas que encajan en un hipotético tablero. Estos dos esconden algo. ¿Se lo estará tirando? Y no es porque me importe con quién se acuesta o con quién no, puede hacer lo que quiera, el tema es que tengo la sensación de que su relación va más allá de esa supuesta amistad con su hermano.

Se alejan de ella, que se dirige a una mesa con canapés actuando como si ese encuentro no se hubiera producido. Tariq y Estefanía, por su parte, avanzan lentamente hacia la zona de los diplomáticos, cerca del ministro. Vuelvo a fijarme en Adriano, que sigue sin prestar atención al invitado de honor, en cambio, no quita ojo a cada saludo que hace Tariq mientras camina hacia el fondo. Esto no es una casualidad tampoco, estoy casi seguro. ¿Y si Adriano está investigando algo relacionado con la red? ¿Y si tiene información que Nexus desconoce?

Me deslizo entre la multitud en dirección contraria a Marion. Necesito encontrar una zona que me permita vigilar si vuelve a hablar con Samir a solas.

Escucho el sonido de mi móvil. Acabo de recibir un mensaje. No hemos podido utilizar el sistema de comunicación habitual para no dar el cante, así que solo podemos hacerlo a través de los teléfonos.

Marion:
¿Dónde estás? Ha llegado Tariq con la
niña esa que conoces.

Escondido detrás de una columna de mármol cerca de una puerta lateral. Pero no le doy mi ubicación.

Yo:
Localizados. Ni rastro de la eurodiputada. ¿Crees que van a reunirse con algún otro contacto aquí?

Marie Van Der Velde no va a venir. Nosotros lo sabemos desde primera hora de esta tarde, pero Marion no. Necesitábamos que creyera que este operativo tenía como objetivo documentar la estrecha relación de Marie con Tariq y con algún sospechoso más del entramado, y que eso nos serviría para obtener algo más de información sobre sus turbios negocios, pero lo que realmente queremos es ver si nuestra compañera está comprometida con Nexus al cien por cien o no. Si localizamos a otros posibles miembros de la red también nos será útil.

Marion:
Tariq ha saludado a un par de diplomáticos antes de acercarse al ministro. Trataré de identificarlos.

Yo:
¿Tariq trae escolta? Solo lo veo con Estefanía.

Me hago el idiota.

Marion:
Han entrado con Samir. Nunca va solo, Arrasate.

Dice la verdad, menos mal.

Yo:
¿Has hablado con él? ¿No se ha

extrañado de verte aquí también? No quiero que se caiga tu coartada.

Marion:
No he hablado con él nada. Solo nos hemos saludado con la cabeza, nada más. No tienes de qué preocuparte. Samir cree que trabajo como administrativa en un ministerio en París, así que podría estar perfectamente aquí como una más de la comitiva. Voy a preguntarle a Lena si ya ha llegado el coche de Marie.

Marion desaparece por la puerta. Le envío un mensaje rápido a Lena, que se ha quedado de guardia en la calle.

Yo:
Sale Marion. Intenta no perderla de vista. Cuando vuelva a entrar, me avisas.

Lena:
Me ha mandado un mensaje preguntando por Marie. Ya le he dicho que de momento no ha llegado para ganar tiempo. Si sale a la calle, la veré, tranquilo. No me muevo de aquí.

Bloqueo el teléfono y lo guardo.

Un pequeño revuelo se forma en la doble puerta. Reconozco a uno de los tíos trajeados, es un compañero del CNI, coincidí con él en una reunión cuando me reclutaron. Escolta a una mujer, desde aquí no puedo verle bien la cara, pero, en cuanto él aparta a otro asistente para abrirle paso, descubro de quién se trata. Es Felisa Robles, la directora general, apodada la Dama de Hierro por su

carácter implacable y sus malas pulgas. ¿Sabía Quintana que estaría aquí?

Tecleo y le informo.

Yo:
Robles está aquí. ¿Estabas al corriente?

Jacobo:
¿Robles? En la lista no aparece. Quizá ha confirmado a última hora su asistencia.

Yo:
¿Está al tanto de este operativo? Porque conozco a su escolta y supongo que él a mí.

Jacobo:
Allende no me lo aclaró. Pero lo más probable es que hasta que no tengamos pruebas concluyentes no quiera adelantarle nada. Sé invisible y que no se te escape nada.

Cojonudo.

Yo:
OK.

Me giro discretamente y me doy cuenta de que Samir se ha movido. No está al lado de su jefe, sino escabulléndose entre la gente para llegar a la puerta. Estefanía también echa a andar, por lo que el franco-saudí se queda solo charlando con el secretario del ministro. A su izquierda, parapetado detrás de una copa, Adriano.

Decido que mi posición es insostenible. Necesito un ángulo que me permita vigilarlos a todos, o casi todos, incluida Robles, que va directa a saludar a la embajadora. Estoy solo, porque Marion no ha

regresado. Controlar a todos sin apoyos es una tarea complicada. Samir sale por la puerta. Seguro que va a reunirse con Marion.

Saco mi teléfono de nuevo.

Yo:
Sale Samir. ¿Marion sigue fuera?

Lena:
Sí. Desde aquí la veo, está mirando su móvil.

Yo:
Vigílala de cerca. Ahora salgo.

Me deslizo hacia la puerta lateral, la que da a la zona de servicio, sin dejar de contemplar el interior del salón. Justo cuando voy a cruzar el umbral, me choco de frente con alguien.

—Disculpa —digo e instintivamente pongo una mano en el brazo de la persona para evitar que se caiga.

—Yago, no te había visto. ¿qué estás haciendo aquí?

Estefanía me mira con una mezcla de sorpresa y hartazgo. Aunque sin el brillo tan particular de sus ojos.

—Puedo preguntarte lo mismo. ¿Otra vez con Tariq? ¿Estás segura de lo que estás haciendo?

Ella suelta un suspiro apenas audible y se mueve para que deje de sujetarla. Cuando llevo los ojos a la zona donde estaba mi mano, veo una pequeña sombra morada.

—Estefanía, dime que esto no es…

—Esto no es nada, Yago. —Avanza para llegar a la puerta del aseo y entra. La sigo por el pasillo y espero a que salga porque me ha dejado preocupado.

—No necesito escolta, ya llevamos a Samir —sisea cuando me ve aquí plantado.

—Estefanía, Tariq no es…

—Soy mayorcita, Yago —me corta—. Esta noche él necesitaba una acompañante y a mí me pareció un buen plan venir. Él gana y

yo gano. ¿Dónde está el problema?

—No todo es tan bonito, Estefanía. Ese tío…

—Es un hombre de negocios ocupado. Debo volver con él. Solo me he escapado para ir al baño.

¿Escapado? No me gusta nada ese verbo. Espero que Lena tenga controlada a Marion y a Samir unos minutos más, porque el encuentro con Estefanía me ha hecho distraerme del objetivo.

—Está bien. Pero ten cuidado, ¿vale? —Regresamos por el pasillo, pero en vez de entrar por la puerta lateral al salón giramos a la izquierda para llegar al vestíbulo.

—Lo tendré. —Estefanía me devuelve una sonrisa estudiada y mira por encima de mi hombro—. Mucha gente para tan poco espacio. Voy a tomar un poco el aire antes de entrar otra vez.

—Te acompaño. —Así intento localizar a Marion.

Antes de que podamos llegar a la puerta principal, sentimos cómo alguien baja de dos en dos las escaleras que dan acceso a la primera planta, donde están las oficinas administrativas de la embajada, y casi nos arrolla cuando pasa por nuestro lado. A pesar de que lleva el pelo recogido en una coleta y ha pasado a toda velocidad, me ha parecido reconocerla.

—¿Esa era…?

—Silvana. No tenía ni idea de que iba a estar esta noche aquí.

—¿Habéis venido a través de Luxepic? ¿Es eso? Os envía Camila, ¿no? La empresa es suya ahora. ¿Hay más *escorts* aquí? —me intereso.

—¿De qué hablas? Yo he venido con Tariq, ya te lo he dicho. Con él ya no necesito intermediarios.

Diez segundos después de la desaparición de Silvana, el mismo sonido de alguien pisando los escalones me hace ponerme en alerta. No puede ser. Robles y su guardaespaldas bajan de la primera planta. No pueden verme aquí.

Actúo sin detenerme a pensar un segundo. Sujeto a Estefanía de la cintura, la giro con rapidez para acorralarla contra una semicolumna y me inclino sobre su boca para esconder mi cara todo lo que puedo. La he pillado tan de sorpresa que siento cómo su

cuerpo pasa de maleable a tenso. No sé los segundos que paso con los labios pegados a los suyos sin abrirlos.

—¿Qué hostias haces, Yago? —sisea contra mi boca y trata de apartarme de su cuerpo—. Se te ha ido la pinza o qué. Como me haya visto…

—Perdóname. Lo siento, de verdad, pero aguanta un poco, por favor —suplico para darles tiempo a que abandonen el vestíbulo y no me vean. Separo mi boca de la suya y entierro la cabeza unos segundos más en su cuello.

¿Qué hacía Robles arriba? ¿Una visita de cortesía? Tengo teorías, pero no terminan de cuadrarme. Marie iba a venir y, en el último segundo, cambia de opinión y rechaza la invitación. ¿Y Silvana? ¿La metería ella en la lista y luego la dejó tirada? ¿Y qué hacía en la misma planta que Robles? Quintana tiene que saber esto y hablar con Allende, porque empiezo a dudar de que la operación Babel sea tan secreta como pretendemos.

Me recompongo y le devuelvo a Estefanía su espacio. Ella respira agitada y se alisa el vestido por la parte delantera mientras mueve la cabeza a ambos lados comprobando que nadie nos haya visto.

—Lo siento, Estefanía —me disculpo de nuevo—. Pero es que no podían verme y era la única manera de esconderme que se me ha ocurrido.

—Sí, claro. Si lo has hecho solo para joderme, te vas a arrepentir.

Se aparta de mí y se da la vuelta para volver al salón. La sigo con la mirada y me encuentro con la de Adriano, escrutándome con gesto serio, como si hubiera contemplado toda la escena.

Maravilloso, vamos a añadir una cagada más al día, que no debían de ser suficientes.

—Marie no va a venir. —La voz de Marion me devuelve a la realidad ahora—. ¿Nadie ha vuelto a comprobar la lista de invitados confirmados después de las cinco? —me pregunta molesta.

—Se nos habrá pasado —miento y me aparto de ella para ver mi móvil, que acaba de vibrar.

Lena:

Marion entra de nuevo. Ha estado

hablando por teléfono.

Yo:
¿Y Samir?

Lena:
Samir también ha estado tomando el aire con el móvil pegado a la oreja todo el tiempo. Han entrado por separado. Parecían tensos.

Yo:
Está conmigo. Por casualidad, ¿no habrás visto salir a Silvana?

Lena:
Sí. Se ha subido en el mismo Lexus que usa Marie. Pertenece a una empresa de alquiler con chófer, lo he comprobado. Antes de que ella entrara, el conductor ha abierto todas las puertas y he comprobado que estaba vacío. Ni rastro de la eurodiputada.

Bloqueo el teléfono y me lo guardo.

—¿Qué hacemos? ¿Nos vamos? —me pregunta Marion.

Respecto a ella seguimos igual que antes, sin tener claro si juega a dos bandas. Así que no nos quedará más remedio que comprobar con quién ha estado hablando durante ese rato y esperar.

—Nos quedamos. Tariq sigue aquí. Quizá de él sí podamos obtener algo.

De él y de ti, debería añadir.

25

LUCÍA

El olor a arroz inunda toda la planta baja, es lo que ocurre cuando se cocina con la puerta abierta. Es un aroma a mar y perejil, que me traslada a aquellos domingos de paz y relax que Antón tanto disfrutaba después del estrés de la semana. Irónicamente, el que ha hecho hoy, con almejas, su especialidad, dudo mucho que consiga bajarme las pulsaciones de un fin de semana que ha sido un auténtico huracán.

Antón, con su delantal manchado, prueba el arroz para comprobar el punto de sal. Deva está sentada a la mesa con una mueca divertida mientras teclea en su móvil.

—¿A qué se debe esa cara de felicidad? —pregunto.

—Le habrá escrito Aritz… —comenta su padre.

—Espero que su sonrisa sea por otro motivo; sería muy triste que su felicidad estuviera supeditada a un crío —argumento.

—No es Aritz, no es preocupéis. Aunque sí que sonrío así por un tío. —Nos mira con cinismo—. ¿Cuánto le falta al arroz?

—Siete minutos. Pero lo dejaremos reposar un poco.

Suena el timbre y Deva, sin que nadie se lo pida, se levanta con ligereza a abrir. Qué raro.

—Ah, eres tú —dice con desgana a quien sea que haya llegado.

Adriano hace acto de presencia en el salón con una botella de Albariño en la mano.

—Hola.

—No tenías que haber traído nada, ya te lo dije —comenta Antón y se acerca a darle un beso en la mejilla.

Deva sigue concentrada en la pantalla de su móvil, así que no se da cuenta de que la intención de Adriano era darle un beso en la boca a su padre, pero Antón sigue tratando de gestionar esas muestras más íntimas cuando Deva está delante.

—¿La meto en la nevera? —pregunta el recién llegado—. ¿O preferís que la abra ya?

—Ábrela, yo te acerco las copas —me ofrezco.

—¿Qué tal anoche? ¿Acabaste muy tarde de trabajar? —le pregunta Antón después de que nos haya servido vino a los tres.

Adriano bebe un trago largo y, a continuación, me mira a mí pasando de Antón. ¿Me estoy perdiendo algo? Mi ex le pregunta por su trabajo y él no me quita el ojo de encima.

—La verdad es que sí. El cóctel en la embajada se alargó más de lo esperado. ¿Tú no trabajaste anoche, Lucía? Porque Yago sí.

—¿Viste a Yago? —le pregunto con el tono más casual de mi repertorio.

Si le vio, ya tuvo más suerte que yo. Desde que se fue de la comisaría ayer no he vuelto a saber nada de él. Ni me ha llamado. Ni ha respondido a mis mensajes.

Esta mañana he estado a punto de escribirle de nuevo, pero como sé que la operación Babel sigue activa y cada vez se complica más he querido dejarle trabajar tranquilo, sin inmiscuirme. Estoy intentando no pensar en lo peor, pero ahora, con las palabras de Adriano, quizá tenga que empezar a preocuparme.

—Sí, estuvo en la embajada de Francia, en la fiesta que dio la embajadora anoche. Esmoquin negro y pajarita —me detalla—, me costó reconocerlo. Estaba acompañando a una amiga francesa…

—Marion —afirmo.

—Sí, Marion. Lo que pasa es que luego me despistó, porque lo volví a ver en el vestíbulo con una niña… —deja caer la última palabra y mira hacia atrás, por si Deva nos estuviera escuchando desde el sofá— en una actitud que… —susurra—. Perdona, no debería decirte nada, no me quiero meter en vuestros asuntos.

—A ver, ahora no nos dejes así, porque ya te has metido, Adriano —zanja Antón y me quita las palabras de la lengua.

Para no querer meterse en mi vida, parece que lo está disfrutando.

—Lo vi liándose con ella.

Reacciono desde la calma, incluso se me curvan un poco los labios. Y no de manera cínica, sino con completa sinceridad. Estamos hablando de Yago, si Adriano estuvo con él, incluso charlaron un rato, porque le debió presentar a su compañera, no creo que fuera tan idiota de enrollarse con una tía allí dentro sabiendo que estaba él. A mí me suena más a un acto puntual por algún motivo concreto, incluso a una tapadera. Tal y como me miran mi ex y su novio, mi tranquila reacción no es la que esperaban.

—¿Liar? ¿Besar? ¿Estabas cerca de ellos? ¿Quieres añadir algún matiz? —me intereso, porque seguro que quiere adornar la noticia, a ver si cala más en mí.

—¿Quién se ha liado con quién? —pregunta Deva que se acerca a por un vaso de agua.

—No nos ha quedado claro todavía —susurro intentando dar por finalizada esta conversación aquí.

El timbre de la puerta vuelve a sonar.

—¿Esperas a alguien más? —pregunto a Antón.

—Vosotros no, pero yo sí. —Mi hija se aleja dando saltitos.

—Lucía, sé lo que vi. Era Estefanía, la chica que acompañaba a Tariq —susurra—. Los vi en el vestíbulo besándose, luego ella lo apartó y se alejó enfadada.

Asiento lentamente, como si me hubiera quedado satisfecha con su argumentación.

¿Yago besando a Estefanía delante de muchísima gente? Eso tiene una explicación.

—Ha llegado el tío que me hace reír, por fin —grita Deva desde la puerta y oigo una carcajada que me resulta familiar.

—Menuda lianta estás hecha. A ver si también le hago reír a tu madre. —La voz de Yago me llega alta y clara con las risas de mi hija como telón de fondo.

¿Qué hace aquí? Ha venido sin avisar. Hace un rato que no compruebo mi móvil, pero supongo que esta invitación de última hora ha sido cosa de Deva, él solo habrá claudicado. Mentiría si dijera que el corazón no me ha dado un vuelco al escucharlo, por el alivio, no me malinterpretes, pero es que no se me olvida el riesgo que siempre entraña nuestra profesión y que haya estado sin dar señales de vida tantas horas no me estaba ayudando. Vale, y también porque ayer lo eché un poco de menos. Es ridículo que en tan poco tiempo me haya habituado a compartir tanto con él. Será el puto efecto Arrasate.

Yago entra y me mira. La conexión es tan intensa que hasta Deva pone los ojos en blanco al percatarse. Luce cansado, con unas sombras más pronunciadas debajo de los ojos, la mirada cálida, pero sin chispa, y el pelo de recién levantado. Aun así, no hay una sola célula de mi cuerpo que no lo desee.

—¡Hola a todos! Siento ser un acoplado, pero esta señorita ha insistido en que tenía que probar el arroz de su padre, que era el mejor que iba a comer en mi vida.

—¿Eso te ha dicho? ¿Estás seguro? —se sorprende el cocinero sabedor de que su hija no es muy pródiga a hacerle halagos.

—No te vengas arriba, papá —protesta ella.

—Hola, Adriano, ¿qué tal? Parece que nuestro sino es coincidir, ¿no? De noche y de día. Te veo tan serio como en la embajada. ¿Has podido entregar la crónica a tiempo? Porque te quedaste hasta el final, y eso que el ministro ya se había ausentado.

El novio de Antón fuerza una sonrisa, pero no le replica. Noto cómo el ambiente se tensa de golpe, como si ambos estiraran una cuerda invisible. Yago ha pronunciado cada frase con certeza y además parece que lo ha hecho disfrutando.

—¿Vino? —le pregunto para que no se enrarezca más el ambiente—. ¿O prefieres cerveza?

—Una cerveza mejor —responde.

Me acerco hasta la nevera y él camina hacia mí. Cuando abro la puerta, aprovecha para inclinarse y darme un beso en los labios, ajenos a las miradas de los demás.

—Joder. Cómo te he echado de menos —sisea con su lengua dentro de mi boca.

—Yo también te he echado de menos a ti.

—Siento no haberte llamado ayer.

—No pasa nada.

Damos por terminado el beso. Antón ya ha llevado la comida a la mesa y Adriano se ha sentado a su lado con la mandíbula tensa. Cojo el abridor y se lo tiendo a Yago, que está de espaldas a ellos, para que abra su botellín.

—Sí que pasa —musita—. Luego te cuento. Pero, como adelanto —lleva la boca a mi oído—, te prometo que no besé a Estefanía por placer.

Chico listo.

Mi chico listo. Solo ha necesitado intercambiar tres palabras con Adriano para intuir que él ya me había venido con el cuento de lo de Estefanía. Probablemente Yago quiera extender su explicación, pero que haya venido de frente desde el minuto uno es un punto a su favor. Me río en alto y Deva se gira para mirarnos.

—Venga, pesada. Déjalo respirar que tendrá hambre.

Mi hija adora a Yago desde que lo vio por primera vez en mi cama, no me preguntes por qué, pero su conexión está al alcance de muy pocos, de modo que él siempre queda excluido de sus protestas.

—Ya vamos. —Yago me pone la mano en el final de la espalda y me acompaña hasta la mesa. Se sienta a la derecha de Deva y yo a la izquierda.

—¿Y esa cara? ¿Todo bien con mi paisano? —Yago se interesa por Aritz, pero mi hija levanta la mano indicándole que luego le cuenta.

Muy bien. Encima con secretitos.

Antón sirve el arroz y comenzamos a comer. Yago alaba al cocinero en cuanto lo prueba y con razón, porque le tiene cogido el punto y siempre le queda bueno. La incomodidad de Adriano es palpable cuando mi ex y yo empezamos a recordar algunos domingos con invitados en esta casa cuando Deva era más pequeña. Yago, consciente de la mirada del periodista, aprovecha cualquier

ocasión para bromear sobre mi pasado con Antón o sobre nuestro presente, con ese punto de listillo que lo caracteriza. Vacila a nuestra hija con nosotros de manera completamente natural o se interesa por nuestra rutina en aquella época que me parece tan lejana ya. El novio de Antón, en cambio, marea la comida de su plato y se limita a asentir evitando cruzar la mirada con Yago.

Con el postre, una tarta de chocolate que he traído yo de la pastelería, el ambiente se relaja algo, aunque Antón, que no es tonto, ha percibido la incomodidad de su novio durante toda la comida.

Mi intención es irme a casa pronto, espero hacerlo con Yago, la verdad, porque, aparte de la explicación que quiere darme, me apetece estar a solas con él un rato.

Deva recibe un mensaje y, de repente, sube a su habitación a cambiarse de ropa y a lavarse los dientes.

—Yago, ¿me acercas a casa de Aritz?

—Puedo llevarte yo —me quejo—. Deja a Yago en paz, que está cansado.

—No pasa nada. La puedo llevar yo, no me importa. —Nos ponemos de pie para recoger la mesa en lo que ella baja.

—No te ofendas, mamá, pero hasta que no cambies de coche prefiero ir con Yago —chilla ella desde la planta de arriba.

Y su padre y Yago sonríen dándole la razón.

— ¿Me esperas en casa?

Asiento con una sonrisa boba en la cara. Sí, boba yo. Reconocida.

Casa. Y por qué esa sola palabra, sin posesivo, me abre un agujero en el pecho. Estoy tratando de evitar lo inevitable, lo sé, porque, por mucho que lo niegue, Yago ya se ha colado del todo dentro. De mí. De mi vida, obviamente. Y de mi rutina, que hasta hace nada solo me concernía a mí. Por eso esa casa, que es mía, cada día es un poquito más de los dos.

—Deja eso, ya lo meto en el lavavajillas yo —se ofrece Antón, que también se ha levantado para echarnos una mano.

Su novio se ha ido al sofá y está enredando con el móvil.

—Muchas gracias por todo, Antón. —Yago le da un pequeño toque en el hombro y se despide cuando ve que mi hija ya está lista para marcharse.

Adriano nos despide con un gesto vago con la mano y nos mira con un semblante indescifrable, con una mezcla de frustración y de cálculo. Como si estuviera estudiando con atención excesiva nuestros movimientos y las conversaciones silenciosas que hemos mantenido Yago y yo desde que ha llegado. Arrasate le devuelve la mirada con un brillo especial en los ojos y una sonrisa imperceptible, de triunfo, conocedor de sus cartas.

Yo, mientras tanto, no paro de hacerme preguntas. ¿Qué hacía él en la embajada? ¿Y por qué asistió también al funeral de Esmeralda? ¿Qué está investigando? No hemos hallado ningún dato claro sobre el medio para el que puede estar trabajando, pero tampoco tenemos nada que nos llame en especial la atención. ¿Mi ex estará al corriente de sus movimientos?

Abrazo a Antón en la puerta cuando sale a despedirnos.

—Cuídate —le digo—. Y, sobre todo, cuídalo —añado y le poso una mano en el pecho, a la altura del corazón, dándole unos pequeños golpes.

—¿Algo más que añadir? —Me mira con una ceja arqueada intuyendo que me estoy guardando cositas.

—Sí, que uses condón.

—Lo mismo digo. —Sonríe y niega con la cabeza a la vez.

—Sois muy tontos, los dos —protesta Deva que justo sale en este instante—. Igual se os ha olvidado que la que tiene dieciséis años soy yo.

—Qué va. Imposible olvidarlo —admito.

—Pues no lo parece —se indigna ella.

—Cariño, usa condón —decimos su padre y yo al unísono mientras ella ya está llegando al coche de Yago muerta de la vergüenza.

—¡Sácame de aquí, por favor! ¡Rápido! —suplica y él, para terminar de complacerla, sale de la urbanización quemando rueda.

Vale. De él ya me encargaré yo.

26

YAGO

Lucía me abre la puerta antes de que llame al timbre. Podría tomármelo como que estaba deseando que llegara a su casa, pero con ella es imposible dar nada por supuesto. Y menos si se trata de sentimientos, de mostrarlos quiero decir. Sé de primera mano que los tiene, aunque ella prefiera aparentar ser un iceberg la mayor parte del tiempo.

—Pensaba que usarías las llaves de Deva.

—Se las he devuelto antes, muy a mi pesar —musito y le guiño un ojo, o más bien solo parpadeo, porque no tengo energía para mucho más—. Ella quería que me las quedara. —Lucía abre mucho los ojos—. Tranquila, me he negado. Estaba empeñada en hacerme una copia y dármela, pero después de nuestra charla de camino a casa de Aritz, su… *sin etiquetas* —imito la voz de su hija—, ha entendido que lo que realmente me fliparía es que esa idea saliera de ti.

—Sí, sería bastante flipante, la verdad —responde sin querer ahondar más y cierro la puerta—. Y es obvio que mi hija tiene una obsesión con los vascos.

Sonrío y me froto los ojos con las manos cansado.

—¿Y esa sonrisa? —pregunto cuando me hace un repaso rápido de arriba abajo y curva los labios, algo poco habitual en ella—. ¿Tanto te alegras de verme?

—No. Simplemente me hace gracia verte así. —Se da la vuelta para irse al salón con una calma estudiada, sabedora de que me encanta observar sus movimientos y su culo enfundado en esos vaqueros oscuros. Dejo mi arma y mi cazadora en la entrada y la sigo.

—¿Así cómo?

—Demacrado, Yago. Esos ojos cansados, ese caminar lento. Estás…

—Reventado, Lucía, estoy reventado. Salta a la vista. Lo que no pensaba es que mi ruina te parecería graciosa.

Acelero el paso, la sujeto de la cintura y la giro para pegarla a mi cuerpo. El olor a su gel me golpea las fosas nasales y, sí, me recreo respirándola.

—A ver, un poco sí. Es que es la primera vez que te veo así, humano y jodidamente imperfecto.

—Nunca he sido perfecto. —Me inclino y rozo la nariz con la suya. Se estremece entre mis brazos y el calor que emanan nuestros cuerpos empieza a impregnar el ambiente. Ahora la que me respira es ella, y me gusta que no pueda esconder su necesidad.

—Pero siempre lo has parecido.

—Estoy tan agotado que no pienso replicarte. Solo tengo dos prioridades ahora mismo. Tú. —Acerco mi boca a la suya y engancho sus labios para abrirme paso entre ellos. El beso es urgente y profundo, cómo lo necesitaba. Al cabo de unos segundos, separamos nuestras lenguas, pero no nuestros cuerpos—. Y el sofá.

Tiro de Lucía para dejarnos caer sobre él, que es lo que más cerca nos queda. Me coloco de tal manera que ella pueda ponerse a horcajadas encima de mí.

—Me mataban las ganas de ti. —Cuelo las manos por debajo de su camiseta y le acaricio la espalda.

Ella me observa desde su posición con ojos analíticos. Sé que tiene preguntas y sé que no dejará pasar la oportunidad de conocer todos los detalles, sin embargo, su respiración calmada y las caricias de sus manos entrelazadas en mi nuca son muestras claras de la tregua que me está concediendo. Hoy es una verdadera caja de sorpresas. Cierro los ojos un segundo agradecido.

—Iba a empezar a preocuparme, Yago. He mirado mil veces el teléfono en las últimas veinticuatro horas. Estaba a punto de…

—Lo sé y lo siento. Pero ayer fue un día infinito. No quise responder a tus mensajes porque no tenía ni idea de cuándo ni cómo iba a terminar.

—Infinito y lleno de emociones, ¿no? Marion, la fiesta en la embajada, el morreo con Estefanía…

—No fue un morreo —matizo.

—Bueno, lo que fuera. —Lucía tuerce el morro, pero hay más diversión en su gesto que celos.

Tiene que confiar en mí y sé que tiene la suficiente seguridad en sí misma para no comerse la cabeza con hipotéticos escenarios en los que yo me enrollo con otra.

—No lo fue, y si el listo de Adriano te ha contado que la besé así miente. Solo me pegué a sus labios para que no me vieran la cara. Estaba allí de incógnito y no quería que me reconocieran, nada más.

No elijo bien la frase, porque le doy pie a que me bombardee con la siguiente pregunta.

—Era absurdo que besaras a Estefanía en medio de ese gentío sabiendo que él estaba allí —asegura y mi cara debe reflejar la sorpresa porque no me interroga. ¿Sigue la tregua? A ver si voy a tener que preocuparme—. No he dudado de ti, Yago. Sabía que habría una explicación coherente, aunque algo absurda. Lo que no me queda claro es qué pinta Adriano en todo esto. ¿Me lo puedes explicar?

—No lo sé, desconozco la conexión real que tiene con todo esto, pero te prometo que voy a averiguarlo. Ese tío no me da buena espina.

—Ni a mí. Y me da miedo que implique a Antón o a Deva en su cruzada, porque parece que la tiene.

—No te preocupes. En la fiesta también estaba Silvana —añado. No me olvido de que, ahora mismo, la *escort* está en el punto de mira de la BEDA, así que no quiero ocultárselo.

Me reservo el resto de información comprometida que no puedo compartir con ella porque la situaría demasiado cerca del peligro. En las últimas veinticuatro horas hemos ido encajando algunas piezas,

pero nos faltan otras. La noche fue larga, muy larga. Y Silvana tampoco es trigo limpio. La presencia de la directora del CNI tampoco se la menciono, ni el hecho de que mantuvo una reunión secreta con alguien en mitad de esa fiesta. Todo bastante sospechoso. Demasiadas piezas que no encajan. Tampoco le confirmo que seguimos sin saber si Marion y Samir se pasan información, porque lo cierto es que él estuvo charlando más tiempo con ella que escoltando a su jefe.

Apoyo la cabeza contra el cojín sintiendo un incipiente dolor de cabeza y observo con atención su reacción. Mirada limpia. Serena, desprovista de la sorpresa que debería haber provocado la mención de la pelirroja. Incluso puedo decir que los ojos oscuros de Lucía desprenden el brillo especial de la victoria cuando va un paso por delante de mí, en casi todo.

—¿Por qué no te sorprende ni lo más mínimo que Silvana estuviera allí? —Me incorporo un poco y la sujeto de la cadera con firmeza. Ella no desvía la mirada, solo la mantiene llena de intensidad—. Cómo he sido tan tonto… La estabais siguiendo.

—Ruiz y Estébanez. Solo la vieron entrar, pero se les escapó al salir.

Nosotros tuvimos más suerte.

Me inclino hambriento de un contacto que no me exija pensar y hundo el rostro en su cuello. Su olor me envuelve, un analgésico instantáneo que me baja las pulsaciones y me permite dejar de pelearme conmigo mismo.

—¿Quieres añadir algo más? Es tu momento. —Mi ofrecimiento es pura cortesía. Toda la información que navega por mi cabeza me deja al borde del colapso. Me gustaría dejarla salir, pero no puedo, nos jugamos todos demasiado.

Ella no responde con palabras. En su lugar, sus manos se deslizan desde mi nuca hasta mis hombros para después descender por mis brazos. Me obliga con una suave firmeza a levantarme.

—Vámonos a la cama, Yago.

No es una sugerencia, es una orden. Me levanto arrastrando los pies, sintiendo cómo protesta cada uno de mis músculos. No soy tonto y sé que llevarme de la mano hasta su habitación también es

una medida disuasoria. Ambos preferimos cortar la conversación en ese punto y rendirnos al silencio.

Cedo el control. Sí, se lo cedo a Lucía. Sé que adora justo lo contrario, pero hoy no podría. Si la memoria no me falla, creo que es la segunda vez que lo hago desde que apareció en la cabaña de Jacobo y, en aquella ocasión, todavía estaba recuperándome del balazo.

Me ayuda a desnudarme, recreándose en quitarme cada prenda, como si me estuviera descubriendo sin prisas por primera vez. Sus dedos dibujan caricias por mi pecho, mi estómago, mi ombligo, hasta que llegan a la goma del bóxer para bajármelo. Acorto la distancia que me separa de ella en busca de fricción, pero gruño porque sigue vestida. Necesito ponerle remedio a eso, rápido. Cojo el bajo de su camiseta y se la quito. Cuando voy a desabrochar el botón de su vaquero, niega con la cabeza y ella misma lo hace. La beso con cadencia antes de que me arrastre hasta la cama y jadeo en su cuello cuando abre las sábanas y con un gesto intimidante me pide que me tumbe.

Obedezco.

Lucía se quita la ropa interior bajo mi atenta mirada.

Joder. Me vuelve muy loco su cuerpo.

La admiro desde abajo, sin pestañear.

Intenta no ruborizarse, pero mi mirada ha pasado de golosa a viciosa y, entonces, sabe que me tiene justo donde quería.

Sonríe.

Y yo gruño de nuevo.

Es tan inusual verla así. Entregada. Dispuesta. Callada. Que me parece un puto sueño tenerla encima.

Acometo un último esfuerzo titánico para darle la vuelta y dejarla debajo de mi cuerpo, pero en medio del movimiento ella vuelve a negar con la cabeza y giramos para volver a la misma posición.

—Déjame a mí.

¿Y qué hago? Dejarla, por supuesto. Y disfrutarla. Y tratar de devolverle el placer descomunal que me está proporcionando. Y gemir contra su cuello mientras ella me vuelve a empujar hacia atrás para que la deje moverse a su antojo. Y decir su nombre infinitas

veces, llenándome la boca y el pecho. Y correrme. En un tiempo muy inferior al que estoy acostumbrado, y eso que su ritmo ha sido pausado, rozando lo agónico.

¿Y luego?

Luego caigo en el abismo, después de haber alcanzado la cota más alta, rendido a ella, y me deja de pesar el cuerpo.

27

LUCÍA

Tengo cara de lunes y cualquiera que se cruce conmigo por el pasillo que conduce a la sala N puede notarlo. Aunque cuando estamos inmersos en una investigación nos da igual que sea martes o domingo, nunca desconectamos. Pero hoy me he despertado rara; con mil pensamientos en la cabeza y a la vez con la sensación de falta de claridad mental. Como si una nube densa de polvo envolviera de neblina mi cerebro. Y eso que anoche dormí mucho mejor, aunque ni de lejos lo hice como Yago, que se quedó KO muy pronto. Esta mañana me ha costado un triunfo despertarlo.

Sé que la tregua que nos concedimos ayer está a punto de terminarse. Porque, mientras él dormía en mi cama, yo estaba en el salón estudiando toda la información que ha recabado Cruz y que, probablemente, ellos también tengan, de ahí mi confusión.

Presiento que cada vez estamos más cerca. El círculo se va cerrando y las posibilidades de resolver el crimen de Esmeralda son cada vez más grandes.

De poco me ha servido haber venido sola en mi coche, porque Yago, que me ha dicho que iba a pasarse por su casa antes de venir a trabajar, llega a la puerta al mismo tiempo que yo. Bufo por la coincidencia mientras él se limita a sonreír, como si fuera gracioso este encuentro después de haber ideado toda esta logística para llegar separados.

—Buenos días.

Como si no me los hubiera dado ya.

—Solo para algunos.

La sala está en penumbra, iluminada únicamente por el resplandor azulado de la pantalla del ordenador de Marion. Está sentada, sumergida en sus asuntos, con los auriculares puestos y concentrada. Aun así, nota nuestra presencia.

—Buenos días —saluda sin levantar la vista de su portátil y se quita los AirPods de las orejas—. ¿Había quedada para desayunar y no me habéis avisado?

—Simple coincidencia —replica Yago.

—Nada es tan simple —murmulla ella.

Paso de malgastar saliva. Me quito la chaqueta y la cuelgo en el perchero. Yago se dirige a su sitio y deja su cazadora en el respaldo de la silla.

—¿Algo nuevo? —pregunto a su espalda forzando la vista sobre la pantalla. Parece un gráfico de datos que no me da tiempo a distinguir.

¿La analista no era Lena? ¿O esto no tiene nada que ver con el caso?

—Que la BEDA necesite saber no. Solo he venido porque tengo mi coche en el taller y necesito que Arrasate me lleve al centro, aquí ya no tenemos nada que hacer —suelta con desdén y noto la mirada airada que le lanza Yago—. Pero ya que preguntas…, ¿vosotros tenéis novedades? Después de dos semanas ya deberíais tener un hilo fiable del que tirar, ¿no crees?

—¿Nosotros solo? Me estás vacilando, ¿no? —me indigno.

No sé en qué momento este caso ha pasado a ser solo nuestra carga.

—No es mi intención, pero no sé, Quintana te puso por las nubes y sigo sin ver el motivo.

—Basta, Marion —interviene Yago.

—Sé defenderme sola, Arrasate. Sobre todo de las *listas* como ella, son mi especialidad. —Me giro para encarar a Marion—. ¿Hay algo que deba saber? Habla sin rodeos.

El silencio se mastica en el ambiente.

—No te preocupes, ya hablo yo —prosigo—. Burdeos, enero de 2022. Localizasteis una célula yihadista. Justo cuando ibais a desmantelarla, recibieron un chivatazo y se esfumaron. Si tu servicio de inteligencia hiciera honor a su nombre habría atado cabos y…

Marion pierde color y eso que ya es pálida de por sí. Yago escucha mi perorata con atención. ¿Él y Quintana no lo sabían? Me cuesta creerlo.

—¡No tienes ni idea de lo que dices! —grita ella y cierra su portátil con furia.

—Por tu reacción, diría que he dado en el clavo.

El sonido de la puerta interrumpe la tensión. Virginia, Marcos y Roque entran saludando, pero continúo hablando, ahora que he arrancado, no voy a detenerme.

—Esa es tu conexión con Samir, ¿verdad? —Bajo el tono, pero endurezco el gesto—. Él era la pareja de tu hermano, pero estaba más involucrado con la célula de lo que admitía. Su tío estaba al mando y no le permitía abandonarlos. No sé cómo conseguiste librarte en aquella ocasión, aunque me lo imagino; por eso sigues aquí y te siguen enviando a misiones fuera de tu país.

—Marion… —intercede Yago esperando una confirmación que no llega.

Ella solo resopla y niega con la cabeza evitando su mirada. Mis compañeros toman asiento observando el espectáculo sin intervenir.

—Ahora bien, tengo una duda, ¿Samir trabaja realmente para Tariq? Porque con tu hermano ya no está. ¿O sí? ¿O quizá solo está con el señor Vernet para devolverte el favor? No sé, ya dudo hasta de que tus superiores lo sepan. Todos conocemos a las de tu clase: solo buscáis la medalla, no el bien común.

—¡Bravo! —La francesa se pone de pie y me aplaude a escasos centímetros de la cara. Tengo que apretar los puños a mis costados para no darle una hostia—. Bonito discurso, Báscones, aunque pura ciencia ficción —escupe con la voz cargada de rabia—. Ahora entiendo por qué no estás en el CNI, te falta inteligencia y te sobra imaginación. —Guarda su ordenador en la bolsa y se lo cuelga al hombro con un movimiento brusco.

Sonrío, si trataba de ofenderme, no lo consigue.

—Marion, siéntate —ordena Yago conciliador—. Si no es verdad lo que dice, no tienes que ponerte así.

—¿Que me siente? ¿Para que siga insultándome? —Marion suelta una carcajada seca—. No voy a perder un segundo más aquí. —Teclea algo en su móvil—. Y tú tampoco. Lena acaba de mandarnos un mensaje, comprueba tu teléfono. Tiene lo que necesitábamos para la operación.

—Si atañe al caso, quizá lo deberíais compartir, ¿no? —Virginia desafía a Marion.

—No tenemos tiempo para tonterías. Menos mal que esta pantomima ha llegado a su fin —comenta pasando de responder a la subinspectora.

Marion camina hasta la puerta con paso firme mientras Yago echa un vistazo a su teléfono y masculla para sí. Debe ser cierto que los han convocado fuera de aquí, lo que significa que quieren mantenernos al margen. Ella da un portazo al salir que hace vibrar el marco. Él se pasa una mano por la cara visiblemente agotado y después me mira como si me estuviera haciendo una radiografía.

—Dime que tienes pruebas de todo lo que acaba de salir de tu boca, porque, si no, acabas de abrir una brecha en la operación.

—He ayudado a Cruz con toda esa investigación, Yago —le responde Roque.

Yo me limito a mirarlo con desdén. ¿Acaso cree que vertería esas acusaciones sin pruebas? Esto es increíble.

—La puta brecha la tenéis desde que os colocaron a esa agente, Arrasate. Así que no me traslades vuestro problema. Habla con Quintana, con Allende o con quien sea, pero solucionad vuestras mierdas.

—Tengo que irme —afirma cabizbajo.

—Cierra al salir.

—Joder, Lucía —se queja por mi tono.

—¡Cierra al salir! —No me molesto en mirarlo—. Al lío. ¿Qué tenemos entonces? —Me dirijo a mis compañeros cuando él ya se ha ido.

—¿No quieres ir a hablar con él? —me pregunta Roque conciliador.

—No. ¿Sabes lo que quiero, Roque? Que nos olvidemos de Nexus y nos centremos en las últimas pistas que tenemos para acabar con este maldito caso, que para eso somos la puta Brigada Especial de Delitos Avanzada. ¿Queda claro?

Todos asienten y es Marcos el que toma la palabra.

—Silvana. Demasiada exposición. Está en todas partes. Silvana Dragomir. Nacionalidad rumana. 26 años. Hace una década que llegó a España y, desde entonces, no se ha movido de aquí. Vive sola en un piso de alquiler en Madrid, trabaja como *escort* y solo consta a su nombre un vehículo, un Fiat 500 rojo.

—Ahora mismo es una de nuestras principales sospechosas —afirmo.

—Hemos pasado el fin de semana rastreando sus cuentas y buscando una conexión con la eurodiputada —nos dice Roque—. Los ingresos que recibe en su cuenta abierta aquí proceden en su mayoría de Luxepic. Son cantidades dentro de lo normal para su trabajo. Tiene los gastos típicos de cualquiera y, de vez en cuando, gasta en algún capricho comprando en firmas de lujo. Nada excepcional. Sin embargo, detectamos la llegada de dos sumas más cuantiosas tres días después de la muerte de Esmeralda procedentes de una cuenta a su nombre de Panamá. Cruz está en ello.

Aprovecho que lo nombra para hacerle la videollamada, es mejor que él también esté presente. Tarda en responder y, cuando lo hace, todos vemos de refilón cómo una chica se acerca a darle un beso en la mejilla y sale del plano.

—Buenos días, compis.

—Para algunos mejor que para otros —comenta Marcos y Roque silba.

—Sin comentarios —espeta él serio, pero una sonrisilla tonta lo delata.

—¿Podemos centrarnos?

—Dejad al chaval en paz, capullos —pide Virginia y Cruz le guiña un ojo—. Estábamos hablando de Silvana y su cuenta en Panamá. ¿Ella ha estado allí alguna vez? ¿Viajó con Esmeralda?

—No consta que haya visitado el país nunca —asegura Roque.

—A ver, tengo algo más —apunta Cruz—. La cuenta la abrió Camila a nombre de Silvana con un poder. Y he conseguido averiguar cómo llegó el capital a esa cuenta. Fue a través de una fundación benéfica, de nombre Global Rights, vinculada a la eurodiputada; su hermana y su madre son las que la manejan.

—Genial. Todo queda en casa. Es una cantidad importante para ser la contraprestación por su trabajo como *escort,* ¿no?

—La cifra es bastante más alta que lo que recibe de Luxepic —confirma Cruz.

—Aun así, algo no termina de encajar —divaga Roque—. Silvana estuvo en la fiesta y en el funeral de Esmeralda. Báscones la vio merodear por su casa y cruzar varias miradas con Camila, con la que debe tener buena relación para que le confiara la apertura de esa cuenta. Sabemos que fue en el Lexus con Marie hasta allí, pero no se apeó a la vez que ella porque no quería que las vieran llegar juntas. Nos dijo que tenía coartada, que se quedó en Marbella todo el fin de semana, y, aunque no nos dijo con quién, nos facilitó el nombre del hotel porque sabía que íbamos a comprobarlo.

—Así es —afirma Virginia—. Tengo el registro. Y sí, estuvo hospedada en la misma habitación que Marie todo el fin de semana.

—Su intención era despistarnos —aseguro.

—El pasado sábado, huyó de la embajada en el mismo Lexus de siempre, aunque sin la belga, que menuda joya, por cierto —comenta Marcos—. Supongo que Nexus está montando un operativo para detenerla, ¿no?

—Lamentablemente, eso no nos atañe.

Todos asienten cabizbajos. Cualquier miembro de la BEDA estaría encantado de poder acabar con esa chusma.

—La seguimos durante un buen rato, pero la perdimos a la altura de la Puerta de Toledo —dice Virginia con pesar—. Fue raro. Hubo otro vehículo que parecía que nos seguía a nosotros y que también iba tras ella.

—¿Llegó a obstaculizaros? —inquiere Roque.

—En un primer momento pensé que no —dice Marcos—, que solo era un flipado probando la potencia de su vehículo, pero no he

dejado de darle vueltas desde entonces, creo que la conductora era la agente Gruber, aunque no estoy seguro al cien por cien.

—Nexus otra vez —comenta Roque.

—Estoy intentando hablar con la empresa de alquiler del vehículo —informa Ruiz—, para que me faciliten el nombre del conductor o conductores en esas fechas determinadas.

—Silvana tuvo tiempo de venir a Madrid en coche aquel jueves, matar a su jefa y regresar a Marbella sin que nadie se enterara, con Marie como cómplice —apunto.

—Hipótesis factible —asegura Roque—. Pudo venir a Madrid con un chófer o conduciendo ella misma su vehículo u otro de alquiler.

—Echaré un vistazo a las cámaras de alrededor del hotel y a las de las áreas de servicio que hay por el camino —confirma Cruz—. Aunque después de tantos días será complicado. Si consigo entrar en el sistema de la empresa de alquiler de vehículos, quizá encuentre la hoja de ruta del Lexus, normalmente controlan los kilómetros que hacen sus conductores a través de un localizador.

—Volveré a comprobar las imágenes de las inmediaciones de la urbanización, por si acaso se nos escapó —anuncia Roque.

—¿Y el motivo? —Necesito escuchar en voz alta sus teorías—. ¿Por qué Silvana querría matarla? Aquí la única que se ha beneficiado de la muerte de Esmeralda, económicamente por lo menos, ha sido Camila, no ella.

—¿Y si Silvana se enteró de que Esmeralda colaboraba con el CNI para acabar con la red? Quizá ella también está implicada, aunque a menor escala, y no quería perder su pequeña parte del pastel. Pudo comentárselo a Marie, que vio peligrar su imperio, y entre las dos orquestaron todo para quitarla del medio —argumenta Virginia.

—Esmeralda conocía a su asesino o asesina. Le abrió la puerta sin problema, charlaron, esperó a que le hiciera efecto el barbitúrico y luego le suministró el Tramadol. Si fue Silvana, ¿de dónde lo sacó? Mira su historia clínica, Cruz —le pido—. Por si suena la flauta.

—Y, aunque Carbonell no nos lo autorice, necesitamos acceso a las llamadas de Silvana de las últimas semanas. Mensajes. Correos electrónicos… —dice Roque mientras también teclea.

—Está bien. Cruz, ya has oído. Hablaré con Carbonell y le contaré nuestra teoría, pero tú vete avanzando. Os quiero a todos con esto, ahora mismo es crucial dar con algo contundente antes de ir a detenerla. Virginia, sé que es complicado, pero trata de localizarla. Necesitamos saber si está en Madrid. No sé, habla con sus compañeros de Luxepic si es necesario, pero de manera discreta. Averigua sus rutinas, gimnasio, centro de estética, si sale a correr…

—Entendido.

—Y, otra cosa, recoged todas vuestras cosas, volvemos al piso de la brigada, de donde nunca debimos salir.

—¿Ahora? —pregunta Marcos.

—Ahora es un buen momento sí.

Nos levantamos y recogemos los portátiles y las pocas carpetas con información que tenemos aquí.

—Lucía, sé que no quieres hablar con Yago en este instante —me dice Roque cuando solo quedamos en la sala él y yo—, pero si fue Lena la que siguió el sábado a Silvana quizá ellos ya tengan…

¿Cree que no lo sé? Tendrán mucha más información que nosotros, seguro.

—Mendigar no es una opción —lo corto—. Lo que ellos tengan o dejen de tener no me importa en absoluto. Somos la BEDA y no trabajamos para ellos. Pensaba que lo había dejado claro, García.

—Meridiano, Báscones. Meridiano.

28

YAGO

—Entonces, ¿piensas quedarte con los brazos cruzados? —suelto la frase y me pongo de pie incapaz de seguir sentado.

He forzado cinco minutos a solas con Jacobo antes de la reunión en su despacho con los demás. Necesito que procese la información que me ha dado Lucía sobre Marion antes de que la tenga delante. Él se mantiene unos segundos en silencio, como si estuviera buscando otra vía alternativa, luego habla.

—No puedo apartarla, Yago —dice al fin—. Cuando pasó lo de Samir, puse al corriente a Allende para que hablara con su homólogo francés, pero no sirvió de nada. La tienen en una estima que no alcanzo a comprender. Aunque quisiera sacarla de la unidad y no correr riesgos innecesarios con ella, no podría, está blindada.

—No lo entiendo. Una agente con tantas sombras…

Cuando he venido en el coche con ella hasta aquí, he optado por el silencio. Ella apenas ha hablado tampoco. La tensión en el coche era irrespirable, pero he preferido mantener la calma. Marion es como un témpano; tiene esa capacidad camaleónica de cambiar de piel en un segundo y aparentar normalidad absoluta. No he querido interrogarla mientras conducía; enfrentarse a ella sin pruebas no sirve de nada y, además, hubiera sido imposible estudiar su reacción ante mi interrogatorio.

—Yo tampoco lo entiendo, pero tengo las manos atadas —confiesa Jacobo abatido.

—¿Podemos averiguar algo más de ella extraoficialmente? Si llamo a Cruz, seguro que me cuenta todo lo que ha averiguado. Confía en mí y Lucía no tiene por qué enterarse de que me ha pasado la información. Pedírselo a Lena sería… comprometido.

—Si quieres usar esa carta, hazlo, pero bajo tu responsabilidad. Yo también usaré mis canales, lo único que me preocupa es…

—Que sea un activo de Tariq. Samir pudo ofrecerle parte del beneficio a cambio de anticiparle nuestros movimientos.

—Es una posibilidad, pero no encaja que la inteligencia francesa la proteja así si sospecharan de ella. No tendría sentido que lo hicieran si tuvieran indicios de que puede ser una traidora. Así que, hasta que tengamos una prueba irrefutable, Marion es un miembro del equipo, sin embargo, no le quites el ojo de encima. Ni un segundo.

Genial, el marrón solo para mí.

Jacobo hace un gesto con la cabeza hacia la puerta indicándome que tenemos que irnos. Salimos de mi despacho y recorremos el pasillo en silencio hasta el suyo, donde Lena, Diego y Marion nos esperan sentados, concentrados en sus portátiles.

Quintana toma la palabra apoyando las manos sobre la mesa redonda.

—Mendoza, ¿tienes la confirmación del puerto?

—Acaban de confirmar la llegada —afirma Diego consultando su móvil—. El buque tiene entrada en el puerto de Algeciras en cuarenta y ocho horas. Han estibado la mercancía en quince contenedores fabricados exclusivamente para Design Sea. Creemos que llevan una doble cámara refrigerada para burlar el escáner térmico.

—¿La Loba estará en el muelle? —pregunto.

—Negativo. Ella no se va a manchar las manos en la descarga. Todo indica que el enlace será su pareja; él coordinará la recepción en el puerto.

—¿Y luego? —se interesa Marion.

Inevitablemente la mirada se me desvía a Quintana, mis ojos le preguntan si de verdad va a darle toda la hoja de ruta. Su leve asentimiento me confirma que sí.

—No conocemos el plan logístico completo, pero los movimientos de la red suelen seguir el mismo patrón. Realizarán un trasbordo inmediato a camiones de gran tonelaje, aquí es donde entra Tariq prestando los que utiliza para transportar a sus caballos, e iniciarán una ruta de tránsito hacia el norte —explica Jacobo.

—Eso sería lo lógico, pero no os olvidéis de que existe la posibilidad de que sepan que vamos tras ellos. Si alguien descubrió a Esmeralda, o si ella compartió su rol con nosotros, pueden estar al tanto de nuestras intenciones. Podrían cambiar el patrón y la ruta para despistarnos —argumento.

—Tiene sentido —asegura Jacobo—. ¿Cuál crees que sería su otra opción?

—Podrían realizar la descarga en la terminal de contenedores de Isla Verde Exterior; es una zona inmensa, pero de tránsito. La mercancía no pasa aduana española completa, porque su destino final es otro país. Aquello está lleno de grúas automáticas que se mueven de noche.

—Y hay mayor vulnerabilidad en los cambios de turno —añade Diego—. De ahí la reunión de la Loba con el agente de aduanas.

—Así es. No podemos descartar esa opción. Podrían dar el cambiazo a los contenedores y llevarlos a un barco más pequeño que salga hacia el puerto de Tánger, que es el destino más cercano.

—Intentaré descifrar los últimos correos electrónicos de Design Sea, quizá sí que se estaban refiriendo a esa maniobra. Sin duda es una redistribución poco habitual y arriesgada. Lo normal es que las trasladen a los camiones y conduzcan hacia el norte para atravesar la península rumbo a Europa.

—Estad atentos a cualquier movimiento —ordena Jacobo—. Puede que solo se trate de una maniobra de distracción y no cambien su plan.

—¿Y si se trata de un pedido por encargo? Algún amigo caprichoso de Tariq —apuntilla Marion y se gana la atención de todos.

—¿Tienes información que nosotros desconocemos? —pregunto —. Porque estaría de puta madre que la compartieras ahora. Si no

interceptamos la carga, habremos perdido a treinta mujeres para siempre, Marion. ¿Te importa pensar un solo segundo en ellas?

—¿Te crees que no lo hago? ¿O es que se te ha olvidado que Tariq ya se libró en París? Solo es una suposición —responde ambigua—. Él tiene muchos contactos en Oriente Medio, le encanta el lujo, rodearse de mujeres guapas y sentir que todos lo idolatran. Maneja la mercancía y se la vende al mejor postor, solo digo que quizá ya tenga un comprador. Ocúpate de montar un operativo que esté a la altura, Arrasate, y deja que todos hagamos nuestro trabajo.

—Estamos muy cerca de atraparlo, no es momento de fracturas internas —añade Lena—. Mis superiores ya están reuniendo todas las pruebas contra Marie Van Der Velde: sobornos, extorsiones y la compra de funcionarios para facilitar la libre circulación de la red por Europa, todo. Pero para asestar un golpe certero y terminar con toda la cúpula debemos ser cautelosos y coordinar una acción conjunta.

—Después del tiempo que hemos invertido en la operación Babel, tenemos que lograr que caigan todos, del primero hasta el último —masculla Diego.

—Aún nos falta esa última cabeza de la serpiente —comento y Quintana me mira de soslayo tecleando algo en su ordenador.

Después de analizar sus últimas apariciones, los dos tenemos un nombre en la cabeza que hemos compartido en un mensaje encriptado hace unas horas, pero no nos atrevemos a pronunciarlo en voz alta, y menos aquí dentro, porque las paredes son muy finas.

—De momento seguiremos en la misma línea que hasta ahora —apunta Quintana—. Centrándonos en hacer caer a toda la red.

—¿Podemos detener a la asesina de Esmeralda ya, Quintana? —pregunta Lena—. Tenemos pruebas suficientes para acusarla. Las imágenes de ella saliendo del hotel de Marbella la tarde del asesinato. La ruta del Lexus de esas veinticuatro horas. La imagen de ella fumando en esa área de servicio a cien kilómetros de Madrid, junto al chófer habitual de Marie. Y luego la multa de su propio vehículo por saltarse un semáforo a la salida de la urbanización de Esmeralda, dos horas después de su muerte. Todo cuadra. El dinero

que recibió en Panamá la relaciona directamente con la red, pudo ser el pago que le hizo la eurodiputada por librarse de Esmeralda.

—Bastante circunstancial todo, pero podría ser —afirmo—. Aunque nos falta saber de dónde sacó el Tramadol.

—Pudo conseguirlo en el mercado negro —teoriza Diego.

—Nada de eso importa ahora, no podemos detenerla —bufa Jacobo y mira la pantalla de su móvil.

—Sin Esmeralda aquí, alguien nos tiene que llevar hasta esa última pieza que nos falta —añado.

—Si la detenemos ahora, se sabrá y la cúpula se replegará. Es un pez pequeño, pero nada en aguas muy profundas. —La metáfora de Quintana rebaja la tensión de la reunión unos segundos, los que tardan mis compañeros en pillar a lo que se refiere.

—Exacto. —Asiente Diego.

—No os preocupéis. Está vigilada —confirma Marion.

—Entonces solo hay que tener calma y esperar su siguiente movimiento. Salió de la embajada de manera apresurada y se marchó en el coche con el chófer hasta su casa, situada en el Paseo de los Olmos. Allí cogió su Fiat 500 y condujo hasta el hotel en Avenida de América, suponemos que a estar con algún cliente. Abandonó el lugar por la mañana, con la misma ropa que había entrado. —Lena se frota las sienes, es su gesto típico cuando busca soluciones—. Regresó a su casa. Hay dos agentes allí.

—Esperar su siguiente paso es un juego peligroso —sentencio—. Sobre todo porque no somos los únicos que vamos tras ella. La BEDA ha cerrado el círculo en torno a ella, no van a parar hasta detenerla.

He visto la mirada inquisitiva de Lucía, y esa chispa de intuición que nunca le falla. Trabajan a destajo y sin descartar ninguna línea, sé que están a punto de unir todas las piezas y poner nombre a la asesina de Esmeralda, aunque no hayan sido los primeros en averiguarlo. Cuando sepa que le hemos estado ocultando su identidad, el incendio será inevitable, y lo que más me jode es que yo estaré en el puto centro de esas llamas.

—Si lo hacen, nos reventarán la operación, Quintana —se queja Marion—. ¿Vas a permitirlo?

—Vosotros sois los que tenéis que impedirlo, no yo. ¿Crees que puedo ir donde Allende con estas tonterías? Nuestro objetivo principal sabéis que es otro. Así que máxima discreción. —Me mira a mí expresamente y me da rabia, jamás pondría en peligro la operación, por mucho que me toque los huevos no poder ser sincero con Lucía y jugarme su confianza. Que Jacobo haya puesto el foco en mí delante de mis compañeros tampoco me agrada, quiero seguir manteniéndola al margen—. Báscones dará con ella, no tengo duda, así que vosotros tendréis que ser más rápidos y listos, es la única manera.

Quintana intenta sonar convincente, pero estamos hablando de Lucía, no nos lo pondrá fácil. Y no se hará a un lado cuando lo sepa.

Lena pulsa una tecla y lanza la imagen de su portátil a la pantalla grande, el mapa del puerto de Algeciras es lo que aparece.

—Treinta vidas —susurra Diego con la mandíbula apretada.

—No hay margen de error —afirmo y me fijo en la expresión de Marion, seria pero calmada.

—No lo hay —dice Jacobo y también mira a Marion—. Por eso, cualquier filtración, cualquier cagada intencionada o cualquier movimiento extraño se considerará alta traición. ¿Lo habéis entendido?

Todos asentimos sin parpadear, aunque la francesa no aguanta la mirada de Jacobo más de dos segundos, sino que la desvía hacia el mapa del puerto con una frialdad inquietante.

—Cristalino —responde con una voz plana que resulta imposible de descifrar.

—Bien. Preparad el operativo a fondo, sin fisuras, y presentádmelo. En cuanto tengamos luz verde, salís para allá.

29

LUCÍA

Volver al piso de la brigada ha sido como recuperar el oxígeno tras un largo encierro. Aquí, con el murmullo de la vieja cafetera de fondo y el runrún de la conversación animada entre Rosario y Fátima, que, en cuanto se han enterado de que estábamos de vuelta, han venido a vernos, me siento más yo que nunca. Claro que también ayuda haber dejado atrás la escasa luz de la sala N y la constante sombra de Nexus sobre nuestras cabezas.

¿De Nexus en general? Sí. Y de él en particular.

—Me tengo que ir —me comunica Fátima y la acompaño hasta la puerta, Rosario también acaba de marcharse—. Bolado me está esperando en el anatómico. —Se acerca a darme un abrazo—. Infórmame de cualquier novedad.

—Lo haré, tranquila. —Me despego de su cuerpo—. Confío en que tú hagas lo mismo, amiga. —Le guiño un ojo antes de que salga por la puerta.

Sé que está trabajando con el forense en otro caso importante, y que es una profesional, pero también sé que es humana y que entre ellos sigue existiendo una tensión sexual no resuelta, difícil de ignorar, aunque ella esté casada con Mario y adore a su familia.

Hay situaciones que son como bombas de relojería y, aunque desees alejarte de ellas para no herir a nadie, terminas metida de lleno y activando el mecanismo de la detonación. Sí, puede que esté proyectando mi propia experiencia en este análisis. Pero solo el

tiempo me ha hecho entender que nadie está a salvo de las complicaciones del corazón. Nadie.

—Mira esto —me pide Roque cuando regreso a la sala. Gira su portátil para enseñarme la pantalla—. Cruz acaba de volcar algunos archivos.

—¿Esa es Silvana?

—Sí, saliendo del hotel de Marbella el mismo día que murió Esmeralda. Pero fíjate en el coche. Se sube en el mismo Lexus que usa Marie cada vez que viene a España, con el que se fue de la embajada.

Roque pulsa una tecla y aparece un mapa con varios puntos de control.

—¿Todos son de imágenes de ella?

—Exacto. Acabo de compilar todas las de las cámaras de tráfico de la ruta más rápida para venir a Madrid de ese día. La hemos cazado en una área de servicio a unos cien kilómetros de aquí. Los tiempos cuadran al milímetro. Y Cruz ha podido acceder al localizador que lleva el vehículo para confirmarlo. Tuvo margen de sobra para llegar a casa de Esmeralda, matarla y regresar a Marbella para blindar su coartada, porque el Lexus volvió también.

—Es obvio que nos ha mentido. Ella dijo que no salió de Marbella en varios días. ¿Y fue con el chófer hasta la urbanización?

—No. Mi hipótesis es que fue en su coche, por eso su matrícula no estaba en el registro de seguridad de la urbanización. Ella ya está autorizada y podía entrar y salir sin registrarse —afirma Roque—. Al meter su matrícula, me ha saltado el aviso de una multa que le pusieron esa madrugada cerca de la casa de Esmeralda, aunque ella ha identificado a otra conductora. Con la brillante ayuda de Cruz he conseguido esta otra imagen.

—¿Es ella saliendo de su garaje?

—Sí, llegó con su Fiat en torno a las dos de la madrugada y salió por la puerta metálica que da a la calle.

—Donde el chófer de Marie la estaría esperando para subirse al Lexus.

—Blanco y en botella —confirma Roque.

—Buen trabajo. Dile a Cruz que se conecte, vamos a necesitarlo.

Mientras tanto, llamo a Virginia y la mando ir a vigilar el domicilio de Silvana, por si estuviera en casa y pudiéramos dar con ella definitivamente.

Cuando regresa Estébanez, que había bajado al Colorado a tomarse un café con un amigo, lo ponemos al día.

—Buen trabajo, chicos. —Marcos felicita a Roque y a Cruz, que sonríe al otro lado de la pantalla.

Veinte minutos más tarde, nos llama Virginia.

—Ruiz, estás en abierto, te escuchamos. —Activo el altavoz.

—¡La tenemos! Silvana acaba de sacar el coche del garaje. No voy a darle margen, os prometo que esta vez no se me escapa.

—No te pegues demasiado —interviene Estébanez. Sus dedos vuelan sobre el teclado para filtrar la señal del GPS—. Entrando en el sistema de gestión de tráfico. Dame tres segundos.

En la pantalla, el callejero de Madrid parpadea hasta fijar una coordenada. Un marcador vectorial comienza a desplazarse sobre la calle Alcalá.

—Ya te tenemos —confirmo—. Mira a ver si puedes pinchar las imágenes de las cámaras de tráfico.

—Voy.

Cruz, con su particular habilidad, enseguida nos ofrece las imágenes de algunos puntos por los que va pasando Silvana con Virginia siguiéndola.

—¿Tenemos alguna idea de adónde se dirige? —inquiero.

—No —responde Ruiz—. Pero por la ruta que está eligiendo, y si no me falla la memoria, está aproximándose a la calle donde vive Camila. ¿Me lo podéis confirmar?

—Un segundo… —Roque comprueba el dato en el expediente—. Calle Doctor Esquerdo.

—Entonces sí. Va a detenerse justo en la esquina con la calle Doce de Octubre. En el barrio del Niño Jesús.

—Es ahí —confirmo—. Ahí vive Camila.

—Ha venido a verla. Camila está esperándola en el portal —nos anuncia Virginia.

—Tenía que haber ido contigo —se lamenta Estébanez—. No me gusta una mierda que estés sola.

—Tranquilos, estoy en doble fila, hay bastante tráfico, no van a reparar en mí. Silvana se ha bajado del coche, lleva puestas una gafas de sol negras que le cubren medio rostro y un abrigo largo, pero ese pelo pelirrojo es inconfundible. Se está acercando a Camila, que sigue en la acera, delante de la puerta del portal. Vale, lo primero que hacen es abrazarse, con demasiada afectuosidad.

—¿Qué quieres decir?

—Que, además de abrazarse, se han dado un breve beso en la boca. Vale, se dan otro, este menos breve.

—¿Estás segura? —insisto.

—Segurísima. Camila le acaricia la mejilla y la envuelve entre sus brazos de nuevo. Parece que le limpia una lágrima.

—¡Salta la sorpresa en Las Gaunas! —espeta Roque y Estébanez se ríe.

Yo me limito a explicarle a Virginia el símil entre la frase deportiva y este giro inesperado de los acontecimientos porque no lo ha pillado.

—Si estas dos mantienen una relación —advierto—, el móvil del asesinato podría ser diferente, no solo económico.

—¿Un crimen pasional? —inquiere Roque.

—Podría ser. Y también podría variar el número de culpables —masculla Marcos como si estuviera sopesando todos los datos de nuevo.

—Dos en vez de una —divaga Roque.

—Pueden ser cómplices. Un crimen organizado de manera conjunta para quitarse del medio a Esmeralda. Ganan las dos. Camila hereda la empresa y el chalé. Y Silvana se queda con Camila en exclusiva.

—¿Y el pago que recibió Silvana de Marie? Si orquestó el asesinato con Camila, habría que descartar la teoría de que alguien perteneciente a la red le pagó para deshacerse de Esmeralda para que no hablara con la policía —teoriza Marcos.

—Dejad las hipótesis un segundo. Camila acaba de entregar dos cosas a Silvana. Una bolsa de deporte de Fred Perry negra, el logo se ve claramente desde aquí, y un móvil.

—¿Un móvil? —murmura Roque poniéndose de pie—. Eso es porque va a deshacerse del suyo y Camila tiene que seguir comunicándose con ella.

—Y con uno nuevo evita que la escuchen, quizá el suyo esté pinchado —añado—. A nosotros el juez no nos autorizaría la escucha con tanta facilidad, hasta Carbonell me ha dicho que nos olvidáramos y que ni se nos ocurriera triangularlo.

—Nexus no necesita autorización de nadie —suelta Roque llegando a la misma conclusión que yo—. ¿Crees que ya tienen pruebas contra ella?

—Qué imbéciles hemos sido —espeta Virginia—. Claro que las tienen, por eso Lena estaba siguiéndola. Nos sacan ventaja. Y, joder, también están aquí. Dos agentes de paisano. Megane gris matrícula terminada en DHN. En doble fila. Tres coches detrás del mío.

Cruz consigue una imagen y ahí están, vigilándola. Nexus habrá mandado a dos agentes a hacer el seguimiento de Silvana.

Me da rabia que las reglas del juego no sean las mismas para todos, pero solo nos queda jodernos y seguir.

Como si al mentarlos los hubiéramos invocado, recibo una llamada de Yago que, por supuesto, ignoro. «No pienso cogértelo, Arrasate. No ahora, que estamos a punto de terminar con esto». Le quito el sonido y lo pongo en modo vibración, pero no me lo guardo en el bolsillo. Durante los siguientes minutos, sus llamadas no cesan.

—¿No deberías cogérselo? —me pregunta Roque—. ¿Y si quiere compartir con nosotros información relevante?

—Tarde. Además, no seas iluso, Roque. Si tu amigo hubiera querido compartir lo que ya saben, podría haberlo hecho esta mañana. Ha tenido tiempo de sobra.

—Escuchad, Silvana vuelve a subirse al coche. Voy a seguirla.

—No cortes la llamada. Roque, conmigo. Vamos a hablar con Camila y a sacarle toda la verdad. Si hace falta le pediré a Carbonell que él mismo le pida al juez una orden para registrar su casa y otra para detener a Silvana. Cruz, coordina la señal de Virginia y mantennos informados a tiempo real en todo momento. Marcos, trata de llegar hasta ellas, a ver si entre los dos podéis cercarla.

El tráfico de Madrid nos da una tregua y un rato después hemos llegado a la calle de Camila. El portal está abierto, así que subimos hasta la puerta. Llamo al timbre y nos abre una señora mayor, canosa y con aspecto de cansada.

—Uy, pensaba que era mi hija, que suele dejarse las llaves en casa. ¿Quiénes son ustedes?

—Buenas tardes. Somos la inspectora Báscones y el oficial García —se presenta Roque—. Queríamos hablar con Camila.

—Es mi hija, sí. Pero no está en casa, acaba de salir. Pasen si quieren, no tardará en regresar. Solo ha ido a la farmacia a por mis medicinas.

—¿Podemos esperarla dentro entonces?

—Sí.

Avanzamos por un pasillo estrecho y llegamos hasta el salón. La madre de Camila se sienta en una butaca articulada y Roque y yo en el sofá. Observo la estancia, aséptica, con poco mobiliario y sin apenas objetos decorativos.

—¿Viven aquí desde hace mucho tiempo? —pregunta Roque.

—Desde que volvimos de Panamá. Estamos de alquiler, pero vamos a mudarnos a la casa nueva de mi hija, en una urbanización buena de esas, con jardín.

—Vaya. ¿Ha comprado un chalé?

—No. Se lo han regalado —responde y coge el móvil que tenía encima de una mesita al lado de donde está sentada—. Entonces, ¿son policías? ¿Ha ocurrido algo grave?

—No, tranquila —dice Roque con voz calmada—. Ya estuvimos hablando con ella en el hospital, pero necesitamos hacerle alguna pregunta más.

—Mi hija, la pobre, no se ha movido de mi lado en todo este tiempo que he estado hospitalizada. Me dieron el alta ayer. —Teclea algo en su móvil sin levantar la cabeza de la pantalla; como le esté diciendo a Camila que estamos aquí, la vamos a perder.

—Nos alegramos de que esté mejor.

—Mi enfermedad es crónica, así que nunca mejoro del todo.

La madre de Camila coge un vaso de agua de la mesita y mis ojos se fijan en el blíster de pastillas que está posado ahí. Roque,

que también lo ha visto, se adelanta y lo sujeta con la punta de los dedos. Me mira con una expresión que lo dice todo.

—Tramadol —pronuncia en voz alta—. Esto es para los dolores, ¿no?

—Sí, es lo que tengo pautado. Me alivia el dolor, aunque cada vez menos. Camila, precisamente, ha ido a por más. Yo juraría que en casa tenía otra caja, pero no la he encontrado. Seguro que luego aparece por cualquier cajón, ya saben, esta memoria mía empieza a fallarme.

—O no —siseo y los ojos de Roque confirman que ha pensado lo mismo.

Ya sabemos quién le facilitó a Silvana el medicamento para que se lo administrara a Esmeralda.

—Vaya, mi hija me acaba de decir que tiene otro asunto que atender y que no vendrá ahora.

—¿Le ha dicho que estábamos aquí? —inquiere Roque.

—Sí, le he mandado un mensaje para que se diera prisa y no les hiciera esperar.

—Ya… —mascullo—. No hace falta que se levante, sabemos dónde está la puerta.

Roque se pone de pie primero, pero antes de salir del salón saca su móvil y hace una foto al blíster de Tramadol.

—Dígale a su hija que volveremos —sentencio antes de marcharnos.

—Se ha largado —espeta Roque en cuanto salimos a la calle.

—Hemos pecado de inocentes con la anciana. Está enferma, pero no es idiota. Tenemos que pedir una orden para detener a Camila también, al menos para volver a interrogarla. Llamaré a Carbonell para que mande una patrulla a vigilar aquí, tal y como está su madre de débil, no creo que la deje mucho tiempo sola. Volverá, seguro.

Cuando entramos en el coche, Yago vuelve a llamarme.

—Parece urgente —dice Roque al ver su nombre en la pantalla.

Me tomo unos segundos antes de colgarle. Pienso en las últimas horas que hemos pasado juntos en mi casa, pero también en la última reunión en la sala N, en las dudas que he visto en sus ojos cuando he expuesto la información que tenía de Marion y en ese

gesto de frustración cuando se ha ido, como si aquí solo arriesgara él y no los dos. Después, pienso en Esmeralda y en que, aunque no fuera trigo limpio, se merece que cerremos su caso.

—Que espere su turno.

30

YAGO

Todo va a torcerse, es una certeza física. Si Lucía no hubiera ignorado mis llamadas durante todo el día, no estaríamos en esta tesitura, a punto de reventarles el operativo. Pero no hay alternativa: la BEDA no puede arrestar a Silvana. No hoy. No cuando es nuestra única llave para desmantelar la cúpula de Babel.

Me lamento, aunque sé que la verdad no habría servido de mucho. Conozco a Lucía. Después de nuestra discusión y de sentir el peso frío de su mirada, sé que no habría cedido, ni tan siquiera si hubiera encontrado una manera sutil de disuadirla para ganar algo de tiempo. Para ella, ahora mismo, soy el enemigo a batir.

—Estamos preparadas —informa Lena desde el interior de la furgoneta—. En cuanto avises, activo la alarma de incendios para que abran la salida de emergencia.

—En posición —confirma Marion apostada a dos metros de la puerta lateral.

—Esperad mi orden.

Ha sido una coincidencia que Estefanía llegara al gimnasio cinco minutos después de que lo hiciera Silvana. Pese a sus reticencias —como si meterse en líos no fuera una constante en su vida—, me está informando de los movimientos de la pelirroja en el interior. Además, me dirá cuando esté a punto de salir para poder llevárnosla. Sacarla de ahí a la fuerza no era una opción; interceptarla en medio del caos de una evacuación es nuestra mejor

baza y nos asegura mayor discreción. De aquí la llevaremos al piso franco, donde nos espera Mendoza con dos agentes más que la vigilarán veinticuatro horas.

—Han llegado los últimos invitados —anuncia Lena. Virginia está vigilando desde su coche hace un buen rato, supongo que esperando la luz verde de Lucía.

—¿Todos? —pregunta Marion con una voz aguda que se me cuela por el tímpano. Regulo el sonido de mi auricular y cojo aire antes de responderle.

—¿Qué creías? ¿Que venían solo a mirar?

—¿Ya tienen pruebas? ¿Tan rápido? —replica.

—Sí. No sé cómo serán las brigadas especiales en vuestros países, pero aquí suelen tener a los mejores. Eficaces y competentes.

Lo digo con conocimiento de causa. Incluso Roque, que es la última incorporación, está dentro de esa categoría para mí. Mi amigo, que parece un tipo de chiste fácil y pose vacilona, es uno de los agentes más brillantes que he conocido, siempre implicado al cien por cien, trabajador y habilidoso. Entiendo que Lucía lo quisiera en su equipo. Ahora bien, si él me pregunta, negaré haberlo dicho.

—Dos coches —aclara Lena—. La subinspectora Ruiz acaba de bajarse. Estébanez bloquea la salida del garaje; esperará a que Silvana saque su vehículo. La inspectora y el oficial están cubriendo la salida exterior, la de la carretera.

Pasar desapercibidos va a ser un milagro. Si Lucía es testigo de nuestra maniobra, será imposible librarme de su interrogatorio. No quiero que me vea y, sobre todo, no quiero que me obligue a elegir entre ella y la operación Babel. No estoy preparado para perder ninguna de las dos cosas. Mientras el peso de la decisión me oprime el pecho, recibo el wasap de Estefanía indicándome que Silvana está a punto de marcharse.

—Activa la alarma —ordeno.

—Tres, dos, uno… Hecho. Acabo de bloquear la barrera del aparcamiento subterráneo y la puerta principal.

—Atenta a la única salida —le advierto a Marion—. Te cubro.

Un monitor del gimnasio abre la puerta lateral y la ancla a la pared. El flujo de usuarios empieza a ser evidente, con el soniquete molesto de la alarma como banda sonora. Silvana aparece entre el gentío. Se cuelga la bolsa de deporte de un hombro y se intenta camuflar calándose la capucha de la sudadera gris hasta las cejas. Marion le da un toque imperceptible en el otro hombro, como si se hubiera chocado con ella de manera accidental, ella mira a izquierda y derecha alerta. Es obvio que está con la mosca detrás de la oreja. La francesa se disculpa con un gesto y yo acelero el paso para acercarme a ellas y custodiarla por el otro lado.

—Virginia y Estébanez están a diez metros. Girad hacia la derecha para evitar cruzaros. Os recojo en la salida este.

Con la explanada llena de clientes sudorosos y confundidos, Báscones y García estarán centrados en el perímetro exterior. Es nuestra oportunidad. Justo cuando Silvana intenta escabullirse, la sujeto del codo con una firmeza que no admite réplica. Ella intenta un quiebro, pero Marion le cierra el paso.

—Ni lo intentes —mascullo.

Al girarse, percibo por primera vez el miedo real en sus ojos.

—No podéis detenerme —gruñe—. No he hecho nada.

—Eso ya se verá —espeta Marion—. De momento te vienes con nosotros.

—No tienes elección.

—¿Y si no me da la gana? Tengo derechos. Quiero hablar con mi abogada.

—¿No decías que no habías hecho nada? —replica Marion.

—Podrás hacerlo a su debido tiempo y, créeme —musito con una calma que la descoloca—, esto es lo mejor que te puede pasar hoy.

Camina arrastrando los pies, con la respiración errática y un leve temblor en la mano derecha. A lo lejos, metida en el barullo, vislumbro a Estefanía mirando hacia nosotros, mueve los labios para decirme que le debo una y yo le guiño un ojo como respuesta.

Cuando Lena desliza la puerta de la furgoneta, ayudamos a Silvana a subir. Marion no la suelta en ningún momento, yo, en cambio, lo hago para cerrar y largarnos de aquí.

En ese preciso instante, el mundo se detiene.

A un par de metros, Lucía se queda clavada en el asfalto. Mano a la espalda para desenfundar su arma. Dientes apretados. El ruido que nos rodea se convierte en un zumbido blanco. Apenas transcurren unas décimas de segundo, que son las que tardo en tirar del pomo para encajar el metal, pero son más que suficientes para que se me corte la respiración, mientras ella aprieta los labios en una fina línea. Trato de ocultar a Silvana en la penumbra de la furgoneta, pero el fugaz cabeceo de Lucía me indica que mi reacción ha llegado tarde. No hay aspavientos ni advertencias. Solo sus ojos clavándose en los míos, oscuros e intimidantes, las rodillas comienzan a fallarme. Percibo el momento exacto en el que el brillo de estos se vuelve gélido mientras se tiñen de rabia y decepción, una que me quema la piel. Con los míos le pido tiempo, tiempo para explicarme, tiempo para calmar las aguas que se acaban de volver turbulentas. Mudo, le suplico un voto de confianza, uno que, lamentablemente, se queda sin respuesta, suspendido en el aire.

La puerta encaja con un golpe seco que retumba contra mi caja torácica. Cierro los ojos con fuerza y respiro sin abrirlos durante un periodo de tiempo innumerable.

Cuando Lena sale del aparcamiento esquivando vehículos, me hundo en el asiento al lado de una Silvana ya esposada. El silencio nos acompaña durante todo el recorrido, espeso, inquieto e irrefutable.

No recupero la lucidez hasta que llegamos al anodino edificio a las afueras de Madrid. Arquitectura sesentera, ventanas pequeñas y un portal que no invita a venir de visita. Lena mete el coche en el garaje y se asegura de que nadie nos vea salir.

—Despejado —nos anuncia y abre la puerta, pero Silvana se resiste a abandonar el vehículo.

—¿Qué queréis de mí?

—La verdad —respondo tratando de sonar igual de seguro que antes.

Debería concentrarme en lo que tengo delante. Silvana. Su interrogatorio. Y el trato que vamos a ofrecerle para que nos lleve hasta la cúpula al completo. No se me olvida que sigo estando al mando y que Quintana confía en mí. Llegados a este punto, no

podemos permitirnos cometer errores, porque los pagaríamos demasiado caros.

—Mucho más que la verdad —añade Marion con dureza y abre la bolsa de deporte de Silvana, que es lo único que lleva encima. Le quita el móvil y me lo entrega a mí. Lo guardo en una bolsa de pruebas.

—¿Por eso estoy aquí y no en una comisaría? Estáis locos, ¿qué pensáis que os voy a contar?

—¿Qué piensas tú que te vamos a pedir? —le reta Lena sujetándola del brazo para obligarla a bajar.

Silvana se ríe de manera tonta y estridente, los nervios son así, puedes pasar de la tensa calma a la histeria en cuestión de segundos. Entre Marion y Lena la guían hasta los ascensores. No se resiste, pero tampoco pone mucho de su parte.

—Subid vosotras primero —les ordeno.

Necesito unos segundos a solas. Necesito calibrar el desastre. Necesito salir a la calle a respirar antes de meterme de lleno en este túnel del que será difícil salir.

31

LUCÍA

El timbre suena con insistencia, nada que no esperara. No necesito mirar por la mirilla; el ritmo de los timbrazos lleva su nombre escrito. Es una mezcla de seguridad y urgencia que solo él posee, incluso cuando sabe que ha cruzado todas las líneas.

He ignorado sus llamadas durante todo el día, pero en especial las de esta tarde. He visto su nombre iluminar la pantalla de mi móvil sobre la mesa de mi despacho, sobre la mesa de la sala de reuniones y sobre la encimera de mi cocina hace unos minutos, mientras me comía las sobras de lasaña de anoche. Cada vez que el maldito teléfono se encendía, recordaba su cara cerrando la puerta de la furgoneta con Silvana dentro.

La reunión con mi equipo después de que se llevaran a nuestra culpable ha sido surrealista, porque no tenía ningún tipo de explicación coherente que ofrecerles, salvo que esto será un asunto de seguridad nacional y que el pez grande siempre se come al chico. Sin duda ha sido uno de los momentos más bochornosos que he pasado desde que dirijo la BEDA. Todo el trabajo hecho, todo el tiempo invertido, todas las pruebas recopiladas… para nada. Mañana hablaré con Carbonell, a ver si pone un poco de luz a este asunto, porque hoy estaba de viaje y ha sido imposible.

Otro timbrazo más. ¿No se cansa nunca? Es inútil alargarlo.

Camino hacia la puerta con los músculos de la cara en tensión. Abro con un movimiento poco delicado masticando la mala hostia

que no me he conseguido quitar de encima a estas horas de la noche y que tampoco me molesto en ocultar. Ni bienvenida. Ni saludo. Nada.

Me aparto de la puerta y me voy al salón dejándole solo en el umbral, con el pelo revuelto, los ojos más sombríos que nunca y esa expresión de *ha sido inevitable* que me cabrea más, si eso es posible.

—Lucía…

Mi nombre saliendo de su boca en un tono deliberadamente escogido me sacude, pero no de la manera que él espera. No me giro. No lo miro. No lo escucho. Solo camino por el salón y me detengo en el ventanal dándole la espalda. Él echa a andar hasta el equipo de música y baja el volumen al mínimo, la voz de Alanis Morissette, en *Ironic,* deja de colarse por mis oídos y da paso a un silencio que pesa más que el ruido.

—¿Podemos hablar?

—¿Hablar? —Suelto una carcajada que me raspa la garganta y me giro para clavarle los ojos. Nos retamos. Él espera paciente a que siga ladrando, porque sabe que es lo que toca—. ¿Ahora? ¿Qué pasa? ¿Te han soltado el collar? ¿O vas a saltarte las reglas porque te he pillado? En cualquier caso, no malgastes saliva, es demasiado tarde.

—Lucía, necesito que me escuches. —Da un paso hacia delante con esa suficiencia suya. Retrocedo hasta que el frío cristal me avisa de que por ahí no hay escapatoria.

—Y yo necesito que te largues, Arrasate. ¡Ya! —El grito me sale de la boca del estómago.

Sí, pierdo la calma mucho antes de lo que pretendía, pero es que tenerlo aquí delante, mirándome como si supiera leer cada frase que fabrica mi cerebro, anticipándose con argumentos cabales a cada objeción que vaya a hacerle, me saca de quicio. Igual que la reacción de mi sistema nervioso a sus movimientos firmes y a su puñetero olor.

—Antes me vas a escuchar. He estado llamándote todo el día, he tenido que plantarme aquí para…

—¿Mentirme a la cara? ¿Eso es lo que has venido a hacer? ¿O solo has venido a comprobar si me siento igual de idiota que hace unas horas? No hace falta mentir en voz alta, Arrasate. No después de ver cómo cerrabas la puerta de esa furgoneta. Confié en ti, creí que, aunque no aportabais demasiado, trabajábamos juntos en esto, por el bien común. Pero qué va, vosotros solo ibais a lo vuestro. Ahora no me cabe duda de que nos habéis estado poniendo la zancadilla desde el minuto uno y, para rematarlo, en el mejor momento, nos la claváis por la espalda. No sé cómo he sido tan idiota.

—Lucía, no eres ninguna idiota. —Su mano vuela hacia mi muñeca e intenta acariciarme. Me aparto de manera brusca y me muevo para no terminar acorralada contra el cristal.

—No me toques. Solo quiero que me respondas a una pregunta y después desaparezcas de mi casa y de mi vida.

—No me voy a ir así.

—Te vas a ir. Por supuesto que te vas a ir y no vas a volver a llamarme.

—Nosotros.

Una sola palabra. La escupe como si fuera una puta contraseña. Una palabra de seguridad. Un comodín que nos permite seguir jugando. Pero no lo es. No en este instante. No con la confianza diluida. No cuando su unidad ha interferido de manera tan ruin en el trabajo de mi brigada. No cuando la rabia burbujea en mi interior. Nosotros es solo una utopía que quizá existió, pero que ya no. Y que ahora me hace sentir como si tuviera una herida abierta en un pulmón que me impide almacenar el aire.

—¿Nosotros? ¿De verdad crees que existe esa posibilidad ahora? Nosotros ya no. Se evaporó. Murió —sentencio.

—Lucía…

—La pregunta es —no cedo a su súplica velada pronunciando mi nombre—: ¿desde cuándo?

Yago aprieta la mandíbula y coge aire tensando el ambiente.

—No es como piensas…

—Olvida el protocolo del manual de inteligencia y respóndeme. ¿Desde cuándo sabes que Silvana mató a Esmeralda?

Silencio. Más largo. Me sostiene la mirada mientras calibra el impacto.

—Desde el sábado.

Emito la misma carcajada cínica que antes, pero esta vez la acompaño de una mirada oscura.

—Cierra al salir.

—Lucía, si no te lo conté es porque estaba protegiendo la operación. Tienes que entenderlo.

—El que no entiende nada eres tú. Era nuestro caso, ¿no te gusta tanto el plural? Nuestro. De los dos. —Bajo el tono, pero le inyecto toda la ira acumulada—. Mi equipo se ha dejado la piel. Virginia, Roque…, todos han hecho un trabajo impecable, para que lleguéis vosotros y nos ninguneéis. No solo nos habéis obstaculizado los pasos durante toda la investigación, sino que, cuando conocéis el nombre de la culpable, os lo calláis.

—No podíamos hacer otra cosa… —musita y vuelve a buscar mi contacto.

—Te he dicho que no me toques.

—Quiero hacerlo. Joder. Quiero tocarte. Desnudarte y follarte. Porque nada de lo que ha sucedido tiene que ver con nosotros. Esto ya lo hablamos, nosotros estábamos al margen. Mírame.

—Mírame tú a mí, Yago. Me has mentido de manera continuada. Mientras me besabas, mientras me hacías el desayuno, mientras me follabas…

—No. Nunca. Nunca te he mentido. Solo…

—Me has ocultado la verdad, ¿no? ¿Es eso? Deja de jugar con las palabras.

—¿Y cómo crees que me he sentido? ¿Bien? ¿Crees que ocultarte lo que habíamos descubierto me ha tenido dando volteretas? Piénsalo un segundo, por favor.

—No tengo nada que pensar. Sabes que mi prioridad es mi trabajo, nunca he engañado a nadie con ese asunto. Me has visto poner todos los sentidos en esta investigación, incluso os eché una mano a vosotros. Pero hemos tenido que llegar a Silvana por nuestros propios medios. Me siento tan ridícula… Para colmo, cuando monto el operativo para detenerla, vas y me lo revientas.

—Debíamos hacerlo. No teníamos alternativa.

—Por supuesto, el mal menor —afirmo sarcástica.

—Piensa que, en cuanto acabemos con Babel, nosotros…

—Nosotros nada, Yago —le corto dando un paso hacia él, esta vez invadiendo su espacio con toda mi furia—. ¿Crees que tendremos una oportunidad como pareja contándonos mentiras cada noche? Hacemos la cena juntos, como ayer, pero tú me ocultas a la próxima asesina que vas a pillar, que da la casualidad de que yo también andaba buscando, más o menos es así la película, ¿no?

—Ha sido algo puntual, Lucía. Teníamos que protegerla. Nos tiene que llevar a algo más grande. Creímos que lo mejor era no informaros y ganar algo de tiempo. Sabes cómo funciona esto, joder. Lo sabes.

—Lo único que sé es que tienes que irte. Venga, que Marion te estará esperando, su español para tratar con la asesina de Esmeralda no es muy fluido, a no ser que ya estéis seguros de que vende la información a Samir y la hayáis apartado —suelto con inquina—. ¿Dónde tenéis a Silvana? ¿En un piso franco? ¿O la habéis llevado al centro?

—Lucía…

—Está bien, paso. Es vuestro problema. Pero como yo sí voy de frente quiero que sepas que mañana hablaré con Carbonell, aunque sea perder el tiempo. Entiendo que también tenéis a Camila, así que no nos queda nada más por hacer.

—¿Camila? ¿Por qué deberíamos tenerla a ella?

—No sé, dímelo tú. Espera, que no puedes compartir información conmigo, ¿no? Perfecto, suerte con eso. —Sonrío con desgana y niego con la cabeza—. Adiós, Arrasate. —Lo empujo hacia la puerta.

—Lucía, entiendo que estés cabreada, contaba con ello, pero tienes que dejarnos al margen de esto. —Me mira los labios con ese aire triunfal que lo caracteriza y no se mueve de la entrada. ¿A qué espera? A que caiga como las moscas en la miel.

—Exacto. Igual que me has dejado al margen tú a mí. —Quiero estar sola. Necesito dejar de respirar el mismo aire viciado que él. Necesito tomarme una copa y huir hasta de mí—. Cierra al salir.

—Está bien. Me voy… —Pero antes me atrapa entre sus brazos y me aprieta contra su cuerpo para besarme con la misma fuerza que la marea choca con la roca, como si con su lengua hundida en mi boca estuviera firmando su última confesión—. Por ahora —espeta y deja de invadir mi espacio para abrir la puerta mientras yo le doy la espalda—. Disfruta de tu soledad y de la copa. Pero ten los cojones de mirarme —eleva el tono, como lo de ser idiota no desaparece en un día, me vuelvo a girar. Esa mirada oscura y excitante. Y el maldito sabor de sus labios sobre los míos…— y decirme a la cara que ahora mismo no prefieres seguir peleándote conmigo en la cama a quedarte aquí sola mordiéndote la lengua.

—Vete a la mierda, Arrasate.

Puto listo. ¿Por qué acabo de imaginarme de rodillas frente a él? Desnuda. Atada. Con la boca llena de él. «Basta, Lucía». Tengo que ser capaz de cerrar esa puerta de una maldita vez.

—Me voy, pero recuerda que me echas de tu casa, no de tu piel. Mastica tu rabia con calma, Báscones. Cuando se haya esfumado y solo te quede el hambre, volveré. Y no necesitaremos ni los preliminares.

Escucho el chasquido de la puerta al cerrarse y me quedo inmóvil, con el trasero apoyado en la cómoda de la entrada, sintiendo cómo el corazón me golpea las costillas.

¿Quién coño se cree que es?

Será cabrón. Cabrón por tener razón. Cabrón por saber que mi cuerpo es un traidor que vibra con el eco de su voz dándome órdenes. Y cabrón por dejarme aquí sola para que se enfríe mi rabia o para que empiece a arder, que también podría ser.

32

LUCÍA

La luz del sol de Madrid hoy incide en mis ojos con una agresividad parecida a la que bulle en mi interior. Meto la mano en el bolso en busca de mis gafas, pero no las encuentro; las habré dejado en mi coche. Como necesitaba que me diera el aire, voy caminando hacia la comisaría, así que avanzo con la misma incomodidad.

He pasado la noche dando vueltas entre las sábanas, sintiendo el vacío en la cama y repasando uno a uno los pasos que hemos dado en la investigación para después flagelarme por no haber sido más rápida que ellos y haber encontrado a la culpable antes. Aunque, con su sombra sobre nuestras cabezas desde el inicio de todo esto, quizá tampoco habría servido de nada y ahora nos encontraríamos en el mismo punto. Ellos jugando a cosas de adultos y nosotros conformándonos con cualquier tontería como los niños.

El eco de las palabras de Yago aún sigue martilleándome la cabeza. No sé qué me jode más: si su silencio profesional, a pesar de que todavía sigo dilucidando si yo hubiera hecho lo mismo, o el hecho de que mi cuerpo no se coordine con mi cerebro en su presencia. Su terquedad y su arrogancia cuando se le llena la boca hablando de nosotros me sobrepasan y, al mismo tiempo, me incitan a engancharme más. A pesar de que todavía me cuesta creer esa seguridad aplastante y esa confianza que él tiene en nuestra relación. Tan de verdad que da vértigo. Tan real que me asusta. Y

tan visceral que dudo que podamos salir indemnes de cada confrontación, como nos ha ocurrido ahora.

Me planto en el despacho de Carbonell sin haber podido hablar con él antes. Sé que regresaba hoy, aunque lo que no tengo ni idea es de si tendrá un hueco libre en su apretada agenda. No me importa, no pienso moverme de aquí hasta que me reciba.

—Buenos días, inspectora Báscones —me dice Paula—. El comisario está…

—En su despacho. No hace falta que te levantes. —Me acerco a la puerta sin detenerme—. Yo misma abro la…

—Inspectora, por favor, espere… —me interrumpe y se pone de pie como un resorte.

No espero.

—Buenos días, comisario.

Carbonell está de pie junto a su mesa hablando por teléfono en un tono mucho más elevado del habitual. Cuando me ve aquí plantada, cabecea con disgusto y empieza a utilizar más monosílabos.

—Lo siento, comisario —susurra Paula a mi espalda—. He intentado detenerla, pero…

Carbonell hace un gesto con la mano para restarle importancia y nos da la espalda mientras continúa hablando. Paula sale del despacho y cierra la puerta. Yo me acerco a la mesa y me siento haciendo un esfuerzo titánico por no empezar a ladrar antes de tiempo. Intento concentrarme en mi respiración, pero oigo palabras sueltas de su conversación. Orden. Seguridad. Olvidad el caso. Máxima discreción.

—Sí, entendido. No habrá fisuras por nuestra parte —afirma con un toque sumiso en la voz—. Es una orden, lo sé.

Corta la llamada y tira el móvil sobre su mesa, que aterriza sobre unos folios. Desvío la mirada a ese punto y me topo con algunos apuntes sobre el caso y la carpeta del informe al lado. De cualquier modo, yo no le he hecho llegar mis conclusiones todavía y él tampoco ha compartido conmigo las suyas, así que no sé quién será el que se lo ha facilitado. Con tinta verde, del bolígrafo Bic que siempre utiliza, hay anotados algunos acrónimos y algunas frases y

fechas. Sábado embajada. Conexión D. G./víctima. Suiza. Máximo nivel.

—Sigues sin aprender a llamar a las puertas antes de abrirlas, Lucía. No esperaba verte tan temprano. —Se da cuenta de dónde tengo posada la mirada y empieza a recoger todos los papeles que tiene desperdigados por la mesa. Los guarda en un cajón, junto con la carpeta del informe.

—Sí que me esperabas, Carbonell. Además, sabes perfectamente por qué estoy aquí. —Me cruzo de brazos—. ¿Qué quería Monasterio? —Voy directa al grano, porque intuyo que su llamada también tiene que ver conmigo—. He oído que insistía mucho en que es una orden. ¿Me vas a decir de una vez por qué el jefe de ambos ha decidido que la BEDA tiene que arrodillarse ante Nexus?

Carbonell suspira y se recuesta en su silla evitando mi mirada.

—Báscones, no deberías haber escuchado eso.

—Una lástima. Porque ahora mismo me lo vas a explicar. ¿Qué coño ha cambiado de un día para otro? Precisamente fueron Monasterio y Allende los que nos obligaron a llevar este caso de manera conjunta. Y, de repente, este giro de guion inesperado que deja a los miembros de la brigada como si fuéramos unos putos pardillos. ¿Qué me estoy perdiendo?

—Nada.

—Y una mierda.

—Controla el tono que usas conmigo.

—Pues deja de tomarme por tonta, bueno, tú y todos, porque estoy empezando a cansarme de esto.

—Monasterio ha sido muy claro: Silvana es una pieza clave para desarticular Babel y está fuera de nuestro alcance.

—¿Me estás diciendo que Monasterio ha dado el visto bueno para que el CNI nos pisotee? ¿Y dónde ha quedado su insistencia de que lleváramos nosotros el caso?

El silencio que sigue a mi pregunta es sepulcral, de ahí que mi mosqueo aumente. ¿Qué están tratando de ocultar? Algo demasiado gordo para que todos se vuelvan tan serviciales de repente. Monasterio no es conocido por su carácter sumiso y tampoco suele

replegarse ante la clase política con la que trata a menudo, de ahí que este bandazo me tenga tan despistada.

—Es un asunto que ha dejado de competernos. Seguridad nacional. Olvídate de ella.

—Mi equipo se ha dejado la piel en esa investigación a pesar de las trabas. Silvana es la asesina de Esmeralda, y puede que no sea la única. Camila le proporcionó el Tramadol, pero ahora mismo también está en paradero desconocido. Según me consta, el servicio de inteligencia no está barajando esa línea. Deja que la brigada reúna el resto de las pruebas y que demos con ella…

—Basta. Tienes que parar.

—No lo entiendo —insisto.

—No tienes que entender la orden, Báscones, solo acatarla.

—Pensaba que me conocías, Carbonell.

—Por eso mismo. Grábatelo aquí. —Se señala la sien—. Estáis fuera del caso. ¿Entendido?

—Sí. —Pero no.

—Vete a la brigada, felicita a tus compañeros por su trabajo, comunícales que esta investigación se ha acabado para vosotros y elegid un expediente de algún caso sin resolver, que todo suma.

Su móvil vuelve a sonar, así que decido que es el momento perfecto para largarme de aquí sin despedirme.

Llego a la brigada con un agujero en el estómago, una mezcla de ira y hambre, así que saludo a mis compañeros y me voy directa a la cocina. Necesito un café en vena y encontrar algo para comer, aunque sean unas galletas rancias. Virginia, Roque y Estébanez me esperan en la sala de reuniones.

Con la taza cargada hasta arriba en una mano y una magdalena industrial con aspecto de no saber a nada en la otra, salgo de la cocina.

—Escuchadme bien —empiezo y, antes de seguir, doy un trago largo al café—. Traigo órdenes claras de Carbonell —retiro el plástico de mi pobre desayuno—, el caso de Esmeralda pasa oficialmente a Nexus.

—Como si alguna vez hubiera sido nuestro —masculla Virginia indignada.

—Órdenes de arriba, ¿no? —Marcos lo da por hecho.

—Eso es lo que dice el comisario.

—Donde hay patrón… —sisea Roque.

—No manda marinero —termina la frase Marcos por él mientras niega con la cabeza.

—Quiero que sepáis que habéis hecho un buen trabajo y que estoy orgullosa de todos vosotros.

—Gracias, jefa —dice Cruz que acaba de conectarse.

—La BEDA no ha fallado —reitero—, aunque no haya servido de nada.

—Dios, ahora que teníamos todo atado y bien atado —se lamenta Virginia—. Cruz ha conseguido más información de la cuenta de Silvana en Panamá.

—He accedido a las transacciones —me informa—. No recibió solo el dinero de la fundación de la familia de Marie, también recibió la misma cantidad de una cuenta suiza exactamente tres días después de la muerte de Esmeralda.

¿Suiza? Es la segunda vez que me topo con algo relacionado con ese país hoy. ¿Casualidad? Lo dudo.

—Solo necesita un poco más de tiempo y tendrá un nombre —asegura Marcos.

—Entonces entiendo que en Nexus también tienen retenida a Camila, ¿no? —inquiere Roque—. Si han llegado hasta Silvana, habrán hallado pruebas de su complicidad. Ahora mismo es como si se la hubiera tragado la tierra.

—No estoy tan segura. Y lo cierto es que no debería importarme. Las órdenes están para acatarlas y toda esa letanía que ya conocéis, pero… —lo pienso media décima de segundo, no necesito más— a la mierda todo, por supuesto que me importa —concluyo y le doy un bocado a la magdalena.

Las miradas de Virginia, Marcos, Roque y Cruz se cruzan entre sí antes de centrarse en mí. Mastico mientras el silencio se adueña de la sala. Mis compañeros esperan a que continúe mi disertación, pero me lo tomo con calma, sopesando las consecuencias. A ver, las órdenes de Carbonell son un muro de hormigón que tendría que detenerme, pero la mención de esa cuenta en Suiza, los papeles

llenos de anotaciones sobre su mesa y mi intuición me impiden quedarme quietecita.

—Si alguien no quiere seguir a partir de ahora, solo tiene que decírmelo. Lo entenderé perfectamente, porque nos jugamos mucho. Pero yo no puedo quedarme con los brazos cruzados mientras las dos asesinas de Esmeralda andan por ahí, aunque estén en manos del CNI. Necesito todas la respuestas y me temo, porque mi intuición me lo grita así, que directa o indirectamente puede haber alguien más implicado. Alguien con mucho poder, interesado en que no se llegue a la cúpula de la red. Por eso nos han apartado de manera tan tajante. De igual modo, tengo que advertiros sobre las consecuencias. Si nos pillan, la BEDA podría desaparecer. Podrían procesarnos por obstrucción y revelación de secretos. Y el servicio de inteligencia no suele jugar limpio en esas ocasiones.

—Cuenta conmigo. —Virginia es la primera en responder.

—Conmigo también —confirma Marcos.

—Yo sigo dentro, jefa.

—¿Y tú? —le pregunta Virginia a Roque.

Me levanto y recojo mi taza vacía. No quiero presionar a nadie, ni quiero que nadie se sienta presionado.

—Yo estoy encantado de pertenecer a la brigada y estoy con vosotros al cien por cien. La duda ofende, Ruiz.

—¿Estáis seguros? —inquiero, porque no quiero que luego se arrepientan.

—Sí —afirman todos a la vez.

—Está bien. Quiero que cada uno de vosotros coja algún expediente de los casos que están sin resolver y tenga la carpeta abierta con papeleo, por si alguien nos visita. Cruz, quiero el nombre que está detrás de esa cuenta en Suiza. No me importa cómo lo consigas, pero no dejes un rastro que los traiga hasta aquí. Marcos, Virginia, buscad cualquier conexión de Esmeralda con los altos cargos de la policía y del CNI antes de que fuera su confidente. Quizá ahí exista algo que no hemos sido capaces de ver. Algún interés más personal, alguna enemistad. Y lo mismo con Camila. Recordad que dejó a la dueña de Luxepic un tiempo y, de repente,

volvió. Puede que ese regreso estuviera propiciado por terceras personas.

—¿Y yo? —se interesa Roque enderezándose en su silla.

—Necesito que vigiles los movimientos de Monasterio. Quiero saber cuándo sale de su despacho, cuándo entra, si va a misa los domingos o a algún club a jugar al golf. Su cambio de rumbo en esta investigación no termina de cuadrarme. Intentaré averiguar dónde tienen a Silvana escondida y si Camila está con ella. A partir de este momento, esta operación no existe. No habrá registros, ni grabaciones ni nada que deje constancia de lo que hacemos. Y, si algo sale mal, seré la única responsable y diré que os obligué bajo coacción. ¿Entendido?

—Ni de coña, Báscones —responde Virginia con sonrisa desafiante—. Si nos hundimos, será juntos y en el mismo barco.

—Pues al lío. —Asiento sintiendo un nudo de adrenalina en el pecho.

En cuanto entro en mi despacho, vibra mi móvil. Mi primer pensamiento es que es Arrasate de nuevo, pero al leer el nombre en la pantalla respiro aliviada.

—Hola, cariño —respondo contenta; dentro de toda esta vorágine, la llamada de mi hija me alegra—. ¿Todo bien?

—Sí, mamá, tranquila. Solo quería saber si sigue en pie la cena del jueves contigo y con Yago. ¿Y tú? ¿Estás bien? Te noto la voz rara.

Su instinto siempre es certero, incluso más que el mío. Me apoyo en el borde de la mesa y cojo aire antes de responder. Yago. Yago y su ridícula buena relación con ella. Yago y su poder de estar dentro de todo.

—Solo estoy algo cansada. Un día complicado en la brigada, Deva. Pero nada que no pueda solucionar —miento, aunque sé que será difícil engañarla.

—Venga, mamá —insiste con ese tono mezcla de madurez y picardía—. Has sonado como cuando te pones la capa de *Lucía contra el mundo*. —Sonrío al otro lado de la línea porque me imagino su cara ahora mismo—. ¿Estás segura de que va todo bien? Dime que no te has enfadado con Yago.

Después de lo susceptible que ha estado los últimos meses, en los que nuestra comunicación no ha sido la mejor, no puedo mentirle y perder esta oportunidad para que todo vuelva a estar bien entre nosotras.

—Solo un poco —respondo y suelto una carcajada suave, la primera no forzada de todo el día. Me resulta algo cómico poder tratar con ella los asuntos del corazón.

—Pues arréglalo, por favor. No puede ser tan grave. Yago es el mejor y lo sabes.

—A ver, esa afirmación, viniendo de su fan número uno, tiene poca credibilidad, ¿no crees?

—A ti también te gusta, mamá. Solo hay que fijarse en cómo lo miras. Y en cómo te mira él a ti, obvio. Además, hacía mucho tiempo que no te veía así… tan… tan tú. Tan feliz.

—Me gusta, sí. Pero es raro. Había olvidado lo que es estar inmersa en una relación y con él estoy aprendiendo de nuevo. Además, está el tema de nuestro trabajo, que a veces nos complica la comunicación.

El breve resumen que le hago creo que la puede poner en situación.

—Pero eso también puede ser un punto positivo, mamá. Él entiende mejor que nadie el caos de tu trabajo y encima sabe sacarte de él, que eso es muy importante también.

—Vale, sigues leyendo mis libros de la carrera, ¿no?

—Solo algunos, pero no cambies de tema. Se nota a la legua que él te hace feliz. Y me gusta veros juntos, sobre todo fuera de la cama —bromea recordando cuando nos pilló por primera vez.

—No te pases de lista.

—Ahora en serio, me gusta que te dejes cuidar por él.

Me quedo en silencio un segundo asimilando sus palabras.

—Me sé cuidar sola, cariño. Pero sí, de vez en cuando, no está mal que alguien también lo haga, tienes razón.

Aunque, para que conste, esto nunca lo repetiré delante de él.

—Entonces hablad y arregladlo. Y el jueves cenamos *pizza* los tres. Luego le envío un mensaje.

—Cariño, está muy ocupado con un caso importante. No sé si podrá quedar esta semana. Pero tú y yo podemos ir igualmente.

—Está bien, quedamos tú y yo entonces. Aun así, le preguntaré, a mí siempre me responde —insiste y sonrío por su tenacidad.

—Te quiero.

—Y yo a ti.

Cuelgo el teléfono y me quedo unos instantes mirando la pantalla en negro. La mención de mi hija sobre la disponibilidad de Yago para ella me provoca una punzada de calidez.

Es curioso. Yo, que siempre he mantenido los muros altos y el corazón a buen recaudo, he permitido que alguien no solo entre en mi vida, sino que se gane la complicidad absoluta de mi hija. Y ese alguien es el mismo que me exaspera y me libera, el que ha dinamitado parte de la confianza que había depositado en él.

Me revuelvo la melena cansada, pero con una extraña energía que me motiva a centrarme de nuevo en mí y en lo que estamos a punto de hacer, ateniéndonos a las consecuencias. Soy capaz de apartar a Yago de mis pensamientos. Soy capaz de mantenerlo alejado. Soy capaz de dejar de lado lo que siento, porque mi trabajo sigue siendo mi prioridad.

Sé que con mi actitud el abismo hoy es más profundo que ayer y que, probablemente, ese nosotros del que tanto alardea también sufra las consecuencias.

¿Estoy dispuesta a asumirlas todas?

En este instante sí. Lo contrario sería dejarme vencer.

33

YAGO

Jacobo:
Salida en seis horas.

Dejo el móvil sobre el colchón tras leer el mensaje de mi jefe. Lucho por no cerrar los ojos; si lo hago, no seré capaz de levantarme.

El silencio en el piso es absoluto, así que deduzco que Celia y Roque ya se han marchado. Hace días que apenas nos cruzamos. A ella no la veo por sus turnos dobles en el hospital; a él porque me esquiva desde el lunes. Entiendo que le haya dolido perder el caso de Esmeralda —como a todos los miembros de la BEDA—, especialmente a Lucía, que sigue sin hablarme. Pero que mi mejor amigo haga malabares para no coincidir conmigo en casa no me lo esperaba.

Seis horas. Ese es todo el tiempo que me queda antes de subir al avión con parte de mi equipo. Mendoza ya está allí; ha salido de madrugada siguiendo al novio de la Loba Guzmán, el encargado de recibir al buque en el puerto de Algeciras. La operación Babel está a punto de llegar a un punto de no retorno y, para qué mentir, estoy deseando que todo explote y poder ponerle fin. No solo por el desgaste mental, que es evidente, sino por las víctimas. Y no hablo solo de los muertos. *Daños colaterales*: las dos malditas palabras que Quintana repite como un mantra, como si eso fuera a minimizar

las consecuencias de nuestros actos. O como si fuera una verdad absoluta que sirviera a los damnificados a conformarse sin más.

Me levanto y me voy directo a la ducha, la necesito.

Cuando salgo recupero mi móvil. Tengo algunos mensajes de Lena y Marion preguntando algunas dudas de última hora sobre el operativo, y eso que ayer estuvimos hasta las tantas repasándolo de nuevo para evitar las sorpresas.

De Silvana todavía no hemos conseguido una confesión, pero las pruebas cada vez son más sólidas. No obstante, tenerla retenida en el piso franco nos ha dado una gran ventaja con la red y es que conocemos la ubicación exacta de dónde celebrarán la siguiente fiesta: la casa de Tariq en Marrakech. Lena ha conseguido interceptar más correos de Design Sea y todo apunta a que trasladarán allí a las chicas que lleguen en el buque, o al menos a algunas, para llevar a cabo la última transacción con su supuesto comprador o compradores. Esto es grande y tendremos que movilizar a más agentes e implicar a todos los servicios de inteligencia, porque podríamos detener a todos los implicados a la vez. Además, hemos descubierto que Camila y Silvana son pareja desde hace tiempo, incluso cuando supuestamente la panameña mantenía una relación con Esmeralda, siéndole infiel, por supuesto. Lo que significa que solo estaba con ella por puro interés económico; un móvil claro para contemplar la posibilidad de que fuera coautora del crimen junto a su novia. El problema es que, aunque le tendimos una trampa haciéndonos pasar por Silvana para un encuentro, no cayó. Y en este instante está en paradero desconocido. Lucía no mencionó su nombre en vano el último día que nos vimos. Estoy seguro de que la brigada conocía todos estos datos antes que nosotros y que, además, recabaron las pruebas necesarias para acusarla a ella también. Solo espero que, después de que Silvana cumpla con su parte del trato y la red caiga, pase a disposición judicial, porque no le hemos ofrecido impunidad total. Y, de paso, que también puedan imputar a Camila por la muerte de la señora Callagham para que ninguna se vaya de rositas.

Mientras me preparo el desayuno, abro Spotify y enredo en busca de una lista de reproducción que acalle todo el ruido de mi

cabeza. Toco una de las primeras y *La Salvación*, de Arde Bogotá, suena por el altavoz. El último beso que le di a Lucía vuelve a mi cabeza una y otra vez, imposible salir de esa sensación de rabia y euforia. Si me toco los labios todavía me hormiguean. Me como dos tostadas con huevos revueltos sin prisa, hasta que el sonido de un nuevo mensaje interrumpe la canción.

Deva:
Holi, espero no pillarte en pleno acto de reconciliación con mi madre.

Sonrío al leer el mensaje. No es de la Báscones que esperaba, pero me conformo.

Yo:
Negativo.

Deva:
¿Seguís enfadados?

Yo:
¿Seguimos? Igual tienes más datos que yo. Soy todo oídos.

Deva:
Es la más cabezota de la familia. Me dijo que estaba cansada del trabajo, pero no la creí. Vamos a ir a cenar *pizza* esta noche. ¿Vienes?

Yo:
Me encantaría, pero estaré fuera de Madrid algunos días. Te prometo que, cuando regrese, cenamos juntos. Invito yo.

Deva:
Me renta.

Yo:
¿No tienes clase hoy? ¿Qué haces con el móvil tan temprano?

Deva:
Gracias por preocuparte por mi educación, pero padre ya tengo uno. Pensaba que tú solo eras el tío enrollado que se lía con mi madre y que quiere caerme bien.

Yo:
Claro que sí, listilla.

Deva:
Habla con ella antes de irte, por favor. Ya le dije que me gusta verla feliz y contigo lo es, por lo que sea.

Leo el mensaje dos veces y sonrío como un idiota. Deva es una lianta, pero también es sensata y madura. Si me está contando esto es porque ya ha hablado con su madre y está preocupada por nosotros.

Yo:
En ello estoy, pero sabes que es complicado. Y me marcho en unas horas.

Deva:
Gimnasio del tío Paco. Y no se te ocurra decirle que te lo he dicho. Ni que te he mandado mensajes.

Yo:
Tranquila, diré que ha sido una simple coincidencia. Disfrutad de la cena, la siguiente no me la pierdo.

Recojo los restos de mi desayuno, me visto en dos minutos y salgo pitando para llegar al gimnasio antes de que Lucía se vaya, dando por veraz la información de Deva. No sé cómo no se me ha ocurrido pensar que podría estar yendo allí estos días para liberar tensión.

Tardo veinte minutos en llegar hasta la puerta y dos en encontrar un sitio para aparcar. Lucía está dentro, seguro, su coche está aquí, en la misma calle.

Nada más entrar, me llega el mismo olor fuerte a linimento que me recuerda la primera vez que puse un pie aquí con ella. Fue después de que tuviera aquel desafortunado encuentro en el juzgado con el payaso del fiscal. Todo está igual, aunque las paredes tienen algunos desconchones más.

Avanzo por la entrada sin toparme con el tío Paco, aunque saludo con la cabeza a dos chavales que llegan a la vez. Me dirijo hasta el primer *ring*, que es de donde viene el sonido de los golpes mezclado con algunas voces, una conocida y la otra… Vale, la otra también, aunque apenas haya intercambiado unas frases con él. ¿Qué cojones hace aquí?

Me apoyo en la columna forrada con colchoneta azul y observo cómo Lucía le lanza un croché a la mandíbula que él esquiva con cierta dificultad. Se ríen y se vuelven a colocar en posición de defensa, aunque él no deja de mirarle los pechos enfundados en ese top.

—¿Eso es todo lo que tienes, Báscones? —la provoca con una sonrisa de suficiencia bajando la guardia de forma deliberada.

Lucía no responde con palabras. Da un paso corto, finta con la izquierda y lanza un directo de derecha que impacta de lleno en el guante de Álvarez. El sonido del cuero chocando retumba en el gimnasio vacío. Él retrocede un par de pasos asintiendo con respecto, pero antes de que pueda hacerse con el centro ella

encadena una combinación rápida al cuerpo. Él bloquea los golpes con los antebrazos encogiendo los hombros y aprovecha un descuido de Báscones para rozar su costado derecho, que ella esquiva con una elegancia felina. Se nota la tensión acumulada en cada movimiento y todo el empeño que pone en soltar lastre.

—No amagues, Álvarez. Hemos venido a pelear —se mofa ella y se limpia el sudor de la frente con el dorso del guante.

Vuelven a quedar frente a frente mientras se retan con la mirada entre jadeos.

—Conozco otras maneras mucho más placenteras de combatir cuerpo a cuerpo, Báscones.

—¿Qué haces aquí escondido? ¿Tienes miedo de ser el siguiente? —me pregunta la Negra cuando me ve parapetado en este rincón.

—Pánico —respondo con una sonrisa y ella niega con la cabeza divertida. Nos saludamos con dos besos y comentamos que no nos veíamos desde su último combate, al que fui con Lucía.

—A ver si consigues hacerla bajar de ahí, porque es la tercera paliza de esta semana —susurra la Negra y se marcha a dar unas instrucciones a los chavales que ahora están en las bicicletas estáticas.

En ese instante, Lucía se gira hacia mí y sus ojos arden preguntándose cuánto tiempo llevaré aquí.

—¿Qué pasa? —inquiere Álvarez, que acaba de localizarme también—. ¿Te molesta tener espectadores?

—¿A mí? Para nada —responde rotunda.

—Entonces, ¿estás cansada?

—Sí, de todo y de nada —contesta ambigua.

Se acerca a ella con los brazos colgando y rompe esa distancia de cortesía que mantenían durante el combate. Levanta una mano y, con una lentitud que me revuelve el estómago, utiliza el pulgar del guante para apartarle un mechón de pelo que se le ha pegado a la mejilla. Se queda ahí unos segundos, para mí minutos, mientras se sostienen la mirada.

—Para estar cansada, te va el pulso muy rápido, Báscones —le susurra él lo suficientemente alto para que lo oiga yo.

Cierro los puños a los costados e intento controlar la mala hostia. Le habla a ella, pero dirigiéndose a mí.

Lucía sonríe sin entusiasmo, pero no se aparta. Hay una chispa de desafío en sus ojos, la que suele mostrar cuando sabe que tiene el control de la situación. ¿Ahora lo tiene? Porque estoy empezando a dudarlo.

—Es la adrenalina, Álvarez. Ya deberías saber que no me agoto con facilidad. —Baja el tono.

¿De verdad quiere jugar a esto? ¿Aquí?

—Oh, lo sé. —Inclina un poco más la cabeza y roza el hombro contra el de ella—. Por eso mismo, este *ring* se nos queda pequeño. Si quieres, podemos dejar los guantes ya. —La mira de arriba abajo con un gesto lascivo que me repatea el hígado sin necesidad de que me infle a golpes—. Y desayunar juntos en mi casa.

Lucía ladea la cabeza divertida por el descaro que muestra él y se toma su tiempo para contestar, consciente de que no pierdo detalle de la escena, desesperado ante su respuesta. Siento cómo la espalda se me tensa contra la colchoneta. La Negra me lanza una mirada de reojo captando mis vibraciones, hasta me parece percibir un ligero movimiento de negación en su cabeza para que no entre al trapo. Trato de mantener una fachada de indiferencia mientras cuento los segundos para que él deje de tocarla.

—Primero ducha, luego ya veremos.

Álvarez suelta una carcajada triunfal, dándose por satisfecho con la promesa implícita, y se aparta finalmente dejándola libre.

Ella se gira y baja del *ring*.

—Lucía… —la llamo cuando pasa por mi lado, pero no se detiene. Solo me mira con los ojos oscuros cargados de rabia por haberme presentado aquí a modo de respuesta. Camina acelerando el paso para llegar cuanto antes al vestuario.

—Si quieres, te dejo unos guantes y subes tú un rato —masculla Álvarez apoyado en una de las cuerdas del cuadrilátero.

—Mejor baja tú, yo no necesito guantes —escupo con inquina y él vuelve a soltar una carcajada más estridente todavía.

—Yago, déjalo estar —interviene la Negra acercándose a mí y posándome la mano en el hombro—. Y tú, baja de ahí —le ordena a

él—, que ahora les toca a estos dos muchachos.

Álvarez obedece y evita pasar por mi lado para irse al vestuario.

Controlo la respiración mientras la sangre me hierve. Ahora bien, solo me hierve en algunas determinadas partes del cuerpo. Sin pensarlo, abandono este rincón y me dirijo al vestuario. No me pienso ir sin más.

Empujo la puerta anunciando mi llegada, como si no fuera más que evidente que iba a venir. Lucía está delante de una taquilla con la puerta destartalada recién duchada, con el pelo aún mojado y una diminuta toalla blanca envolviéndole el cuerpo. No se gira para mirar quién ha entrado. Ni tan siquiera se inmuta cuando me acerco a ella por la espalda. Me conoce tan bien que no tiene la menor duda de que soy yo.

—Tengo algo de prisa, Arrasate. Me están esperando —musita cuando me pego a ella.

Levanto las manos y las apoyo en las taquillas contiguas reduciendo el espacio libre entre nosotros y dejándola encajada bajo mi cuerpo.

—Esto no funciona así, Báscones —chasqueo con la lengua cerca de su oído—. No te equivoques.

Su pelo mojado me empapa la sudadera. Su olor me atraviesa todas las terminaciones nerviosas y su respiración, igual de irregular que la mía, contradice la calma que queremos aparentar.

—Aquí el único que se ha equivocado has sido tú, de vestuario por lo menos.

—Tendrías que estar agradecida de que no haya ido al otro —espeto y despego una mano de la taquilla para llevarla a su cadera. Ella se tensa al sentir mi contacto, así que me arriesgo un poco más y la deslizo hacia abajo para llegar a la piel desnuda de su muslo. Lucía exhala primero y después jadea, porque no me detengo ahí. Cubro su sexo con la mano y ejerzo presión sobre sus labios. Está húmeda. Muy húmeda. Así que, sin esfuerzo, le meto un par de dedos hasta el fondo y aprieto contra las paredes de su coño. Se arquea hacia delante, lo que provoca que su culo roce mi erección. La inmovilizo para que esté quieta sujetándole las manos por encima de la cabeza sin dejar de penetrarla con los dedos.

—¿Has perdido la puta cabeza?

—¿Y tú? No contestas a mis llamadas, no quieres verme y te encuentro aquí con él. ¿De verdad quieres jugar a este juego, Lucía? Piénsalo bien —le susurro en la oreja y, a continuación, llevo los dientes al hombro para darle un suave mordisco. Saco los dedos de su interior para torturarla, juraría que la oigo protestar, así que vuelvo a la carga otra vez, ahora con tres. Gime—. Piensa en lo que vas a hacer y hazte un favor, deja de autoengañarte.

—Yo no me autoengaño… —protesta y gira el cuello para buscar mi boca. Me pego a sus labios y empiezo a acariciarle el clítoris también. Le empiezan a fallar las piernas.

—¿Estás segura? Yo creo que sí lo haces. ¿O acaso vas a dejar que él te domine así? Dime, ¿vas a cederle el control? ¿Vas a arrodillarte cuando te lo pida? —Niego con la cabeza mientras ella quiere atacar mi boca para que me calle. Me alejo un centímetro para impedírselo—. Dime…

—¡Arrasate, joder! —se queja cada vez más excitada.

—No, no vas a hacerlo. ¿Sabes por qué? Porque, aunque seas una cabezona y huyas constantemente al primer contratiempo, ya has elegido, y ese puto imbécil no tiene nada que hacer. Por eso, el numerito del *ring* solo se lo ha creído él.

Y ahora sí que le devoro la boca con una fuerza desmedida, chocando nuestros dientes y enroscando su lengua con la mía, como si las partículas de oxígeno estuvieran solo ahí, imprescindibles para seguir vivo. Saco los dedos de su interior y le suelto las manos para que quede libre. Se gira y, aunque nos retamos con la mirada enfadados, volvemos a besarnos. Ella misma me coge la mano y la cuela entre sus piernas de nuevo para que siga masturbándola. Noto cómo su cuerpo tiembla y cómo cierra los muslos apretándome dentro de ella. Sé que está a punto de correrse. Sé que este orgasmo será liberador para ella. Sé que lo necesita. Igual que sé que no voy a dárselo.

—¿Qué se supone que haces, Arrasate? —pregunta indignada cuando dejo de tocarla.

—Marcharme. —Apoyo la frente en la suya y la abrazo. Me perdona la vida con la mirada, y quiere deshacerse de mi contacto,

pero no me amedranto y la mantengo pegada a mí—. La operación Babel me obliga a estar fuera de Madrid unos días, solo he venido a decírtelo a la cara, ya que por teléfono era imposible. Nos vemos a la vuelta, Báscones. Disfruta de tu desayuno con Álvarez. —Antes de que pueda replicarme le doy el último beso, que me devuelve a medias.

Me doy la vuelta para salir de aquí mientras escucho su manido *imbécil* que me saca una sonrisa, la misma que le muestro a Álvarez en la entrada cuando me cruzo con él.

—Quien ríe el último… —deja caer.

—Ríe mejor, lo sé. El problema, Álvarez, es que tú ni siquiera sabes de qué va el chiste.

34

LUCÍA

Empujamos las sillas hacia atrás a la vez y nos despedimos.

—La próxima invito yo —sentencia Álvarez mientras se pone la chaqueta—. Así elijo el sitio.

—¿Qué tiene de malo este? ¿Es poco elegante para tus estándares?

Abre la boca para devolverme el dardo, pero el sonido de su móvil llama su atención. Mira la pantalla, cambia el gesto y me dedica una mirada de disculpa antes de irse con el teléfono pegado a la oreja.

Me acerco a la barra para pagar la cuenta.

Después de salir del gimnasio, le he invitado a desayunar en el Colorado, lo de ir a su casa estaba descartado y él lo sabía; solo habíamos quedado para un intercambio de golpes matutino a modo de entreno. El martes coincidimos allí, pero él salía y yo entraba. Como era evidente que yo exudaba mala leche, me propuso quedar para darnos caña hoy y así ayudarme a liberarla. Solo para eso. Y se lo agradezco, porque no siempre encuentro con quién medirme. Lo de su numerito acercándose demasiado en cuanto se ha dado cuenta de que teníamos un espectador de honor no estaba planeado tampoco, pero a mí me ha cogido tan de sorpresa ver a Yago plantado ahí que sí, le he seguido un rato la corriente.

Maldito Yago.

Todavía siento el rastro de sus dedos quemándome la piel. Una marca invisible que me recuerda que, por mucho que me proteja detrás de metros y metros de pared, Yago Arrasate consigue colarse en la mayoría de mis grietas. El muy imbécil se ha marchado dejándome a medias, con el pulso en la garganta y la misma rabia sorda de siempre bullendo en mi interior, esa que él es experto en provocarme. Como cuando cinco minutos después de largarse me ha enviado un único mensaje con la canción *Tú no lo ves*, de Ultraligera, sin más explicaciones, de la que, francamente, me está costando la vida salir.

—Kevin, cóbrame.

—El cambio no te sienta bien. —Arruga el morro—. Tienes mala cara.

—Y espejo en casa —espeto.

—Este tío es muy mayor para ti.

—Vale, ahora me tiras flores para compensarlo, ¿no? Pues siento decirte que tiene la misma edad que yo.

—Uy, qué castigado está entonces. Bueno, da igual, lo que quiero decirte es que te sienta mucho mejor el colágeno que te pincha el novato. Porque te sigue poniendo inyecciones, ¿no? Como hace días que no lo veo…

—Muy sutil —resoplo.

—Hazme caso, te da más luz a la piel, más brillo…

—Cóbrame los desayunos, Kevin Francisco, que los consejos no te los voy a pagar hoy.

—Tranquila, mi Lulu. Yo te fío.

Salgo del bar y, tres minutos más tarde, empujo la puerta de la brigada con una energía renovada a pesar del cansancio, del orgasmo que me ha robado y del mosqueo que no termina de desaparecer. Recupero el control, solo faltaba que hasta en la distancia lo siguiera teniendo él.

—Decidme que tenemos algo. —Dejo mi bolso y mi abrigo y me siento en la cabecera de la mesa.

Cruz es el primero en levantar la vista del teclado.

—El dinero de la otra transferencia que llegó a la cuenta de Silvana procede de una sociedad con nombre Blackwood Queens,

empresa de servicios dedicada a la ciberseguridad y a los informes de riesgos. El domicilio fiscal está en Zúrich. En la dirección del despacho del abogado, que es el testaferro. Urs Suter.

—Una práctica habitual —siseo—. Suiza no tiene un registro público de beneficiarios legales, así que las empresas que se crean allí figuran a nombre de los abogados con sus domicilios.

—Así es.

—¿Y cómo procedemos entonces? —pregunta Roque.

—Para abrir la cuenta, el banco está obligado a exigir que rellenen un formulario, donde sí aparecen los datos reales del empresario, pero es secreto, y solo se puede acceder a él mediante una petición judicial internacional, así que descartado.

—Podría llegar a algunos movimientos de esa cuenta y estudiarlos —advierte Cruz—. Si alguien utiliza una tarjeta de crédito de la empresa muy a menudo aquí, el sistema de alertas de blanqueo de los bancos españoles saltaría al detectar una tarjeta extranjera vinculada a una IP nacional de manera constante.

—Eso nos llevaría muchísimo tiempo.

—Podría ayudarlo —se ofrece Roque.

—No sé, tiene que haber otra manera. De cualquier modo, ¿no os suena lo de Blackwood? Me parece haberlo visto en algún sitio. Repasaré de nuevo el expediente.

—¿Algo nuevo sobre Camila?

—Nada, es como si se la hubiera tragado la tierra. Si se ha marchado de España, ha dejado a su madre en Madrid. Desde el Adolfo Suárez no ha salido rumbo a Panamá, pero ha podido irse por otros medios hasta Barcelona y haber volado desde allí.

Marcos y Virginia entran en la sala en ese momento.

—Acabamos de salir del piso de Silvana —nos informa Virginia—. Está casi vacío, alguien ha hecho limpieza antes de que llegáramos.

—Nexus —afirmo.

—Pinta que sí. Cero objetos personales. Ni papeles. Ni tan siquiera comida en la nevera —nos comenta Virginia.

—Ni rastro de recibos, extractos del banco o el contrato de alquiler. Lo han dejado como la patena, como si fuera evidente que allí no va a volver —añade Marcos.

—Mierda —me lamento.

—Pero… —Virginia saca un sobre blanco de su bolso—, cuando salíamos, nos hemos cruzado con su vecina de enfrente, una señora bastante mayor que se iba al hospital en ambulancia. Estaba preocupada porque no ve a Silvana desde hace días y, como no iba a estar en casa, tenía miedo de que necesitara los documentos que le guardaba, así que esperamos a que se la llevaran y…

—Segundo allanamiento del día —matiza Marcos y se le escapa media sonrisa.

Ver a los miembros de la BEDA tan implicados me da miedo y ternura a la vez. ¿Puede ser?

Virginia abre el sobre y extiende el contenido sobre la mesa. Dos pasaportes. Uno rumano como Silvana Dragomir, la identidad que conocíamos. Y otro italiano, Silvana di Stefano. Un certificado de la cuenta de Panamá. El contrato de alquiler de un trastero en la misma calle de su domicilio. Un blíster de Tramadol. Y tres fotografías. Una de un bebé, con apenas días, en los brazos de una mujer muy joven, probablemente son Silvana y su madre. Otra de una niña, con diez u once años, acariciando a un perro rodeada de más niños, esa es ella, porque su pelo ya la delata. Y la última, antigua y algo ajada, en la que salen cuatro chicas en una escalera, delante de un edificio de ladrillo rojizo, con un letrero detrás donde se puede leer The Blackwood Institute of London.

—¡De eso me sonaba! —Caigo en la cuenta—. Esta misma fotografía la tenía Esmeralda en su casa en Marbella guardada en un cajón. Ella es la de la derecha.

—The Blackwood Institute of London es una prestigiosa escuela de negocios —nos informa Roque sin dejar de teclear—. La señora Callagham estudió allí. Y…

—Déjame ver. —Marcos echa un vistazo a las fotografías—. Si esta es la madre de Silvana, es la misma que está aquí con Esmeralda, la del pelo más largo.

—Sí, es la misma, sin duda —confirmo.

Aunque la calidad de la imagen no es buena, se aprecia la misma cruz que lleva colgada al cuello en las dos fotos.

—Según su pasaporte italiano, que tiene pinta de ser falso, su madre se llamaba Vittoria Catina di Stefano —lee Roque.

—¿Y en el otro? —se interesa Marcos.

—Como su madre aparece Catina Dragomir —confirma Virginia—. Y lo curioso es que en ninguno aparece un padre.

—Supongamos que esa chica, compañera de Esmeralda, es la madre de Silvana. ¿Y las otras dos? —Doy la vuelta a la fotografía en busca de algún dato y con lo que me encuentro es con el año 1996 y una anotación, Blackwood Queens.

—El mismo nombre que la empresa suiza. ¿Crees que la fundaron las cuatro de la fotografía?

—Vittoria Catina di Stefano no pudo ser. Murió en Londres en 1998 en extrañas circunstancias, tenía veintiún años y ya había tenido a Silvana —aclara Cruz, que es rápido como una bala buscando información—. Había ido a una fiesta con sus amigas. Estuvieron en una casa en Chelsea, bebieron e ingirieron algunas sustancias y disfrutaron de la noche. Cuando fueron a buscar a Vittoria para regresar a casa juntas, la encontraron sin vida tendida en una cama, lo extraño es que algunos testigos afirmaron que junto a ella había otra mujer, con iniciales E. C.

—Bingo.

—La investigación se cerró sin un culpable y terminaron publicando que se trató de una sobredosis.

—Bendita hemeroteca.

—Vittoria era la hija de Alessandro di Stefano, un afamado empresario italiano, ultracatólico y miembro de un partido de extrema derecha. Aquí dice que era viudo. Su mujer, Catina Dragomir, de origen rumano, falleció de cáncer unos años antes de que lo hiciera su hija.

—En el pasaporte rumano de Silvana está el nombre de la abuela materna entonces —confirma Roque.

—Eso parece. ¿Qué fue de Silvana entonces? Su abuelo era un hombre con mucho dinero y ella apenas tenía unos meses cuando se quedó sin madre.

—Quizá Vittoria le ocultó a su padre que había tenido una niña y, cuando se murió, él no quiso saber nada. Con unas convicciones tan

conservadoras no toleraría esa deshonra. Lo que sí tenemos claro es que Silvana creció en Rumanía y se vino a España captada por una red con las que tanto le gustaba tratar a Esmeralda. ¿Casualidad? Empiezo a dudarlo.

—Ahora coge más peso que el móvil del crimen fuera la venganza. Y encima con una sobredosis —argumenta Roque—. Silvana pudo culpabilizar de la muerte de su madre a Esmeralda, quizá investigó lo ocurrido en Londres. O le sacó una confesión a la víctima. O puede que consiguiera que alguien le contara la verdadera versión.

—Podemos volvernos locos especulando —mascullo—. Lo importante ahora es dar con la identidad de las otras dos mujeres que salen ahí e intentar probar que están detrás de la empresa suiza y de los pagos a Silvana. Un momento… —Mis compañeros esperan en silencio a que ordene mis pensamientos—. Camila mencionó que Esmeralda y Marie eran amigas desde jóvenes, que cree que se conocieron en Londres.

—Cruz, busca en los entresijos de la escuela de negocios, quizá existan archivos de antiguas alumnas o anuarios… —le pide Virginia.

—Me pongo a ello.

—Roque, ¿tienes algo interesante de Monasterio?

—¿Sigues pensando que esconde algo? —me pregunta Marcos.

—De momento es solo una intuición.

—Pues, de momento —me parafrasea Roque—, poca cosa. Trabajo, algunas reuniones con políticos. Golf. Y anoche cena con su mujer y la familia de esta en un restaurante de los caros.

—¿Eso es todo?

—Sí. Bueno, ¿tú sabías que es cuñado de Felisa Robles?

—¿La directora general del CNI? —pregunta Virginia.

—Sí, estuvo anoche cenando con ellos.

—No me jodas. —Niego con la cabeza y bufo—. Monasterio y Robles son familia. Por eso estamos fuera. Pero ¿por qué? Él y Allende estaban empeñados en que trabajáramos juntos y, de repente, nos dicen que nos olvidemos de la asesina de Silvana, que el CNI tiene planes más grandes y que solo importa la red. ¿Y si está encubriendo a su cuñada?

—No sé —duda Marcos—. ¿Y no crees que a Monasterio lo hayan obligado a dejarnos al margen por el bien común? A ellos les faltaba un pieza importante, ¿no? ¿Y si ya tenían indicios de que era Felisa? ¿Y si ella es el cerebro de Babel?

—Y nos apartan para limpiar su propia basura sin que salga a la luz —asegura Virginia.

—Tendría sentido —afirma Roque—. Por eso necesitan a Silvana, para atrapar a toda la cúpula a la vez, antes de que ella entre en prisión y largue todo lo que sabe.

—Eso les dejaría en muy mal lugar —confirmo—. Aunque en este instante no pongo la mano en el fuego por nadie.

Ahora mismo me viene a la cabeza todo lo que tenía Carbonell anotado en el informe. Y entre esas palabras sueltas sin apenas sentido, aunque Suiza sí que lo tiene, recuerdo las dos iniciales, D. G. Directora general. De puta madre, otra vez dos pasos por detrás. ¿Y de dónde ha sacado Carbonell esos datos? Porque no creo que Monasterio se los haya facilitado, más bien me decanto por Quintana. ¿Jacobo filtraría esa bomba? Solo en aras de la seguridad nacional.

El móvil de Roque vibra encima de la mesa. Todos leemos el nombre que aparece en la pantalla. Estefanía. Él cuelga, pero ella insiste dos veces más.

—Cógelo, no te preocupes.

—Estefanía… Sí, tranquila. No… No te oigo, habla más alto. Estefanía… —Roque se pone de pie y se pasea por la sala nervioso —. Tranquila, sí. Ahora te oigo mejor. Repítemelo. ¿Marrakech? ¿Mañana? Está bien. ¿Qué? Hijo de puta. Shhh… No llores. Escúchame, pásame la ubicación ahora mismo y luego borra el chat. Voy a sacarte de ahí, ¿entendido? Te lo prometo.

Cuelga y lanza el teléfono contra la mesa.

—¿Qué ocurre?

—Tariq la tiene retenida en contra de su voluntad en su casa de Marrakech. Mañana va a dar una fiesta con muchos de sus *amigos*.

—A la que irá Silvana también —deduzco—. Yago me dijo que iba a estar unos días fuera de Madrid. Ya sabemos dónde.

—Ojalá esa maldita fiesta sea la última —comenta Virginia y Marcos asiente.

—Ese bastardo le ha pegado y la ha encerrado en una habitación, dice que teme que mañana la obligue a estar con un jeque que ya se encaprichó de ella en Marbella. Incluso cree que no la va a dejar regresar a España. Tengo que ir a por ella —anuncia Roque—. No puedo dejarla sola allí.

—Y nosotros no podemos dejarte solo a ti —afirmo.

—¿Vas a informar a Carbonell? —me pregunta Marcos y mi respuesta es un no rotundo con los ojos.

—¿Y a Yago? —inquiere Virginia.

—Ni de coña. ¿Acaso me informó él a mí? —Silencio—. Pues al lío.

35

YAGO

El salitre se me adhiere a la garganta y me transporta a mi hogar, a mis amigos y a mi familia. Todos los buenos recuerdos me vienen en tromba. La capital adormece algunos de mis sentidos, aunque intensifica otros. No sabía cuánto había echado de menos este olor hasta que me he bajado de la furgoneta y he respirado hondo. Y eso que en el puerto más caliente de Europa también flota en el aire un tufo a metal, a gasoil y a una corrupción innegables.

Me apoyo contra la barandilla de la pasarela con los prismáticos de visión térmica colgados al cuello y el pinganillo martilleándome el tímpano. Desde aquí, la terminal parece un tablero de ajedrez gigante donde las piezas se mueven sin detenerse.

—Nexus 1 a base. Han iniciado la fase de descarga —informo con voz plana, aunque la adrenalina ya está empezando a bombearme.

Las órdenes son claras, de ninguna manera podemos perder la carga. Vigilaremos el traslado de esas mujeres de cerca sin intervenir. Nos interesa que lleguen a su destino y que la red caiga al completo con ellas allí. Una prueba irrefutable más.

—Recibido. Los tenemos. —La voz de Quintana suena nítida desde Madrid—. Mendoza está en el sector C con el dron de baja frecuencia. Fournier está en el perímetro sur.

Miro hacia ese punto. Ahí está, oculta entre la maraña de contenedores. Después de todo lo que averiguó Lucía, vigilarla es una misión más para mí, como si con el dispositivo no fuera

suficiente. Si mueve un dedo fuera del plan o hace una llamada que no debe, no esperaré las órdenes de nadie.

Las grúas empiezan a moverse para bajar la carga de Design Sea. Según los datos que ha proporcionado la empresa, solo se trata de material agrícola. Quince contenedores en total, que cuentan con una doble cámara refrigerada diseñada específicamente para burlar los escáneres térmicos con el oxígeno justo para llegar aquí.

Echo un vistazo a los dos guardias que vigilan la zona donde están ubicando los contenedores, están hablando entre ellos, incluso riéndose, sin hacer demasiado caso a la descarga. Lo más probable es que hayan recibido una buena cantidad por hacer la vista gorda durante un rato, porque están de espaldas la mayor parte del tiempo. Se les acerca un hombre e intercambian unas palabras rápidas. Es el novio de la Loba Guzmán.

—Arrasate, comprueba posición. Quinientos metros a mi izquierda —dice Marion—. Sudadera negra con capucha y una cámara de fotos en la mano.

—¿Es de los nuestros? —inquiere Quintana.

Localizo al tío y espero a que se quite el visor del ojo.

—No, hostias, no lo es. Yo me encargo.

¿Qué hace aquí el gilipollas de Adriano? El novio de Antón está parapetado detrás de una pila de neumáticos viejos haciendo fotos al novio de la Loba y al buque. ¿Cómo ha conseguido colarse aquí? Me pongo la capucha de la cazadora también y abandono la pasarela para dar con él antes de que sea demasiado tarde.

—Atención. —La voz de Lena interrumpe mis pensamientos—. Confirmado. Silvana ya tiene la invitación para la fiesta que celebrará Tariq mañana por la tarde en su mansión.

—Nexus 2 a base —habla Diego ahora—. Los contenedores azules no los están cargando en los camiones, solo los amarillos.

—¿Acaban de cambiar de planes? —pregunta Marion.

—Hay un pesquero de casco reforzado aproximándose al muelle auxiliar 4.

—Maldita sea —gruñe Quintana—. Si mando detener los camiones y van ellas, se va a tomar por el culo la operación.

—Van a hacer el transbordo al barco pequeño, como hemos supuesto, y las van a llevar a Tánger —afirmo.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta Lena desde la furgoneta.

Silvana está alojada en un pequeño hotel no muy lejos de aquí custodiada por dos agentes.

Me detengo antes de llegar a la zona donde antes estaba Adriano y miro por los prismáticos de nuevo.

—¿No os habéis fijado en el orden de estiba? La descarga no ha sido aleatoria. Primero han bajado los contenedores amarillos, los de material agrícola real, para hacer bulto. Luego, los azules, cuando los guardias han empezado a contarse chistes, ha sido bastante descarado —argumento—. Me apuesto lo que queráis a que solo esos llevan la refrigeración interna. Y mirad las grúas auxiliares, han girado el brazo hacia el canal de agua.

—Se están dando mucha prisa —masculla Mendoza.

—Es un transbordo ciego. No van a arriesgarse a ir por carretera y encontrarse algún control. El pesquero cruzará el estrecho en menos de una hora. Luego, desde Tánger, sin la policía siguiéndoles el rastro, las llevarán por la ruta interior hasta Marrakech.

—Tiene sentido. La Loba Guzmán está allí desde esta mañana —nos informa Diego—. Y siempre está presente en los intercambios.

—Tenemos que llegar a Tánger antes que ellos para no perderles la pista —comento—. Marion y Diego, en cuanto el pesquero zarpe, os veo en el punto de encuentro. Lena, que los agentes lleven a Silvana a la base, volará con nosotros.

—No cortéis la comunicación hasta que os subáis a la avioneta —nos advierte Quintana—. Empiezo a coordinar ya el dispositivo en los alrededores de la propiedad de Tariq.

Después de escuchar a Jacobo, me quito el pinganillo de la oreja y busco a Adriano entre los neumáticos. Se ha movido un par de metros a la derecha, pero ahí sigue, ajeno al peligro, disparando con su cámara. Con un movimiento brusco, lo aferro por el hombro y lo arrastro a la oscuridad de un contenedor cercano cortándole la respiración antes de que pueda hablar. Me reconoce enseguida y su cara muta del pánico absoluto a un leve temor.

—¿Qué coño estás haciendo aquí, Adriano? —Lo empotro contra la chapa oxidada y le tapo la boca con una mano.

Él solo se preocupa de que no se le caiga la cámara al suelo e intenta forcejear para que lo deje libre.

—¡Suéltame! —Le quito la mano de la boca, pero lo retengo contra el contenedor—. Esto no es lo que tú crees.

—Ah, ¿no? Porque lo que creo es que te estás metiendo en aguas muy turbias. Así que, o te largas ya, o tienes muchas posibilidades de acabar flotando en la dársena antes de que salga el sol. Tu escondite es una mierda, no soy el único que te ha visto. ¿Se puede saber qué buscas? ¿Aparte de que te maten?

—¡La verdad! —espeta y respira con dificultad—. Solo la verdad. Llevo meses detrás de Regina Guzmán. Hace un par de años hice un reportaje de su padre y sabía que, desde que lo encarcelaron, habían diversificado el negocio, menos coca, más mujeres. Llevo meses tras ella, Yago.

—¿Solo tras ella?

—Tengo fechas, nombres…, algunos nombres tan interesantes que podrán en jaque a más de un país. No es solo un reportaje, es mi vida.

Sonrío tenso. No tiene ni idea de que ahora mismo no puedo dejarle irse de rositas. Quintana se va a cabrear por este imprevisto y lo que menos me apetece es que crea que tengo algo que ver con su presencia aquí. Si está detrás de la Loba hace tanto tiempo, tendría conocimiento de nuestra investigación sobre ella en el caso de Tamara, lo que significa que a nosotros ya nos tenía identificados. ¿Y si solo se acercó a Antón para sacar información? Destierro esos pensamientos de mi cabeza, porque su relación con el ex de Lucía tampoco es de mi incumbencia.

—¿Cuánto tiempo crees que tardarán sus sicarios en dar contigo? Si ella te descubre, tu vida no valdrá nada. ¿Entiendes el alcance de todo esto?

—Sí, no soy tan gilipollas como crees. Pero me debo a mi trabajo. Supongo que como tú al tuyo.

No llego a compartir la comparación, porque Marion llega hasta nosotros.

—¿Todo bien? —pregunta y alumbra con la linterna de su móvil la cara de Adriano.

—Sí, todo controlado.

—¿Este no es el tipo que vimos en la embajada? —Acaba de recordar que ya lo conoce.

—El mismo.

—¿Y qué pinta aquí?

Se me escapa media sonrisa porque emplea una frase muy nuestra.

—Soy periodista —afirma Adriano como si eso fuera un salvoconducto.

—¿Y? —Marion le encara.

Adriano trata de esquivar nuestros cuerpos, pero la francesa está rápida y le bloquea el paso.

Aprovecho la maniobra para quitarle la cámara y advertirle que no se puede marchar así como así.

—¿Qué coño haces? —se queja—. Quítame las manos de encima. Y tú, devuélveme mi cámara.

—Te calmas y te tranquilizas, porque la noche se acaba de hacer eterna para ti —espeto—. Llévalo al punto de encuentro. Se viene con nosotros.

—¿Es una orden? —inquiere Marion mientras le inmoviliza las manos en la espalda.

—Sí, lo es.

Me vuelvo a colocar el pinganillo en la oreja.

—Nexus 1 a base. ¿Me escuchas?

—Sí. Pero ¿por qué cojones no estabas escuchándonos tú? Os he dicho que no os desconectéis.

—Estaba haciéndome cargo de un problema.

—No quiero escuchar la palabra problema en mis operativos, solo quiero oír la solución —masculla Quintana.

—Necesito custodia para un paquete. Dos agentes, que te lo entreguen a ti.

—¿Es imprescindible?

—Si quieres evitar filtraciones, sí.

—Ahora te los mando. Y sacad esos culos de ahí ya. El pesquero ha puesto rumbo a Tánger hace unos minutos. Necesito que lleguéis allí antes de que atraquen. Si piensan llevarlas a la propiedad de Tariq y tenerlas listas para la fiesta, no tienen tiempo que perder.

—Entendido.

La aparición estelar de Adriano va a retrasar nuestra salida. Me molesta no haber sido más listo que él y haber evitado esto. Lo cierto es que, tal y como han sucedido los acontecimientos los últimos días, como si los minutos se gastaran de tres en tres, no he tenido tiempo para investigarlo más a fondo y haber averiguado sus intenciones. ¿Y Lucía? ¿Sabría lo de su investigación? Pensar en ella ahora abre una grieta en mi concentración, justo cuando menos lo necesito. Las imágenes de su cuerpo apresado por el mío en el vestuario del gimnasio me nublan la vista. Su olor, el sabor de su beso mezcla de impotencia y desesperación, el tacto de su piel húmeda entre mis dedos… Y la cara de resignación cuando la privé de su merecido orgasmo. Cierro los ojos un segundo y me relamo como un auténtico animal anticipándose a la caza de su presa. Qué putamente perdido estoy cuando se trata de ella.

Vuelvo al bucle. Ella, con esa capacidad para leer entre líneas, con ese sexto sentido envidiable, con el que consigue destripar lo que las personas se empeñan en disfrazar, ¿seguro que no sabía que el novio de Antón estaba jugando a ser un héroe? Porque, de ser así, me molestaría la hostia. Aunque después de lo que hice con lo de Silvana no podría recriminarle nada.

Podría llamarla y contarle la aventura de Adriano en Algeciras. O mandarle un mensaje. Al fin y al cabo, es alguien cercano a Antón y a Deva, y sé cuáles son sus prioridades. Por nada en el mundo querría ponerlos en peligro. Sin embargo, no estoy autorizado para hacerlo. Es información confidencial y, de nuevo, no puedo compartirla, aunque me joda. Así que tendré que esperar a que termine este maldito operativo y regresar a Madrid para hablar con ella.

36

LUCÍA

El sol empieza a descender y enseguida se hará de noche. La temperatura ha bajado con respecto a la que había esta mañana cuando hemos llegado. No obstante, sigue siendo bastante cálida para ser octubre. El aire de Marrakech desprende un aroma dulzón que me recuerda al del azahar y a un perfume que suele usar mi madre y que a mí me empalaga.

Llegar hasta aquí no ha sido fácil, y menos hacerlo por nuestra cuenta y riesgo, sin informar a nadie. Al final, decidí que lo más coherente era que Marcos se quedara en la brigada para cubrirnos con Carbonell, así que él y Cruz están dándonos su apoyo desde Madrid.

Estamos en el tejado de un edificio deshabitado cercano a la propiedad de Tariq esperando a que anochezca, mientras tanto, vemos llegar a algunos de los invitados a su fiesta. La mansión del franco-saudí se alza como una fortaleza inexpugnable en medio de esta zona residencial de lujo de la Ciudad Roja, rodeada de olivos y palmeras, al fondo, divisamos el Alto Atlas.

—El móvil de Estefanía ha dejado de emitir señal hace media hora —nos informa Cruz.

—Esperemos que no haya cambiado de ubicación y que siga encerrada en el mismo sitio —musita Roque con preocupación.

Ajusto el visor de los prismáticos y compruebo que los coches de alta gama no dejan de llegar a la entrada de la mansión.

—¿Cuántos invitados habrá? —inquiere Virginia.

—No menos de cincuenta. Bajemos, es hora de ir acercándonos.

Justo cuando estamos a punto de descender por una tubería de la pared derecha hacia el patio por el que nos hemos colado, un zumbido casi imperceptible corta el aire.

—¡Cubríos! —ordeno—. Es un dron.

El cacharro pasa como una sombra sobre nuestras cabezas y descendemos todo lo rápido que podemos.

—¿Creéis que es de la seguridad de Tariq? —inquiere Virginia.

—Ni de coña. Antes me ha parecido ver otro sobre el palmeral. Y esta calma chicha en la que parece estar sumida la zona me da mala espina. Nexus ya está aquí.

—Si han venido a desmantelar la red como pensamos, va a ser prácticamente imposible acceder a la propiedad, al menos no sin que nos reconozcan —añade Roque.

El sonido del dron se aleja, pero la sensación de que nos vigilan no lo hace.

—Jefa, escucha.

—Cruz… —pronuncio su nombre con tono de advertencia.

—Primero escucha, luego ya me matas. He conseguido saltarme el cortafuegos de la red segura de nuestros excompañeros y he interceptado la señal del CNI. Efectivamente, están desplegados por la zona, pero no están solos; la operación congrega a cuerpos de élite de otros países.

Me quedo bloqueada asimilando lo que acaba de decir. Roque me mira expectante esperando que ponga la cordura necesaria, porque todo esto es demasiado grave como para pasarlo por alto.

—¿Estás loco? No puedes hackearlos, Cruz, si nos pillan…

—Era eso o ir a ciegas —se excusa—. Yago y su equipo tienen un mapa térmico en tiempo real que nosotros deberíamos ver. Ahora lo tengo en mi pantalla.

—La hostia —espeta Marcos desde mi despacho.

—También he conseguido los nombres de las otras mujeres de la fotografía. Confirmado. Una es Marie Van Der Velde, alumna ilustre del Blackwood, y la otra, lo vais a flipar…

—Deja las maniobras de distracción, Cruz, sigo pensando que se te ha ido la pinza hackeando al CNI y que no estás calibrando las consecuencias. Así que venga, al grano.

—Felisa Robles –suelta—. Estudió con ellas. Así que todas coincidieron en Londres con la madre de Silvana.

—Lo dicho. Pura venganza —susurra Roque.

—Más bien impura obsesión —replica Cruz—. Como del ordenador personal de Esmeralda no conseguimos sacar nada después de que Nexus lo limpiara, recordé que el sistema de Luxepic era un lugar mucho más seguro para encriptar información si querías esconderla. Ya sabéis lo flipado que me dejó cuando investigamos lo de Tamara.

—No te enrolles, Cruz —lo apremia ahora Estébanez.

—Pues eso, que me metí otra vez en él y, aunque temí que lo hubieran deshabilitado, sorprendentemente seguía activo. Vamos, que alguien sigue metiendo datos ahí.

—Aldo Ferraz —afirmo, puede seguir operando en la sombra desde Panamá. No le costaría demasiado esfuerzo.

—Yo también pensé en él. Entre sus entresijos di con una carpeta con las amenazas que recibía Esmeralda en su *e-mail* corporativo y que, por extraño que parezca, el CNI no rastreó. En todos los correos dirigidos a ella, alguien mencionaba que sabía lo que había ocurrido en Londres y que pagaría por ello, además, estaban firmados con el nombre de Vittoria.

—Qué retorcido —apunta Virginia.

—No, lo realmente retorcido viene ahora —continúa Cruz—. Había otra carpeta con capturas de pantalla, imágenes de Silvana con la señora Callagham tumbadas en la cama. Y una muy turbia, con escasa calidad, en la que aparece en esa misma posición una joven Esmeralda, desnuda, al lado de la madre de Silvana.

—Joder. —Un escalofrío me atraviesa la espalda.

—Impura obsesión —repite Virginia como si estuviera leyendo el título de un libro.

—Le he pedido a Cruz que cruce los datos de las cuentas personales de Felisa con los de la dirección general y con los de la empresa creada en Suiza —interviene Marcos—. Con el CNI volcado

en el operativo y queriéndonos a nosotros al margen, esto huele a limpieza general.

—¿Limpieza? —inquiere Roque.

—Si Felisa ha movido fondos reservados, que no tienen que aparecer en los registros oficiales de la dirección, a esa cuenta suiza o a otras pantalla, para luego terminar allí, y se confirma que es una de las cabecillas de la red, el CNI podría hacer desaparecer todas las pruebas en aras de la seguridad nacional. Y, lo más importante, para no alterar el orden político actual —argumento, yo he entendido a Marcos a la primera.

—¿Y Monasterio? —pregunta Virginia—. ¿Será un cómplice más?

—Él nos quiso fuera del caso, pero ¿lo hizo obligado? ¿O como medida disuasoria para que no lo pilláramos?

—La respuesta la tendrá Carbonell —asegura Marcos—. Y Felisa ¿nunca ha estado al tanto de la operación Babel? Porque, si sospechaban de su participación en la red, habrán tenido que ocultárselo.

Pienso un segundo en las palabras de Estébanez. Tiene razón, si la operación ya tiene una dimensión estratosférica actuando a espaldas de la directora general, ahora adquiere un nivel muy superior.

—Lo cierto es que Quintana siempre ha estado a las órdenes de Allende en este tema —confirmo—, así que, si la tenían en el punto de mira, probablemente lo hayan coordinado sin ella.

—Dato importante —nos interrumpe Cruz—. Silvana acaba de entrar en la mansión. Es el cebo del operativo. La horquilla con forma de mariposa que lleva en el pelo contiene un micrófono.

—Obvio, para eso la querían aquí —siseo—. Ha hecho un trato con ellos y, después, vete a saber si tan siquiera entra en prisión.

Pero sigue siendo una asesina. Y que la maquinaria estatal trabaje de ese modo no me reconforta lo más mínimo.

—La cúpula va a reunirse con un jeque saudí para cerrar una transacción en el gran salón, no sé cómo lo hará, pero quieren que esté allí y lo grabe todo.

—¿Y Estefanía? —pregunta Roque—. ¿Has podido localizarla? Porque es importante sacarla de ahí antes de que la operación Babel

explote.

—En la ubicación que te ha enviado ya no aparece nadie. Justo al lado, se ve una señal débil, puede que sea detrás de algún panel de madera, por el tamaño, podría ser el despacho de Tariq. El CNI tiene marcada una señal gigante en las caballerizas, detrás del jardín del fondo. Hablan sobre un intercambio con Faisal Al-Saud, el jeque.

—Es una venta, no un intercambio —afirmo—. La fiesta es solo la tapadera para venderle a esas mujeres, porque no son caballos, eso te lo garantizo.

La precisión de los datos me marea, sobre todo porque no consigo quitarme de la cabeza el peligro real que corremos todos teniendo acceso a su información.

—¿Y Arrasate? —pregunta Roque quitándome la pregunta de los labios mientras nos metemos en la furgoneta que hemos alquilado en el aeropuerto para acercarnos a la mansión.

—Está en el puesto avanzado, a menos de un kilómetro. Tenéis que daros prisa, están monitorizando cada centímetro de la casa. Y empiezan a darse cuenta de que hay actividad no identificada. Si te ve, va a querer sacarte de ahí.

Resoplo, no es algo con lo que no contara. Aun así, una sensación que apenas me atrevo a sentir me inunda. Sigo cabreada, pero también preocupada, por él, por mí, y, sí, por ese nosotros que me empeño en negar. Estamos en el ojo del huracán y no hay vuelta atrás. Sin embargo, sé las horas de trabajo que ha invertido Yago en esta operación, sé lo importante que es para él terminar con éxito y sé que no me gustaría jodérselo.

—Entro yo —anuncia Virginia—. Cruz, métete en la lista de invitados, me apuesto lo que quieras a que está el nombre de Camila Montero, aunque no se haya atrevido a venir. Es una corazonada.

—Ruiz…

—Vamos, Báscones. Estoy preparada, confía en mí.

—Déjame un par de minutos, a ver si a través de su wifi consigo acceder —comenta Cruz.

—No perdáis la conexión, por favor —nos pide con voz suplicante Marcos.

Virginia saca un vestido negro de su mochila, se quita los vaqueros y la camiseta y se lo pone rauda y veloz. Después, se suelta la melena, se desordena los mechones de la parte delantera con los dedos y se mira en la pantalla de su móvil para pintarse la raya, negra, muy marcada. A continuación, los labios, de un tono granate vino. Se deshace de las zapatillas y de los calcetines, y se calza unas sandalias plateadas con tacón.

—Aparco aquí. —Roque estaciona enfrente de una entrada lateral por la que han accedido las furgonetas del *catering*.

—Camila Montero —dice Cruz—. Está en la lista.

—Lo sabía. Deseadme suerte. Allá voy.

—Espera. —La detengo antes de que salga de la furgoneta—. Ten cuidado, por favor. Y si no lo ves claro, regresas y cambiamos de estrategia.

—No te preocupes, Báscones.

—Toma. Probablemente te hagan dejar el móvil. Entrega este. —Roque abre su mochila y saca uno con poca pinta de *smartphone*. Lo enciende y marca un teléfono fijo. Nos dice que es el de su casa. Virginia pone el suyo en silencio y se lo mete en el único sitio donde no la tocarán, menos mal que la falda del vestido tiene vuelo y que el sistema de comunicación que utilizamos lo consiguió Cruz en el mercado negro y es de última generación, casi imperceptible.

—¿Y por qué Estefanía tenía el suyo? —pregunta Marcos.

—Porque ella ha llegado antes y con Tariq en calidad de invitada especial, el muy hijo de puta —espeta Roque.

—Tranquilo, la encontraré y la sacaré de ahí —asegura Virginia.

Roque echa un vistazo por los espejos retrovisores y le indica cuándo salir. Aunque entra por la entrada que parece para el personal, enseguida la vemos hacerse la despistada y alguien la guía hasta el chico de seguridad que controla el acceso principal.

—Estoy dentro —susurra Virginia una vez que ha atravesado la entrada. El sonido de los violines y el murmullo de las risas se filtra por el auricular—. Tenías razón, he entregado el teléfono y lo han guardado en una caja de seguridad. Esto es una locura. Hay casi un guardia de seguridad por invitado. Tariq localizado, pegado a la

fuente. Habla con un hombre vestido con una túnica blanca, podría ser Faisal Al-Saud, aunque vestidos como él hay tres o cuatro más.

—¿Reconoces a alguien más? Quizá Marion o Diego. Lena creo que estaba quemada.

—De momento no. Pero veo a Felisa, está en una mesa apartada fumando. Su escolta está detrás de ella de pie.

—No se atreve ni ella a venir sola —musita Marcos.

—Problema —suelta Cruz—. Camila está en la entrada principal intentado acceder, el de seguridad le dirá que alguien ya lo ha hecho usando su nombre.

—¿Qué hacemos? —pregunta Roque—. ¿Voy amablemente a por ella?

—No, confiemos en que algún miembro cualificado del CNI también la haya localizado y la intercepte antes de que sea tarde.

—Marie Van Der Velde se une a Felisa. Intercambian unas palabras y se mueven hacia el ala norte, el escolta las sigue dos pasos por detrás. Que no me vea, porque ese tío me conoce.

—Podrías habernos informado de eso —protesto.

—Puede que no se acuerde de mí. Espera, por el camino se han cruzado con Silvana. Marie le da un pequeño beso en la boca. Y…

—¿Y? —me impaciento.

—Joder, Felisa también —nos cuenta Virginia—. Y parecen encantadas las tres. Aunque Silvana solo esté fingiendo. ¿En serio se ha enrollado con las tres amigas de su madre? Soy muy de pueblo para esto.

—Me cuesta creer que antepongan el placer a los negocios en este instante —se extraña Marcos.

—¿Y cómo ha conseguido Silvana que la dejen asistir a una reunión tan importante? —pregunta Roque.

—Está claro que ha sabido ganarse su confianza, de otra manera no estaría aquí —confirmo—. Recordad que Marie y Felisa enviaron dinero a la cuenta que tiene en Panamá tres días después del fallecimiento de Esmeralda. Quizá la pelirroja supo venderles la idea de que, con la ausencia de su amiga, ella era la única persona integrada en los mismos círculos de poder y con acceso a información en la que podían confiar ciegamente.

—O quizá las ayudó solo con el blanqueo de capitales a cambio de una pequeña parte del pastel —comenta Roque.

—Podría ser. Vale, acaban de separarse —nos informa Virginia—. Silvana retrocede por el camino y se acerca a Tariq y al jeque, que están custodiados por Samir, el amiguito de Marion.

Me parece muy raro que la francesa no esté merodeando por el jardín también. No sé cómo habrán preparado el operativo, pero es crucial que tengan a alguien dentro.

—He visto a Mendoza. Él a mí no. Está muy cerca de la Loba, que le hace un gesto a Tariq con la cabeza. Creo que ha llegado la hora de la reunión.

—Es el momento perfecto para intentar dar con Estefanía —afirma Roque—. Cruz, ¿sigue emitiendo esa pequeña señal en el despacho?

—Sí. Tu primera opción tendría que ser buscar ahí. He conseguido el plano de la casa en 3D, cortesía del servicio de inteligencia.

—Cruz… —protesto, pero a él le entra por un oído y le sale por otro.

—La puerta tiene un código de cuatro cifras y la huella dactilar, pero se puede anular esta última. No sé si lo conseguiré, pero voy a intentarlo.

—¿De qué película has salido? —lo vacila Roque para rebajar la tensión.

—De una en la que ganan los buenos —se pavonea él.

—Mierda —sisea Virginia y su voz baja dos tonos—. Problema. Uno grande.

—¿Qué ocurre?

—Vasile. Está aquí, junto a la barra. Se acaba de girar y me está mirando.

Las pulsaciones se me aceleran, así que me puedo imaginar cómo están las de Virginia. Él asqueroso de Vasile conoce de sobra a la subinspectora.

—¡Sal de ahí, Ruiz! ¡Ya! —ordeno.

Se escucha cómo inhala y exhala con el eco de unos pasos pesados sobre la grava, a continuación, oímos una voz rasposa.

—Qué pequeño es el mundo… y qué vestido más bonito has escogido para darme esta sorpresa, zorra.

—¡Virginia! —gritamos Estébanez y yo al unísono, pero no obtenemos respuesta.

Lo siguiente que escuchamos es el sonido de una bandeja estampándose contra el suelo y un ruido agudo.

—¡He perdido la señal! —chilla Cruz—. Puede tratarse de un inhibidor. Intentaré contrarrestarlo.

Resoplo tratando de que el pánico no me paralice. Miro a Roque, que sigue sentado al volante, como si sus ojos tuvieran una respuesta que a mi cerebro no acaba de llegar.

Al cabo de unos segundos, la respuesta nos llega a los dos en forma de una llamada entrante que no voy a contestar.

Yago.

—¿No vas a cogérselo?

—No —respondo rotunda.

—¿Y qué hacemos? ¿Crees que las podrá sacar él de ahí?

—No lo sé, pero no es momento para especular, Roque. Vamos a entrar.

37

YAGO

El centro de mando es un cubículo asfixiante en la parte trasera de un furgón destartalado. Pese al gran despliegue de cuerpos especiales rodeando la finca y los activos ya infiltrados en el interior de la mansión, Lena y yo sostenemos los hilos de esta marioneta: espectro térmico, reconocimiento facial y un barrido de frecuencias que me zumba en los oídos como un enjambre de abejas.

—La Loba ha regresado de las caballerizas. —La voz de Mendoza llega por el canal exclusivo de Nexus desde el jardín.

Asiento, mis dedos vuelan sobre el panel buscando a Silvana, nuestro caballo de Troya. Está en la pantalla tres hablando con Eros, otro de los *escorts*. A su espalda, Marion, que será su sombra hasta que termine la operación, excepto cuando entre en el gran salón. La transacción con el jeque Al-Saud es el epicentro de este terremoto; si la pelirroja se equivoca o nos traiciona dejándonos sin pruebas, el trato que le hemos ofrecido se esfumará.

Mis ojos saltan a la pantalla seis, que monitoriza el perímetro.

Tiene que ser una puta broma. Bufo y aprieto los puños mientras observo la imagen sin dar crédito. ¿Qué está haciendo aquí?

La subinspectora Ruiz avanza por un lateral con un vestido negro y unas sandalias de tacón inapropiadas para el terreno. Se mueve entre el personal del *catering* intentando camuflarse con una torpeza que me hace rechinar los dientes. Charla con uno de los encargados, que le indica amablemente cómo llegar a la puerta principal.

—Una mujer acaba de pasar el control de seguridad de la entrada principal dando el nombre de Camila Montero —me advierte Lena con voz tensa mientras repasa la lista en su tableta.

—Es Ruiz —susurro para mí mismo, como si todavía no me lo creyera.

Muevo una de las cámaras hasta la zona por donde ha aparecido Virginia y encuentro un vehículo que no figuraba en el escaneo hace diez minutos. Y, si ella está aquí, Lucía no anda muy lejos.

—¿La subinspectora de la BEDA? —inquiere Lena y afirmo con la cabeza.

—¡Arrasate, soluciónalo ya! —El grito de Quintana a través del *feed* directo hace vibrar las paredes del furgón.

—Quintana…

—¡Ya!

Corto la comunicación general. No necesito sus gritos, necesito tiempo. Le hago un gesto a Lena para que mantenga la calma. La reunión está a punto de celebrarse, solo necesitamos ganar algunos minutos y no perder de vista a Virginia. Cuando entremos, yo mismo me encargaré de sacarla a rastras y devolvérsela a su jefa con un lacito.

Recupero la conexión con el resto del grupo y localizo a Virginia moviéndose con soltura entre los invitados. Felisa Robles está en una mesa apartada fumando con su escolta detrás. Me pregunto cuánto le estará dando bajo cuerda para que sea partícipe de tanta podredumbre. Los últimos datos han confirmado, como Quintana y yo sospechamos, que la cabeza de la serpiente que nos faltaba por descubrir es la de Felisa Robles. El cerebro económico que orquesta todo el entramado de la red. Marie se acerca a ella y poco después se van juntas. Silvana se une a ambas. Intercambia un beso en la boca con una y luego… con la otra.

—¿Habéis visto eso? —nos pregunta Marion.

—Sí —responde Lena—. Nunca ha mencionado que su relación con Felisa también fuera íntima.

—Porque para ella solo son una obsesión compartida —afirmo.

—Base a Nexus 1. ¡Tenemos un problema de seguridad en la red! —La voz ronca del jefe técnico que está en Madrid supervisando

todo con Quintana se cuela en nuestra conversación—. Alguien ha saltado nuestro cortafuegos. Están interceptando la señal del mapa térmico en tiempo real.

—Cruz —mascullo de tal manera que no capten su nombre. Ese crío tiene más talento que sentido común.

«Muy bien, Báscones, muy bien, ¿por qué nunca te puedes quedar quieta?».

—¿Cómo? —inquiere Quintana.

—Nada. Yo me ocupo. Seguimos adelante.

Lena hace *zoom* en una de las cámaras y resopla. En la imagen se ve a Camila Montero, la verdadera, intentando acceder a la fiesta, recién salida de su agujero, porque no hemos sido capaces de dar con ella hasta ahora. Como no la dejan entrar, se aparta del camino principal y saca el teléfono móvil de su bolso.

Tanto trabajo, tantas horas, tanto despliegue para que en una décima de segundo todo se vaya a la mierda. Y sí, la culpable solo tiene un nombre, uno de cinco letras.

—Todos los objetivos acercándose al salón —nos informa Mendoza—. Repito, todos.

—Mariposa libre —suelta Marion indicándonos que ya no puede estar pegada a Silvana porque ha accedido al gran salón—. Mantengo posición. Pasillo oeste.

—¿Samir está dentro también? —me intereso, no quiero que Marion vuelva a jugárnosla.

—Afirmativo.

En la pantalla de la izquierda aparece un hombre corpulento acercándose a Virginia, interceptando su paso cerca de la barra. Esa cara me suena… Mierda. Es Vasile. Él la ha reconocido, no hay duda, la forma en la que la mira no presagia nada bueno.

Saco mi teléfono y hago lo último que esperaba tener que hacer hoy, al menos no antes de que terminara la maldita operación. Marco el número de Lucía. Sé que está en algún lugar ahí fuera, probablemente en esa furgoneta gris, quizá con Roque o con Marcos. Igual que también sé que está a punto de cometer una puta locura para salvar a Ruiz.

«Coge el teléfono, Lucía. Por lo que más quieras, coge el puto teléfono». Nada. Salta el buzón. Dos intentos fallidos más y pruebo con Roque con idéntico resultado, lo que me confirma que está con ella, no en Madrid.

—Acabo de aislar la señal de Silvana —anuncia Lena—. Se escucha bien.

—Base, ¿la tenéis? —pregunto.

—Afirmativo.

—Operación Babel iniciada —confirmo—. A mi orden.

—Que los equipos de élite aseguren las salidas —pide Quintana —. No queremos que nadie se escape.

—Especialmente, Tariq —siseo—. Que suele ser muy escurridizo.

El resoplido de Marion lo escuchamos todos.

—Camila está hablando por teléfono con alguien, si es con la cúpula… —me advierte Lena.

—Inhibidor activado en tres, dos, uno… —anuncio.

Estamos creando un agujero negro informativo, los dispositivos móviles morirán simultáneamente y así dejaremos a la cúpula aislada.

—Equipo Alfa 1 en posición. Esperad mi señal para asalto coordinado —ordeno sintiendo la tensión en mis propias cuerdas vocales.

Tenemos a tiro de piedra a toda la cúpula y eso significa que estamos a punto de culminar.

La cúpula habla en el gran salón de plazos, de pagos y del número de mujeres como si se tratara de los caballos del franco-saudí. A cambio, pasta, mucha pasta. Y trato de favor en otras transacciones ilegales. La Loba junto a Tariq, los responsables de la logística internacional; Latinoamérica y Asia son sus puntos fuertes. Van Der Velde y Robles abriendo las puertas de Europa sin ningún pudor. Extorsión. Tráfico de influencias y desvío de capitales. Esmeralda solo fue la que los conectó a todos gracias a su exitosa red de contactos. Sacaba tajada, sí, pero no quiso involucrarse más. En realidad, lo que quería era salir, o eso parecía, pero la mataron antes. Y ahí entra Camila, que no tenía los mismos planes que ella y estaba harta de ser solo una empleada más. Por correlación, Silvana,

mejor posicionada que la secretaria dentro del círculo de la señora Callagham. Atractiva, lista, con años de experiencia en el negocio y con sueños de grandeza. Ahora liada con Camila, ocupando un lugar importante en esa reunión y con una venganza ciega y personal a sus espaldas, con tintes obsesivos, inoculada desde que era una cría.

Dejo que hablen un rato más, pero esto está a punto de acabar, es cuestión de segundos.

—Arrasate, mira esto. —Lena hace *zoom* y me inclino sobre la pantalla. El aire se me queda estancado en los pulmones. Lucía y Roque avanzan pegados a la pared de piedra hasta la puerta lateral por la que accede el servicio. ¿Nadie está vigilando ahí?

—¡Ahora no, Lucía! ¡Ahora no! —grito al monitor como si pudiera oírme.

No sé cómo lo han conseguido, pero están dentro. Los dos. Ya sabía yo que mi amigo no la dejaría sola.

No pregunto. No escucho los murmullos de Quintana al otro lado. No sé si me está relegando u ordenando. Me pitan los oídos y solo me concentro en el foco. No puedo permitir que todo se vaya a la mierda. Ahora no. Tampoco hago caso de las advertencias de Lena sobre el tiempo. Solo espero que los segundos que les hemos dado de más sean suficientes.

—Alfa 1, Alfa 2, ¡entramos ya! —ordeno por el canal general y mi voz suena afilada, cargada con una urgencia que no admite réplicas —. Repito: ¡entramos ya!

El estruendo de las granadas aturdidoras reverbera incluso en el furgón, haciendo vibrar las pantallas. Las imágenes de los monitores se saturan de blanco. A través del parpadeo de la señal, veo a Vasile arrastrando a Virginia hacia la casa de la piscina mientras el pánico estalla en el jardín.

Una unidad especial de los GEO está a punto de irrumpir en las caballerizas para liberar a las mujeres hacinadas allí.

—Nexus 1 a Nexus 2. —Intento comunicarme con Marion, pero no me responde—. Nexus 2, ¿me escuchas? Necesito confirmación.

Nada. Y la desconfianza se vuelve a apoderar de mí. Marion tiene que salir de ahí asegurándome que Tariq está en nuestras manos, igual que Silvana.

—Nexus 1 a Nexus 3. —Lena llama a Diego ahora—. Confirma posición.

—Alfa 1 y 2 están dentro. Mucho humo, visión insuficiente. No puedo confirmar neutralización. —La voz de Mendoza llega entrecortada.

No me gusta nada el rumbo que está cogiendo la operación. Tenía que ser una intervención limpia y rápida. En cambio, gracias a los condicionantes con los que no contábamos —todos miembros de la BEDA, por cierto—, se está ralentizando.

—Voy a entrar. Quédate aquí —le ordeno a Lena mientras me encajo el casco.

Ajusto el sistema de comunicación integrado, cierro el chaleco antibalas y bajo el visor nocturno sobre el ojo derecho. Lucía y Roque están ciegos ahí dentro; si no los ayudo, no darán con Virginia.

—Arrasate, no deberías…

La advertencia de Lena se pierde cuando salto al exterior. Parte del perímetro de la mansión está en una tensa calma, así que me fijo en una ventana de la planta baja, pertenece al cuarto de la colada, ahora vacío según el último barrido térmico. Me cuelo por ahí con la agilidad que me da la adrenalina. Justo cuando mis botas tocan el mármol, el eco de los primeros disparos se me cuela por el tímpano mezclado con el rugido ensordecedor de los rotores de los helicópteros que ya descienden para llevar a cabo la extracción de la cúpula.

Aprieto el arma contra el pecho y activo el visor nocturno rogando en silencio; tengo que encontrar a Lucía y a Roque cuanto antes.

38

LUCÍA

El aire en el pasillo está saturado de polvo blanquecino, pero lo peor es el olor a pólvora. Los gritos se mezclan con el rugido de los helicópteros que parece que quieran hundir el tejado de la mansión. Todo es caos.

—¡Roque, por aquí! —le grito, aunque apenas oigo mi propia voz.

Avanzamos pegados a la pared esquivando a camareros que corren en dirección opuesta con el terror grabado en las pupilas. Tenemos que encontrar el despacho de Tariq, si Cruz estaba en lo cierto y la última localización era buena, debe tenerla encerrada allí. Pero mi mente es un hervidero; no hay ni rastro de Virginia y hemos perdido la comunicación con ella hace un buen rato. Debería separarme de Roque e ir a buscarla, con el asalto de los cuerpos especiales, quizá haya podido escabullirse de Vasile y esté escondida en algún lugar más seguro.

Doblamos la esquina hacia el ala oeste y me freno en seco. Contaba con la posibilidad de encontrarme con él aquí, bueno, más bien existía una alta probabilidad de que él nos encontrara a nosotros primero, pero nunca lo había visto así y, no mentiré, su imagen me impacta. De negro de los pies a la cabeza; casco, chaleco antibalas, visor nocturno en el ojo derecho y el arma cerca del pecho. A cualquiera le costaría reconocerlo con ese uniforme, a cualquiera menos a mí. Es más, podría reconocerlo con los ojos cerrados solo por la forma en que el aire se espesa a su alrededor.

Esa postura desafiante, apoderándose del espacio con su cuerpo entero, y el ángulo especial de su mandíbula cuando aprieta los dientes con fuerza, que tan estudiado tengo.

Yago aparece entre la nube de humo. El enfado, la rabia y la adrenalina chocan en un espacio de apenas tres metros.

—¿Qué cojones hacéis aquí? —Su voz suena más fuerte que cualquier ruido.

—Hemos venido a verte, como es viernes… —suelta Roque para rebajar la tensión, pero no surte el efecto que deseaba en su amigo, que nos lanza llamas con la mirada.

—¿Crees que es el mejor momento para tus chistes, Roque? ¿Y tú? —se dirige a mí acortando la distancia que nos separa y señalándome con el dedo—. Tú no podías quedarte en Madrid y pasar página, ¿verdad? Tú tenías que venir hasta aquí sin el permiso de nadie. Porque la inspectora Báscones no sabe acatar una puta orden.

—Alguna sí —mascullo.

—¡Salid de aquí! No os lo voy a repetir. ¡Ya!

—Arrasate, esto tiene una explicación —intercede Roque para que su amigo atienda a razones.

—Una que ahora no tenemos tiempo de darte. Voy a buscar a Virginia. Tú vete a por Estefanía —ordeno—. Nos vemos fuera.

—¿Estefanía está aquí?

—Sí. Tariq la tiene retenida, creemos que en algún punto ciego dentro de su despacho —afirma Roque.

Yago bufa.

—Mierda, mira que se lo advertí —se lamenta.

La tensión en sus hombros no desaparece. Los cuerpos especiales irrumpen al fondo del pasillo gritando órdenes en un idioma que el pánico vuelve ininteligible. Arrasate me mira fijamente, puedo sentir los engranajes de su cerebro funcionando a toda velocidad.

—Está bien. Tú, encuentra a Estefanía —ordena a Roque—. Y tú… tú, sal de aquí y espéranos en la furgoneta.

—No estoy bajo tus órdenes, Arrasate. —Aprieto los dientes para no gritar.

—Escúchame bien, Báscones. —Yago se pega a mi cara—. Estás en medio de una operación internacional de la que soy responsable, así que, por una vez en la vida, vas a seguir mis órdenes aquí dentro, es fácil, solo tienes que hacer lo mismo que haces en tu casa.

—Imbécil —mascullo.

—Sal de aquí, Lucía. No te lo pienso repetir. Vasile tiene a Virginia, la ha arrastrado a la casa de la piscina. Tariq tiene hombres por todos los rincones, así que de ninguna manera vas a atravesar sola ese jardín. Y no es una advertencia, es un hecho.

Roque nos observa dividido, pero como no tenemos ni un minuto que perder decide salir escopetado hacia el despacho de Tariq.

—Si no puedo atravesar sola el jardín, lo haré contigo. —Esquivo su cuerpo, que me bloqueaba el paso, y echo a correr.

—¡Báscones! —Arrasate tarda dos segundos en reaccionar. Oigo sus pasos pesados, rápidos y coordinados justo a la espalda. Me da caza y se posiciona delante de mí—. Deja de hacerte la puta heroína —sisea mientras me guía hasta una de las puertas de cristal que da al exterior.

A pocos metros, en el césped, el caos es absoluto. Fuego cruzado entre los hombres de seguridad de Tariq, que parece que se reproducen por esporas, y un grupo reducido de agentes, que no se cortan a la hora de abatirlos. Me fijo en uno de ellos, está a unos diez metros, tiene a Vasile contra el suelo, con la cabeza pegada a un camino de grava. Menos mal. Solo espero que no le haya hecho daño a Virginia antes de que lo atraparan.

—¡No te muevas de aquí! —me pide Yago con poca amabilidad y, acto seguido, atraviesa la puerta—. ¡Suéltala, joder! ¡Es policía! —ruge mientras se acerca a un agente.

Avanzo un paso y veo cómo el policía tiene a la subinspectora Ruiz sujeta por una de las muñecas. Parece que le cuesta un poco entender la petición de Yago, pero finalmente asiente y la libera.

Virginia tiene un fuerte golpe en el pómulo izquierdo y el vestido rasgado por el tirante. Ojalá no haya nada más que lamentar.

Yago la cubre con su cuerpo y la ayuda a llegar a mí.

—¿Estás bien? Dime que ese hijo de puta no…

—Estoy bien —susurra sin apenas voz. Arqueo una ceja incrédula y la sujeto por la cintura cuando Yago la suelta—. Bueno, mejor de lo que esperaba —se sincera.

—¡Vamos!

Tratamos de regresar por el mismo camino, pero hasta en dos ocasiones tenemos que cambiar de ruta porque las puertas ahora están cerradas y no las podemos abrir. Esto es una auténtico laberinto, pero se nota que Yago ha almacenado a la perfección en su cabeza el mapa de la mansión. La seguridad con la que nos ha guiado por este rompecabezas mortal, como si hubiera nacido para moverse entre el peligro, no se sostiene en su mirada cuando se detiene en mitad del pasillo que nos lleva directamente al lugar por donde hemos entrado.

—¡Tenéis que salir de aquí! —espeta firme.

—¿Y tú? —inquiero y lo miro en mitad de la penumbra, como si sus pupilas fueran el faro que debo seguir para no terminar varada en este mar nuestro.

Me revienta reconocerlo, pero me trago las ganas que tengo de gritarle aquí dentro que se venga conmigo, porque, aunque lo intento, sigo sin llevar demasiado bien su sentido del sacrificio, sobre todo cuando se trata de mí. Y me duele que su orden me resuene en el pecho como una despedida heroica, porque el puto miedo a que algo salga mal, a no verlo de nuevo, me atraviesa la garganta.

—Voy a ver si Roque ya tiene a Estefanía.

—Espera, puedo preguntarle… —La frase muere antes de acabarla, en cuanto me doy cuenta de que hace un buen rato que hemos perdido la señal que nos permitía comunicarnos con nosotros o con la brigada.

Siento el impulso irracional de agarrarlo del brazo y arrastrarlo conmigo, de recordarle que Roque está igual de capacitado que él para sacar a Estefania de aquí, pero antes de que pueda hacer nada aparece Marion en el pasillo empuñando su arma. Nos apunta y Yago se interpone entre ella y nosotras.

—Fournier, ¿qué haces? Baja el arma.

—¿Qué hacen ellas aquí? —pregunta furiosa y se acerca a él con urgencia.

—Nada. Ya se iban —responde y se gira para indicarnos con la mirada que continuemos sin él.

—Te espero fuera —mascullo y no sé los segundos que me quedo mirándole la boca esperando una confirmación, aunque sea silenciosa, de que va a estar bien.

—¡Yago, muévete! El perímetro está comprometido, tenemos que asegurar a Tariq —le grita ella llevándoselo casi a la fuerza mientras él me mira por última vez.

Un único parpadeo, firme y seguro. ¿Es suficiente? No, pero de momento tendrá que serlo, porque oímos un estruendo mayor al otro lado de la pared y Yago desaparece con Marion. Camino con Virginia apoyada en el costado, va lenta, pero tiro de ella con cuidado, creo que ese bastardo también le ha golpeado las costillas.

—Despacio —jadea con dificultad y me aprieta la mano contra el hombro.

—Un poco más y estamos.

Llegamos al cuarto de la colada y veo que la ventana está abierta. Con la ayuda de un cesto de plástico, la ayudo a encaramarse. Tengo que silenciar el runrún de mi cabeza y dejar de obsesionarme con la imagen de Yago volviendo al ojo del huracán. Debo concentrarme en salir de aquí ya y en llegar cuanto antes a la furgoneta.

Salto la primera y ella se descuelga como puede por la pared. Me enfoco en atravesar la última línea de arbustos que delimita la finca.

La furgoneta está donde la hemos dejado, menos mal. Abro la puerta lateral de un tirón y ayudo a Virginia a subir. Se desploma en el asiento, con el pecho agitado y el pómulo mucho más violeta que hace un rato.

—Tranquila, ya está.

Me quedo fuera con la mano apoyada en la chapa fría y la mirada clavada en la mansión. Las luces de los helicópteros barren la fachada mientras siguen llegando los sonidos de las detonaciones. Cierro los puños hasta que las uñas se me clavan en las palmas y mastico los pensamientos intrusivos en silencio.

No sé los minutos que pasan, pero me parecen siglos. Entonces el crujir de la grava me pone en alerta. Me llevo la mano a la cintura

por puro instinto y me giro empuñando el arma. Dos sombras emergen de la oscuridad. Una es alta y grande, la otra es pequeña y viene casi a rastras.

—¡Aquí! —susurro con fuerza.

Roque aparece con su camiseta manchada de sangre y hollín sosteniendo a Estefanía, que luce mucho peor que Virginia. La ayudo a subir y la subinspectora se mueve para dejarle un hueco en el asiento. Se miran en silencio y en un gesto de conexión muda entrelazan los dedos. Dos supervivientes.

Roque se apoya en el marco e intenta recuperar el aire mientras me mira. En sus ojos solo leo una pregunta.

—Se ha quedado con Marion. Iba a ir a buscarte, pero ella lo ha interceptado en el pasillo y se lo ha llevado. Iban a atrapar a Tariq.

Su amigo asiente lentamente y contempla la mansión desde aquí.

—Es Arrasate, Lucía —dice para calmarme, como si su mera afirmación ya me tranquilizara.

Entramos en la furgoneta y Roque se pone al volante. Aunque el cuerpo me pide no moverme de aquí hasta que sepa que Yago está a salvo, deberíamos alejarnos cuanto antes. Cuando Roque va a girar la llave para arrancar, el ordenador —que creíamos muerto— emite un pitido agudo y estridente.

Me lanzo sobre él mientras la pantalla parpadea con interferencias antes de estabilizar la señal de audio. La voz de Cruz llega distorsionada.

—¡Jefa! ¿Me oís? —grita.

—¡Sí! Te oímos. Pero hay mucho ruido. ¿Puedes solucionarlo?

Unas voces a un volumen muy alto se cuelan por el altavoz, en un principio creo que son interferencias, pero enseguida reconozco la voz de Estébanez disculpándose en mi nombre con Carbonell. Perfecto. Ya estamos todos.

—Es Marcos con…

—Carbonell, lo sé. —Niego con la cabeza y miro por el espejo retrovisor para comprobar cómo están Virginia y Estefanía. Aunque ya no se quejan, las tiene que ver un médico cuanto antes y un psicólogo, porque ambas siguen en *shock*—. Decidle que puede

suspenderme en cuanto llegue a Madrid, que yo misma le entregaré mi arma y mi placa, pero que ahora tiene que sacarnos de aquí.

Los helicópteros dejan de rondar la mansión y el ruido cesa. Roque me mira y yo a él. ¿Ya está? Nos preguntamos en silencio. ¿La operación Babel ha acabado?

—Cruz, ¿sigues teniendo acceso a su sistema? —pregunta Roque.

—Ahora mismo no. Los capullos se han puesto las pilas y me han expulsado, pero enredando he desencriptado una ráfaga de mensajes del servidor privado del dueño de esa choza.

—¿De Tariq? Vamos, Cruz —lo azuzo—. Habla.

Se produce un silencio que me hiela la sangre.

—Tariq le ha mandado una ubicación para el intercambio a la agente Fournier.

—¿Intercambio? —El aire desaparece de mis pulmones. Rebobino la escena en mi cabeza. Marion apuntándonos. Marion llevándose a Yago casi a la fuerza. Marion insistiendo en que tenían que asegurar el perímetro para que Tariq no se largara.

—No han ido a detenerlo —susurro y el miedo se apodera de mi garganta.

—No, ha ido a ayudarlo a salir de aquí. —Ata cabos Roque.

—Y Yago es el único testigo que no puede permitirse dejar vivo si quiere que su plan parezca una emboscada fallida —musito sin apenas voz.

—No. Eso no me cuadra. Tariq ha dicho intercambio. Algo se nos escapa —argumenta Roque.

—Hay otro mensaje. Ella le ha respondido: «Paquete listo. En media hora estamos ahí».

—¡Mierda! —Roque golpea el volante, yo analizo de la manera más objetiva posible cada palabra que ha pronunciado Cruz—. Ese paquete es Yago.

—Cruz, pásanos el punto del intercambio. Roque, arranca ya. Chicas, lo siento, pero tendréis que aguantar un poco más.

—¿Y el CNI? ¿Y sus compañeros? —se interesa Virginia volviendo de la oscuridad donde se encontraba—. ¿Nadie se ha dado cuenta de que Tariq se les ha escapado? No me puedo creer que no estén ya buscando a Marion y Yago.

—¿Y qué hacemos, Ruiz? —pregunta Roque—. ¿Nos quedamos de brazos cruzados mientras esperamos respuestas?

—Ni de coña. Acelera, que nosotras aguantamos.

En cuanto nos alejamos de la mansión, nuestros móviles vuelven a funcionar. Las notificaciones en el mío no dejan de entrar incesantes. No me hace falta comprobar los dos números que más me han llamado. Pulso la tecla de llamada del primero y acierto.

—¿Tienes los santos huevos de llamarme, Báscones? Lo tuyo es la hostia.

—Quintana, deja los sermones para luego y escúchame…

39

YAGO

Desorientado, aturdido y dolorido, abro los ojos en medio de la penumbra, sin tener ni idea de dónde estoy, con la cabeza a punto de estallarme. Agudizo el oído y trato de orientarme. El sonido de un motor deteniéndose y el frenazo en seco me dan una ligera pista. Estoy dentro de un vehículo. ¿Un camión? No, el habitáculo no es tan grande. Regreso al mundo con un despertar progresivo, no como si alguien hubiera encendido un foco de mil vatios directamente sobre mi cerebro, sino como si despertara de un sueño raro, malo. Intento mover las piernas, pero las siento pesadas, como plomo. Cuando hago lo mismo con las manos, solo siento el frío metal de las esposas.

Sacudo la cabeza ordenando las últimas imágenes que tengo almacenadas. Lucía mirándome en silencio en el pasillo mientras sostenía a Virginia. Su pecho agitado con la irrupción de Marion. Nuestra conversación sin palabras. He visto la incertidumbre en sus ojos y, a pesar de las circunstancias, he disfrutado de su preocupación por mí. ¿Demasiado retorcido? Puede ser. Después, la insistencia de mi compañera para que la acompañara a asegurar el perímetro para evitar que Tariq huyera. Nuestro paso por el gran salón para comprobar que todos nuestros objetivos, excepto el anfitrión, habían sido neutralizados y estaban siendo evacuados. La cara de orgullo de Silvana cuando nos hemos cruzado. Los ojos inyectados en sangre de Felisa Robles mientras la llevaban arrestada

junto a su escolta. Y, de repente, el cuerpo de Samir surgiendo de la nada para fundirse en un abrazo cálido con la agente Fournier, que estaba a mi espalda. A continuación…, dos golpes. Dos fuertes golpes. El primero, en la espalda, que me he doblegado. Y el segundo, en la nuca, justo en la parte que no cubre el casco.

Dejo caer la mandíbula y compruebo que me han despojado de mis protecciones; ni rastro del casco ni del chaleco antibalas y, por supuesto, ni móvil ni arma.

Las puertas traseras de la furgoneta se abren y el aire frío de la noche se cuela por mi garganta como si fuera un cuchillo; tengo la boca demasiado seca, necesito beber agua. La oscuridad no mejora mi visibilidad, pero mis ojos consiguen enfocar la figura de Marion que se cierne sobre mí.

—Ya era hora de que volvieras, Arrasate. —Su voz, carente de emoción, me da una pista de lo crítica que es la situación—. Vamos, no tengo mucho tiempo.

Marion me agarra del brazo con una fuerza que me cuesta contrarrestar y me obliga a salir del vehículo. Las piernas me flaquean y siento un dolor agudo en el final de la espalda, pero ella me sostiene con brusquedad hasta que pongo los pies en el suelo. Parpadeo y trato de situarme, aunque sin apenas luz es complicado. Estamos en el desierto, no hay duda. Como no tengo ni idea del tiempo que ha transcurrido desde que me han sacado de la mansión de Tariq, no sé dónde nos encontramos realmente.

—¿Qué es esto, Fournier? ¿Qué cojones estás haciendo?

—No es momento de explicaciones.

—¿Por qué? Son tan bochornosas que te da vergüenza confesármelas, ¿no es así? Ya entiendo ya, al final, todo se reduce a que eres una simple traidora, como todos creían.

—Traición es una palabra muy fea —masculla y me aprieta las muñecas haciendo que las esposas se me claven en la piel—. Ahora cállate y camina.

A unos metros, diviso un conjunto de jaimas pequeñas rodeando a una más grande. Las antorchas repartidas entre ellas proporcionan una luz, escasa pero suficiente, que me permite ver las siluetas de cinco o seis hombres esperándonos.

Pienso rápido, aunque mi cerebro no esté a pleno rendimiento. Algo no encaja en esta pocilga. ¿Qué hago aquí? ¿Por qué yo? Si Marion es una traidora y ha estado trabajando al servicio de Tariq todo este tiempo proporcionándole información directamente o a través de Samir, ¿por qué ha celebrado esa reunión con toda la cúpula? Podría haber cambiado el lugar de la fiesta o, simplemente, no haber convocado a sus socios allí, eso hubiera sido suficiente para que la operación Babel fracasara. Sin embargo, hemos podido llegar hasta ellos, detenerlos y liberar a las mujeres que llegaron a Algeciras…

Me giro hacia Marion ignorando el dolor y la miro a los ojos. Sus pupilas no destilan superioridad ni orgullo, solo nerviosismo e incertidumbre. Tiene prisa por terminar lo que sea, porque el tiempo corre en su contra. Sabe que, si no doy señales de vida, mis compañeros del CNI vendrán a por mí. Puede que hasta el mismísimo Quintana ya esté a punto de encontrarnos. Un pensamiento intrusivo acaba de atravesarme el pecho. Solo espero que los miembros de la BEDA que estaban de visita turística en Marrakech ya estén de regreso en Madrid; lo último que quiero es que se involucren en esto.

—Si no quieres hablar de traición, ¿por qué me traes aquí ante él? ¿Qué soy? ¿Un trofeo? —susurro porque estamos muy cerca de ellos. Cuando veo cómo Marion baja la mirada para no enfrentarse a la mía, noto la grieta en su armadura de hierro y por fin lo entiendo —. Esto es personal.

Vaya, su expresión se torna débil. He dado en el clavo.

Llegamos a la jaima principal y sale a recibirnos Samir, que escruta a Marion con condescendencia. Me libera de ella, sin tocarla, y me empuja hacia el interior, donde el olor a incienso me marea. La tienda destila lujo, telas con hilos dorados, una cama con dosel, alfombras persas, como si se tratara de una *suite* de esos resorts que se ofrecen a los turistas para disfrutar de una noche inolvidable en el desierto.

Sentado sobre un diván de terciopelo rojo está Tariq, con un ordenador portátil encima de las piernas. Cuando aparta la mirada de la pantalla y aprecia nuestra presencia, se levanta. Marion se

coloca a mi derecha y Samir se despega de ella. Ahora está flanqueada por otros dos esbirros, con turbante blanco sobre las cabezas y la mayor parte de la cara tapada.

Tariq se acerca a mí y, sin previo aviso, me tira del pelo obligándome a echar la cabeza hacia atrás. Se coloca a mi espalda y me obliga a ponerme de rodillas.

—Espero que esta escoria sea tan importante como dices, porque, en caso contrario, os cortaré la lengua a los dos y se las enviaré a vuestros jefes envueltas con seda.

Levanto la vista para que sepa que no me doblegará fácilmente y lo miro a los ojos.

—Si me quisierais muerto, no estaría aquí. —Y en mi argumento incluyo a Marion, porque ella es la que me ha traído a este lugar—. ¿Qué queréis?

—Yo, muchas cosas —sisea y me coge de la camiseta para volver a ponerme de pie—. Esta, solo una. ¿No te parece conmovedor? Todas las horas que habéis trabajado para acabar con Babel, todos los recursos invertidos, la unión de tantas agencias de inteligencia… —Me arrastra hasta un puf de cuero marrón y me empuja para que me siente—. Todo ese riesgo que habéis corrido para que la agente Fournier os venda por su desviado hermano, que prefiere la compañía de un hombre impuro como Samir a la de una buena mujer de provecho.

—Señor Vernet… —susurra Samir tras escuchar su argumento, pero, si pensaba inventarse un excusa, no le da tiempo. Tariq ya lo ha inmovilizado y le ha puesto la punta de un puñal en el cuello.

Joder. El hermano de Marion. Y tan personal. ¿Y Samir? La relación que mencionó Lucía con el hermano de Fournier fue real. Y tal y como se están dando los acontecimientos debe seguir siéndolo. Marion tenía que estar al corriente. Pero se le olvidó que las implicaciones emocionales nos hacen vulnerables y los miserables como Tariq solo necesitan un mínimo resquicio para dar con tu talón de Aquiles y someterte.

Entonces, ¿Samir ha estado trabajando para Tariq todo este tiempo? Me falta encajar algunas piezas del puzle. Si es así, ¿por qué no alertó a su jefe de la operación Babel? Marion ha evadido la

palabra traición, así que el único sentido que le encuentro ahora mismo a todo esto es que Samir sea un agente infiltrado más que la inteligencia francesa nos ocultó para sus propios fines, que lo reclutaran después de aquel ataque fallido a la célula yihadista, y que por eso Fournier también se fuera de rositas.

—¡Tariq! —grita ella al ver cómo retiene a Samir—. Teníamos un trato. Él no…

—¿Un trato? —escupe con inquina—. ¿Crees que no me daría cuenta de que Samir y tú compartíais un secretito? ¿Qué pensabas? ¿Que no iba a darme cuenta de que este es otro perro faldero de nuestro gobierno que ni siquiera respeta la sangre de sus ancestros? —Tariq le pasa el filo del puñal por debajo de la barbilla a Samir y somos testigos de cómo le brota una pequeña gota de sangre.

Ahí está. Lo que me temía. Samir y Marion trabajan juntos y su agencia de inteligencia no quiso compartir con los demás miembros de Nexus ese dato. Su único objetivo era capturar a Tariq pasando olímpicamente de la caída de la cúpula. Además, me da que solo lo querían tener en su poder por intereses internacionales de contraespionaje, ya que Tariq tiene doble nacionalidad y los contactos necesarios en Arabia Saudí, donde hace meses desaparecieron dos periodistas galos. A Quintana le va a encantar esta información, si es que puedo llegar a dársela.

Marion se tensa y busca instintivamente su arma, pero los hombres de Tariq la sujetan para impedírselo.

—Mi hermano, Tariq. ¡Quiero verlo!

Tariq hace una señal con la mano y uno de sus hombres suelta a Marion y abandona la jaima. Cuando descorre la pesada lona de la entrada, el aire viciado del interior se mezcla con el frescor de fuera. Inspiro una buena bocanada y siento de nuevo la garganta rasposa. Mientras esperamos, Marion no deja de mirarme, como si quisiera encontrar en mi cara la solución a toda esta mierda. Lamentablemente, no la tengo. Ella, Samir y sus compatriotas son los únicos culpables de que yo esté aquí a merced del hijo de puta de Tariq. Ellos y su puto ego.

Pasan apenas unos segundos hasta que escuchamos un sollozo ahogado seguido de un quejido lastimero. A través de la abertura de

la lona, veo la silueta de un hombre, con un hematoma en el ojo, demacrado y encadenado a un poste.

El tío que todavía la tiene retenida la acerca a la salida para que lo vea.

—¡Jules! —grita Marion y consigue liberarse para salir de la jaima y llegar hasta su hermano.

Tariq retira del cuello de Samir el puñal y otro de sus hombres le pone unas esposas antes de sacarlo fuera.

Solo quedamos él y yo.

—Por fin solos… —me adelanto a su intervención. Si lo descoloco con mi actitud, ganaré algo de tiempo, o eso espero—. Cuéntame, Tariq, ¿en qué puedo ayudarte?

Él me mira y sonríe mientras saca un teléfono vía satélite de debajo de un cojín.

—Todo a su debido tiempo, agente. Primero tengo que comprobar si es un activo tan importante para el CNI como la zorra de Fournier dice.

—Marion miente más que habla, señor Vernet. Qué pena que haya creído sus palabras, yo le tenía a usted por un bastardo inteligente —lo provoco.

Sigo conservando mi mayor defecto: no cerrar la boca a tiempo.

Su respuesta llega con la velocidad de un látigo, y, no mentiré, la esperaba.

El sabor metálico de la sangre es lo último que siento antes de que el suelo vuelva a recibirme.

40

LUCÍA

Recibo la enésima llamada de Quintana. La ignoro. Según el mapa, nos encontramos a menos de siete minutos de la localización que Tariq ha enviado a Marion. El problema es que estamos atravesando una zona escarpada del desierto de Agafay, a media hora de Marrakech, y conducir por aquí con precisión es una misión suicida. Solo espero que Yago esté en ese mismo punto y que no le hayan puesto un solo dedo encima.

Su jefe no cesa. Vuelve a llamarme.

—Cógelo —me pide Roque sin dejar de aferrarse al volante—. Quizá tenga nueva información importante.

Lo cierto es que me da pánico coger esa llamada y no es porque tenga miedo de las amenazas de Quintana, que nos ha rogado unas mil veces que no intervengamos, sino porque me asusta que tenga noticias sobre Yago y no sean buenas. El tembleque de la pierna delata mi nerviosismo, por eso Roque me posa la mano derecha en la rodilla y trata de infundirme calma.

—Todo va a estar bien, Báscones.

Resoplo con fuerza antes de responder.

—Dime, Quintana. —Pongo el altavoz.

—Báscones, ¿qué parte de que no hagáis nada no has entendido?

—¿Nos tienes geolocalizados?

—¿Lo dudabas? Dile al niñato de Cruz que, igual que él se salta nuestro cortafuegos y nos pincha la señal, nosotros también podemos saltar el vuestro.

—En realidad, te está oyendo —susurra Virginia, que es la que lleva el portátil encima de las piernas con la videollamada activa con Cruz y Marcos.

—Gracias por la advertencia, Quintana —responde él—. Tendré que ajustarlo para que os cueste más la próxima vez.

—Solo voy a decirlo una vez más, Báscones, y, como estáis todos escuchando, espero que os quede absolutamente claro. No tenéis jurisdicción ahí y el ambiente ya está bastante cargado. Carbonell está dando la cara por vuestra ida de olla, pero tenéis que dar la vuelta ahora mismo y volver a Madrid.

—¡Me suda la polla la jurisdicción, Quintana! —grito y pierdo los papeles—. Somos los únicos que estamos a punto de llegar hasta Yago. Como comprenderás, no vamos a marcharnos de aquí sin él.

—Báscones, el tono lo relajas conmigo. Ya tenemos un equipo de extracción en camino. Existen unos protocolos para situaciones de activos comprometidos. Unos protocolos que ningún miembro de la BEDA va a pasarse por el forro y, si me lo permites, mucho menos tú. No me jodas, Lucía.

Vaya, ahora pretende rebajar la tensión usando mi nombre, pero es demasiado tarde.

La rabia no deja de reconcomerme las tripas. Yo advertí a Yago sobre Marion. Yo les dije que tenía pinta de estar jugando a dos bandas. Yo los informé del incidente con Samir. ¿Y ellos qué hicieron? Nada. La dejaron participar en el operativo, la dejaron seguir al tanto de cada detalle y, para colmo, la dejaron moverse a sus anchas por la mansión de Tariq, sin contravigilancia.

—Yago está en esta situación por vuestra culpa, Quintana. Marion ha estado jugando a dos bandas todo este tiempo y vosotros le habéis proporcionado todo lo que necesitaba para salirse con la suya. Así que no me hables de protocolos ni de hostias. No vamos a quedarnos esperando de brazos cruzados a que tus hombres lleguen, porque cada minuto cuenta. Así que escúchame, vamos a ir a por él.

—¡Quédate quieta, Báscones! —zanja—. No hagas ninguna gilipollez que comprometa la misión. Tariq sigue siendo un objetivo de la operación Babel. Otra razón más para que no intervengas.

—¿Me estás diciendo que el bastardo ese vale más que tu agente? —me indigno.

—En ningún momento he dicho eso, joder.

—Quintana, ha entrado una llamada vía satélite… —Una voz interrumpe nuestra conversación—. Es Tariq Vernet.

Pienso que inmediatamente va a dar por terminada la llamada, pero no lo hace, aunque se aleja de su móvil lo suficiente para que no le oigamos hablar.

Me giro y le pido a Virginia con la mirada que Cruz obre su magia, a ver si puede tener acceso a esa llamada también, o, al menos, triangular la señal para saber si siguen en el mismo sitio.

—Tres minutos y llegamos —nos anuncia Roque.

Estefanía se cubre la cara con las manos y solloza. Noto que le cuesta respirar. No sé lo que le habrá hecho el hijo de puta ese, pero no quiere volver a tenerlo delante.

—Eh, mírame, Estefanía —susurro. Virginia le coge las manos y se las retira del rostro—. Respira tranquila, todo va a salir bien.

—Lucía… —La voz de Quintana, apenas audible, se esfuma por el habitáculo de la furgoneta y pone mis nervios a flor de piel.

Malo. Ese tono tan bajo. Mi nombre. Malo.

—Suéltalo ya, Quintana. ¿Qué ha hecho con él?

Me temo lo peor y Roque, que ha intentado mantener la calma que a mí me ha faltado durante todo el trayecto, se hace más pequeño en el asiento del conductor, asustado.

—Tariq tiene a Arrasate. Marion se lo ha entregado a cambio de la libertad de su hermano Jules.

—Hija de puta —masculla Roque entre dientes.

—¿Y por qué Arrasate? —Trato de pensar con la cabeza fría, porque, ahora mismo, mi corazón se salta varios latidos—. ¿Y no Mendoza o Gruber? No lo entiendo, ¿Marion le tiene una inquina especial porque no se lo ha tirado o algo así? —Vale, ahí se me ha calentado la boca.

—Porque somos nosotros los que tenemos al jeque Al-Saud. Los saudíes han amenazado de muerte a Tariq. Si no lo lleva de vuelta a casa sano y salvo en las próximas veinticuatro horas, no tendrá suficiente desierto para esconderse.

—¿Y cuál es el plan? ¿Vas a traer tú mismo al jeque para hacer el intercambio en persona?

—Báscones, las cosas no son tan fáciles. Retener a Al-Saud ya nos está costando muchas presiones, pero la operación Babel tiene que acabar con la red desmantelada al completo y él es una prueba fehaciente de sus negocios. Cada miembro de Nexus se ha llevado su propia basura. —Ahora entiendo la ausencia de Lena y Diego en todo esto—. Pero nosotros nos hemos quedado con el jeque tratando de ganar algo de tiempo. Así que, por favor, confía en mí y marchaos de ahí. ¡Ya!

—Vosotros ganando tiempo y Arrasate perdiéndolo. Si quieres que confíe en ti, ven de una puta vez, aunque solo sea para sacarnos a todos de aquí.

—Esa tiene que ser la furgoneta en la que han venido —susurra Roque y reduce la velocidad.

—Lucía, por favor, no… —La suplica de Quintana se desvanece cuando cuelgo.

—Cruz, ¿tienes algo más que nos ayude antes de salir?

—Espera un segundo, he interceptado un mensaje… —dice él.

—No, no tiene nada —lo corta Marcos con premura.

—Déjame verlo —le pido a Virginia, que se ha quedado pálida mirando la pantalla del ordenador.

—Lucía, es mejor que no…

—Trae aquí. —Me cuelo entre los dos asientos y le quito el portátil.

La imagen me cierra la tráquea. Es la cara de Yago magullada, con el labio partido, el pómulo hinchado y la camiseta llena de sangre.

—Vamos a sacarlo de ahí —siseo llenándome los pulmones—. Virginia, quédate aquí y no pierdas la conexión con la brigada. Cruz, sería cojonudo que consiguieras una imagen de este sitio, algo que nos sirva de guía. Estébanez, informa a Carbonell de lo que vamos a

hacer, él sabrá cómo presionar y a quién. Roque y yo saldremos a asegurar el perímetro primero y después entraremos a por él.

—Voy a alejar la furgoneta unos metros, para que no sea tan evidente que tienen visita. Comprobad que los intercomunicadores funcionan bien.

Roque retrocede por el mismo surco que habían dejado las ruedas y aparca. Cruz hace unos ajustes al canal por el que vamos a comunicarnos y, después de probar que todo funciona, nos despedimos de Estefanía y de Virginia, que se coloca en la parte delantera para sentarse en el asiento del conductor.

Recorremos unos metros a pie hasta la furgoneta de Marion y desde ahí comenzamos a asegurar el perímetro. Roque por la derecha, yo por la izquierda. La luz de la luna y la iluminación que proporcionan las antorchas nos muestran el campamento. Cinco tiendas pequeñas rodean una jaima más grande, la principal.

Con esta escasa visibilidad, es imposible calcular el número de hombres que protegen a Tariq desde aquí.

—Dos 4x4 a la derecha. Si nadie habita en este sitio, que lo dudo, calculo que habrá seis o siete personas—argumenta Roque.

—Además de Marion y su hermano, que todavía deben estar en el campamento —comento—. Aunque no entiendo, si ya ha llevado a cabo el intercambio, por qué siguen aquí.

—Tariq no la dejará marcharse hasta que compruebe que Yago le sirve para su propósito, mejor dos seguros de vida que uno —afirma Virginia.

—Un hombre armado. Detrás de la jaima más alejada, zona sur —les comunico.

Roque y yo volvemos a reunirnos en el mismo punto. El perímetro está libre de vigilancia, me imagino que ya dan por hecho que es una odisea llegar hasta aquí. Aun así, no tenemos demasiadas alternativas para llegar hasta Yago.

—Escuchadme, tengo imágenes, no me preguntes cómo las he conseguido, por favor —se adelanta Cruz—. Si logro filtrar la última…

Pasan unos segundos y la paciencia se me agota.

—Vamos, Cruz —lo apremia Marcos.

—Hay seis puntos de calor fuera de las tiendas, delante de la jaima principal. Tienen solo un puesto de vigilancia en la vaguada este con la visión directa a los 4x4.

—¿Posible punto de entrada, Estébanez? —pregunto.

—A ver, hay una duna trasera que quizá… El problema es que, a diferencia de las del Sáhara, esas no son de arena, sino rocosas, por lo que no os vais a poder ocultar con tanta facilidad.

—Arrasate tiene que estar en la jaima principal. Hay dos puntos de calor, lo lógico es que sean Tariq y él.

—Son demasiados hombres, no podemos entrar a lo loco.

—Iré por el flanco izquierdo —propone Roque—. Al lado de los vehículos hay dos generadores, me encargaré de ellos. En cuanto se queden sin luz…

—Entraré en la jaima. —Abro mi cazadora y toco la granada que he recogido en el jardín de Tariq. Se le caería a algún agente y no se ha abierto. Aunque puede que no lo hiciera porque está defectuosa —. Lanzaré esta y, si funciona, me encargaré de Tariq.

—Es muy arriesgado, Lucía —masculla Virginia.

—Siguen siendo demasiados hombres —afirma Roque—. No podemos fallar.

—No fallaremos. He visto la foto de Yago y toda esa sangre… —Se me corta la voz—. No sé de dónde habrá salido, no podemos esperar más.

—Virginia, escúchame —dice Marcos—. Tienes que salir de ahí y llegar hasta la furgoneta de Marion. Es arriesgado, pero necesitamos disuadir la atención de los hombres de Tariq, despistarlos para que salgan del campamento.

—¿En qué estás pensando, Estébanez?

—En quemar la furgoneta de Marion al mismo tiempo que entráis en la jaima —confirma Marcos—. Una acción coordinada que os dará algo de ventaja.

—Pero Virginia está herida, no podemos ponerla en peligro y dejar sola a Estefanía en mitad de la nada.

—Estoy bien. Puedo hacerlo.

—¿Estás segura? —inquiere Roque.

—Sí. Estébanez, dime lo que tengo que hacer.

Mientras Marcos le da las indicaciones oportunas, Roque y yo nos ponemos en marcha. Caminamos agachados, casi reptando. El terreno es traicionero y cada piedra que se desliza bajo mis botas suena como un trueno en mi cabeza. Llegamos a la base de la duna que casi colinda con el campamento.

—Marion a las doce —siseo.

Está de pie, al lado de un poste, ayudando a levantarse del suelo a un hombre, imagino que será su hermano, a su derecha, Samir.

Se me revuelve el estómago.

—Estoy en la furgoneta —afirma Ruiz—. Voy a abrir el depósito, esperad un momento.

—Samir empieza a moverse hacia el norte —afirma Roque—. Creo que va a abandonar el campamento. Virginia, lárgate de ahí.

—¿Seguros? Ya casi está el trapo empapado, si lo prendo ahora…

—¡Aborta! —grito—. Volvemos al plan A. Repito. Volvemos al plan A.

—Virginia, regresa a la furgoneta y aléjate —le pide Roque—. ¿Dónde está Marion? ¿Y el otro tío?

—Ni puta idea. Cruz, ¿la tienes localizada? —inquiero nerviosa.

—No, lo siento. Pero el mapa térmico indica más puntos dentro de la jaima principal.

Esto no pinta bien. Miro a mi compañero y asiento. El equipo que ha mandado Quintana estará a punto de llegar, pero, si los esperamos, quizá sea demasiado tarde para Yago. Se nos acaba el tiempo, no podemos retrasarlo más. Le hago un gesto a Roque con los dedos.

—Al lío.

Salimos de nuestro escondite y, cuando nos disponemos a entrar en el campamento, una hilera de luces LED de alta intensidad corta la oscuridad desde las dunas del este. Dos Vamtac blindados irrumpen entre las jaimas, no a menos de ochenta kilómetros por hora, destrozando todo a su paso y anulando cualquier capacidad de respuesta de los secuaces de Tariq.

—¡Todos al suelo! —braman por la megafonía.

Con el caos y el ruido, nos cuesta avanzar. De uno de los vehículos salta una figura que reconocemos al instante: Lena. No

viene sola, la acompaña un equipo táctico de la Europol. Se dirigen directamente a la zona donde están los 4x4, porque alguien intentaba huir con uno de ellos. Lena llega hasta él y le propina una patada a la puerta para bajarlo. Otro compañero es el encargado de detenerlo. El que se largaba no es Tariq.

Roque y yo aprovechamos ese momento del asalto para acercarnos a ella.

—Nos alegramos de verte, Lena —hablo en nombre de Roque y mío.

—Yo a vosotros no. No tendríais que estar aquí. ¿Arrasate?

—En la jaima principal —afirmo dándolo por hecho.

Nos movemos los tres hacia allí.

—Roque, quédate fuera y vigila —le ordeno.

—No tienes jurisdicción, Báscones —me recuerda Lena.

—Ni tiempo que perder. —Descorro la lona y entro la primera, Lena me sigue.

El cuadro es desolador: Tariq tiene una rodilla sobre el pecho de Yago, que yace en el suelo, y lo encañona con una Beretta plateada. En la frente observo un golpe, un chichón de un tamaño considerable. Y la marca de unos dientes en la mano derecha. Es obvio que Yago se ha defendido como ha podido, porque sigue con las esposas puestas. Marion, unos pasos por detrás de ellos, protege a un hombre muy parecido a ella, está herido y tiembla como una hoja. Su hermano.

—¡Ni un paso más! —brama Tariq. Sus ojos, inyectados en sangre, nos escrutan—. ¿Dónde está Al-Saud?

Lena y yo apenas nos balanceamos unos centímetros para avanzar en abanico. Ella apunta al pecho de Tariq. Yo, con el corazón martilleándome contra las costillas, apunto directamente a la mano que sostiene la pistola.

—Señor Vernet, mire a su alrededor —dice Lena con una serenidad digna de mención—. Está rodeado. No tiene escapatoria. Hoy no hay negociación posible, mañana quizá sí, siempre y cuando deje al agente libre.

Tengo que seguir concentrada en la mano de Tariq, pero irremediablemente la mirada se me desvía a Yago. Él intenta

enfocarme con el ojo casi cerrado por la hinchazón. Su labio luce peor que antes y se le ha empezado a secar la sangre. Su aspecto aviva la ira que he ido acumulando a lo largo del día.

No. So. Tros. Vocaliza como puede esas tres sílabas. Nosotros. Repito en bucle en mi interior. Y nuestra palabra adquiere un significado superlativo en este instante. Me está animando. Sí, él a mí. Y a la vez me está transmitiendo calma. Sabe que cualquier precipitación en una situación tan crítica terminaría en desgracia.

—¿Dónde está Al-Saud?

—No hay negociación posible, Tariq. Tire el arma al suelo y ponga las manos sobre la cabeza. —Lena insiste en la vía diplomática.

—Ahí os quedáis, esto ya no va conmigo —susurra Marion e intenta retroceder hacia la parte trasera.

—¿Dónde te crees que vas? —escupe Tariq—. No te muevas. No vas a ir a ninguna parte. Ni tú ni tu hermanito ni este bastardo. —Aprieta el cañón contra la sien de Yago.

Arrasate intenta apoyar las punteras de sus botas en el suelo en busca de un punto de apoyo, pero está demasiado débil.

Lena se mueve otro paso.

—He dicho que atrás —ruge Tariq perdiendo el control.

Es entonces cuando Roque raja la lona de la jaima por detrás de él. El sonido de la tela rasgándose es mínimo pero suficiente para que el señor Vernet cometa el error de girar la cabeza una fracción de segundo.

—¡Ahora! —grita Roque y agarra el brazo de Tariq a través del corte de la tela para tirar de él hacia atrás con una fuerza incontrarrestable. Un disparo, el de la Beretta, impacta contra un espejo y lo hace añicos.

Lena, en un movimiento fluido, se lanza sobre Marion y su hermano derribándolos.

—Marion Fournier, quedas detenida por alta traición, obstrucción a la justicia y colaboración activa con una organización criminal…

Simultáneamente me abalanzo sobre Tariq. Le propino un golpe seco en la mandíbula que lo deja aturdido. Y, antes de que pueda reaccionar, le estampo la cabeza contra el suelo. No una, sino dos

veces. La primera, con la cara ladeada, por Estefanía. La segunda, lo giro levemente de nuevo y le reviento el tabique nasal, por Arrasate. El berrido que suelta por el dolor es música para mis oídos.

Lena esposa a Marion ante la mirada aterrorizada de su hermano. Y Roque entra por fin con las pulsaciones a mil y la frente perlada de sudor. Es el encargado de esposar a Tariq, lo hace por puro instinto, sin mirarlo, porque sus ojos solo están pendientes de su amigo.

Por el pinganillo oigo las comunicaciones de mis compañeros de la brigada, me quedo con el dato de que Virginia y Estefanía están a salvo y desconecto de los detalles.

Me arrodillo junto a Yago y el zumbido del oído, el odio y el miedo desaparecen. Mis manos recorren su cuerpo para comprobar la gravedad de sus heridas mientras lo ayudo a ponerse de pie.

—Báscones… —Su voz es casi inaudible. Una vibración que me atraviesa el pecho y las tripas.

—Shhh… No hables, Arrasate. No gastes ni un solo gramo de fuerza. ¿Entendido?

—¿Ahora das las órdenes tú? —Tose y se encoge por el dolor.

Ver su camiseta empapada en sangre me hace volverme hacia Tariq, al que ya está levantando Roque ayudado por un agente de la Europol que acaba de entrar en la jaima.

—Sacad a ese hijo de puta de aquí —mascullo rabiosa.

—Ya está, ya está… —trata de calmarme Yago mientras busco algo con lo que pueda soltarle las esposas—. Me las ha puesto Marion.

—Espera aquí.

Salgo en su busca. La tiene Lena apoyada contra el capó de la furgoneta. A su lado, también esposado, Samir.

—¿Qué necesitas, Báscones?

—La llave de las esposas.

No espero a que Lena se las pida amablemente a Marion, ni tan siquiera le pregunto dónde están. La empujo contra el capó, le separo las piernas con las rodillas y le tiro del pelo con fuerza hacia atrás para empezar a cachearla.

—¿Estás loca? ¿Qué haces? —Se revuelve.

—¿Dónde están?

—No las tengo encima. Están en la guantera de la furgoneta —masculla.

—Espero que así sea. —Echo su cabeza hacia delante y se la pego a la chapa metálica del capó. El aullido que mete me confirma lo que esperaba, que el motor todavía estaba caliente.

Con las llaves en la mano, regreso a la jaima para soltar a Yago.

Está de pie en el mismo sitio que lo había dejado un poco aturdido, como bloqueado.

—Mírame. —Me pongo de puntillas y pego la frente a la suya mientras le libero las muñecas, él deja escapar un gemido de dolor cuando sus brazos, entumecidos, intentan rodearme la cintura—. Ya está. Se acabó.

Se aferra a mi cuerpo como si fuera lo único sólido en mil kilómetros a la redonda. Siento el calor de su aliento cerca de la boca y los latidos de su corazón desbocados contra el pecho. ¿O son los míos? Apenas poso los labios sobre los suyos, no quiero hacerle daño. Yago protesta y trata de ingeniárselas para que nuestras lenguas se encuentren por fin. Su frente sobre la mía. Mis manos sujetando su débil cuerpo. Su instinto protector aun cuando él tiene que ser el protegido. Nos sentimos. Nos restregamos. Nos respiramos. Se mezcla el sabor metálico de su sangre con el sabor amargo de mi ansiedad, y el cóctel es peor que explosivo. No había sido consciente de todo el miedo que estaba gestionando hasta que lo he visto tendido en ese suelo.

Cuando el cielo aúlla con la llegada de un helicóptero, lo ayudo a caminar para salir de aquí.

Quintana baja por la rampa antes de que el aparato toque el suelo. Su mirada de fuego, disfrazada de hielo, se detiene en nosotros, sobre todo en el cuerpo de Arrasate, que ahora también está flanqueado por Roque, que me ayuda a cargar con él. Detrás de nosotros, Estefanía y Virginia.

—¡A bordo! —grita.

Subimos a Yago a la cabina. Lo acomodamos a él primero y luego nosotros. Saluda a todos con un hilo de voz y les pido que dejen de

atosigarlo. No es el momento ni el lugar. Él esboza una sonrisa color carmesí que me devuelve el alma al cuerpo.

Desde la altura veo cómo Lena supervisa el traslado de Samir, Jules y Marion a uno de los blindados. A Tariq, en cambio, lo meten en otro vehículo que no tenía controlado, supongo que lo custodiarán dos agentes del CNI.

Quintana se sienta frente a mí, se quita los cascos y me mira en silencio durante un minuto eterno.

—Vamos, adelante. No te cortes —lo apremio—. He desobedecido una orden directa de la BEDA. He puesto en riesgo una operación de la Europol y del CNI. Me he pasado por el forro la jurisprudencia. Casi creo un conflicto internacional. Estoy suspendida de manera indefinida, tengo que entregar mi pistola y mi placa… ¿Algo más que quieras añadir?

Me pasa una botella de agua con una calma irreconocible en él. La cojo como si fuera un bote salvavidas en medio del océano. El subidón de adrenalina me había hecho olvidarme de mi propia sed. Espera a que dé un buen trago y, después, se acerca para susurrarme:

—No me vuelvas a colgar el teléfono en la puta vida, Báscones.

41

YAGO

El sonido de unos nudillos tocando la puerta de la habitación 414 anuncia la siguiente visita. Espero que esta sea de las últimas, porque, con un poco de suerte, y mucha presión —la que le he metido a Celia para que interceda por mí—, el médico me dará el alta esta tarde y podré abandonar el hospital.

—Hola… —La voz suave de Deva llega antes de que pueda verla —. Dios, estás horrible —suelta y pone cara de asco al verme tumbado en la cama.

—Deva… —la riñe su madre, que entra justo detrás.

—Déjala. Ante todo, sinceridad.

—Tenía entendido que los vascos erais tipos duros —me pica.

—Y yo que las adolescentes erais todas gilipollas. Y míranos, aquí estamos, rompiendo estereotipos.

La carcajada de Deva es tan escandalosa que me hace el doble de gracia, así que acabo riéndome con ella y llevándome una mano al costado al sentir un leve pinchazo. Sin dejar de sonreír, se acerca y me da un suave beso en la mejilla.

Han pasado cuatro días desde que Quintana nos sacó del desierto de Agafay. Y, aunque pensé que solo tenía unos golpes y que soportaría el vuelo con normalidad, terminé perdiendo el conocimiento antes de aterrizar en Madrid. Podían haberme llevado a las dependencias médicas del centro, pero Roque llamó a Celia y prepararon todo para que pudieran atenderme aquí y hacerme todas

las pruebas necesarias. Como el TAC que ha descartado una lesión cerebral. Supongo que también lo hicieron para que nuestra amiga pudiera vigilarme de cerca y obligarme a descansar, que básicamente es lo único que he hecho.

Deva se sienta en la silla al lado de la ventana y abre una de las catorce cajas de bombones que me han traído. No pierde un segundo en empezar a probarlos.

—Este es uno de mis sueños más recurrentes, ¿sabíais? Mmm… —Saborea el chocolate con los ojos cerrados.

—¿Estar hospitalizada porque has estado a punto de morir? —inquiero y Lucía me mira mal.

—No. Comer chocolate sin moverme de la cama en todo el día —responde su hija mientras mastica—. Perdona, ¿morir? Joder, mamá, ya te vale. Me habías dicho que no fue para tanto.

—Y no lo fue —miente Lucía y me asesina con la mirada. Mencionar lo de la muerte no ha sido lo más sensato, lo sé—. Lo que pasa es que Arrasate es uno de esos polis jóvenes y flipados que se creen que están rodando un capítulo de una serie de Netflix cuando están trabajando. Abusa de adornar el relato con muchos efectos especiales. Créeme, yo estaba allí, no fue para tanto. —Traga saliva y deja de mirarme, supongo que las imágenes de esa noche no están del todo olvidadas.

—Mientes fatal, mamá —se queja su hija y, antes de que podamos rebatirla, sale de la habitación porque acaba de sonar su móvil y nos deja solos.

—Poli joven y flipado, ¿eh? —Llevo las manos a su cintura y la acerco a mí. Lucía se resiste.

Desde que nos reencontramos evita el contacto físico, teme hacerme daño. Y a mí lo que más me jode es no poder tocarnos. Lo bueno de toda esta mierda es que, en cuanto salgamos de aquí, nos quitaremos el miedo y las ganas cuerpo a cuerpo, como mejor se nos da hacerlo.

—Deva ha estado bastante acojonada, Yago. Hubiera preferido que no viniera, pero estaba empeñada en verte hoy. Supongo que necesitaba creer mi versión, ahora bien, con lo que le has dicho…

—Lo siento. Me gustan tanto los debates y los piques que tengo con ella que no he pensado que sigue teniendo dieciséis años y que no puede vivir todo el rato preocupándose por ti.

—Por nosotros… —Parpadea como si todavía le resultara imposible verbalizarlo.

—Dilo otra vez. Ahora sin que te dé una embolia.

—Imbécil. ¿Puedes dejar de hablar de enfermedades y muertes? Nunca he tenido problemas con el peligro, pero ahora mismo me resulta un poco macabro.

—Lo siento, perdóname.

Entiendo a Lucía y su preocupación. Yo, por momentos, también he estado a punto de caer en ese abismo mental que me dejaba sin opciones de salir con vida de allí, pero me he mantenido fuerte y lo he esquivado.

Ninguno de los dos ha querido sacar el tema de por qué cojones se presentó en Marrakech, aunque mi amigo me contó que, cuando recibió la llamada de Estefanía pidiéndole ayuda, no se lo pensó dos veces y decidió acudir a su rescate, arrastrando con él a la brigada. Me parece todo muy loable, pero tendrían que haberme llamado. Yo mismo la hubiera sacado de allí. Es más, después de nuestro encuentro en la embajada, debería haber hablado con ella y haber sido más tajante para que se alejara todo lo posible de Tariq.

Con todo eso, lo que me molestó fue que, cuando fueron conscientes de que teníamos montado todo el operativo, no recularan ni se marcharan de allí, sino que voluntariamente se expusieran de esa manera. Eso sí que me jodió. Sin embargo, en el fondo, también entiendo a Lucía y su enfado cuando nos llevamos a Silvana en sus narices y la apartaron del caso. ¿Yo en su lugar? Probablemente hubiera repetido sus mismos pasos.

La *escort* y Camila, a la que unos compañeros consiguieron detener en el aeropuerto de Málaga cuando regresaba de Marrakech, se sentarán en el banquillo por el asesinato de Esmeralda Callagham. Quintana ha devuelto esa parte del caso a la brigada, solo que ha sido Carbonell el encargado de llevarlas directamente ante el juez, por la particularidad y por el trato que le habíamos ofrecido a la autora material. Lo planearon de manera

conjunta, cada una para satisfacer sus propios intereses. Camila, los económicos. Silvana, su sed de venganza.

El éxito de esa resolución le corresponde a la BEDA. Ellos dieron con el origen del Tramadol y con la retorcida conexión de Esmeralda, Camila y Silvana antes que nosotros. Lucía lo sabe, por eso entiendo su malestar y las razones por las que no quiere sacar el tema. Aunque espero que se quede tranquila cuando vea que ninguna de las dos se librará de pasar unos años en prisión. La brigada reunió las piezas que a nosotros nos faltaron y, lo más importante, las encajó.

Impura obsesión. Una definición de lo más acertada. Es la que utilizó ayer Virginia cuando vino a verme con Marcos y Roque y me preguntaron por ellas.

Silvana, tras una infancia marcada por el abandono, decidió reconstruir el rompecabezas de su pasado. Su vida había sido una caída libre; primero repudiada por su abuelo —un influyente político de la ultraderecha italiana que antepuso sus rígidas convicciones religiosas a la sangre—, y después entregada a una bisabuela sin recursos en Rumanía. Entre la escasez afectiva y el desfile interminable de orfanatos, creció alimentando un vacío que solo la verdad pudo llenar.

Al investigar sus orígenes, descubrió que su madre no había muerto de manera accidental como le hicieron creer. El rastro la llevó a la prestigiosa escuela de negocios de Londres y a sus inseparables amigas: Marie, Felisa y Esmeralda. Esta última fue la única que quedaba en aquella fiesta en la que apareció Vittoria sin vida.

Silvana no solo buscó conocer a las tres mujeres que habían convivido con su madre, sino que intimó con ellas y acabó desarrollando un vínculo patológico que no hemos sabido definir.

Su fijación se centró en Esmeralda, convencida de que ella fue la verdadera autora del crimen de su madre. Los rumores decían que ambas pugnaban por la atención del mismo tío y que algunos testigos las vieron discutir aquella noche. Según Silvana, el dinero de la familia de Esmeralda y sus influencias sirvieron para que ella se librara. A Marie y a Felisa las utilizó como meras fuentes de información al principio. Después de la muerte de Esmeralda, y ya

con su confianza ganada, les aseguró que ella sería su sustituta natural en el círculo de poder en el que se movían y que siempre estarían protegidas a su lado. Cuando se desclasifiquen todos los archivos de la trama, sabremos si las cantidades que recibió fueron porque las ayudó con el desvío de capitales o solo una mera comisión por esos supuestos servicios de protección.

A pesar de lo mal que suena, tengo que reconocer que los motivos del asesinato dejaron de importarnos en cuanto supimos quién había cometido el crimen, porque nos centramos en que nada de eso repercutiera negativamente en nuestra verdadera investigación: la red.

Lucía me acerca el vaso de agua cuando ve que intento cogerlo solo.

—¿Qué tal la reunión con Carbonell?

—Mal. Lo esperado —musita—. Antes de marcharme de allí, ha aparecido Monasterio más indignado conmigo que nunca. Me ha soltado que la orden de apartar a la BEDA del caso de Esmeralda vino directamente de Allende; él solo fue el mensajero. El motivo es obvio: ya teníais indicios sobre los negocios turbios de Felisa Robles y, siendo ella su cuñada, no podíais arriesgaros a que él le diera el soplo y reventara la operación Babel.

—¿Y esa cara? ¿No te has creído su versión?

—Sí y no. Vi los apuntes con la letra de Carbonell en el expediente de Esmeralda. Ahí ya aparecían anotaciones de la cuenta de Suiza y las iniciales D. G. Mi comisario ya tenía información. Me cuesta creer que Monasterio no estuviera al corriente.

—Quintana —respondo y espero que así se despejen sus dudas.

Jacobo y Carbonell siempre han tenido buena relación, y era conveniente tenerlo al tanto con un tema tan delicado como el que estábamos investigando.

—¿Ahora me nombras en tus sueños, Arrasate?

—Es mentarlo y, chas, aparece a tu lado —sisea Lucía cuando lo ve entrar—. Empiezo a pensar que está enamorado de ti.

—Y yo empiezo a pensar que la Báscones que conocía no es ni de coña la misma que está sentada aquí. —Lucía se gira y soy testigo de su cruce de miradas—. Celosa, vulnerable y enfermera de

guardia. Llevas cuatro noches con sus correspondientes días sin moverte de esa silla infame. No te has separado de él ni para ir a ducharte. Un cambio demasiado radical, ¿no crees? Si no recuerdo mal, la última vez, cuando paró una bala por ti… —la pica.

—Oh, cállate, Quintana —lo corta y él se limita a descojonarse—. Voy a buscar a Deva.

—Pero vuelve —la vacilo—, que lo de tus huidas igual no lo hemos trabajado lo suficiente y prefiero evitar el patrón.

—Que os den. A los dos.

Jacobo me pone al día de los últimos avances.

—Hemos desmantelado la red al completo. Lena y sus compañeros de la Europol serán los encargados de ordenar todas las pruebas que hemos recabado y llevarlos ante la justicia.

Asiento y pienso en que me hubiera gustado que eso incluyera a Fournier, pero Jacobo me contó ayer por teléfono cómo está su situación, quería que fuera el primero en saberlo. Marion es un caso especial; el servicio de inteligencia francés la reclamó en cuanto estuvieron al tanto de su detención. Tienen algunos asuntos turbios que, evidentemente, quieren ocultar, de ahí que tuvieran a Samir infiltrado en la vida de Tariq; están persiguiendo otro objetivo u objetivos. Al final, se trata de dos agentes en activo que valen por todo lo que saben y lo que callan, así que Allende ha tenido que negociar su regreso a París. Estoy tan decepcionado y cabreado con ella que prefiero no saber en qué condiciones ha sido puesta en libertad.

A Quintana le suena el teléfono. Le echa un vistazo al mensaje y resopla.

—Me tengo que ir.

—¿Un incendio?

—Si solo fuera uno. ¿No has leído las noticias de hoy?

—No. Celia y Lucía me han prohibido las pantallas por lo del golpe en la cabeza. No sé ni dónde me han escondido el móvil. Separadas puedo con ellas, juntas no.

—Mejor, aunque me imagino que Lucía sí que lo ha hecho. Esta mañana ha salido publicado un amplio reportaje sobre los Guzmán.

—Adriano…

—Sí. Le requisamos todo el material comprometido del desembarco del puerto de Algeciras, pero llevaba más de dos años detrás de ellos. Tenía de sobra de donde tirar. Lo que no sé es cómo ha conseguido a última hora información clasificada y las conexiones de la Loba con la red. Ha filtrado el nombre de Felisa y los teléfonos arden. Es un asunto de Estado muy delicado. Espero que la pasta que haya ganado con esto le dé para pagarse un buen escondite para los próximos años. Nadie quiere a esta gente como enemigos.

—¿Y cómo ha conseguido esa información? ¿Los agentes que lo custodiaron de vuelta a Madrid?

—Fue lo que pensé al principio. Pero no tengo pruebas. Tú y Lucía…

—Jacobo, ¿en serio? He intercambiado con Antón tres frases en mi vida, ¿crees que en la última comida en su casa Báscones o yo hablamos de trabajo?

—Lo sé, olvídalo. Pero es que a los de la calaña de Adriano ya me los conozco yo.

—No te digo que no se liara con Antón porque sabía que su ex había llevado el caso de Tamara, y ahí la Loba fue una de las sospechosas, pero cuando lo conocimos nos dimos cuenta de que debíamos tener cuidado con él, era un listo. Te prometo que de nosotros no ha podido obtener nada.

—También he pensado en alguien de dentro con más rango, algún agente a punto de retirarse; un plus para la jubilación es un buen incentivo.

—No te preocupes, cuando vuelva lo investigaré.

—A propósito de tu vuelta…

—¿Estoy fuera? ¿Tan desfavorable ha sido el informe que has pasado sobre mí?

—No digas tonterías. Solo te pido que te lo tomes con calma, Arrasate. Recupérate bien.

—Para que eso suceda tienes que largarte, Quintana. Ya está bien de molestar por hoy —espeta Lucía que ha regresado sin su hija.

—Me voy, sí. Pero tú y yo tenemos una conversación pendiente.

—Aquí no.

—¿Me estáis ocultando algo? —inquiero.

—No —responde Lucía y acompaña amistosamente a Jacobo hasta la puerta.

—¿Y Deva?

—Se ha marchado, me ha dicho que me despida por ella. Ha venido su padre a recogerla.

—¿Lo de Adriano pensabas contármelo?

—Aquí no —repite la misma frase que le ha soltado a Jacobo y vuelve a sentarse en el borde del colchón.

Está agotada. Ojeras. Pelo enmarañado. Pálida. Y la mano magullada por la hostia que le metió a Tariq. Pero como es una cabezota no he sido capaz de convencerla para que se fuera a su casa a dormir. Y eso que Roque se ofreció a turnarse con ella, pero, como bien ha dicho Jacobo, lleva cuatro días sin despegarse de mí, excepto para lo estrictamente necesario.

—Estás agotada, ven aquí. —Consigo que se coloque a mi lado.

—Tengo ganas de que nos vayamos a casa —me susurra contra el cuello.

—Pues imagínate yo. Aunque… ¿estás segura de esa decisión? No quiero que te sientas obligada solo porque estoy convaleciente, comparto piso y encima es un tercero sin ascensor.

—No seas idiota.

—Entonces, ¿ya no tienes miedo?

—¿A quién? ¿A ti?

—No, a nosotros. A lo que sientes.

—He sentido pánico a perderte, Yago. Y solo sé que esa puta angustia no quiero volver a sentirla. Nunca. Jamás. Así que nos elijo a nosotros. Contra lo que venga. Juntos.

—Juntos —repito y dejo que la palabra se funda entre los dos—. Juntos en tu casa, enredados en la misma cama, escuchando música en el salón, pegándote al cristal, duchándonos a la vez, compartiendo sofá…

—Vale —susurra ella con un hilo de voz—. Ahora lo que me da miedo es lo que vas a hacerme cuando salgas de aquí. Aunque te advierto algo: las primeras semanas seré yo la que haga contigo lo que quiera.

No veo su sonrisa, pero la noto sobre la piel. Y su excitación también. Cuando le desborda el deseo, no sabe disimular.

—¿Es una amenaza? —El pulso se me desboca—. Porque, ahora mismo, estoy deseando que la cumplas.

—Es una promesa, Arrasate. Y no te preocupes, la cumpliré.

Sellamos el pacto con un beso. No uno delicado como ella pretende, sino uno más profundo, con un choque salvaje de lenguas que borra cualquier rastro de nuestras heridas. Un beso que no pide permiso, que reclama lo que somos y lo que seremos, que sabe a un nuevo comienzo, por fin.

No a despedida.

Epílogo

Cinco meses después…

LUCÍA

Me levanto de la mesa para poner la segunda cafetera del día. En realidad, solo es una excusa para huir del salón. Yago tarda treinta segundos en llegar a mí y abrazarme por detrás.

—¿Huyendo?

—Intentándolo.

—No es por nada, pero ha sido una huida bastante infructuosa.

—Ya. ¿Por qué coño reformé la cocina y la abrí al salón? Menudo error.

—Vaya, ¿ahora te arrepientes de esa decisión?

—Sí. Y no solo de esa —respondo tratando de sonar creíble.

Las carcajadas de Yago sobre mi nuca me demuestran que no se lo ha tragado. Además, alertan a todos nuestros invitados, que nos miran con caras risueñas desde la mesa del salón.

Y aquí estoy, expuesta, sin tabiques y gestionando esta huida imposible en mi propia casa. Y esta es solo una de las consecuencias con las que lidio desde hace algunos meses, porque los cambios constantes en mi vida no me han dado tregua. Lo de atreverme a sentir sin límites ni excusas, cuando nunca he tenido en mente volver a hacerlo, sigo asimilándolo.

—Te prometo que, si no se van por voluntad propia todos después del café, los saco a la fuerza —susurra y me da un beso en

el cuello mientras aspira mi olor, sellando con esa caricia encubierta la promesa—, antes de que tengas un brote de urticaria.

—Imbécil. —Le doy un pequeño codazo en el estómago y se aparta para que pueda preparar el café—. Es que… ¿tú ves esta estampa? Adosado de cuatro plantas con jardín, barbacoa con los amigos un sábado… ¿Qué será lo siguiente? ¿Ir a clase de *bikram* yoga con las amas de casa de la urbanización? ¿Un cachorro de *golden retriever*?

—No, mamá. A Yago y a mí nos gusta más un galgo. —Si no hay tabiques, ¿por qué no la he visto venir?—. Me ha prometido que me llevará un día a la protectora a ver si tenemos suerte.

—Por supuesto —canturreo—. Yago, aparte de hacer promesas que no siempre puede cumplir, sigue sin saber cuándo cerrar la boca.

—Sí sé —se indigna el aludido y estampa los labios contra los míos para callarnos a ambos.

—Cortaos un poquito, ¿no? —se queja mi hija.

Debe ser porque tenemos invitados, porque, cuando estamos los tres solos en casa, adora vernos juntos. Ayer mismo nos hizo una foto mientras nos besábamos en el sofá y se la mandó a mis padres, como si yo tuviera dieciséis años en vez de ella. La llamada con sus abuelos por la noche fue bastante surrealista.

En un giro inesperado de los acontecimientos, en enero, Yago y yo nos mudamos aquí, a la que seguía siendo mi casa, con Deva. A Antón le salió una oportunidad de trabajo en Miami y, después de su enésima relación amorosa fallida —Adriano directamente desapareció nada más publicar el reportaje— y un curro que no le motivaba demasiado, creyó que no podía desaprovecharla. Nos sentamos a hablar y buscamos la mejor solución para Deva, que, una vez más, fue no sacarla de su entorno seguro, y menos a mitad de curso. Así que Yago y yo dejamos mi apartamento en Madrid y nos trasladamos aquí. Mentiría si no dijera que se me ha hecho muy raro volver a habitar el mismo hogar donde formé mi familia. Sin embargo, con algunos cambios, como reformar el ático, que ahora es la flagrante nueva habitación de Deva; la unión de la estancia más pequeña al antiguo cuarto de ella para ganar un baño dentro de

nuestra habitación —dormir en la de Antón nunca fue una opción—; abrir la cocina al salón… He conseguido que, al cruzar el umbral, en vez de chocarme con los recuerdos de lo que fuimos Antón y yo aquí, mi cerebro active unos nuevos.

La casa ha empezado a mutar, igual que la relación de nosotros tres con ella.

—Me voy ya —nos anuncia Deva—. Nuria y su madre están esperándome en el coche. Recuerda que me quedo a dormir en su casa hoy.

—¿Quieres que te vaya a buscar mañana? ¿O te traen ellas también?

—*Nah*, tranquila. —Duda antes de seguir hablando y yo empiezo a saborear la victoria—. Llamaré a Yago. Tú no te preocupes.

Consejo: nunca cantes victoria antes de que termine el juego. Deva nos besa y dice adiós a nuestros invitados.

—¿Cómo eres tan cabrona? —me pregunta Yago y se muerde la lengua delante de mi cara.

Los dos sabemos que va a dormir en casa de *loquesea* Aritz, no de su amiga Nuria. Vamos, yo lo sé porque me lo contó Yago. Y sí, tenía la esperanza de que decidiera compartirlo conmigo también, pero no lo ha hecho.

—Le estaba dando la última oportunidad para ser sincera. No entiendo por qué te lo ha contado a ti y a mí no. No sé de qué tiene miedo, a la vista está que la he dejado ir.

—Me lo cuenta porque no soy su padre y confía en mí. ¿Tú le contabas toda la verdad a tus padres? —Niego con la cabeza—. ¿Y qué prefieres? ¿Que nos hubiera mentido a los dos?

—Evidentemente, no.

—Pues gestiona esos celos, Báscones.

—Gestiona tú ese ego, Arrasate.

Otro beso. Y otro más. No me disgusta para nada esta manera de cortar nuestras réplicas.

—Chicos, me voy ya —nos dice Cruz.

Sí, Cruz. Nuestro niño ha abandonado su zulo, aunque solo a ratos. Hace dos semanas que empezó a salir a la calle otra vez. La terapia y su chica le han motivado a hacerlo. Aunque yo creo que su

nuevo puesto en el CNI también ha contribuido a que quiera intentarlo. A ver, que quizá él era relativamente feliz en la seguridad de su hogar y no tenía más aspiraciones, pero cuando dos agentes se presentaron en su casa después de que se colara en su sistema para reclutarlo o se iba con ellos o el tema se le complicaba, porque las alternativas que le ofrecieron eran poco halagüeñas.

—Y yo con él, así lo acerco a su casa y saludo a su abuela —nos dice Rosario, que ha sido la encargada de traernos el postre.

Aunque a veces quedo con los exmiembros de la brigada en el Colorado para desayunar, y de paso ponerme al día con Kevin, a nuestra querida Rosario hacía mucho tiempo que no la veía. Le ha costado, pero por fin ha empezado a cogerle el gusto a viajar con los jubilados.

La Brigada Especial de Delitos Avanzada fue clausurada a finales de año. Carbonell no pudo aguantar la presión de los de arriba después de nuestra excursión improvisada a Marrakech. Aunque eso solo fue la gota que colmó el vaso; hacía tiempo que mi particular manera de trabajar y mi pasotismo hacia determinadas órdenes le estaban pasando factura a mi comisario. Así que decidieron que lo mejor era desmantelarla y reubicar a sus miembros. Hablé con él y con Monasterio, les pedí que me relevaran como inspectora jefa —aunque ya estaba suspendida— y que pusieran al frente a Estébanez, pero no lo consideraron. La decisión estaba tomada y era irrevocable.

—¿Quién quiere más café? —pregunta Yago cuando volvemos al salón.

—Yo —responde Roque—. Me tomo el último y nos vamos.

—Luego no duermes —comenta Estefanía y posa la mano encima de la de él.

Me fijo en cómo Yago busca la mirada de su amigo, pero como Roque es muy listo y sabe lo que piensa de esa relación se concentra en su café.

Yago no fue el único que abandonó el tercero sin ascensor. Su compañera Celia entró en un programa de intercambio con un hospital de Liverpool y se mudó en enero. Así que Roque decidió que había llegado el momento de buscarse otro sitio donde vivir; que

acabara en casa de Estefanía no lo vimos venir, aunque tampoco fue algo tan inesperado, porque, desde que la rescató en casa de Tariq, apenas se ha separado de ella. Según él, solo son buenos amigos. Según Yago, ella ha desarrollado una codependencia que le preocupa y que Roque intenta obviar.

El oficial García regresó a su antiguo puesto en la comisaría. Está de vuelta en el ZETA mientras prepara el examen para ser subinspector. Lo mismo que está haciendo Virginia, pero para ser inspectora, aunque ella ahora está pendiente de que le asignen una nueva unidad. Estébanez ha pedido una excedencia, muy necesaria, porque, como la vida es muy puta cuando quiere, ahora es su madre la que ha empezado con pequeños despistes y lagunas de memoria; está pendiente de diagnóstico, pero todo apunta a un principio de demencia. Hoy estaba invitado a comer, pero al final no ha podido venir.

—¿Tú quieres? —le pregunto a mi amiga.

—No, suficiente por hoy. —Fátima tapa su taza para que Yago no le sirva más—. Y tú tampoco deberías. —Aparta la taza de su marido, que está sentado a su lado.

¿Su crisis? No la han superado del todo, pero están trabajando en ello. Bolado jugó un poco con los sentimientos de mi amiga cuando su matrimonio atravesaba sus horas más bajas, vamos, que resultó ser lo que toda la vida se ha conocido como un calientabragas, aunque Fátima no terminó de entrar en su juego, estuvo a punto.

—Voy a recoger entonces.

¿Pillarán la indirecta?

—Espera, te ayudo. —Fátima me sigue hasta la cocina.

Doy varios paseos para ir llevando lo que queda en la mesa. Les tengo cariño a algunos. A otros los quiero. Sin embargo, estar a solas con Yago, por fin, sabiendo que mi hija no volverá a casa hasta mañana, está muy por encima en mi orden de preferencias.

Sería una hipócrita si no dijera que echo en falta la libertad de la que disfrutaba cuando vivía sola en Madrid. Porque, aunque siempre he estado disponible para Deva, me había acostumbrado a ir y venir sin dar explicaciones. Disfrutando de mi intimidad sin restricciones.

—Me encanta cómo ha quedado la chimenea —me dice la forense.

—Y a mí. —Virginia se une a nosotras para despedirse.

—La verdad es que fue idea de Yago arreglarla. Y sí, me gusta mucho el resultado.

—Te gustan mucho el resultado y él —afirma Fátima y me mira con ese brillo especial algo ñoño.

—Fátima Campos…

—No hace falta que me lo confirmes. Se os ve felices.

Me sigue costando un mundo admitirlo, pero sí, lo soy. Feliz. Y sé que él también lo es, porque, si ese no fuera el caso, no estaría aquí, con una tía que le saca doce años, en un adosado a las afueras de Madrid del que acaba de salir su ex y conviviendo con su hija, una adolescente rebosante de altibajos. Menudo cuadro, ¿no?

Durante estos meses de convivencia y cuidados, he conocido tantas versiones de Yago que es imposible quedarme solo con una. Ahora sé que en casa le cuesta estarse quieto, así que habitar un espacio tan grande para los tres es un regalo. Que es un enfermo pésimo, aunque eso desgraciadamente ya lo había comprobado. Que sus heridas internas también tienen cicatrices, como las mías. Que es un manitas y lo disfruta. Que cuando ve jugar a la Real es mejor no estar sentada a su lado. Que es mucho mejor cocinero que yo. Que no quiere que sus hermanos y su padre vendan la casa de su infancia. Que mataría por Roque. Que se planteó abandonar el CNI cuando salió del hospital, así, en caliente, pero que Quintana tiene grandes planes para él y le gustaría seguir progresando. Que no le gustan los niños, que le aburren, pero que adora a Deva.

Yago me ha dicho muchas veces que me quiere, pero él sabe que no necesito escucharlo porque lo siento. Igual que él, sabe que lo quiero, aunque cada uno tenga una manera diferente de verbalizarlo.

También he sido sincera y le he confesado que, aunque me haya costado, he aceptado que, dentro del pequeño abanico de posibilidades que tenía delante, ser feliz junto a otra persona era una opción totalmente legítima, como él ya me había insinuado.

—Y mira que Arrasate y yo tuvimos nuestros más y nuestros menos, pero claro que sí, Fátima tiene razón. Se os ve muy bien. Y sí, me dais envidia, coño. Yo también quiero algo así. —Virginia hace un puchero y Fátima y yo sonreímos.

—Cuando menos lo busques… —susurro más para mí que para ellas.

—Hazme caso, no tengas prisa —musita Fátima y regresan a la mesa.

Yo me quedo como una idiota aquí observando a Yago llenar el espacio de este hogar que ya ha conquistado. Su cuerpo. Su pelo. Sus manos. Y esos ojos negros que emiten las mismas señales que los míos cuando me pilla embobada mirándolo. Gesticula. Habla. Sonríe. Jacobo y Martina se ríen de lo que acaba de contar mientras Roque le tira una servilleta de papel.

Desvío la mirada a la chimenea, esa que ha llamado la atención de mis invitadas y me abstraigo de nuevo, durante una cantidad indeterminada de tiempo. Acabo de visualizarnos ahí delante. Desnudos, sobre la alfombra, que también es nueva, dejando un reguero de saliva y placer por la piel del otro.

—Lucía, ¿me has oído? —La voz de Jacobo me devuelve al presente, puede considerarse regresión porque, aunque lo normal sea caer en los recuerdos del pasado, yo, claramente, estaba anticipándome a un futuro muy inmediato—. Te decía que te lo pienses, por favor.

—¿De verdad crees que estoy preparada para trabajar en un despacho ocho horas? —inquiero—. Y, lo más importante, ¿crees que el departamento de Recursos (In)Humanos del servicio de inteligencia está preparado para mí?

Sé las ganas que tiene de reclutarme, pero el puesto que me ha ofrecido es uno que nunca me había planteado. Y, aunque tenga mis reticencias, él no sería mi jefe directo y tampoco tendría que trabajar con Yago, dos motivos de peso para mí.

—Báscones, te recuerdo que tu suspensión todavía no ha acabado.

—Gracias, se me había olvidado —ironizo.

Seis meses y eso que soy reincidente, de verdad que pensaba que iban a ser algunos más.

—Si me das el sí esta semana, ese tema queda solucionado. Y sí, de verdad creo que estás preparada para este cambio. Eres experta en perfiles psicológicos y el centro necesita a alguien con tus conocimientos y con tu experiencia para seguir reclutando a los mejores.

—¿Ahora me haces la pelota?

—¿Ahora me tocas los cojones?

—¿Podéis parar ya? —interviene Yago.

—Claro que paran, porque nos vamos. Mi hermana me acaba de confirmar que se queda con la niña hasta mañana. —Martina arrastra a Jacobo hacia el vestíbulo como si se estuviera quemando su casa.

—¿Hasta mañana? —Arquea él una ceja y mira a su mujer anticipándose a los hechos también—. Llámame, Báscones —vocea y se larga corriendo a por su coche.

El resto se pone los abrigos y Yago y yo salimos a las escaleras de la entrada a despedirlos.

Cuando volvemos a entrar y él cierra la puerta, respiramos aliviados. Aunque la calma solo dura una décima de segundo, lo que tardo en pegarme a su espalda y sujetarle las manos por encima de la cabeza.

—Mmm… Alguien tiene mono, ¿eh?

Le separo las rodillas con la pierna, ejerzo presión y empiezo a tocarle el pecho para ir descendiendo poco a poco.

—De cachear a cualquiera no. —Meto la mano por la cintura de su pantalón y lo provoco por encima del bóxer.

—¿Vas a dejarme con la polla al aire como la primera vez en el pasillo de la brigada? ¿O tienes otros planes? —Sonrío y aprovecha mi momento de debilidad para cambiar de postura y liberarse—. Ven aquí. —Me envuelve entre sus brazos y me pega a la puerta sin dejar que empiece a caminar. Lleva la boca a la mía y me besa con cadencia, como si tuviera necesidad de traspasarme su propio aire.

—Al final no has tenido que echarlos —musito contra sus labios comenzando a sentir la excitación de la cabeza a los pies, porque

otra de las virtudes de Yago, que ya cometí el error de confesarle una noche, es que utiliza todo su cuerpo, entero, para encenderme.

—Por suerte. Hubiera quedado muy mal que los echara el anfitrión.

—Ah, sí… Entonces, ¿eres tú? ¿Y qué tienes pensado hacer con tu última invitada?

—¿Un *room tour*?

Sonríe y mueve la pelvis acercándose más a mí, con la presión justa.

Me empieza a sobrar la ropa.

—Nos llevaría demasiado tiempo. Me conformo con el salón.

—Mentirosa. Estás tan mojada… —Mete la mano por la cinturilla de mi pantalón y me roza el pubis por encima del tanga. La humedad es evidente y se regodea al comprobarlo—. Y me tienes tantas ganas que te conformas con la alfombra, delante de la chimenea, eso sí. Desnudos, lamiendo cada trozo de piel, encendidos más que las propias brasas y corriéndonos con la misma intensidad que ayer, o anteayer, pero pudiendo jadear de manera salvaje. Sin contenernos.

—Eres muy listo, Arrasate.

—Y tú muy transparente, Báscones. Solo para mí.

El caos se desata en los siguientes segundos. La ropa vuela. Los besos se descontrolan. Y las manos no saben qué coger y qué soltar.

Cuando Yago hace hueco en la alfombra y se arrodilla a una distancia prudencial de la chimenea para no abrasarnos, me sujeta de las caderas, acercándome a él, para llevar la boca a mis otros labios.

—Yago… —suplico cuando su lengua se abre paso entre mis pliegues y el deseo se dispara. Esta postura. Yo de pie. Él de rodillas. A la luz de las llamas—. ¿Qué haces? —Llevo los dedos a su pelo y tiro suavemente de él mientras me devora.

—Venerarte, Lucía. Y devorarte.

Pero lo hace con calma, desplegando los conocimientos que tiene de mi placer y de mí. El arte de saber comerlo bien, mejor que bien.

—Pero yo… —Me tiemblan las piernas y las palabras. Y el placer se expande. Y sus manos no dejan de aferrarse a mis carnes. Y mi

corazón…

—Lucía. —Separa la boca de mi sexo y pega la nariz a mi vientre —. Llevas meses cuidándome. Demostrándome que aquel NOSOTROS pronunciado en un momento crítico fue real y que cada día que pasa lo sigue siendo. —Sonríe contra mi piel y tira de mí para colocarme encima de él—. Has sanado mis heridas y me has hablado de las tuyas. Me has dejado compartir contigo y con Deva vuestro particular mundo. Sé lo que te gusta. Sé lo que te pone. Y sé lo que quieres, pero pensaba que ya habías entendido que tienes el putísimo poder siempre. Siempre.

—Yago…

—Lo tienes cuando me cedes el control. Lo tienes cuando me pides que te muerda, que te marque o que te lo haga más fuerte. Lo tienes cuando acatas mis órdenes. Y también lo tienes cuando me montas, Báscones. —Me eleva de las caderas y me deslizo sobre su polla despacio, absorbiendo cada sensación—. Lo tienes cuando me tienes debajo, como ahora, y te permites sentir salvajemente. —Comienzo a botar encima de él. Con sus yemas clavándose en mi piel, con su boca tan cerca, con nuestras miradas a contraluz—. Lo has tenido siempre.

YAGO

Escucho su respiración entrecortada y mi nombre saliendo de sus labios mientras nos azota el orgasmo. Me vacío en ella, si eso es posible después de todo lo que mi boca acaba de soltar. Hay cosas que nunca cambiarán.

Espero que haya entendido que el amor, el amor del bueno, no es una debilidad, sino la posibilidad de ser uno mismo frente a otro, sin máscaras. Y que, en cada una de las batallas que nos queden por librar, la victoria siempre será NUESTRA.

FIN

Agradecimientos

Me parece increíble que esté de nuevo ante esta página y el viaje literario continúe. Así que, como siempre, espero no olvidarme de nadie.

En primer lugar, quiero darle las gracias a Yesenia (hoy sí, hace unas semanas la hubiera matado con mis propias manos), porque me animó a dejar aquella puerta abierta al final de *Pura expiación* para que Yago y Lucía pudieran regresar a vuestras manos. Gracias por presionarme para que salga de mi zona de confort literaria y, sobre todo, gracias por acompañarme una vez más en esta aventura.

Gracias al resto de mis lectoras cero, Anaís, Triana y Helena, que esperáis pacientes el envío de los capítulos, que me animáis en las horas más bajas y que me leéis bonito siempre, aunque apenas tengáis tiempo. Sin vosotras este proceso sería mucho más aburrido y menos gratificante.

Gracias en negrita a Ana (Dramas), que sigue leyéndome con ojo crítico para sacar lo mejor de mí. Y que, aunque no le sobran minutos, siempre los saca para hacer la última revisión a la historia con toda la profesionalidad del mundo y desde el cariño.

Gracias a todas las creadoras y creadores de contenido en redes sociales que compartís vuestra pasión por las historias; gracias por recomendar mis libros. Todo suma y, con la saturación que sufre el mercado, tener algo de visibilidad sigue siendo muy importante.

Y, sobre todo, gracias a ti, que has llegado a estas páginas porque ya me conocías o porque acabas de dar conmigo. Gracias por

darme una oportunidad como autora. Espero que hayas disfrutado de la lectura y que te haya hecho sentir, que, en definitiva, es mi único objetivo.

Ojalá pueda compartir más historias contigo.

Millones de gracias, de corazón.

Nos leemos…
